ALMANAQUE

DE

LA ILUSTRACION

PARA EL AÑO DE

1885

ESCRITO POR LOS SEÑORES

ALARCON (D. Pedro A. de), ALAS (D. Leopoldo, «Clarin»), BELMONTE MULLER (D. G.),
BUSTILLO (D. Eduardo), CAVESTANY (D. Juan Antonio),
CALCAÑO (D. Eduardo), CAMPO ARANA (D. José), CASTELAR (D. Emilio), CERVERA BACHILLER (D. Juan),
FABRA (D. Nilo), FERNANDEZ BREMON (D. José), FERRARI (D. Emilio), FIGUEREDO (D. Cárlos B.), GASPAR (D. Enrique),
LANDERER (D. José J.), LOPEZ CARVAJAL (D. F.), MAS Y PRAT (D. Benito),
MARTINEZ DE VELASCO (D. Eusebio), ORTÍZ DE PINEDO (D. Manuel), PALACIO (D. Manuel del),
PALACIO (D. Eduardo), REINA (D. Manuel), RUEDA (D. Salvador), SBARBI (D. José María),
VALERO DE TORNOS (D. Juan), VIDART (D. Luis) y ZORRILLA (D. José).

AÑO XII.

ATENEO CIENTIFICO LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

MADRID,
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS SUCESORES DE RIVADENEYRA,
IMPRESORES DE LA REAL CASA.
Paseo de San Vicente, núm. 20.

1884.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ÍNDICE GENERAL.

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

TEXTO.

	Págs.
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S.	5
Año astronómico, por D. C. Pujazon	5
Santoral	6
Las Horas, por el Excmo. Sr. D. Pedro A. de Alarcon, individuo de número de la R. A. Española	11
El Teniente general Marqués de Santa Cruz de Marcenado, por Don Luis Vidart	18
Far-From, por D. F. Lopez Carvajal	31
Zurita, por D. Leopoldo Alas (*Clarin*)	32
«Á Cervántes», por D. Guillermo Belmonte Muller	48
La Lira Triste, por D. Manuel Reina	50
D. Ruperto de Algarra, de profesion curial, por D. Juan Valero de Tornos.	56
El Sermon del Apocalipsis (episodio del siglo X), por D. José Fernandez Bremon	59
En el Álbum de S. A. R. la Infanta Doña Eulalia, por el Excmo. Señor Marqués de Valmar, individuo de número de la R. A. Española	65
Un Embajador castellano en Granada (leyenda del siglo XV), por el Excmo. Sr. D. Emilio Castelar, individuo de número de la R. A. Española	66
En el Arroyo (boceto), por D. Emilio Ferrari	75
Platos del dia, por D. Ednardo Palacio	81
Adan y Eva, por D. Eduardo Bustillo	83
Lamento, por D. Eduardo Calcaño, individuo correspondiente de la R. A. Española	90
Cuadros de España (de cómo se pela la pava), por D. Salvador Rueda.	91
Alminares, Torres y Campanarios, por D. Benito Mas y Prat	97
¿Caen piedras del cielo? por D. José J. Landerer	105
La visita de mi Musa, por D. Enrique Gaspar	112
Supersticiones vulgares, por D. José M. Sbarbi	116
«Pensamiento», por D. Manuel del Palacio	119
María (poema), por D. Juan Antonio Cavestany	120
«Desde el Cielo», por D. Antonio F. Grilo	124
Los Amores de una flor, por D. Cárlos B. Figueredo	125
Góngora, por D. Eusebio Martinez de Velasco	127
El Cántico de los grados, por D. José Campo Arana	133
«El Rey de la Creacion», soneto, por D. Nilo M. Fabra	139
«¡Amar la muerte!», id., por D. M. Ortiz de Pinedo	139
«La Locomotora», por D. J. Cervera Bachiller	139
Á una actriz tan hermosa como honrada, por D. José Zorrilla, Académico electo de la Real Española	140

GRABADOS.

BELLAS ARTES.	Págs.
«Malvina», cuadro de Roland Bauduin	4
«El Halconero», por Benziger	14
«Húsar de la Princesa», por García Ramos	24
«Puerta de la Presentacion en la Catedral de Toledo»	29
«Las primeras hostilidades» (escuela alemana contemporánea)	36
«Germania» (estátua en bronce)	40
«Lagunas de Escocia» (escuela inglesa contemporánea)	52
«Los hermanos Mozart, tocando en presencia de la Emperatriz María Teresa», por Borckmann	58
«Sepulcros de D. Álvaro de Luna y de su esposa en la Catedral de Toledo»	62
«Flores pintadas á la acuarela», por el Excmo. Sr. Marqués de Valmar.	65
«La Adoracion», cuadro de Mantegna	68
«Una nota falsa», cuadro de Mantegazza	72
«Copa de marfil del siglo XVI»	77
«En el Parque», cuadro de Hennings	81
«Herrar ó quitar el banco», cuadro de Mélida	87
«Alamedas del castillo de Schleissheim», cuadro de Hennings	90
«Silueta de Toledo», cuadro de Espina	93
«Sin testigos», cuadro de Krauss	109
«Retrato de Góngora», cuadro de Velazquez	129
«La pintura de Historia y la de género», cuadro de Fontana	132

RETRATOS.	Págs.
Excmo. Sr. D. Abelardo de Cárlos y Almansa, fundador de *La Ilustracion Española y Americana*	10
D. Álvaro de Navia Osorio, Marqués de Santa Cruz de Marcenado	20
M. Cárlos Gounod, célebre maestro compositor	80
D. Antonio Fernandez Grilo, poeta lírico	126
Excmo. Sr. D. Antonio García Gutierrez, autor dramático	135

VARIEDADES.	Págs.
Vistas de Madrid	45
Miguel Ángel	47
Vistas de Barcelona	55
En el jardin	98
Dia de campo	102
Peces del Támesis	104
En la estufa	111
Floricultura	115
Vistas de Berlin	122
La torre de Galata	131
Sala de conciertos en Leipzig	139
Noche buena	142
Viñetas várias	17, 31, 48, 50, 54, 64, 74, 83, 96, 107, 112, 118, 199, 124

(c) Ministerio de Cultura 2006

«MALVIÑA.»

CUADRO DE ROLAND BAUDUIN, EXPRESAMENTE GRABADO POR BREND AMOUR, PARA «LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.»

(c) Ministerio de Cultura 2006

PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Áureo número.	5	Indiccion romana..	XIII
Epacta.	XIV	Letra dominical.	d
Ciclo solar.	18	Letra del martirologio romano.	p

FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesus.	18 de Enero.
Septuagésima.	1 de Febrero.
Sexagésima.	8 de Febrero.
Quincuagésima.	15 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	18 de Febrero.
Pascua de Resurreccion.	5 de Abril.
Patrocinio de San José.	26 de Abril.
Letanías.	11, 12 y 13 de Mayo.
Ascension del Señor.	14 de Mayo.
Pascua de Pentecostes.	24 de Mayo.
La Santísima Trinidad.	31 de Mayo.
Santísimo Corpus Christi.	4 de Junio.
Dominicas entre Pentecostes y Adviento.	26
Santísimo Corazon de Jesus.	12 de Junio.
Purísimo Corazon de María.	14 de Junio.
Fiesta de la Preciosísima Sangre de Jesucristo.	5 de Julio.
San Joaquin, padre de Nuestra Señora.	16 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	4 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora..	8 de Noviembre.
Adviento.	29 de Noviembre.

TÉMPORAS.

I. — El 25, 27 y 28 de Febrero.	III. — El 16, 18 y 19 de Setiembre.
II. — El 27, 29 y 30 de Mayo.	IV. — El 16, 18 y 19 de Diciembre.

DIAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.
Los Viérnes y Sábados de Adviento; advirtiendo que cuando la fiesta de la *Purísima Concepcion de Nuestra Señora* cae en Viérnes ó Sábado, se anticipa el ayuno al Juéves próximo precedente.

La Vigilia de *Pentecostes* (con abstinencia de carne). . .	23 de Mayo.
Miércoles, *Viérnes* y *Sábado* de las cuatro Témporas.	
Vigilia de *San Pedro* y *San Pablo* (con abstinencia de carne).	27 de Junio.
De *Santiago Apóstol*.	24 de Julio.
De la *Asuncion de Nuestra Señora* (con abstinencia de carne).	14 de Agosto.
De *Todos los Santos*.	31 de Octubre.
De *Navidad* (con abstinencia de carne).	24 de Diciembre.
Tambien es ayuno con abstinencia de carne el *Miércoles*, *Juéves*, *Viérnes* y *Sábado* de la Semana Santa.	1, 2, 3 y 4 de Abril.

ADVERTENCIA. Ningun dia de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la Cuaresma, ni áun los Domingos.

Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgacion, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los *dias de ayuno*, los *Domingos de Cuaresma* y todos los *Viérnes* del año.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 13 de Abril, y se cierran respectivamente el 31 de Enero y el 28 de Noviembre.

DIAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 10 y 24 de Febrero; el 7, 8, 15, 27 y 28 de Marzo; el 8 de Abril, y el 28 y 30 de Mayo.

AÑO ASTRONÓMICO.

POSICION GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud. . . . 40° 24′ 30″ N.
Longitud. . . . 0ʰ 10ᵐ 4ˢ,2 al E. del Observatorio de San Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

En *Acuario*, el 19 de Enero.
En *Piscis*, el 18 de Febrero.
En *Aries*, el 20 de Marzo.-*Primavera.*
En *Tauro*, el 19 de Abril.
En *Géminis*, el 20 de Mayo.
En *Cáncer*, el 21 de Junio. — *Estío.*
En *Leo*, el 22 de Julio. — *Canícula.*
En *Virgo*, el 22 de Agosto.
En *Libra*, el 22 de Setiembre.—*Otoño.*
En *Escorpio*, el 23 de Octubre.
En *Sagitario*, el 22 de Noviembre.
En *Capricornio*, el 21 Dic.-*Invierno.*

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA. — Entra el 20 de Marzo á las 10 h. y 14 m. de la mañana.
ESTÍO. — Entra el 21 de Junio á las 6 h. y 36 m. de la mañana.
OTOÑO. — Entra el 22 de Setiembre á las 9 h. y 1 m. de la noche.
INVIERNO. — Entra el 21 de Diciembre á las 3 h. y 12 m. de la tarde.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

MARZO 16. *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 3ʰ 2ᵐ 6, tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 133° 10′ O. de Madrid y latitud 13° 24′ N.

El eclipse central principia en la Tierra á 4ʰ 24ᵐ 8 (1), y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 153° 1′ O. y latitud 35° 54′ N.

El eclipse central á mediodía sucede á 5ʰ 59ᵐ 6, en la longitud 87° 45′ O., y latitud 56° 18′ N.

El eclipse central termina en la Tierra á 6ʰ 37ᵐ 1, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud 11° 25′ O., y latitud 71° 20′ N.

El eclipse termina en la Tierra á 7ʰ 59ᵐ 2, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 29° 20′ O., y latitud 49° 1′ N.

Este eclipse será visible en una pequeña parte de Europa y Asia, en toda la América Septentrional, en el estrecho de Behering, en parte del Océano Atlántico y Pacífico, y en parte del Mar Polar Artico.

MARZO 30. *Eclipse parcial de Luna*, invisible en Madrid.

Principio del eclipse á las 2ʰ y 44ᵐ de la tarde.
Medio del eclipse á las 4ʰ y 20ᵐ de la tarde.
Fin del eclipse á las 5ʰ y 55ᵐ de la tarde.

El principio de este eclipse será visible en toda el Asia, en una pequeña parte de Europa, Africa y de la América Septentrional, en la Australia, en las Islas Filipinas, en el estrecho de Behering, en gran parte del Océano Indico y Pacífico, en gran parte del Mar Polar Antártico y en parte del Artico.

(1) *Siempre tiempo medio astronómico de Madrid.*

El fin del eclipse será visible en casi toda Europa, Asia y Africa, en la Australia, en las Islas Filipinas, en todo el Océano Indico, en parte del Pacífico y del Atlántico, en gran parte del Mar Polar Antártico y en una pequeña parte del Artico.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte austral del limbo, 0'880, tomando como unidad el diámetro de la Luna.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 41° de su vértice austral hácia Oriente (vision directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 76° de su vértice austral hácia Occidente (vision directa).

SETIEMBRE 8. *Eclipse total de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra, á 6ʰ 21ᵐ 3, tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 175° 34′ E. de Madrid, y latitud 16° 15′ S.

El eclipse central principia en la Tierra á 7ʰ 41ᵐ 6, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 158° 35′ E. y latitud 41° S.

El eclipse central á mediodía sucede á 8ʰ 55ᵐ 1, en la longitud 136° 58′ O., y latitud 57° 46′ S.

El eclipse central termina en la Tierra á 9ʰ 32ᵐ 7, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud 73° 56′ O., y latitud 74° 43′ S.

El eclipse termina en la Tierra á 10ʰ 53ᵐ, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud 80° 31′ O., y latitud 50° 39′ S.

Este eclipse será visible en una pequeña parte de la Australia y América Meridional, en parte del Océano Pacífico y del Mar Polar Antártico.

SETIEMBRE 24. *Eclipse parcial de Luna*, invisible en Madrid.

Principio del eclipse á las 6ʰ de la mañana.
Medio del eclipse á las 7ʰ y 33ᵐ de la mañana.
Fin del eclipse á las 9ʰ y 7ᵐ de la mañana.

El principio de este eclipse será visible en las dos Américas, en una pequeña parte de Europa, Asia y Africa, en el estrecho de Behering, en gran parte del Océano Pacífico, en casi todo el Atlántico y en parte de los Mares Polares.

El fin de este eclipse será visible en toda la América Septentrional y en gran parte de la Meridional, en gran parte de la Australia, en una pequeña parte de Asia, en el estrecho de Behering, en gran parte del Océano Pacífico, en una pequeña parte del Atlántico y en parte de los Mares Polares.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte boreal del limbo, 0'785; tomando como unidad el diámetro de la Luna.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 37° de su vértice boreal hácia Oriente (vision directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 73° de su vértice boreal hácia Occidente (vision directa).

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO MADRID BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1885.

ENERO.

Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
7.23	1 Juév. *Fiesta.* La Circuncision del Señor, y san Fulgencio Ruspense, obispo.	4.45
	◉ *Luna llena*, á las 5 h. y 12 m. de la m., en *Cáncer.*	
7.23	2 Viér. La Aparicion de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir, y san Macario, abad.	4.45
7.24	3 Sáb. San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, vírgen, patrona de París.	4.46
7.24	4 Dom. San Tito, obispo, y san Aquilino y compañeros mártires.	4.47
7.24	5 Lún. San Telesforo, papa y mártir, y san Simeon Stilita.	4.48
7.24	6 Márt. *Fiesta.* La Epifanía ó La Adoracion de los Santos Reyes, y el beato Juan de Rivera, arz. de Valencia.	4.49
7.24	7 Miérc. San Julian, mártir, y san Raimundo de Peñafort.—*Abrense las velaciones.*	4.50
7.23	8 Juév. San Luciano, presbítero, y compañeros mártires.	4.51
	◐ *Cuarto menguante*, á las 3 h. y 22 m. de la m., en *Libra.*	
7.23	9 Viér. San Julian, mártir, y su esposa santa Basilisa, vírgen.	4.52
7.23	10 Sáb. San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amarante, confesor.	4.53
7.23	11 Dom. San Higinio, papa y mártir.	4.54
7.22	12 Lún. San Benito Biscop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martin, canónigo de Leon.	4.55
7.22	13 Márt. San Gumersindo, presbítero, y san Siervo de Dios, mártires.	4.56
7.22	14 Miérc. San Hilario, obispo y doctor, y san Félix de Nola, presbítero y mártir.	4.57
7.22	15 Juév. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.	4.58
7.21	16 Viér. San Marcelo, papa y mártir, y san Marcelo, obispo.	5.00
	◌ *Luna nueva*, á las 8 h. y 22 m. de la m., en *Capricornio.*	
7.21	17 Sáb. San Anton, abad.	5.01
7.20	18 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesus, la Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, vírgen y mártir.	5.02
7.20	19 Lún. San Canuto, rey, san Mario, santa Marta, san Audifaz y san Abacuc, mártires.	5.03
7.19	20 Márt. San Fabian, papa, y san Sebastian, mártires.	5.04
7.19	21 Miérc. San Fructuoso, obispo, san Augurio y san Eulogio, diáconos, y santa Inés, vírgen, todos mártires.	5.05
7.18	22 Juév. San Vicente, diácono, patron de Valencia, y san Anastasio, mártires.	5.07
7.17	23 Viér. *Fiesta en el arzobispado de Toledo.* San Ildefonso, arz. de Toledo, y sta. Emerenciana, vg. y mr., patrona de Teruel.	5.08
7.17	24 Sáb. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	5.09
	◑ *Cuarto creciente*, á la 1 h. y 12 m. de la madr.ª, en *Tauro.*	
7.16	25 Dom. La Conversion de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.	5.10
7.15	26 Lún. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda, romana.	5.11
7.14	27 Márt. San Juan Crisóstomo, ob. y dr., y san Julian y comps. mrs.	5.12
7.13	28 Miérc. San Julian, obispo y patron de Cuenca, san Valero, obispo de Zaragoza, san Tirso y compañeros mártires, y la Aparicion de santa Inés, vírgen y mártir.	5.14
7.13	29 Juév. San Francisco de Sáles, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitacion de Nuestra Señora.	5.15
7.12	30 Viér. San Lésmes, abad, patron de Búrgos, y santa Martina, vírgen y mártir.	5.16
	◉ *Luna llena*, á las 4 h. y 5 m. de la t., en *Leo.*	
7.11	31 Sáb. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, viuda.—*Ciérranse las velaciones.*	5.17

FEBRERO.

Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
7.10	1 Dom. *de Septuagésima.* San Ignacio, y san Cecilio, patron de Granada, obispos y mártires.—*Anima.*	5.19
7.09	2 Lún. *Fiesta.* La Purificacion de Nuestra Señora, y san Cornelio Centurion, obispo.	5.20
7.08	3 Márt. San Blas, obispo y mr., y el beato Nicolas de Longobardo.	5.21
7.07	4 Miérc. San Andres Corsino, obispo, y san José de Leonisa, cfr.	5.22
7.06	5 Juév. Santa Agueda, vírgen y mártir, y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japon.	5.23
7.05	6 Viér. Santa Dorotea, vírgen, y san Teófilo, mártires.	5.25
	◐ *Cuarto menguante*, á las 10 h. y 23 m. de la n., en *Escorpio.*	
7.04	7 Sáb. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.	5.26
7.03	8 Dom. *de Sexagésima.* San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.	5.27
7.01	9 Lún. Santa Apolonia, vírgen y mártir.	5.28
7.00	10 Márt. Santa Escolástica, vírgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.	5.29
6.59	11 Miérc. San Saturnino, presbítero, y compañeros mártires, y los beatos siete Siervos de María, fundadores.	5.31
6.58	12 Juév. Santa Eulalia de Barcelona, vírgen y mártir, y la primera Traslacion de san Eugenio, arzobispo de Toledo.	5.32
6.57	13 Viér. San Benigno, mártir, y santa Catalina de Rizzis, vírgen.	5.33
6.55	14 Sáb. San Valentin, presbítero y mártir, y el beato Juan Bautista de la Concepcion, fundador.	5.34
6.54	15 Dom. *de Quincuagésima.* San Faustino y santa Jovita, hermanos, mártires.	5.35
	◌ *Luna nueva*, á las 2 h. y 7 m. de la madr.ª, en *Acuario.*	
6.53	16 Lún. San Julian y 5.000 compañeros, mártires.	5.37
6.51	17 Márt. San Julian de Capadocia, mártir.	5.38
6.50	18 Miérc. *de Ceniza.* San Eladio, arzobispo de Toledo, san Simeon, obispo y mártir, y san Teotonio, confesor.—*Principia el ayuno de Cuaresma.*	5.39
6.49	19 Juév. San Gabino, presbítero y mártir, y san Álvaro de Córdoba.	5.40
6.47	20 Viér. San Leon y san Eleuterio, obispos.	5.41
6.46	21 Sáb. San Félix y san Maximiano, obispos.	5.43
6.45	22 Dom. *I de Cuaresma.* La Cátedra de san Pedro en Antioquía, y san Pascasio, obispo.	5.44
	◑ *Cuarto creciente*, á las 10 h. y 16 m. de la m., en *Géminis.*	
6.43	23 Lún. San Pedro Damiano, obispo, cardenal y doctor, santa Marta, vírgen y mártir, y santa Margarita de Cortona, penitente.	5.45
6.42	24 Márt. San Matías, apóstol, y san Modesto, obispo.—*Anima.*	5.46
6.40	25 Miérc. San Cesáreo, confesor, y el beato Sebastian de Aparicio.—*Témpora.—Ayuno.*	5.47
6.39	26 Juév. San Alejandro, obispo.	5.48
6.37	27 Viér. San Baldomero, confesor.—*Témpora.—Ayuno.*	5.49
6.36	28 Sáb. San Roman, abad, santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros mrs.—*Témpora.—Ayuno.—Ordenes.*	5.50

MARZO.

6.34	1 Dom. *II de Cuaresma.* El santo Angel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.	5.52
	◉ *Luna llena*, á las 3 h. y 46 m. de la m., en *Virgo.*	
6.33	2 Lún. San Lucio, obispo.	5.53
6.31	3 Márt. Santos Emeterio y Celedonio, mrs., patronos de Calahorra.	5.54
6.30	4 Miérc. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio, papa y mártir.	5.55
6.28	5 Juév. San Eusebio y compañeros mártires.	5.56
6.27	6 Viér. Santos Víctor y Victoriano, mártires.	5.57
6.25	7 Sáb. Santo Tomás de Aquino, confesor y doctor, y santas Perpétua y Felicitas, mártires.—*Anima.*	5.58
6.23	8 Dom. *III de Cuaresma.* San Juan de Dios, fundador, san Julian, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.—*Anima.*	5.59
	◐ *Cuarto menguante*, á las 6 h. y 39 m. de la t., en *Sagitario.*	
6.22	9 Lún. Santa Francisca, viuda, romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Bolonia, vírgen.	6.00
6.20	10 Márt. Santos Meliton y 39 compañeros, mártires en Sebaste.	6.01
6.19	11 Miérc. San Eulogio, presbítero, y san Vicente, abad, mártires.	6.03
6.17	12 Juév. San Gregorio Magno, papa y doctor.	6.04
6.15	13 Viér. San Leandro, arzobispo de Sevilla, san Rodrigo y san Salomon, mártires.	6.05
6.14	14 Sáb. Santa Matilde, reina, y la Traslacion de sta. Florentina, vg.	6.06
6.12	15 Dom. *IV de Cuaresma.* San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisebuto, abad, santa Leocricia, vírgen y mártir, y san Longinos y compañeros, mártires.—*Anima.*	6.07
6.11	16 Lún. San Julian de Anazarbo, mártir.	6.08
	◌ *Luna nueva*, á las 5 h. y 22 m. de la t., en *Piscis.*	
6.09	17 Márt. San Patricio, obispo y confesor.	6.09
6.07	18 Miérc. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.	6.10
6.06	19 Juév. San José, esposo de Ntra. Sra., patron de la Iglesia universal, y el beato Juan de Santo Domingo, mr.	6.11
6.04	20 Viér. San Niceto, obispo, y santa Eufemia, mr.—(Primavera.)	6.12
6.02	21 Sáb. San Benito, abad y fundador.—*Ordenes.*	6.13
6.01	22 Dom. *de Pasion.* San Deogracias y san Bienvenido, obispos.	6.14
5.59	23 Lún. San Victoriano y compañeros mártires, y el beato José Oriol, presbítero.	6.15
	◑ *Cuarto creciente*, á las 5 h. y 8 m. de la t., en *Cáncer.*	
5.57	24 Márt. San Agapito, obispo y mártir, y el beato José María Tomasi, cardenal.	6.16
5.56	25 Miérc. *Fiesta.* La Anunciacion de Nuestra Señora y Encarnacion del Hijo de Dios, y san Dimas el Buen Ladron.	6.17
5.54	26 Juév. San Braulio, obispo de Zaragoza.	6.18
5.52	27 Viér. Los Dolores de Nuestra Señora, y san Ruperto, ob.—*Anima.*	6.19
5.51	28 Sáb. San Sixto III, papa, san Cástor y san Doroteo, mrs.—*Anima.*	6.20
5.49	29 Dom. *de Ramos.* San Eustasio, abad.	6.21
5.47	30 Lún. *Santo.* San Juan Clímaco, abad.	6.22
	◉ *Luna llena*, á las 4 h. y 25 m. de la t., en *Libra.*	
5.46	31 Márt. *Santo.* Santa Balbina, vírgen, san Amós, profeta, y el beato Amadeo de Saboya.	6.23

(c) Ministerio de Cultura 2006

ABRIL.

Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
5.44	1 Miérc. *Santo.* San Venancio, ob. y mr.— *Abstinencia de carne.*	6.24
5.43	2 Juév. *Santo.* San Francisco de Paula, fundador de la Órden de los Mínimos, y santa María Egipciaca, penitente.— *Abstinencia de carne.*	6.26
5.41	3 Viér. *Santo.* San Pancracio, obispo, san Ulpiano, mártir, san Benito de Palermo, y santa Burgundófora, vírgen.— *Abstinencia de carne.*	6.27
5.39	4 Sáb. *Santo.* San Isidoro, arzobispo de Sevilla, doctor de la Iglesia.— *Abstinencia de carne.*— *Órdenes.*	6.28
5.38	5 Dom. PASCUA DE RESURRECCION. San Vicente Ferrer, patron de Valencia, santa Emilia, y la beata Juliana, vírgen.	6.29
5.36	6 Lún. San Celestino, papa y mártir.	6.30
5.34	7 Márt. San Epifanio, obispo, y san Ciriaco, mártires.	6.31
	☾ *Cuarto menguante*, á las 2 h. y 28 m. de la t., en *Capricornio.*	
5.33	8 Miérc. San Dionisio, obispo, y el beato Julian de san Agustin.— *Anima.*	6.32
5.31	9 Juév. Santa María Cleofé, y santa Casilda, vírgen, princesa de Toledo.	6.33
5.30	10 Viér. San Daniel y san Ezequiel, profetas.	6.34
5.28	11 Sáb. San Leon Magno, papa y doctor.	6.35
5.27	12 Dom. *de Cuasimodo ó in albis.* San Víctor, mr.. y san Cenon, ob.	6.36
5.25	13 Lún. San Hermenegildo, rey de Sevilla, mártir.— *Abrense las velaciones.*	6.37
5.23	14 Márt. San Tiburcio, san Valeriano y san Máximo, mártires, y san Pedro Gonzalez Telmo, patron de Tuy.	6.38
5.22	15 Miérc. Santa Basilisa y santa Anastasia, mártires.	6.39
	☺ *Luna nueva*, á las 5 h. y 37 m. de la m., en *Aries.*	
5.20	16 Juév. Santa Engracia, vg., y diez y ocho compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio, obispo de Astorga.	6.40
5.19	17 Viér. San Aniceto, papa y mártir, la beata María Ana de Jesus, y los santos mártires de Córdoba, Elías, Pablo é Isidoro.	6.41
5.18	18 Sáb. San Eleuterio, obispo, y san Perfecto, mártires, y el beato Andres Hibernon.	6.42
5.16	19 Dom. San Vicente de Colibre y san Hermógenes, mártires.	6.43
5.15	20 Lún. Santa Inés de Monte-Pulciano, vírgen.	6.44
5.13	21 Márt. San Anselmo, obispo y doctor.	6.45
	☽ *Cuarto creciente*, á las 11 h. y 6 m. de la n., en *Leo.*	
5.12	22 Miérc. San Sotero y san Cayo, papas y mártires.	6.46
5.10	23 Juév. San Jorge, mártir.	6.47
5.09	24 Viér. San Fidel de Sigmaringa, mártir, y san Gregorio, obispo.	6.48
5.07	25 Sáb. San Márcos, evangelista, y san Aniano, obispo.— *Letanías mayores.*	6.49
5.06	26 Dom. El Patrocinio de san José, santos Cleto y Marcelino, papas y mártires, la Traslacion de santa Leocadia, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.	6.50
5.05	27 Lún. San Anastasio, papa y mártir, santo Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, y san Pedro Armengol.	6.51
5.03	28 Márt. San Prudencio, obispo, san Vidal, mártir, y san Pablo de la Cruz, fundador.	6.52
5.02	29 Miérc. San Pedro de Verona, mártir.	6.53
	● *Luna llena*, á las 5 h. y 59 m. de la m., en *Escorpio.*	
5.01	30 Juév. Santa Catalina de Sena, y los santos mártires de Córdoba, Amador, presbítero, Pedro y Luis.	6.54

MAYO.

Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
4.59	1 Viér. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles, san Orencio y santa Paciencia, padres del mártir san Lorenzo.	6.55
4.58	2 Sáb. San Atanasio, ob. y dr., y la beata Mafalda, reina de Castilla.	6.56
4.57	3 Dom. La Invencion de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa, Evencio y Teodulo, mrs., y san Juvenal, ob.	6.57
4.56	4 Lún. Santa Mónica.	6.58
4.54	5 Márt. San Pio V, papa, san Sacerdote, obispo, y La Conversion de san Agustin.	6.59
4.53	6 Miérc. San Juan Ante-Portam-Latinam, apóstol y evangelista, y san Juan Damasceno, confesor.	7.00
4.52	7 Juév. San Estanislao, obispo y mártir.	7.01
	☾ *Cuarto menguante*, á las 8 h. y 28 m. de la m., en *Acuario.*	
4.51	8 Viér. La Aparicion del arcángel san Miguel.	7.02
4.50	9 Sáb. San Gregorio Nacianceno, obispo y doctor, y san Gregorio, cardenal y obispo de Ostia.	7.03
4.49	10 Dom. San Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epímaco, mártires.	7.04
4.48	11 Lún. Nuestra Señora de los Desamparados, san Mamerto, obispo, y san Anastasio, mártir, patron de Lérida.— *Letanías.*	7.05
4.47	12 Márt. Santo Domingo de la Calzada, y los santos Nereo, Aquileo, Domitila y Pancracio, mártires.— *Letanías.*	7.06
4.46	13 Miérc. San Pedro Regalado, cf., patron de Valladolid.— *Letanías.*	7.07
4.45	14 Juév. *Fiesta.* LA ASCENSION DEL SEÑOR, y san Bonifacio, mártir.	7.08
	☺ *Luna nueva*, á las 3 h. y 3 m. de la t., en *Tauro.*	
4.44	15 Viér. *Fiesta en Madrid.* SAN ISIDRO LABRADOR, patron de Madrid, san Torcuato y seis compañeros, obispos y mártires, y san Vitesindo, mártir de Córdoba.	7.09
4.43	16 Sáb. San Juan Nepomuceno, proto-mártir del sigilo de la confesion, san Ubaldo, obispo, y el beato Simon Stok.	7.10
4.42	17 Dom. San Pascual Bailon, confesor.	7.11
4.41	18 Lún. San Venancio, mártir, y san Félix de Cantalicio.	7.12
4.40	19 Márt. San Pedro Celestino, papa, san Juan de Cetina y san Pedro de Dueñas, mártires, y santa Pudenciana, vírgen.	7.13
4.39	20 Miérc. San Bernardino de Sena, confesor.	7.14
4.38	21 Juév. Santa María de Cervellon ó de Socors, vírgen, y san Secundino, mártir.	7.15
	☽ *Cuarto creciente*, á las 5 h. y 30 m. de la m., en *Virgo.*	
4.38	22 Viér. Santa Quiteria y santa Julia, vírgenes y mártires, san Aton, obispo, el beato Pedro de la Asuncion, mr., y la beata Rita de Casia, viuda.	7.16
4.37	23 Sáb. La Aparicion de Santiago, apóstol, san Basileo y san Epitacio, obispos y mrs.— *Ayuno con abstinencia de carne.*	7.17
4.36	24 Dom. *de Pentecostes.* San Robustiano y el beato Juan de Prado, mrs., y la Traslacion de santo Domingo de Guzman.	7.17
4.35	25 Lún. San Gregorio VII, papa, san Urbano, papa y mártir, y santa María Magdalena de Pazzis, vírgen.	7.18
4.35	26 Márt. San Felipe Neri, confesor, y san Eleuterio, papa y mártir.	7.19
4.34	27 Miérc. San Juan, papa y mártir.— *Témpora.*— *Ayuno.*	7.20
4.34	28 Juév. San Justo, ob. de Urgel, y san Justo, confesor.— *Anima.*	7.21
	● *Luna llena*, á las 8 h. y 16 m. de la n., en *Sagitario.*	
4.33	29 Viér. San Maximino, ob., y san Restituto, mr.— *Témpora.*— *Ayuno.*	7.21
4.33	30 Sáb. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y mártir.— *Témpora.*— *Ayuno.*— *Órdenes.*— *Anima.*	7.22
4.32	31 Dom. La Santísima Trinidad, Nuestra Señora, Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, los santos German, Paulino, Justo y Sicio, mártires, y santa Petronila y santa Angela de Mérici, vírgenes.	7.23

JUNIO.

4.32	1 Lún. San Segundo, obispo y mártir, san Íñigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mártires.	7.24
4.31	2 Márt. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mártires, y san Juan de Ortega, presbítero.	7.25
4.31	3 Miérc. San Isaac, mártir, y el beato Juan Grande, confesor.	7.25
4.30	4 Juév. *Fiesta.* SANCTISSIMUM CORPUS CHRISTI, y san Francisco Caracciolo, fundador.	7.26
4.30	5 Viér. San Bonifacio, obispo y mártir.	7.27
	☾ *Cuarto menguante*, á las 11 h. y 50 m. de la n., en *Piscis.*	
4.30	6 Sáb. San Norberto, arzobispo y fundador del Órden premostratense.	7.27
4.29	7 Dom. San Pedro y compañeros mártires, monjes, de Córdoba.	7.28
4.29	8 Lún. San Salustiano, confesor, y san Eutropio, obispo.	7.28
4.29	9 Márt. San Primo y san Feliciano, hermanos, mártires.	7.29
4.29	10 Miérc. Santa Margarita, reina de Escocia, san Críspulo y san Restituto, mártires.	7.29
4.29	11 Juév. San Bernabé, apóstol.	7.30
4.29	12 Viér. El Santísimo Corazon de Jesus, san Juan de Sahagun, san Onofre, anacoreta, y los santos Basílides, Cirino, Nabor y Nazario, mártires.	7.30
	☺ *Luna nueva*, á las 10 h. y 27 m. de la n., en *Géminis.*	
4.29	13 Sáb. San Antonio de Pádua, y san Fandila, presbítero y mártir.	7.31
4.29	14 Dom. El Purísimo Corazon de María, san Basilio, obispo y doctor, y san Eliseo, profeta.	7.31
4.29	15 Lún. San Vito, san Modesto, santa Crescencia y santa Benilde, mártires.	7.32
4.29	16 Márt. San Juan Francisco Régis, san Quírico y santa Julita, mártires, y santa Lutgarda, vírgen.	7.32
4.29	17 Miérc. San Manuel y compañeros, mártires, santa Teresa, reina de Leon, y los santos Anastasio, Félix y santa Digna, mártires de Córdoba.	7.33
4.29	18 Juév. Santos Marco y Marceliano, y san Ciriaco y santa Paula, mártires.	7.33
4.29	19 Viér. Santa Juliana de Falconeri, vírgen, san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mártires.	7.33
	☽ *Cuarto creciente*, á la 1 h. y 34 m. de la t., en *Virgo.*	
4.29	20 Sáb. San Silverio, papa y mártir, santa Florentina, vírgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japon.	7.33
4.29	21 Dom. San Luis Gonzaga, confesor, y san Raimundo, obispo de Barbastro.— (ESTÍO.)	7.34
4.30	22 Lún. San Paulino, obispo, y san Acacio y compañeros, mártires.	7.34
4.30	23 Márt. San Juan, presbítero y mártir.	7.34
4.30	24 Miérc. La Natividad de San Juan Bautista.	7.34
4.30	25 Juév. San Guillermo, abad, san Eloy, obispo, y santa Orosia, vírgen y mártir, patrona de Jaca.	7.34
4.31	26 Viér. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mártires.	7.34
4.31	27 Sáb. San Zoilo, mártir, y san Ladislao, rey de Hungría.— *Ayuno con abstinencia de carne.*	7.34
	● *Luna llena*, á las 11 h. y 3 m. de la m., en *Capricornio.*	
4.31	28 Dom. San Leon II, papa, y san Argimiro, mártir.	7.34
4.32	29 Lún. *Fiesta.* SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.	7.34
4.32	30 Márt. La Conmemoracion del apóstol san Pablo, y san Marcial, ob.	7.34

(c) Ministerio de Cultura 2006

JULIO.

Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
4.33	1 Miérc. San Casto y san Secundino, mártires.	7.34
4.33	2 Juév. La Visitacion de Nuestra Señora, y los santos Proceso y Martiniano, mártires.	7.34
4.34	3 Viér. San Trifon y comps., mrs., y el bto. Raimundo Lulio, mr.	7.34
4.34	4 Sáb. San Laureano, obispo y mártir, y el beato Gaspar Bono.	7.34
4.35	5 Dom. La Preciosísima Sangre de Ntro. Señor Jesucristo, santos Cirilo y Metodio, obispos, y san Miguel de los Santos.	7.33
	☾ *Cuarto menguante*, á las 12 h. y 11 m. del dia, en *Aries*.	
4.35	6 Lún. Santa Lucia, mártir.	7.33
4.36	7 Márt. San Fermin, obispo y mártir, san Odon, obispo, san Lorenzo de Brindis, y santa Pulqueria, emperatriz.	7.33
4.37	8 Miérc. Santa Isabel, reina de Portugal.	7.32
4.37	9 Juév. San Cirilo, obispo y mártir.	7.32
4.38	10 Viér. Los santos doce Hermanos, mártires, santa Amalia ó Amelia, vg., y las santas Rufina y Segunda, vgs. y mrs.	7.32
4.39	11 Sáb. San Pio I, papa y mártir, san Abundio, mártir, y santa Verónica de Julianis, virgen.	7.31
4.39	12 Dom. San Juan Gualberto, abad, santos Nabor y Félix, mártires, y santa Marciana, virgen y mártir.	7.31
	☽ *Luna nueva*, á las 5 h. y 1 m. de la m., en *Cáncer*.	
4.40	13 Lún. San Anacleto, papa y mártir.	7.30
4.41	14 Márt. San Buenaventura, obispo y doctor.	7.30
4.42	15 Miérc. San Camilo de Lélis, fundador de los Agonizantes, san Enrique, emperador, y los btos. cuarenta mrs. del Brasil.	7.29
4.42	16 Juév. El Triunfo de la Santa Cruz, Nuestra Señora del Cármen, y san Sisenando, diácono, mártir de Córdoba.	7.29
4.43	17 Viér. San Alejo, confesor.	7.28
4.44	18 Sáb. Santa Sinforosa y sus siete hijos, san Federico, obispo, y santa Marina, virgen, todos mártires.	7.27
	☽ *Cuarto creciente*, á las 12 h. y 5 m. de la n., en *Libra*.	
4.45	19 Dom. San Vicente de Paul, fundador de las Hijas de la Caridad, santa Justa y santa Rufina, vírgenes y mártires, patronas de Sevilla, y santa Áurea, virgen y mártir.	7.27
4.46	20 Lún. San Elías, profeta, san Jerónimo Emiliano, fundador, y santas Librada y Margarita, vírgenes y mártires.	7.26
4.47	21 Márt. Santa Práxedes, virgen.	7.25
4.47	22 Miérc. Santa María Magdalena, penitente.	7.24
4.48	23 Juév. San Apolinar, ob. y mr., san Liborio, ob., y los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mrs.—(CANÍCULA.)	7.24
4.49	24 Viér. Sta. Cristina, vg. y mr., y san Francisco Solano, cf.—*Ayuno*.	7.23
4.50	25 Sáb. *Fiesta*. SANTIAGO APÓSTOL, patron de España, y san Cristóbal, mártir.	7.22
4.51	26 Dom. Santa Ana, madre de la Santísima virgen María.	7.21
4.52	27 Lún. San Pantaleon, san Cucufate, sta. Juliana y sta. Semproniana, vgs. y mrs., patronas de Mascaró, san Jorge, diácono, san Félix, san Aurelio, santa Natalia y santa Liliosa, mártires.	7.20
	◉ *Luna llena*, á las 2 h. y 8 m. de la madrugada, en *Acuario*.	
4.53	28 Márt. Santos Nazario, Celso y Víctor, papa, mártires, san Inocencio, papa, y la beata Catalina Tomás, virgen.	7.19
4.54	29 Miérc. Santa Marta, virgen, y los santos Félix II, papa, Simplicio, Faustino y Beatriz, mártires.	7.18
4.55	30 Juév. San Abdon, san Senen y san Teodomiro, mártires, y el beato Mannés de Guzman, confesor.	7.17
4.56	31 Viér. San Ignacio de Loyola, fundador de la Comp.ª de Jesus, cf.	7.16

AGOSTO.

Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
4.57	1 Sáb. San Pedro Advíncula, los santos hermanos Macabeos, mártires, y san Félix, mártir de Africa.	7.15
4.57	2 Dom. Nuestra Señora de los Ángeles, san Alfonso María de Ligorio, obispo y doctor, san Pedro, obispo de Osma, y la beata Juana de Aza.—*Jubileo de la Porciúncula*.	7.14
4.58	3 Lún. La Invencion del cuerpo de san Estéban, proto-mártir.	7.13
	☾ *Cuarto menguante*, á las 9 h. y 41 m. de la n., en *Tauro*.	
4.59	4 Márt. Santo Domingo de Guzman, fundador de la Órden de Predicadores, confesor.	7.12
5.00	5 Miérc. Ntra. Señora de las Nieves, y san Abel ó Abelardo, abad.	7.11
5.01	6 Juév. La Transfiguracion del Señor, y los santos niños Justo y Pastor, mártires, patronos de Alcalá de Henáres, san Sixto II, papa y mártir, y los santos Felicísimo y Agapito, diáconos y mártires.	7.10
5.02	7 Viér. San Cayetano, fundador de los Teatinos, san Alberto de Sicilia, san Estéban, abad, y compañeros mártires, y san Donato, obispo y mártir.	7.08
5.03	8 Sáb. Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo, mártires.	7.07
5.04	9 Dom. San Roman, mártir.	7.06
5.05	10 Lún. San Lorenzo, diácono, mr., y santa Filomena, vg. y mr.	7.05
	☽ *Luna nueva*, á las 11 h. y 59 m. de la m., en *Leo*.	
5.06	11 Márt. San Tiburcio y santa Susana, virgen, mártires.	7.03
5.07	12 Miérc. Santa Clara de Asís, virgen, fundadora de las Clarisas.	7.02
5.08	13 Juév. San Hipólito, san Casiano, sta. Centola y sta. Elena, mrs.	7.01
5.09	14 Viér. San Eusebio, presbítero, y san Pablo, diácono, mártir.—*Ayuno con abstinencia de carne*.	6.59
5.10	15 Sáb. *Fiesta*. LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA y san Alipio, obispo.	6.58
5.11	16 Dom. San Joaquin, esposo de santa Ana y padre de Nuestra Señora la Vírgen María, san Roque y san Jacinto, confesores, y el beato Juan de Santa Marta, mártir.	6.57
5.12	17 Lún. San Pablo y santa Juliana, hermanos, y el beato Francisco de Santa María, mártires.	6.55
	☽ *Cuarto creciente*, á la 1 h. y 32 m. de la t., en *Escorpio*.	
5.13	18 Márt. San Agapito, mártir, santa Elena, emperatriz, y santa Clara de Montefalcó, virgen.	6.54
5.14	19 Miérc. San Luis, obispo, san Magin, ermitaño, y el beato Pedro de Zúñiga, mrs.	6.52
5.15	20 Juév. San Bernardo, abad y doctor.	6.51
5.16	21 Viér. Sta. Juana Francisca Fremiot de Chantal, fra. de la Órden de la Visitacion en compañía de san Francisco de Sáles.	6.50
5.17	22 Sáb. San Timoteo, san Hipólito, obispo, y san Sinforiano, mrs.	6.48
5.18	23 Dom. San Felipe Benicio, confesor, san Cristóbal y san Leovigildo, mártires de Córdoba.	6.47
5.19	24 Lún. San Bartolomé, apóstol.	6.45
5.20	25 Márt. San Luis, rey de Francia, san Ginés de Arlés, san Geroncio, ob., y los beatos Pedro Vazquez y Luis Sotelo, mrs.	6.44
	◉ *Luna llena*, á las 5 h. y 11 m. de la t., en *Piscis*.	
5.21	26 Miérc. San Ceferino, papa, y san Víctor, presbítero, mártires.	6.42
5.22	27 Juév. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pias, san Rufo, obispo, y la Transverberacion del corazon de santa Teresa de Jesus.	6.40
5.23	28 Viér. San Agustin, obispo y doctor, y san Hérmes, mártir.	6.39
5.24	29 Sáb. La Degollacion de san Juan Bautista, santa Sabina, y los beatos Juan y Pedro, mártires.	6.37
5.25	30 Dom. Santa Rosa de Lima, vg., y san Félix y san Adaucto, mrs.	6.36
5.26	31 Lún. San Ramon Nonnato, cardenal, y sto. Domingo de Val, mr.	6.34

SETIEMBRE.

5.27	1 Márt. San Vicente y san Leto, mártires de Toledo, los santos doce Hermanos, mrs., san Gil, abad, y santa Ana, profetisa.	6.33
5.28	2 Miérc. Ntra. Sra. de la Consolacion y Correa, san Estéban, rey de Hungría, y san Antolín, mártir, patron de Palencia.	6.31
	☾ *Cuarto menguante*, á las 5 horas de la m., en *Géminis*.	
5.28	3 Juév. San Sandalio, mr., san Ladislao, rey, y los beatos Francisco de Jesus y Gabriel de la Magdalena, mrs. del Japon.	6.29
5.29	4 Viér. Stas. Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalía de Palermo, vgs.	6.28
5.30	5 Sáb. San Lorenzo Justiniano, obispo, la Conmemoracion de san Julian, ob. de Cuenca, y santa Obdulia, vg. y mr.	6.26
5.31	6 Dom. San Eugenio y compañeros, mártires.	6.25
5.32	7 Lún. Santa Regina, virgen y mártir.	6.23
5.33	8 Márt. *Fiesta*. LA NATIVIDAD DE NTRA. SRA., y san Adrian, mr.	6.21
	☽ *Luna nueva*, á las 8 h. y 29 m. de la n., en *Virgo*.	
5.34	9 Miérc. San Gorgonio, mártir, santa María de la Cabeza, esposa de san Isidro Labrador, san Gregorio Oset, y el beato Pedro Claver, confesor.	6.20
5.35	10 Juév. San Nicolás de Tolentino, san Pedro, obispo de Compostela, y el bto. Francisco de Morales y comps., mrs. del Japon.	6.18
5.36	11 Viér. San Proto y san Jacinto, hermanos, mártires.	6.16
5.37	12 Sáb. San Leoncio y compañeros, san Vicente, abad, y los beatos Tomás de Zumárraga y Apolinar Franco, todos mrs.	6.15
5.38	13 Dom. El Dulcísimo Nombre de María, y san Felipe, mártir.	6.13
5.39	14 Lún. La Exaltacion de la santa Cruz, y santa Catalina de Génova, viuda.	6.11
5.40	15 Márt. San Nicomédes, presbítero y mártir, san Emila, diácono, y san Jeremías, mártires de Córdoba.	6.10
5.41	16 Miérc. San Cornelio, papa, san Cipriano, obispo, santa Eufemia, santa Lucía y san Geminiano, todos mártires.—*Témpora*.—*Ayuno*.	6.08
	☽ *Cuarto creciente*, á las 6 horas de la m., en *Sagitario*.	
5.42	17 Juév. La Impresion de las llagas de san Francisco de Asís, sta. Columba, vg. y mr., y el bto. Pedro Arbués, mr.	6.06
5.43	18 Viérn. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, y san José de Cupertino, confesor.—*Témpora*.—*Ayuno*.	6.05
5.44	19 Sáb. San Genaro, obispo, y compañeros mártires, santa Pomposa, vírgen y mártir, y el beato Alonso de Orozco.—*Témpora*.—*Ayuno*.—*Ordenes*.	6.03
5.45	20 Dom. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora, san Eustaquio y compañeros mártires, san Rogelio y san Siervo de Dios, mártires de Córdoba, y el beato Francisco de Posadas.	6.01
5.46	21 Lún. San Mateo, apóstol y evangelista.	6.00
5.47	22 Márt. San Mauricio y compañeros mártires.	5.58
5.48	23 Miérc. San Lino, papa, y santa Tecla, virgen, mártires, santa Jantipa y santa Polixena.—(OTOÑO.)	5.56
5.49	24 Juév. Ntra. Sra. de las Mercedes, y el beato Dalmacio Moner, cf.	5.55
	◉ *Luna llena*, á las 7 h. y 40 m. de la m., en *Aries*.	
5.50	25 Viérn. San Lope, ob., san Formerio, mr., y el sto. niño Cristóbal.	5.53
5.51	26 Sáb. San Cipriano y santa Justina, vg., mrs., y san García, abad.	5.51
5.52	27 Dom. San Cosme y san Damian, hermanos, mártires.	5.50
5.53	28 Lún. San Wenceslao, duque de Bohemia, san Adulfo y san Juan, mrs., sta. Eustoquia, vg., y el bto. Simon de Rojas, cf.	5.48
5.54	29 Márt. La Dedicacion del arcángel san Miguel.	5.46
5.55	30 Miérc. San Jerónimo, presbítero y doctor, y santa Sofía, viuda.	5.45

(c) Ministerio de Cultura 2006

Ortos del Sol.	OCTUBRE.	Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
5.56	1 Juév. El santo Angel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, obispo.	5.43
	☾ *Cuarto menguante*, á las 11 h. y 14 m. de la m., en *Cáncer*.	
5.57	2 Viér. San Olegario, obispo y mártir, y san Saturio, anacoreta, patron de Soria.	5.41
5.58	3 Sáb. San Cándido, mártir, san Gerardo, abad, y el beato Juan Macías.	5.40
5.59	4 Dom. Nuestra Señora del Rosario, y san Francisco de Asís, fundador de la Órden de los Menores.	5.38
6.00	5 Lún. San Plácido y comps., mrs., san Froilan y san Atilano, obs.	5.36
6.01	6 Márt. San Bruno, fundador de los Cartujos.	5.35
6.02	7 Miérc. San Márcos, papa, san Sergio y compañeros, mártires, y san Martin Cid, abad.	5.33
6.03	8 Juév. Santa Brígida, viuda y fundadora de la Órden del Salvador ó de los Brigitanos, y san Pedro, mr. de Sevilla.	5.32
	☿ *Luna nueva*, á las 7 h. y 17 m. de la m., en *Libra*.	
6.04	9 Viér. San Dionisio Areopagita, obispo, y santos Rústico y Eleuterio, mártires.	5.30
6.05	10 Sáb. San Francisco de Borja y san Luis Beltran, confesores.	5.29
6.06	11 Dom. San Fermin, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir.	5.27
6.07	12 Lún. Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Ciprian, obs. y mrs., y san Serafin de Montegranario, cf.	5.25
6.08	13 Márt. San Eduardo, rey de Inglaterra, san Fausto, san Genaro y san Marcial, mártires.	5.24
6.09	14 Miérc. San Calixto, papa y mártir.	5.22
6.10	15 Juév. Santa Teresa de Jesus, virgen y fundadora de la Descalcez carmelitana, y compatrona de las Españas.	5.21
6.12	16 Viér. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.	5.19
	☽ *Cuarto creciente*, á la 1 h. y 6 m. de la mad., en *Capricornio*.	
6.13	17 Sáb. Santa Eduvigis, viuda, y la beata María de Alacoque.	5.18
6.14	18 Dom. San Lúcas, evangelista.	5.16
6.15	19 Lún. San Pedro de Alcántara, cf., patron de Coria.	5.15
6.16	20 Márt. San Juan Cancio, presbítero, y santa Irene, virgen y mr.	5.13
6.17	21 Miérc. San Hilarion, abad, santa Ursula y comps., vgs. y mrs.	5.12
6.18	22 Juév. Santa Salomé, viuda, santa Nunilo y santa Alodia, vírgenes y mártires.	5.11
6.19	23 Viér. San Pedro Pascual, obispo y mártir, san Juan Capistrano, y san Servando y san German, patronos de Cádiz.	5.09
	● *Luna llena*, á las 9 h. y 8 m. de la n., en *Tauro*.	
6.20	24 Sáb. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvó, obispo.	5.08
6.21	25 Dom. San Crisanto y santa Daría, san Gabino, san Proto, san Genaro, san Crispin y san Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, confesor, patron de Segovia.	5.06
6.23	26 Lún. San Evaristo, papa y mártir, san Luciano, san Marciano, san Valentin y santa Engracia, mártires.	5.05
6.24	27 Márt. San Vicente, santa Sabina y santa Cristeta, hermanos, mártires, patronos de Avila y de Talavera de la Reina.	5.04
6.25	28 Miérc. San Simon y san Júdas Tadeo, apóstoles.	5.03
6.26	29 Juév. San Narciso, obispo, y san Marcelo Centurion, mártires.	5.01
6.27	30 Viér. Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victórico, mártires, y el beato Alonso Rodriguez.	5.00
	☾ *Cuarto menguante*, á las 5 h. y 43 m. de la t., en *Leo*.	
6.28	31 Sáb. San Quintin, mártir, y la Conmemoracion de la batalla del Salado.—*Ayuno*.	4.59

Ortos del Sol.	NOVIEMBRE.	Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
6.29	1 Dom. La Festividad de Todos los Santos.	4.57
6.31	2 Lún. La Conmemoracion de los Fieles Difuntos, y santa Eustoquia, virgen y mártir.	4.56
6.32	3 Márt. Los Innumerables mártires de Zaragoza, y san Ermengol, obispo.	4.55
6.33	4 Miérc. San Cárlos Borromeo, arzobispo, san Vidal y san Agrícola, mártires.	4.54
6.34	5 Juév. San Zacarías, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.	4.53
6.35	6 Viér. San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.	4.52
	☿ *Luna nueva*, á las 8 h. y 48 m. de la n., en *Escorpio*.	
6.36	7 Sáb. San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad.	4.51
6.38	8 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, y los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mártires.	4.50
6.39	9 Lún. La Dedicacion de la Basílica del Salvador (San Juan de Letran), en Roma, y san Teodoro, mártir.	4.49
6.40	10 Márt. San Andres Avelino, y los santos mártires Trifon, Respicio, y Ninfa, virgen.	4.48
6.41	11 Miérc. San Martin, obispo, y san Mena, mártir.	4.47
6.42	12 Juév. San Martin, papa y mártir, san Diego de Alcalá, y san Millan, presbítero.	4.46
6.43	13 Viér. San Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Estanislao de Kostka, y san Homobono, confesor.	4.45
6.45	14 Sáb. San Serapio, mártir, san Lorenzo y san Rufo, obispos.	4.44
	☽ *Cuarto creciente*, á las 9 h. y 45 m. de la n., en *Acuario*.	
6.46	15 Dom. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, mártir, y san Leopoldo, confesor.	4.43
6.47	16 Lún. San Rufino y compañeros, mártires, y santa Ines de Asís, virgen.	4.43
6.48	17 Márt. San Gregorio Taumaturgo, obispo, san Acisclo y santa Victoria, mártires, y santa Gertrúdis la Magna, vg.	4.42
6.49	18 Miérc. La Dedicacion de las Basílicas de san Pedro y san Pablo en Roma, san Máximo y san Roman.	4.41
6.50	19 Juév. Santa Isabel, reina de Hungría, y san Ponciano, papa y mártir.	4.40
6.52	20 Viér. San Félix de Valois, fundador de la Órden de la Santísima Trinidad.	4.40
6.53	21 Sáb. La Presentacion de Nuestra Señora, san Rufo y san Estéban, mártires.	4.39
6.54	22 Dom. Santa Cecilia, virgen y mártir.	4.38
	● *Luna llena*, á las 9 h. y 25 m. de la m., en *Géminis*.	
6.55	23 Lún. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mártires.	4.38
6.56	24 Márt. San Juan de la Cruz, san Crisógono, mártir, santa Flora y santa María, vírgenes y mártires de Córdoba.	4.37
6.57	25 Miérc. Santa Catalina, virgen y mártir.	4.37
6.58	26 Juév. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandrino, obispo y mártir.	4.36
6.59	27 Viér. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mártires.	4.36
7.01	28 Sáb. San Gregorio III, papa. — *Ciérranse las velaciones.*	4.36
7.02	29 Dom. *I de Adviento.* San Saturnino, obispo y mártir.	4.35
	☾ *Cuarto menguante*, á la 1 y 42 m. de la m., en *Virgo*.	
7.03	30 Lún. San Andres, apóstol.	4.35

	DICIEMBRE.	
7.04	1 Márt. Santa Natalia, viuda.	4.35
7.05	2 Miérc. Santa Bibiana, virgen y mártir, san Pedro Crisólogo, obispo y doctor, y santa Elisa, virgen y mártir.	4.34
7.06	3 Juév. San Francisco Javier, confesor, san Claudio y santa Hilaria, mártires.	
7.07	4 Viér. Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Galvez, mártir del Japon.—*Ayuno*.	4.34
7.08	5 Sáb. San Sábas, abad, y san Anastasio, mártir. — *Ayuno*.	4.34
7.09	6 Dom. *II de Adviento.*—San Nicolas de Bari, arzobispo de Mira.	
	☿ *Luna nueva*, á la 1 h. y 2 m. de la t., en *Sagitario*.	4.34
7.09	7 Lún. San Ambrosio, obispo y doctor.	4.34
7.10	8 Márt. *Fiesta.* La Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora, patrona de las Españas.	4.34
7.11	9 Miérc. Santa Leocadia, virgen y mártir, patrona de Toledo.	4.34
7.12	10 Juév. La Traslacion de la santa Casa de Loreto, san Melquiades, papa y mártir, santa Eulalia (ú Olalla) de Mérida y santa Julia, vírgenes y mártires.	4.34
7.13	11 Viér. San Dámaso, papa. — *Ayuno*.	
7.14	12 Sáb. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, san Hermógenes y san Donato y compañeros, mártires. — *Ayuno*.	4.34
7.14	13 Dom. *III de Adviento.* Santa Lucía, virgen y mártir, y el beato Juan de Marinoni, cf.	4.34
7.15	14 Lún. San Nicasio, ob. y mr., san Espiridion y san Pompeyo, obs.	4.34
	☽ *Cuarto creciente*, á las 6 h. y 7 m. de la n., en *Piscis*.	4.35
7.16	15 Márt. San Eusebio de Verceli, obispo y mártir.	4.35
7.17	16 Miérc. San Valentin y compañeros, mrs.— *Témpora.* — *Ayuno.*	4.35
7.17	17 Juév. San Lázaro, obispo y mártir, y san Franco, confesor.	4.35
7.18	18 Viér. La Expectacion de Nuestra Señora, vulgarmente Nuestra Señora de la O. — *Témpora.*—*Ayuno.*	4.36
7.19	19 Sáb. San Nemesio, mártir.— *Témpora.* —*Ayuno.* — *Ordenes.*	4.36
7.19	20 Dom. *IV de Adviento.* Santo Domingo de Silos, abad.	4.37
7.20	21 Lún. Santo Tomás, apóstol. — (Invierno.)	4.37
	● *Luna llena*, á las 8 h. y 44 m. de la n., en *Cáncer*.	
7.20	22 Márt. San Demetrio y compañeros, mártires.	4.38
7.21	23 Miérc. Santa Victoria, virgen y mártir.	4.38
7.21	24 Juév. San Gregorio, presbítero y mártir. — *Ayuno con abstinencia de carne.*	4.39
7.21	25 Viér. *Fiesta.* La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, y santa Anastasia y 270 compañeros, mártires.	4.39
7.22	26 Sáb. San Estéban, proto-mártir.	4.40
7.22	27 Dom. San Juan, apóstol y evangelista.	4.41
7.23	28 Lún. Los santos Inocentes, mártires.	4.41
	☾ *Cuarto menguante*, á las 12 h. y 7 m. del dia, en *Libra*.	
7.23	29 Márt. Santo Tomás Cantuariense, obispo y mártir.	4.42
7.23	30 Miérc. La Traslacion del cuerpo de Santiago, apóstol, patron de España, y san Sabino, obispo, y compañeros mártires.	4.43
7.23	31 Juév. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania.	4.44

(c) Ministerio de Cultura 2006

EXCMO. SR. D. ABELARDO DE CÁRLOS Y ALMANSA,

FUNDADOR DE «LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA».

Nació en Cádiz el 3 de Noviembre de 1822; † en Madrid el 6 de Abril de 1884.

CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO
ATENEO
MADRID
BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

LAS HORAS.

El hombre tiene exagerada idea
Del dolor y el placer: vendrán las horas,
Y ellas sabrán sacarte bienhechoras
D l espanto y dolor que te rodea.

(AYALA.—*Rioja.*)

I.

PRETERICIONES Y PROGRAMA.

Se ha escrito ya tanto y tan doctoralmente acerca de todas las cosas visibles é invisibles (suponiendo que en el mundo haya algo visible en totalidad, ni oscuridades absolutas para la prodigiosa intuicion del alma humana), que bastan y sobran algunos minutos de trabajo físico, como, v. gr., hojear libros compuestos por el prójimo y copiar de ellos disimuladamente juicios y noticias, para que el hombre más ignorante y obtuso, sin necesidad de haber manejado el telescopio, el microscopio, la balanza ni el alambique pueda aparecer de pronto más sabio que Lepe, que Lepijo y que su hijo, ante los espantados ojos, con gafas ó sin ellas, de esos escritores y preceptistas sin humanidades, que sólo conocen las comedias y zarzuelas de repertorio, las poesías modernas de mayor fama, tal ó cual novela mejor ó peor, los libretos de *Otelo*, *Fausto* y *Macbeth* (pero no las grandes obras de que están sacados), y toda la inútil predicacion contra el idealismo, que todavía no ha enseñado á sus autores á escribir un libro que pueda leerse.....

Por ejemplo: si yo quisiera engañar á semejantes literatos y críticos, echándomela de filólogo, matemático, astrónomo, relojero, canonista, etc., etc., hoy, que pienso zurcir un artículo titulado *Las Horas*, no tendria más que extractar habilidosamente, y vender como descubiertas por mí, todas las noticias lingüísticas, históricas, geográficas y litúrgicas que acabo de hallar en mi propio despacho con sólo abrir media docena de libros ajenos..... Os revelaria, supongamos, la etimología de la palabra *hora*, no meramente en latin y en griego, sino tambien en sanscrito, en persa, en irlandes, en armoricano, en primitivo gótico, en escandinavo, en kurdo y en armenio, explicándoos con la mayor frescura las relaciones que existen, al decir de los que las han estudiado, entre los vocablos *hora*, *hôra ôros*, *vâra*, *warah*, *bôr*, *heur*, *jêr*, *gear*, *jâr*, *ar* y *jahr*.....—Podria discurrir como el más digno académico de Ciencias exactas sobre la hora *sideral*, la hora *media* y la hora *solar*, diciéndoos los kilómetros y hasta las pulgadas que recorre cada astro durante la *hora* verdadera.....—Hablaria cuanto me diese la gana de la *hora de la plea-mar*, asunto importantísimo, pues que todavía no hay acuerdo sobre el instante en que debe ser determinada, si cuando aparentemente deja de subir al Océano, si cuando principia á descender, ó si en el promedio del fenómeno, segun las fases de la Luna, sus declinaciones y las del Sol, y la distancia á que cada dia se hallan de la Tierra aquellos astros.....—Y, en fin, para lo tocante á *horas canónicas*, seguiria paso á paso los cambios que el tiempo, las costumbres..... y los vicios han ido introduciendo en la liturgia de várias y distintas Iglesias, con relacion al llamado *curso*, y luciria grandemente los conocimientos..... de aquellos beneméritos autores que tratan á fondo acerca del rezo de *maitines* y *laudes*, *prima*, *tercia*, *sexta*, *nona*, *vísperas* y *completas*, con distincion de siglos, pueblos, estaciones, climas, reglas más ó ménos estrechas y otras circunstancias terrenales.....

Pues ¡no digo nada, si me metiese á hablar de las *horas mitológicas* de la India, del Egipto, de Grecia, de Escandinavia y de otros países donde, en mejores tiempos, hubo dioses y diosas!.....—Mi aparente erudicion ó instruccion rayaria en lo maravilloso; con lo que me nombrarian individuo honorario de todas las Academias europeas, bien que irrogára gran perjuicio á los genuinamente sabios que han gastado las mejores *horas* de su vida en averiguar todas esas cosas falsas, pero raras, y tienen, por ende, perfecto derecho á que se respete su propiedad científica y á que el público les compre sus divertidas obras cuando quiera saber tanto como ellos.....

¡No! no voy á escribir un artículo erudito acerca de las *horas* consideradas en abstracto..... Ni tan siquiera pienso explicar las razones porque la plebe romana cuenta todavía de un solo tiron, pasando de las doce á las trece, y de las trece á las catorce, y así sucesivamente hasta llegar á la hora veinticuatro; ni mucho ménos intento referir la historia del reloj de bolsillo que le gané al dominó á Narciso Serra en tiempos del general San Miguel; ni cómo me las compuse, hace pocos meses, para trazar yo mismo, con mis propias manos, un reloj de sol; ni quién inventó los relojes de agua y de arena; ni cómo, en opinion de otro gran poeta contemporáneo, le faltan precisamente al dia las seis horas necesarias para escribir versos.....—Lo único que me propongo hacer hoy es fantasear un poco, en la órbita de la vida comun, real y positiva, acerca del empleo que solemos dar á las *horas;* examinar el reparto de nuestros placeres, ócios y trabajos dentro de la unidad cronológica de cada dia; mirar, en fin, bajo este aspecto los entretenimientos y sandeces que constituyen casi toda la llamada *existencia* durante la breve temporada que reside en el globo terráqueo el raro y misterioso viajero llamado *hombre.*

Tal es la materia, nada recóndita ni peregrina, del pre-

(c) Ministerio de Cultura 2006

sente artículo. Sin embargo, para mayor órden y claridad del discurso, dividiré en tres grupos ó secciones las veinticuatro horas diarias, por el órden ó método siguiente, cuya invencion no me pertenece tampoco en manera alguna:

1.ª seccion: *La Mañana.*

2.ª seccion: *El Mediodía* y la *Tarde.*

3.ª seccion: *La Noche.*

Áun de esta ingeniosa clasificacion resultarán forzosamente, atendidas la diversidad de costumbres de cada clase social y la vária manera de ser de sus indivíduos, que para muchas personas no hay *mañana;* que para otras no hay *noche*, y que áun el *mediodía* y la *tarde* son á veces indeterminados, segun la hora de almorzar y de comer de cada quisque.....—Pero todo ello lo tendrémos en cuenta en nuestra disertacion, como vais á ver inmediatamente.

II.

LA MAÑANA.

¿Á qué hora principia la *mañana?*

Dicho se está que principia á la variable hora del *amanecer;* y como hasta los más baratos *Almanaques* expresan el minuto y el segundo en que sale el sol cada dia del año, segun la longitud y la latitud del punto de que se trate, no tengo necesidad de entrar en más pormenores astronómicos.....

Pero no hay que confundirse, caballeros. Todo esto se refiere á la *mañana natural.*—La *mañana convencional*, ó de cada hombre, depende de otras reglas ménos seguras ó simétricas.

Comprobacion: Para las buenas gentes del campo, y para las malas, que son algunillas, comienza la mañana ántes del primer bostezo de la aurora..... Cuando Dios echa sus luces, ya sale humo por el cañon de toda rústica chimenea, pues ya están haciendo las migas ó las gachas en los hogares pastoriles y agrícolas, así como en las posadas, ventas y paradores..... El repiqueteo del almirez suena, por consiguiente, ántes que el canto de las aves, exceptuando al gallo y á las tórtolas y palomas, que toman las vísperas con más tiempo.

Y aquí me será lícito, y á vosotros muy agradable, traer á la memoria algunas de las cosas bellísimas, cuanto ciertas, que dice nuestro maestro fray Luis de Leon, en *La Perfecta Casada*, acerca de las ventajas y las delicias del madrugar.—Celebra primeramente, con Salomon, á la solícita labradora *que ganó por la mano al lucero y amaneció ántes que el sol*, y añade que «ha de madrugar la casada para que madrugue su familia. Porque ha de entender que su casa es un cuerpo, y ella el alma dél, y que, como los miembros no se mueven si no son movidos del alma, así sus criadas, si no las menea ella, y las levanta y mueve á sus obras, no se sabrán menear. Y cuando las criadas madrugasen por sí, durmiendo su ama, y no la teniendo por testigo, es peor que madruguen; porque entónces la casa..... es como pueblo sin rey ni ley, y como comunidad sin cabeza, y no se levantan á servir, sino á robar y destruir, y es el propio tiempo para cuando ellas guardan sus hechos».....—Discurre luégo este fino amante de la Naturaleza acerca de lo saludable y grato que es levantarse *á aquella hora en que despierta el mundo todo junto* y en que *la luz nueva, saliendo, abre los ojos á los animales todos;* censura á los que *hacen honra y estado y ponen parte de su grandeza en no guardar, ni áun en esto, el concierto que Dios les pone..... y pierden por un vicioso dormir lo más deleitoso de la vida, que es la mañana*, y describe esta hora con los vivos, hermosos y naturales colores que vais á ver:—.....«Entónces la luz, como viene despues de las tinieblas, y se halla despues de ser perdida, parece ser otra y hiere el corazon del hombre con una nueva alegría; y la vista del cielo, y el colorear de las nubes, y el descubrirse el aurora (que no sin causa los poetas la coronan de rosas), y el aparecer de la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves, ¿qué duda hay sino que suena entónces más dulcemente? Y las flores, y las yerbas, y el campo todo despide de sí un tesoro de olor. Y como cuando entra el Rey de nuevo en alguna ciudad, se adereza y hermosea toda ella..... así los animales, y la tierra, y el aire, y todos los elementos, á la venida del sol, se alegran, y como para recibirle se hermosean y mejoran y ponen en público cada uno sus bienes..... El fresco del aire entónces templa con gran deleite el humor calentado con el sueño, y cría salud, y lava las tristezas del corazon, y no sé en qué manera lo despierta á pensamientos divinos ántes de que se ahogue en los negocios del dia.»

Despues de este himno al amanecer, tan propio del cantor de la vida en su huerto y de la noche serena, reanudo yo mi árida enumeracion y declaro que otra de las mayores complacencias matutinas es oir, en ásperos y extranjeros montes, al cabo de largas horas de oscuridad y desamparo, pasadas bajo militar tienda de lona, el toque de la *diana de campaña*.....—¡Nada tan alegre y triunfante! ¡Nada tan gozoso y bendito! Resucítase juntamente á la vida y al afan de gloria, pareciendo dicha envidiable el morir de dia, abrazado á la bandera de la patria, en comparacion de la pasada noche de angustia y abandono.....—De cuantos sueños se pueden dormir en tales campamentos, ninguno parece más dulce que el sueño de una honrosa muerte.

Pero dulce es tambien vivir: dulce es, entre los lances propios de la *mañana*, tomar, en tiempo de paz y de invierno, chocolate con pan recien salido del horno, y sentarse muy tempranito delante de la mesa del despacho, bien forrados de ropa y con muchos cigarrillos de papel al alcance de la mano, á escribir ensoñadas historias, sin miedo á visitas importunas de personajes de carne y hueso.....

Dulce es, en tanto que ensillan vuestro caballo para que continueis larga caminata por tierras moriscas no conquistadas del todo, tomar el aguardiente á la luz de un candil, áun no siendo arriero, y salir de lóbrega venta, como segundo don Quijote, á entrar en posesion de un mundo que comienzan á esclarecer las risas de la aurora.....—Porque la verdad es que el alcohol, si bien implacable en lo de arruinar el sistema nervioso, despierta en el alma ideas é intuiciones de indefinible lucidez y atrevimiento, como lo demuestran las obras de Edgard Pöe y de algunos grandes poetas alemanes..... y las aventuras de ciertos candidatos á la diputacion por su país.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Y dulce es una *misa de pastores* en vísperas de Navidad, en Andalucía, con acompañamiento de zambombas y panderetas, cuando uno no ha descendido todavía de niño á hombre;—dulce el *toque del alba* en Granada la católica, ó sea aquellas tres majestuosas campanadas de la Catedral, que ponen ahora término á las señales con que durante toda la noche sigue la vieja campana de *la Vela*, como en los tiempos de Boabdil, regulando los riegos de la extendida vega que fué de los moros;—dulce levantarse con estrellas y salirse traidoramente á los nativos campos, con vastísimas redes de hilo bramante, á cazar chamarines, alondras y otros pajarillos dormidos, que luégo, al salir el sol, dan brincos bajo las tendidas mallas, como peces recien sacados del mar.....;—dulce es, á propósito de esto último, la pesca de salmones, sorprendidos en sus madrigueras, al comienzo de las rias del Cantábrico, entre el agua marina y el agua fluvial, aunque al propio tiempo llueva sobre vosotros el agua del cielo.....;—y dulces, en fin, son los paseos matutinos á la *Fuente de la Salud* que tiene cada pueblo del globo; paseos en que seguramente hallais por primavera infinidad de pálidas niñas, que á la vuelta son rozagantes mujeres, por resultas de haberse bebido cada una tres vasos de agua del acreditado manantial.....

Todo esto ocurre en la primera ó segunda *hora* de la mañana, segun la estacion..... Entre tanto, suenan ya los golpes del trabajo de artesanos y obreros, en cuyo concierto lleva la voz cantante el martillo del herrador; repican en las malsanas capitales muy populosas las campanillas de las burras de leche ó de los carros de la limpieza; ábrense las casas y salen las cocineras á la compra, mucho más peinadas que lavadas; grita el fatídico enterrador llamado trapero; bárrense las calles; tocan á misa en las pocas iglesias que van quedando (hablo de Madrid), y regresan á su domicilio los trasnochadores de todas clases, despues de comerse al paso media docena de buñuelos ó una ensaimada aquellos que no han perdido en el garito hasta el último ochavo.....

Á las *siete* se levantan los niños, por muy principal que sea su familia, y á las *ocho* están ya camino del colegio, aunque llueva ó nieve, con sus bufanditas al cuello y la enorme carpeta de libros pendiente del hombro, en busca de la pícara sabiduría, que á tal ó cual de ellos podrá muy bien servirle de algo, pero que no es indispensable seguramente para llegar á ser rico y poderoso, ni muchísimo ménos para ser feliz.....

Á las *nueve* tiene que estar de pié todo empleado del Gobierno ó de empresa particular; con lo que, á las diez ó las once se hallará cada uno en su respectiva oficina, medianamente almorzado y contento, y provisto de aquella manguilla de percalina negra que les sirve á todos estos eunucos pecuniarios para no estropear la levita propia en su contacto con los millones públicos ó ajenos.....

Á las *diez* han entrado ya alevosamente por debajo de las puertas (seguimos en esta villa y córte) los periódicos de la mañana, como una notificacion malévola de muchas más desgracias que venturas; comienzan á saltar del lecho las personas no desarregladas del todo, de las clases aristocrática ó eminentemente política, y entra á engañarlas en su cuarto de lavarse la madrugadora adulacion, llevando á remolque la injustificada solicitud, sin considerar que en definitiva tiene más de escarnio que de premio la consiguiente largueza del vanidoso lisonjeado.....; siguen durmiendo, en el ínterin, otros magnates de ambos sexos y los demas ciudadanos y ciudadanas que, de grado ó por fuerza, tienen trocadas las *horas*, y quién sueña todavía con el baile, quién con el juego, quién con la comedia ó novela que está escribiendo, quién con el robo, quién con la amorosa cita, quién con la orgía brutal de la noche anterior..., hasta que suenan las críticas *doce* y concluye la verdadera *mañana*.....

Es el *mediodía*, aunque para estos últimos principie el dia en aquel momento.

Es la hora del pasajero descanso, la hora de la tregua, la hora de.....

Pero éstas son cosas que pertenecen ya á otro capítulo.

III.

EL MEDIODÍA Y LA TARDE.

Hemos dicho que las doce *suenan*, y ahora tenemos que añadir que en Madrid no son *oidas* sino por aquellos que tienen péndula en su casa ó viven debajito del Ministerio de la Gobernacion, de Palacio, de la Trinidad, de San Juan de Dios ó de cualquier otro edificio público. Muy al contrario, en provincias, del propio modo que ya *sonaron*, de nueve á diez, donde hay Catedral, las tres campanadas del *Credo*, con gran lucimiento de la campana gorda y dando ocasion á todos los fieles católicos para que, donde quiera que les pilla, recen el *símbolo de los Apóstoles*....., suenan tambien y son oidas las *doce*, y, ademas de las doce, las otras tres gordas campanadas que se llaman las *Ave-Marías*, que asimismo reza piadosamente todo *pobre de espíritu*, como ya rezarian otras tres al *toque del alba* cuantos se hallasen despiertos, y cómo luégo habrán de rezar las del *toque de oraciones*.....

Y todo esto, ¿por qué?—¡Ah! Porque no se sabe fijamente á qué hora el arcángel San Gabriel anunció á María que concebiria por obra y gracia del Espíritu Santo.—Y ¿por qué lo otro? Quiero decir: ¿por qué termina la mañana al sonar las doce?—Porque en tal instante ha llegado el sol al respectivo meridiano (dado que no esté descompuesto el reloj que sirva de aviso); con lo que todos los jornaleros y peones sueltan las herramientas y se marchan á *comer*, miéntras que los que viven á la francesa dicen al criado que les sirva el *almuerzo*.

Al llegar aquí reparo en que me he dejado atras *las once*, dado que *las once* de que se trata representen una hora fija. Diré, pues, que *las once*, ó *tomar las once*, para las gentes que comian ó todavía comen el puchero al llegar el sol al cenit, es, genuinamente hablando, beberse con una hora de anticipacion el vino que luégo se echa de ménos en su comida..... *¡El vino, en la taberna!* ha dicho siempre toda *perfecta casada* á la antigna española, particularmente la andaluza, sin consentir que en la bendita mesa figure otro líquido que el agua clara, *regalo de Dios*..... Para los canónigos, curiales y demas señores de provincias que comian (y áun siguen comiendo en muchos pueblos) á las dos de la tarde,

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL HALCONERO. — CUADRO DE BENZIGER.

(c) Ministerio de Cultura 2006

la hora clásica de tomar *las once* es la una, con la circunstancia de que su vino es *de pulso*, quiero decir, añejo y más ó ménos generoso, y va acompañado de un bizcochillo ó cosa tal..... Y hay otras *once*, que se toman á las dos ó á las tres, por la corrupcion de los tiempos, ó sea por haberse almorzado *á las tantas* y no contar con caer sobre sopa hasta las cuatro; pero al fin acontece que, en fuerza de tardanzas y moratorias, estos piscolábis y trínquis vespertinos llegan á perder su denominacion, y entónces usurpan la de *merienda*, en remembranza vergonzante de aquellas legítimas meriendas españolas que *se hacian* á la puesta del sol (para mí todo esto es ya pretérito), y con las cuales se podia tirar hasta «las ánimas», hora en que se servia la cena.....

Pero volvamos al mediodía.

La misma diversidad y confusion que respecto de los almuerzos y de las comidas, existe respecto de la *siesta*. Muchos señores provincianos la duermen de doce á dos, ántes de comer, y entónces se llama *la canóniga*. Indudablemente es la ménos dañina, por cuanto se tiene el estómago desocupado, y estableciéronla los canónigos, como ya lo dice su nombre. Puede, sin embargo, ocurrir (yo no digo que ocurra) que algun prebendado vuelva á dormirse en el coro de tres á cuatro, durante las Vísperas, especialmente en estos pícaros meses de estío. La gente obrera y labradora duerme tambien siesta desde Junio hasta Setiembre; pero es despues de haber comido, y termina á las tres en punto, hora en que vuelve á sus faenas. Muchos seglares acomodados, y que, por consiguiente, comen más de lo preciso, la duermen, en fin, de tres á seis, y se despiertan de muy mal humor, por no haber adelantado mucho en la digestion de los fideos, los garbanzos, las judías, el tocino, la carne, los tomates, los pimientos, las patatas, el revoltillo, el gazpacho, la fruta y el dulce que constituyen el ordinario banquete nacional en el verano.....

Acerca de las carnívoras personas de Madrid que viven á la francesa ó á la inglesa y acaban de comer á las nueve ó diez de la noche, nada tenemos que revelar en punto á *siesta*..... ¡Estos señores se lo duermen todo de un tiron ántes de darse á luz por la mañana! Volvamos, pues, á nuestras provincias, y declaremos que pocas *horas* tan deliciosas pueden pasarse sobre la tierra como una siesta andaluza, de esas nocivas á la salud y rayanas con la apoplejía, de tres á siete de la tarde, en una sala baja lindante con el patio; oyendo entre sueños el monótono susurro del caño de agua que vela miéntras todos duermen; aspirando el aroma de las macetas de albahaca, adornos ó claveles, defendidos del sol por toldos y cortinas; luchando con alguna mosca que burló vuestras precauciones y que os mantiene en cierto fantástico duerme-vela, ó sea entre la realidad de tan fresco y poético sitio y las orientales quimeras de la imaginacion, poblada siempre de huríes en aquellas endiabladas zonas, cuando se es jóven, como lo ha sido alguna vez todo el mundo..... *Está aquí*..... (dice el ensueño).—*No está aquí; que es la mosca; pero la veré á la noche*..... (responde la vigilia).—*Me besa*..... (murmura la ilusion).—*No me besa; que es la pícara mosca*..... (contesta el discernimiento).—Y entre tanto suena allá, en la calle, en el mundo del sol de la canícula, algun grito de achicharrado vendedor de *agua helada*, ó el enjaulado canario, medio dormido, tararea alguna trova de amor, hasta que el mundo despierta de su letargo, y descorren el toldo, y vuelven á formalizar su concierto las golondrinas, y corre el vientecillo de la tarde, y llegan el hermano ó el camarada diciéndoos: *¡Arriba, perezoso!*..... *¡Vámonos á la viña, á la huerta ó á la era!*..... *¡Á la noche dormirás más!*

Saltemos otra vez á Madrid, y digamos algo de sus *tardes* de verano y de invierno, con perdon de los respetables lectores moratinianos que se hayan cansado de tanto viajar por el presente artículo y echen de ménos las unidades de accion, tiempo y lugar, que ya sólo se estilan dentro de la tumba.....

Verdaderamente en Madrid no hay verano para las personas de alto copete, supuesto que todas ellas, y algunas sin copete ninguno, se marchan á provincias ó á tierra extranjera tan luégo como aprieta el calor, y las restantes viven escondidas en los camarotes de su respectivo medio piso, con todos los balcones herméticamente cerrados, cuidando del botijo de agua fresca, que constituye todas sus delicias, y defendiendo contra la polilla su equipaje de invierno, hasta que, cerca del oscurecer, se reunen en el Prado de San Jerónimo, donde continúan asfixiándose y aburriéndose, sin más recreo que ver alguna vez á tal ó cual amigo, tambien fastidiado, que les recuerda ó promete los placeres de la chimenea, del paletot, de la capa, del abrigado café lleno de humo, del caldeado Teatro Real, etc. etc.

Estos placeres del invierno de Madrid consisten, por la *tarde*, en dos cosas principalísimas: para los hombres ó caballeros, en hablar de política, ya sea en las Córtes, ya en los cafés, ya en los casinos, ya tomando el sol en los paseos públicos..... (porque la política es todo, ó el camino de todo, en estos tiempos de régimen constitucional); y para las mujeres ó damas, en envidiar ó criticar las unas los vestidos y sombreros de las otras, ó sus carruajes y caballos, salvo el fugitivo momento que dedican á mirar al mozalbete favorito, cada vez que pasa por delante de ellas.....—No negaré, empero, que, precisamente en los más crudos meses invernales, cuando hace buen tiempo, lo cual acontece largas temporadas, las tardes de paseo de Madrid son deleitosísimas, especialmente en el Buen Retiro, en la Fuente Castellana y en Atocha.....—¡Qué cielo tan azul y diáfano! ¡Qué sol tan cariñoso! ¡Qué vista la del *Cerrillo de los Ángeles*, por ejemplo, desde el gran balcon del Paseo de los Coches en el llamado Parque de Madrid! ¡Y qué madrileñas....., no de mis pecados, sino de los vuestros, pues que vosotros estais todavía en activo servicio! ¡qué madrileñas, siempre renovadas, ya por los afeites, ya por la reproduccion ó sucesion natural! ¡qué madrileñas, digo, síntesis de las várias razas de la Península, y cruce, por consiguiente, de todas las hermosuras, discreciones y donaires en que es tan fecunda esta patria de eúskaros, godos, árabes y lemosines!

Por la inversa, nada más soso y aburrido que las *tardes* de invierno en provincias.—Desde que pasan las Ferias; desde que los veraneadores se reconcentran en Madrid ó en las grandes capitales, el tedio acampa en las ciudades de segundo ó tercer órden. Las *horas* parecen siglos: la incomunicacion engendra la ictericia: toman el sol, de tres á cuatro, en distintos y solitarios andurriales, los hijos de aquellas sedentarias poblaciones, disgredados por intestinas guerras; la envidia, la impotencia y los rencores tradicionales, cristalizados por el frio de la pereza y el desaliento, convierten la

(c) Ministerio de Cultura 2006

vida en páramo infernal, no ensoñado por el autor de *La Divina Comedia*, pero del cual hizo menudo análisis el autor de *La Comedia humana*. — Es, por tanto, un refran de invierno aquel que aconseja á cuantos puedan disponer de sí propios: *Ó córte, ó cortijo.*

IV.

LA NOCHE. — LA VELADA. — EL SUEÑO.

Es de *noche*.

En Madrid durante el invierno comienza la gran vida, empieza el verdadero dia social, principian las doradas *horas* en que el gas, el petróleo, la luz eléctrica ó la estearina hacen olvidar todos los decantados esplendores del sol. — Regresan á sus casas los que han sido paseantes en coche, á caballo ó á pié, así como los que han pasado la tarde en las Córtes, en la Bolsa, en el Bolsin, en las oficinas, en los escritorios particulares, en el *Veloz-Club* ó en otros casinos más ó ménos veloces..... — Vístense por tercera vez las señoras (y áun se vestirán por cuarta, si es noche de baile); pónense el frac los caballeros, y á cosa de las siete acude á comer la mitad del personal conocido á casa de la otra mitad. Es decir, que en más de tres mil casas, la comida constituye una verdadera fiesta, casi un banquete, y hasta sin casi en muchísimas de ellas. La inimitable *conversacion* de Madrid; esta conversacion que, por su originalidad no buscada, por su variedad característica y por sus espontáneos primores, no tiene igual en el mundo y se deja cien leguas atras la famosa *causserie* francesa, igual en todas las bocas, hija del calco y la imitacion, árida como el egoismo y llena de violentísimas paradojas; la conversacion madrileña, repito, fluye entónces como un rio de oro entre los comensales, y el chiste culto, el arranque de sentimiento, la inocente burla, el grito de verdadero entusiasmo, la ingeniosa agudeza, la genuina gracia, el donoso requiebro alegran ó conmueven á todos aquellos personajes de verdad, que realmente aman, creen, odian, sufren y opinan; y están dispuestos, no sólo á matarse, sino á morirse, en aras de los afectos que tan amena y festivamente dilucidan en sus chispeantes disputas.....

De ocho y media á nueve, veinte ó treinta mil almas ocupan los teatros. El resto de la poblacion de levita se disemina por cafés, casinos y tertulias, armándose en éstas los muchos millares de partidas de tresillo, de dominó ó de lotería en que olvidan los hombres todos los cuidados de la jornada, para no pensar más que en el valor de un naipe, en el palo de una ficha ó en el número de un boliche.

Estas *horas* de la *velada* madrileña, que se van como agua, aunque en realidad andan al mismo paso que todas, son tambien, en teatros ó tertulias, las del amor cortesano y las de la creacion de la fama ó reputaciones. — Durante ellas se reunen y se hablan, ó no se hablan y se miran, ó no se miran, pero se ven, los que con el tiempo han de ser mujer y marido. Entónces se juzgan los cuadros, las comedias, las batallas, los libros, los discursos, y se forman ó se deshacen las celebridades de la patria. Entónces la murmuracion ó la alabanza dan ó quitan la honra..... Entónces reciben el vano galardon del aplauso ajeno el dinero, el lujo, la elegancia, la querida costosa, la buena suerte en el desafío, la cartera, aunque sea inmerecida, el donativo, aunque proceda de dinero robado..... Entónces, para decirlo de una vez, hace sus balances y liquidaciones la sociedad, casi siempre con ligereza, error é injusticia. — Afortunadamente, ademas del tribunal público, existe el tribunal de la propia conciencia.

Á la *velada* de provincias llegan confusos ecos de la *velada* de Madrid, tergiversados más y más por falta de memoria ó de buena fe de tal ó cual viajero ó por falta de entendimiento ó de caridad de tal ó cual periódico; con lo que la fama corre toda la nacion, mudando contínuamente de forma, como los acróbatas corren á caballo mudando continuamente de traje, y la llamada *gloria* es cosa fantástica y gratuita, que no mereceria grandes afanes, si no fuera acompañada á veces de *provecho*. — Pero siempre resulta, y es á lo que vamos en el presente artículo, que nada hay tan chistoso para un cortesano, cuando no se aburre, como oir juzgar en una tertulia ó casino de provincias á los grandes hombres ó á las grandes mujeres de Madrid..... — Recuerdo que en un cuento denominado *La Belleza ideal* hablé ya de estas cosas..... — ¡Compradlo, y no lo habrémos perdido todo!

Todavía, en pueblos subalternos, mucha gente comienza los quehaceres de la *velada* por ir al Rosario á la parroquia respectiva. Visítanse luégo algunas comadres y hablan de los cuidados ajenos. Los novios formales entran en casa de sus suegros futuros, y sentándose al brasero junto á la *niña boba*, señora de sus pensamientos (quien sabe más que todas las parisienses habidas y por haber), le habla al oido hasta la *hora de la queda*, miéntras que el padre, la madre ó el hermano de la beldad dan cabezadas en el polo opuesto de la tarima, pidiendo á Dios que se case pronto el ya medio atontolinado pretendiente, y suspirando en el ínterin por que les deje aquella noche cenar y acostarse.

Resumiendo: la *velada* es la hora de la vida *ideal*, que no me atreveré á llamar *fingida*, pues no considero mucho más real la de los afanes calificados de serios y positivos. — Quiero significar con esto que, durante la velada, unos gastan las *horas* en el teatro, prestando suma atencion á imaginarios lances, inventados por embustero poeta; otros libran á los azares del juego, con mucha fe en la *judía*, la *contra-judía*, la *martingala* y otras cadenas de la suerte, la efectividad de su posicion y la de su familia; otros dedican largos discursos á la exposicion de recetas políticas ó filosóficas con que labrar la dicha del género humano, sean cualesquiera las leyes naturales ó providenciales, y otros cifran en la posesion del cuerpo de su novia el talisman de la ventura de toda la vida.....; por lo que hay algunos que prolongan la *velada* hasta el amanecer y pelan la pava y áun el pavo por la reja, hasta que el escudero de Marte da el grito de alarma.....

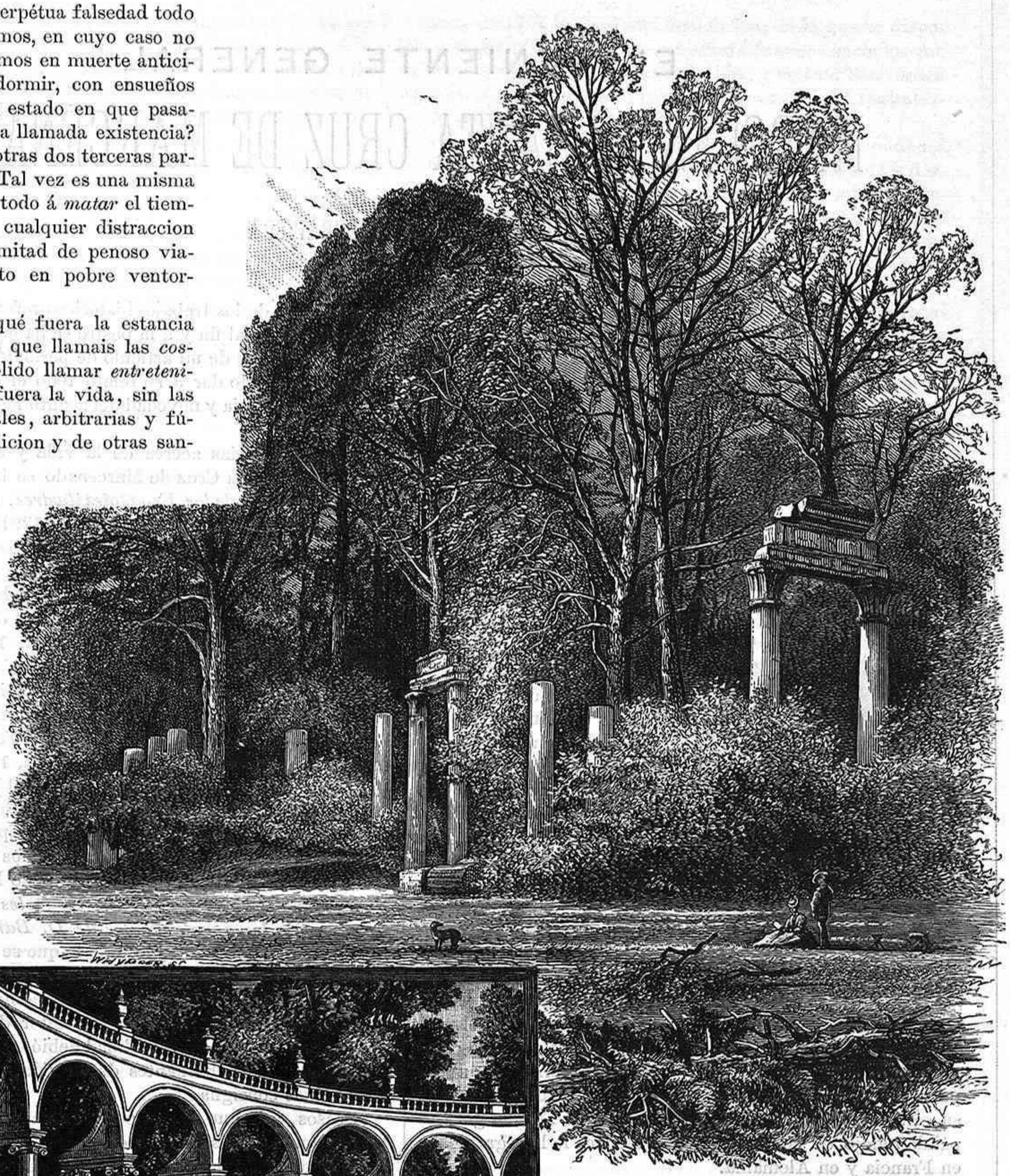
Sigue la *danza de las horas*, aquella danza representada en un famoso cuadro por doce ninfas con alas de mariposa, que juegan al corro como unas devanaderas, y llega, por fin, para todos, más tarde ó más temprano, la primera hora del *sueño*, que conduce al hombre á otra vida tambien ficticia..... — Porque, una de dos: ó durmiendo *soñamos*, en

(c) Ministerio de Cultura 2006

cuyo caso vivimos en perpétua falsedad todo aquel tiempo, ó no soñamos, en cuyo caso no vivimos, sino que yacemos en muerte anticipada. —¡Ah! ¿qué es dormir, con ensueños ó sin ellos? ¿qué es ese estado en que pasamos la tercera parte de la llamada existencia? ¿Difiere mucho de las otras dos terceras partes de nuestra vida? —¡Tal vez es una misma cosa! ¡tal vez se reduce todo á *matar* el tiempo, como lo mata, con cualquier distraccion pueril, aquel que, á la mitad de penoso viaje, tiene que hacer alto en pobre ventorrillo!

Y, si no, decidme: ¿qué fuera la estancia sobre la tierra, sin esto que llamais las *costumbres* y que yo he solido llamar *entretenimientos del ocio?* ¿Qué fuera la vida, sin las necesidades convencionales, arbitrarias y fútiles, del lujo, de la erudicion y de otras sandeces? ¿En qué emplearíamos las horas del destierro en este planeta, ya demasiado conocido, si no hubiéramos inventado tantas prendas de ropa, tantas alhajas, tantas artes, tantas ciencias, tantas categorías, tantas condecoraciones, tantas ceremonias, tantos cumplidos y tantas palabras huecas?

Indudablemente, lo único grave y serio de la vida es la vida misma, ó sea el propio hecho de vivir; el hecho de este nuestro incomprensible viaje; el hecho de encontrarnos de paso en el presente mundo, donde dijo Espronceda (y fué lo que mejor dijo):



«Que, siendo al alma la materia odiosa,
Aquí, para vivir en santa calma,
Ó sobra la materia, ó sobra el alma.»

PEDRO A. DE ALARCON.

Julio de 1884.

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL TENIENTE GENERAL
MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO.

APUNTAMIENTOS BIOGRÁFICOS.

Las armas tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida.

CERVÁNTES.

I.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES.—NOTICIA DE ALGUNOS AUTORES QUE HAN TRATADO DE LA VIDA Y DE LOS ESCRITOS DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO.

RANDE es el número de los españoles ilustres cuyos altos merecimientos están casi olvidados en su patria, y atinadamente avalorados en las naciones extranjeras. De los muchos ejemplos que se pudieran citar en confirmacion de tan evidente como triste verdad, es uno de ellos la gloriosa vida y heroica muerte del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, autor de la obra intitulada *Reflexiones Militares*, insigne personaje que supo unir á la pericia del caudillo el arrojo del soldado, y á la cortesanía del diplomático la ciencia del erudito, y que, á pesar de estas relevantes cualidades de su inteligencia y de su carácter, la poca nombradía de que en España goza es pálido reflejo de la fama que sus escritos le han granjeado en Francia y en Alemania.

Y comenzando á demostrar la exactitud de las afirmaciones que acabamos de hacer, consignarémos aquí lo escaso é incompleto de las noticias biográficas del Marqués de Santa Cruz que hasta el presente se han publicado. Tan sólo el distinguido publicista D. Joaquin de Maldonado y Macanáz ha escrito una biografía algo extensa del autor de las *Reflexiones Militares*, biografía que vió la luz pública en el tomo correspondiente al año 1853 de ese archivo de nuestras glorias nacionales, fundado por el inolvidable don Ramon de Mesonero Romanos, el *Semanario Pintoresco Español;* pero el escrito del Sr. Maldonado y Macanáz, áun siendo el más extenso de los trabajos históricos referentes al Marqués de Santa Cruz, al fin y á la postre se halla encerrado en los estrechos límites de un artículo de periódico, y por lo tanto el autor no pudo dar á su relato todo el desenvolvimiento que la importancia y novedad del asunto lógica y justamente exigian.

Algunas noticias acerca de la vida y de los escritos del Marqués de Santa Cruz de Marcenado se hallan en la coleccion de *Retratos de los Españoles ilustres, con un epitome de sus vidas* (Madrid, Imprenta Real, 1791); en la obra de don Manuel Juan Diana, titulada *Capitanes ilustres y Revista de libros militares* (Madrid, 1851); en la reimpresion de las *Reflexiones Militares* que publicó la *Biblioteca militar portátil*, por los años de 1850; en el diccionario de *Bibliografía militar de España* (Madrid, 1876) del general de Ingenieros D. José Almirante; en el número de *La Ilustracion Gallega y Asturiana*, correspondiente al dia 20 de Abril de 1879; en los apuntes para un diccionario de militares escritores, del comandante D. Manuel Seco y Shelly, titulados: *La Pluma y la Espada* (Madrid, 1877); en el libro, *Milicia y Organizacion* (Habana, 1861), que forma el tomo IV de las obras completas del capitan D. Ubaldo Pasaron; y en la *Biblioteca Asturiana*, copia de un manuscrito del siglo pasado, que publicaron los Sres. D. Manuel Remon Zarco del Valle y D. José Sancho Rayon en el *Ensayo de una biblioteca de libros españoles raros y curiosos, formada de los apuntamientos de D. Bartolomé José Gallardo;* pero, áun reuniendo todo lo que se dice en estos impresos de tan vária índole, no seria posible escribir un estudio biográfico donde apareciese la noble figura del gran tratadista de milicia, del insigne autor de las *Reflexiones Militares*, tal como en la realidad debió existir, á juzgar por los hechos más culminantes de su vida, que la historia en sus páginas consigna.

Escasos, y lo que es aún peor, en mucha parte contradictorios, son los datos biográficos acerca de D. Alvaro de Navia Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado y vizconde del Puerto, que hasta el presente se han publicado; y no obstante, nosotros, fiando en nuestra buena voluntad, fiando en el vehemente deseo que nos anima de conmemorar los singulares merecimientos de tan preclaro escritor como valeroso militar, acometemos la empresa de redactar estos apuntamientos acerca de su vida y sus obras didácticas, porque nos parece que quizá nuestra tarea no sea infructuosa, si conseguimos llamar la atencion pública sobre los méritos de un español ilustre; méritos injustamente olvidados, ó cuando ménos, no tan conocidos como la justicia de la historia imperiosamente reclama.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Honrar la memoria de los varones insignes por su virtud ó por su ciencia es la más indirecta, pero acaso tambien la más eficaz de las censuras que cabe hacer de la maldad y de la ignorancia. Así es la historia enseñanza moral, maestra de la vida, segun la acertada frase del gran orador romano.

II.

NACIMIENTO Y LINAJE DE D. ÁLVARO DE NAVIA OSORIO, Y BREVE RESÚMEN DE LOS SERVICIOS QUE PRESTÓ Á SU PATRIA COMO MILITAR Y COMO DIPLOMÁTICO.

Se sabe que D. Álvaro José de Navia Osorio Vigil, marqués de Santa Cruz de Marcenado y vizconde del Puerto, nació en Astúrias; segun la biografía de la coleccion de *Retratos de Españoles ilustres*, el lugar de su nacimiento fué Veiga; segun la anteriormente citada *Biblioteca Asturiana*, lo fué Anleo; nosotros nos inclinamos á aceptar como verdadera la primera afirmacion, porque es de creer que el redactor de unas noticias biográficas que se escribian pocos años despues de la muerte del Marqués, y que se publicaban con carácter oficial, no habia de encontrar grandes dificultades para adquirir su partida de bautismo, y nos confirma en esta idea la exactitud con que fija la fecha de su nacimiento en el dia 19 de Diciembre de 1684.

Los hereditarios títulos de nobleza que acompañan el nombre del autor de las *Reflexiones Militares* hacen innecesario decir que su familia era de ilustre abolengo; y como en la época en que le tocó vivir, las altas jerarquías del ejército se alcanzaban fácilmente sin pasar por las inferiores cuando los gloriosos hechos de los antepasados daban la esperanza de que podrian ser imitados por sus descendientes, no es de extrañar que el Vizconde del Puerto, á la temprana edad de diez y ocho años, fuera nombrado Maestre de Campo de las tropas que levantó el principado de Astúrias, en 1702, para ayudar al rey D. Felipe V á defender sus derechos al trono de España, en la llamada en nuestra Historia nacional guerra de sucesion.

Las reformas en la organizacion del ejército, llevadas á cabo por D. Felipe V, hicieron desaparecer muchos de los tradicionales nombres de las tropas españolas; así el nombre de *Tercio* fué sustituido por el de *Regimiento;* así el antiguo *Maestre de Campo*, si por la semejanza del nombre parece que se ha trasformado en el actual *Mariscal de Campo*, bien examinado el asunto, resulta comprobado que en la organizacion que al presente tiene el ejército español, los *Coroneles* desempeñan funciones análogas á las de los antiguos *Maestres de Campo*. Por esta causa vemos que algunos biógrafos dicen (y nosotros lo hemos repetido aquí) que el Marqués de Santa Cruz comenzó su carrera militar siendo nombrado Maestre de Campo, y otros afirman que el primer empleo que en la milicia disfrutó fué el de coronel, y lo probable es que fuese considerado como Maestre de Campo hasta que definitivamente se organizaron los regimientos de Infantería, que en un principio fueron conocidos, unos por el nombre de sus coroneles, y otros con el de los antiguos tercios que habian servido de base para su formacion; llegando á tanto el desórden de tal nomenclatura, que con fecha 28 de Febrero de 1707 se dictó una Real órden, en la que se disponia que los regimientos de Infantería fuesen conocidos con el nombre que en ella se les designaba; y en esta Real órden aparece el Vizconde del Puerto como coronel del regimiento de Astúrias (1).

«El reino de Valencia, dice un biógrafo, fué testigo de los primeros hechos de armas del Vizconde del Puerto; y despues de haberse distinguido sobremanera en el sitio de Tortosa, se embarcó con su regimiento para Sicilia. Donde quiera que estuvo causaba la admiracion de todos por su erudicion y por la circunstancia de ver en un jóven oficial la pericia que pudiera esperarse de un viejo guerrero. Llamó sobre todo la atencion del Conde de Montemar, que le encomendaba operaciones difíciles y arriesgadas, y á cuyo lado estuvo en muchas ocasiones.»

Nombrado Mariscal de Campo en el año de 1718, se le confió el mando de las tropas que operaban en Cerdeña, en cuyo mando dió tan altas pruebas de su inteligencia y de su buen arte en el manejo de los negocios, que el Gobierno consideró lo muy fructuosos que podrian ser sus servicios en el desempeño de los cargos diplomátiaos, y le nombró representante de España en la córte de Turin. Bien pronto la casa del embajador español fué el punto de reunion de sabios y literatos, y singularmente de los jóvenes de la nobleza que manifestaban aficion al estudio de las letras, á los cuales se complacia el Marqués en señalarles asuntos para que escribiesen acerca de ellos, y en estos ejercicios literarios se desenvolviesen y mostrasen sus talentos, de conformidad con sus naturales aptitudes. Procuraron algunos envidiosos malquistar con el Soberano á nuestro hábil diplomático, suponiendo que las doctas asambleas que en su casa se celebraban encubrian un fin político; pero Víctor Amadeo II, que á la sazon reinaba, concurrió en persona á estas asambleas, y convencido de la injusticia de la acusacion, y prendado del amable carácter y clarísimo ingenio del Marqués de Santa Cruz, llegó á cobrarle tal afecto, que, segun dicen algunos historiadores, le confiaba hasta los negocios secretos de su casa y familia, pidiéndole su parecer en los casos dudosos, y siguiéndolo la mayor parte de las veces. Sin duda esta influencia de Santa Cruz sobre el ánimo de Victor Amado II, fué la causa qué impidió que Cerdeña tomase parte en la liga de Hannover; liga que, como es sabido, fué formada por el recelo de las naciones, que temian que España consiguiese recobrar el poderío que habia tenido durante el siglo XVI y parte del XVII.

---

(1) Segun dice el Conde de Clonard en su *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería españolas*, el regimiento de Astúrias fué creado en el año de 1703, en sustitucion del antiguo tercio que llevaba tambien la denominacion de Astúrias. Habiendo sido coronel de este regimiento el Vizconde del Puerto desde su creacion hasta el año 1718, en que fué ascendido á mariscal de campo, sin duda se hallaria en todos ó en la mayor parte de los hechos de armas en que tomó parte el expresado cuerpo, cuyos hechos de armas, hasta dicho año, resume Clonard en la forma siguiente:

Guerra de sucesion. — 1703 á 1709. — Toma de la isla de Caldela. Encuentros de Alfayate y Villamayor. Defensa y capitulacion de Ciudad-Rodrigo. Sitio de Magallon. Asalto de Egea de los Caballeros. Combate de Javierre. Asalto de Ainza. Acciones de Lascuarre, Noval y Benavarre. Sitio y rendicion de Tortosa y defensa de la plaza.

Guerra de Italia. — 1710 á 1712. — Expediciones á la isla de Elba y á Toscana. Toma y capitulacion de Porto-Hercole.

Guerra de Cataluña. — 1714. — Accion de Bagá. Sitio y asalto de Barcelona.

(c) Ministerio de Cultura 2006

DON ÁLVARO DE NAVIA OSORIO,

MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO,

GRAN TRATADISTA DE MILICIA, EXPERTO GENERAL Y HÁBIL DIPLOMÁTICO.

Nació en Veiga, el 19 de Diciembre de 1684; murió en el campo de batalla, el 21 de Noviembre de 1732.

(c) Ministerio de Cultura 2006

En Turin escribió y publicó el Marqués los diez primeros tomos de su notabilísimo tratado de milicia, que se intitula *Reflexiones Militares*, y allí tambien ideó la formacion de un *Diccionario universal*, de cuyo proyecto nos ocuparémos más adelante con toda la extension que su importancia merece.

Las fecundas tareas científicas del Marqués de Santa Cruz fueron interrumpidas en el año de 1727 por la órden en que se le nombraba representante de España en el Congreso de Soissons, cuyo Congreso habia de resolver todas las cuestiones que en aquel entónces amenazaban turbar la paz de Europa; mision que muchas veces se ha confiado á reuniones diplomáticas, sin que nunca se haya conseguido, ni quizás pueda conseguirse por completo, el resultado apetecido. El Congreso de Soissons no fué excepcion de esta regla, y cuando se disolvió, el Marqués de Santa Cruz fué nombrado embajador extraordinario en París. Durante su permanencia en la córte de Francia publicó el undécimo volúmen de las *Reflexiones Militares*, y se ocupó en hacer várias experiencias con una pistola de arzon y una pieza de artillería de su invencion, cuya pieza, con una onza de pólvora, arrojaba una bala de libra y media de peso á la distancia de ochocientos piés. Propuso al Gobierno español la adopcion de un fusil, cuyo mecanismo no reveló, pero dijo que se podrian disparar con él cuatro tiros de mayor alcance en el mismo tiempo que se empleaba en un solo tiro de los fusiles entónces usuales. Tambien pidió que se le relevase del cargo de embajador, y se le concediese el mando de un regimiento para organizarlo por un sistema que tenia ideado, cuyas grandes ventajas se mostrarian en la práctica del servicio militar; pero esta pretension fué desatendida por el Gobierno del rey D. Felipe V.

Quizá sería por esta época cuando, á más de sus experimentos militares, se ocupaba Santa Cruz en preparar una historia de los tratados internacionales en que España habia tomado parte, á contar desde el reinado de Doña Isabel la Católica, de cuya obra en proyecto da noticia en su libro titulado *Rapsodia económico-política* (1), impreso en Madrid, el año de 1732.

Terminada la mision diplomática en la córte de Francia del autor de las *Reflexiones Militares*, parece que á su regreso á Madrid el Rey trató de nombrarle ministro de la Guerra, en reemplazo del Marqués de Castelar, que acababa de dejar este cargo; pero la esposa de Felipe V se opuso á tan acertado nombramiento; y, segun frecuentemente sucedia, prevaleció la voluntad de la Reina.

Por aquel entónces quizá bullia ya en la mente del ministro D. José Patiño la idea de preparar una expedicion á África, y esto puede explicar que á un general de tan relevante mérito como el Marqués de Santa Cruz se le diese el mando de la plaza de Ceuta; mando al parecer no tan importante como lo requeria la alta clase social y dilatados servicios del militar y diplomático que acababa de ejercer el cargo de embajador extraordinario de España en la córte del reino de Francia.

Tiempo es ya de que pongamos fin á este capítulo, dejando para el siguiente el relato del hecho más glorioso entre los gloriosos hechos que constituyen la historia de la vida y muerte del insigne escritor militar Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

(1) Se hallan curiosas noticias acerca de este libro en la *Biblioteca de Economistas españoles* de D. Manuel Colmeiro. El catedrático de economía política en la universidad de Sevilla, Sr. Baron de Sabasona, considera al Marqués de Santa Cruz como economista digno de loable memoria.

III.

MOTIVOS QUE EXPLICAN LA POPULARIDAD QUE ALCANZAN EN ESPAÑA LAS EXPEDICIONES Á ÁFRICA. — CONQUISTA DE ORÁN EN 1732. — RELACION DE LA BATALLA EN QUE MURIÓ PELEANDO EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

No cabe duda de que España, si ha de realizar la mision á la que parece se halla destinada por la Historia y la Geografía, es y debe ser el pueblo encargado de la civilizacion de la mayor parte del continente africano. Y por esta causa, las expediciones militares á África siempre han sido sancionadas por la opinion pública de la nacion española, lo mismo cuando el cardenal Cisnéros hacía tremolar la bandera de Castilla sobre los muros de Orán, que cuando el Conde de Lucena vencia á los marroquíes en Vad-Ras y ocupaba con tropas españolas la plaza de Tetuan.

Reconstitucion del Estado y de la nacionalidad ibérica, civilizacion de África, paz y fraternal alianza con las repúblicas hispano-americanas, tales son los *objetivos*, usando aquí una calificacion del arte militar, á que debe dirigirse la política de España y de Portugal, de los dos pueblos en que, para su mutua desgracia, se halla dividida, fraccionada ó rota la unidad etnográfica, geográfica é histórica de la Península Ibérica.

Vemos que nos alejamos mucho del asunto de que ya debiamos haber tratado; asunto que se reduce á recordar la expedicion que al mando del Conde y despues Duque de Montemar se dirigió á África en Julio de 1732 y se apoderó de la plaza de Orán en tan breve tiempo, que el célebre don Ignacio de Luzan cantó esta conquista recordando el famoso *llegué*, *vi* y *vencí* del gran Julio César. El Marqués de Santa Cruz tomó parte activa en los preparativos de esta empresa como gobernador de Ceuta; fué ascendido á teniente general, y cuando el futuro vencedor de Bitonto recibió órden de reembarcarse con la mayor parte del ejército expedicionario, cuyo número se elevaba á cerca de treinta mil hombres, fué nombrado gobernador de Orán.

El Conde de Clonard, en su *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería españolas*, dice que quedaron en Orán ocho mil hombres «bajo la conducta del Marqués de Santa Cruz, oficial de eminentes cualidades, que, dotado de un talento poderoso, habia sabido unir con el áspero ejercicio de las armas, el suave cultivo de las letras.»

«Bien se necesitaban sus cualidades, continúa diciendo Clonard, para sostener aquella conquista (2). Los moros, inflamado su ánimo por la ausencia de nuestro ejército y escuadra, se propusieron arrebatarnos la plaza, ó por lo ménos alguno de los castillos que la circundaban y protegian. Engreido por esta idea el bey Mustafá, avanzó á la cabeza de doce mil hombres y atacó con furia el de San Andres;

(2) La relacion de la batalla en que murió el autor de las *Reflexiones Militares*, que se halla en las *Memorias políticas y militares para servir de continuacion á los Comentarios del Marqués de San Felipe* (Madrid, 1792), por don José del Campo-Raso, en lo esencial, poco ó nada difiere de la del Conde de Clonard, que en el texto copiamos.

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO MADRID BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

pero el nutrido fuego que hizo la guarnicion sobre aquella masa que combatia al descubierto, causó en ella considerable estrago, y al fin la fuga más desconcertada. Dejaron los moros en el campo dos mil cadáveres, y el bey Mustafá, movido por su piadoso celo, envió un mensajero al gobernador suplicando que les diera sepultura.

» Mustafá, tan duramente escarmentado, no repitió sus ataques; pero los argelinos, mejor disciplinados, endurecidos en una vida de arriesgadas aventuras y mandados por jefes intrépidos, podian inspirar más serios temores. Ya en los primeros dias de Octubre (1732) se presentaron ante la plaza con fuerzas respetables, alguna artillería y una escuadra protectora. El castillo de Santa Cruz fué desde luégo el blanco de sus esfuerzos, y aunque la guarnicion hizo prodigios de intrepidez, rechazando cuantos asaltos intentaron, no desistieron, sin embargo, firmemente persuadidos de que el tiempo siempre concede ventaja al número sobre el valor.

» Tambien lo comprendió asi el Marqués de Santa Cruz, y asistido por los refuerzos que acababan de llegar de España, se propuso hacer una vigorosa salida para escarmentar reciamente al enemigo, incapacitándolo para cualquier tentativa ulterior.

» El dia 21 de Noviembre (1732), despues de haber asegurado completamente la plaza y los castillos, avanzó el Marqués sobre el campo contrario, á la cabeza de ocho mil hombres. El plan del Marqués era muy hábil y acomodado á las circunstancias, naturaleza del terreno é índole de los enemigos. Los Marqueses de Valdecañas y de Bay marcharon por la derecha y la izquierda, comprimiendo los flancos de los argelinos, miéntras que el Gobernador, con seis batallones, formados en cuadro, y cuatro piezas de campaña, despedazaba su frente, embistiéndole con imponderable brío. El choque fué sangriento, y obstinados los moros, demostraron un valor extraordinario, y no cedieron el terreno hasta que experimentaron pérdidas muy considerables. Siguieron los nuestros el alcance con ardor más que prudente, cebándose en la retaguardia enemiga y sembrando aquel campo de muertos y moribundos.

» Pero no tardó en alterarse la fisonomía de la accion. Rehiciéronse los moros en el borde de un profundo barranco, abierto en la falda de una eminencia, y desde allí lanzaron su caballería, á la que secundó rápida y enérgicamente la infantería. Los españoles, inflamados por el cebo de la persecucion, habian roto sus filas, y cargados en esta peligrosa coyuntura, vacilaron al principio, abandonándose despues á la fuga. Allí se hubiera perdido la mayor parte de la guarnicion española, y con ello la plaza de Orán, sin el denuedo heroico de Santa Cruz, que se precipitó en medio del torrente enemigo con algunas tropas de refresco. Este golpe imprevisto desconcertó á los moros, quienes se detuvieron en su victoriosa marcha, dando lugar á los españoles para que se reorganizasen; pero el ilustre Marqués perdió la vida en lo más recio de la pelea, terminando con gloriosa muerte una existencia que servia de orgullo á su patria.

» Aunque el combate se hubiera restablecido, todavía era muy crítica la situacion de los españoles; porque los enemigos, hallándose en una llanura ancha y despejada, podian hacer maniobrar con grandes resultados su numerosa caballería. Con efecto, ya habian destinado un cuerpo de mil quinientos jinetes para cortar la retirada de los nuestros; maniobra audaz, cuya realizacion hubiera adjudicado la victoria á los argelinos. Por fortuna, algunos refuerzos españoles, pertenecientes á los regimientos de Ultonia y de Aragon, que acababan de desembarcar, atraidos por las detonaciones, volaron al campo de batalla, y se hallaron frente de los mil quinientos caballos moros, que habian descrito una curva bastante extensa para ocultarse á la vigilancia de los nuestros. Verlos, acometerlos con admirable ardimiento y derrotarlos, fué todo obra de pocos instantes. Los moros repelidos se abrigaron en el cuerpo principal de sus columnas, é introdujeron en ellas algun desórden. Al mismo tiempo los refuerzos se enlazaban enérgicamente con la guarnicion, y recobrando ésta la ofensiva, encierra al enemigo en sus trincheras, penetra en ellas y le precipita en la fuga más tumultuosa. »

IV.

LA BIOGRAFÍA DE SANTA CRUZ ESCRITA POR EL SEÑOR MALDONADO Y MACANAZ. — EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DEBE SER CONSIDERADO COMO INICIADOR DEL PENSAMIENTO QUE DIÓ ORÍGEN Á LA FUNDACION DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

Hemos relatado breve y sumariamente los servicios militares y diplomáticos que prestó á su patria el Marqués de Santa Cruz; hemos trascrito algunas páginas de la *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería españolas*, porque en ellas aparece puesto en punto de evidencia que el cultivo de las letras, que el sosegado estudio de las ciencias, no amenguó el valeroso esfuerzo del general que supo morir en el campo de batalla cuando la ocasion asi lo exigia; áun nos resta tratar de los méritos del escritor didáctico, cuyo magistral tratado de milicia ha sido traducido al frances, al italiano y al aleman, y cuya sabiduría militar mereció las alabanzas del gran rey de Prusia Federico II.

Pero ántes de tratar del asunto que acabamos de indicar, apuntarémos algunas particularidades biográficas, que nos parecen oportunas para dar á conocer con la mayor exactitud que nos sea posible las condiciones personales del Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

En el artículo del *Semanario Pintoresco Español*, que citamos en los comienzos del presente escrito, dice el señor Maldonado y Macanáz: « D. Alvaro de Navia Osorio habia casado tres veces y tenido nueve hijos de sus diferentes mujeres; era de mediana estatura, pero proporcionado; algo grueso; de hermoso rostro; de genio muy fácil de irritar, pero más pronto aún en aplacarse y en pedir perdon de su falta, cualquiera que fuese la condicion del ofendido: su generosidad rayó en exceso y dejó su casa muy empeñada por el servicio y decoro de la monarquía. Fué, como ciudadano, honrado padre de familia, noble, amable, desinteresado; como soldado, uno de los más entendidos y valientes de aquel tiempo, que produjo los Montemar, Gages y Minas; como literato, uno de los más eruditos de aquel siglo de erudicion. »

Justo es dejar aquí claramente expresado que el motivo que produjo la disminucion de los bienes patrimoniales del Marqués de Santa Cruz fué no tan sólo su noble liberalidad, sino más principalmente que, no percibiendo los sueldos que le correspondian, por el estado de escasez en que se

(c) Ministerio de Cultura 2006

hallaba el Erario, procuraba suplir esta falta, y hacía gastos superiores á sus rentas, para representar á su patria con el decoro que exigian los altos cargos diplomáticos que le fueron confiados.

El artículo de D. Joaquin de Maldonado y Macanáz, en que nos estamos ocupando, se intitula: *Biografía de D. Álvaro de Navia Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, vizconde del Puerto y fundador de la Academia de la Historia*, y para explicar la última parte de este título, su autor dice así: «Hemos dado al Marqués de Santa Cruz el título de *fundador de la Academia de la Historia*, que habrá llamado la atencion de nuestros lectores, porque en nuestro concepto él fué quien concibió la idea de formar aquella corporacion, á semejanza de otra que acababa de inaugurarse en Turin, donde á la sazon se hallaba D. Álvaro de embajador. Citarémos en apoyo de nuestra opinion un opúsculo que existe impreso, titulado: *Últimas ideas del Marqués de Santa Cruz para compartir las memorias y efectuar el trabajo de un Diccionario histórico-geográfico, con distincion de si ha de ser bajo un solo alfabeto ó de muchos. Aviso para la más fácil ejecucion del Diccionario universal*, en cuyo capítulo XVIII se lee: «El contexto de los muchos »diccionarios que se hallan impresos, quitando la duplica»cion que unos hacen de lo que otros dicen, se reduciria á »ménos de una cuarta parte de lo que juntos todos cuestan »de compra y lectura; así que el formar de ellos uno solo »sería de grande alivio y ahorro á los curiosos. Las mayores »ventajas que de tal obra en español resultarian á España »quedan ya expresadas. Casi todos los diccionarios impresos »fueron compuestos por hombres doctos, y corregidos y »aumentados por centenares de personas eruditas, que sumi»nistráran el trabajo para las muchas reimpresiones que se »hicieron de aquellas obras.»

»Aconseja despues formar un solo diccionario de todos los ya publicados, de los cuales cita hasta cuarenta y siete, y concluye su proyecto de *Diccionario* de un modo que manifiesta lo sencillo y generoso de su carácter. Dice así:

«Entre el *Diccionario* de la edicion de Moreri de 1725 y »el de Trevoux de 1721, los cuales juntos componen once »volúmenes, abrazan lo principalísimo de cuanto contienen »los demas diccionarios. Si áun el trabajo reseñado en el an»terior capítulo pareciese pesado á mis amigos de España, »anímense á lo ménos, en servicio de la nacion, á formar una »obra de las dos expresadas, que vendrá á quedar en ocho »tomos, quitando á Moreri la confusion de genealogías, y »trocando lo que la una obra duplica por lo que en la otra »se halla. *Prometo adelantar los gastos de la imprenta y »componer yo uno de los tomos, y dejaré á mis compañeros »toda la ganancia, siendo para mí sobrada la que en nues»tra patria logre la obra y entre con el tiempo en el gusto de »mejorarla.* Cuando tambien esta proposicion rehusen mis »paisanos, puedo llorar su literaria negligencia, pero no »excusarles el sonrojo de que los caballeros de la córte de »Turin y algunos habitantes de la misma emprendan por »entero un trabajo, para cuya parte no se ha presentado »bastante número de hombres de tantas provincias como »España tiene, habiendo en ellas centenares de sujetos ca»paces de mayor asunto.»

»Estas son las razones en que nos apoyamos para dar al Vizconde del Puerto el título de *fundador de la Academia de la Historia*, pues si ha merecido el Marqués de Villena el de fundador de la Academia de la Lengua, sólo porque aconsejó su creacion, con mayor motivo le es debido á aquél, pues no sólo invitó y animó á los caballeros españoles dándoles en cara con el ejemplo de los de la córte de Turin, sí que ademas formó el plan de sus tareas, las repartió entre ellos, les indicó la marcha que habian de seguir en sus trabajos, y se ofreció generosamente á costear la obra, á pesar de los excesivos gastos que ocasionaba entónces una empresa de esta naturaleza. Cierto que la Academia de la Historia no fué creada hasta algunos años despues de la muerte de Santa Cruz; pero indicándose en el decreto de ereccion que el objeto de su formacion era el de componer un *Diccionario histórico*, debemos creer que no se hizo más que seguir la idea dada por aquél, para cuya realizacion habia trabajado tanto. Así, pues, la Academia de la Historia le debe en justicia una indemnizacion por el olvido en que le ha tenido, así como la de la Lengua está en obligacion de demostrar con algun acto ostensible la que le merece su creador el ilustre Marqués de Villena.»

Pesando bien todos los razonamientos que acabamos de copiar, mediante los cuales entiende el Sr. Maldonado que se puede adjudicar al Marqués de Santa Cruz el honroso dictado de *Fundador de la Academia de la Historia*, parécenos que pudiera modificarse algun tanto este calificativo, para que se hallase enteramente de acuerdo con la exactitud de los hechos. ¿No bastaria decir que el Marqués de Santa Cruz de Marcenado fué el *iniciador del pensamiento que produjo la creacion de la Academia de la Historia?* Dejando al buen criterio de nuestros lectores la contestacion de esta pregunta, justo es hacer constar aquí el elogio que merece D. Joaquin de Maldonado y Macanáz por haber dado noticias de un opúsculo del Marqués de Santa Cruz casi desconocido; puesto que tan sólo en la biografía del Marqués que forma parte de la coleccion de *Retratos de los españoles ilustres* es donde se hallan algunas indicaciones acerca del proyecto de un *Diccionario enciclopédico*, que están de acuerdo con los extractos y citas que ha hecho el Sr. Maldonado; pero en las dichas indicaciones se calla el orígen que las sirve de fundamento, y que prueba su validez ante el tribunal de la Historia.»

Gracias sean dadas al Sr. Maldonado por haber puesto en punto de evidencia la importancia de las *Ultimas ideas del Marqués de Santa Cruz para compartir las memorias y efectuar el trabajo de un Diccionario histórico-geográfico*, porque este escrito bastaria por sí solo para que nadie pudiese dudar de que su autor era un generoso magnate, un gran erudito, y lo que áun vale mucho más, un buen patricio y un inteligente conocedor de los bienes que proporciona la universalizacion de los conocimientos humanos.

V.

IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA DE LA CIENCIA DE LA GUERRA.—ELOGIO DE LAS «REFLEXIONES MILITARES» DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

Así como en el sér humano el pensamiento precede á la accion, ántes de *hacer* es preciso pensar lo que se *trata de*

(c) Ministerio de Cultura 2006

«HUSAR DE LA PRINCESA.»—(ACUARELA DE GARCÍA RAMOS.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

hacer; por semejante manera, en las naciones las ideas de los publicistas preceden á los hechos que llevan á cabo gobernantes y legisladores. Las ideas de los tratadistas de derecho natural, si son justas, siempre llegan, más ó ménos pronto, á convertirse en preceptos legales. Las aspiraciones de los publicistas políticos, si están de acuerdo con las realidades de la vida social, llegan á trasformarse en hechos tan grandes como los que recientemente hemos visto: la unidad de Italia y la de Alemania. Las enseñanzas de los moralistas, si se hallan de acuerdo con la naturaleza humana, producen la abolicion del tormento como prueba jurídica, la de la esclavitud y la de las penas infamantes. El propagandista que *tiene razon* puede abrigar la seguridad del triunfo de sus ideas.

En las antecedentes consideraciones hemos procurado insinuar la suma importancia que encierra el estudio de la historia de la literatura, tomando esta última palabra en su más ámplio significado. El sesudo escritor D. Martin Fernandez de Navarrete decia con evidente acierto: «La historia de las ciencias es la historia de los progresos, de la razon y del entendimiento humano, y tanto más útil y sublime, cuanto la parte intelectual y del ánimo excede á la material y corpórea de los hombres en excelencia y hermosura.»

El estudio crítico de la historia de la literatura militar de España pondria en punto de evidencia muchas verdades, de las cuales podrian deducirse enseñanzas de útil aplicacion en el sistema orgánico de las instituciones militares. Como la presente ocasion no permite desenvolver con toda la necesaria amplitud las someras indicaciones que acabamos de hacer, habrémos de limitarnos á señalar que el carácter propio de los tratados generales de milicia los coloca desde luégo entre las obras pertenecientes al grupo de las llamadas ciencias morales y políticas ó ciencias sociales. Nuestro famoso erudito D. Nicolas Antonio, en su estimable *Biblioteca*, colocaba los libros militares en el mismo grupo que los tratados de tauromaquia y de arte de la caza. Tal y tan estupendo error, y otros muchos no menores, tienen su orígen en la escasa atencion que se ha prestado, y lo que es más triste, en la escasa atencion que se presta al estudio de la historia de la literatura militar; estudio importantísimo, que debiera constituir una de las asignaturas de todas las academias y colegios militares; estudio mediante el cual podria saber el ejército español que las obras de nuestros tratadistas de milicia de los siglos XVI y XVII eran traducidas y admiradas en todos los pueblos civilizados; estudio del cual resultarian tantas ventajas, que traspasariamos los límites del presente escrito si tratásemos de enumerarlas.

Ejemplos y pruebas de la verdad que encierran las consideraciones que anteceden, se hallan en el inmortal libro del Marqués de Santa Cruz, que ya várias veces hemos mencionado. Allí aparece el moralista, profundo conocedor de los sentimientos y de las pasiones que agitan á los seres humanos; allí aparece el hábil político, versado en las artes de la vida cortesana; allí aparece el experto caudillo, que sabe aquilatar la valía de las tropas segun las condiciones de su organizacion y procedencia; allí aparece el incomparable erudito, que amontona citas, guiado por la modestia que pide la confirmacion histórica de los juicios personales, y no por la ostentosa vanidad de pedantesca ciencia; en suma, allí aparece D. Alvaro de Navia Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, con todas sus grandes cualidades de general y de escritor didáctico.

Críticos descontentadizos habrá que acaso motejen como exagerados nuestros elogios de las *Reflexiones Militares;* pero si tal sucediese, nosotros contestariamos que las obras científicas han de ser juzgadas en relacion al estado que alcanzaba la ciencia á que pertenecen en la época en que se publicaron, y mediante esta sencilla consideracion, nadie puede poner en tela de juicio las eminentes dotes de escritor didáctico que reveló el Marqués de Santa Cruz en su notabilísimo tratado de ciencia y arte de la guerra.

En efecto, durante la Edad Media, la ciencia militar, lo mismo que las demas ciencias, habia llegado á tal estado de postracion, que apénas puede señalarse algun mediano libro en que de ella se trate; dándose el singular caso de que en Italia una mujer, Cristina de Pizzano, sea el tratadista de milicia que mayormente ensalzan críticos é historiadores. Llegó el siglo XV, y en aquella época, justamente llamada el Renacimiento de las artes y de las ciencias, el célebre Nicolas Maquiavelo escribió un tratado de milicia, que marca un jalon —si vale la palabra— en la historia de la ciencia militar, y el período que inaugura el secretario florentino, ciérralo con llave de oro el autor de las *Reflexiones Militares.*

Despues del Marqués de Santa Cruz, el *Ensayo general de táctica* del Conde de Guibert, las ingeniosas extravagancias de Mauricio de Sajonia, los ejemplos de las gloriosas campañas de Federico II, las guerras de la Revolucion francesa, la epopeya militar del imperio napoleónico, la última guerra franco-alemana, las obras de tan insignes escritores como Lloyd, Jomini, Willinsen, Clausewitz, Rustow y nuestros inolvidables Villamartin y Marqués del Duero; en suma, despues de la época en que vivió D. Alvaro de Navia Osorio, el rápido progreso de la civilizacion moderna ha hecho que cambien muchas de las ideas que ántes prevalecian en la enseñanza del arte y de la ciencia de la guerra; y, sin embargo, áun puede sacarse provechoso fruto de la lectura de las *Reflexiones Militares*, porque la mayor parte de las teorías que en este libro se desenvuelven se hallan fundadas, no en las vanas imaginaciones de su autor, sino en el estudio de la historia y del corazon humano; estudio que en las ciencias sociales, milicia, jurisprudencia, política y las demas del mismo grupo es, sin duda alguna, el camino más seguro para poder conseguir el conocimiento de la verdad.

Aun cuando en España nó hubiesen florecido los ilustres escritores é inventores de artillería é ingeniería militar Pedro Navarro, Cristóbal de Rojas, Firrufino, Ufano, el Marqués de Leganés, D. Diego de Alava, el Comendador Escribá, Cristóbal Lechuga, Prósperi, D. Pedro de Lucuze, D. Vicente de los Rios, D. Tomás de Morla y algunos otros, ni los tratadistas é historiadores militares Palacios Rubios, Diaz de Gamez, Diego de Salazar, Valdés, D. Bernardino de Mendoza, Melo, Moncada, D. Sancho de Londoño, D. Francisco Dávila, el Conde de Rebolledo, D. Tomás de Puga y Rojas, Martin de Eguiluz, Jerónimo de Urrea, Fernandez de Oviedo, Márcos de Isaba, Ayora, Hurtado de Mendoza, D. Vicente Ferraz, D. Francisco Ventura de la Sala, el Marqués de la Mina, el Duque de Montemar y otros

(c) Ministerio de Cultura 2006

muchos; áun cuando España no hubiese producido más que las *Reflexiones Militares* del Marqués de Santa Cruz en el siglo XVIII, y las *Nociones del Arte militar* de D. Francisco Villamartin en el siglo XIX, bastarian estos dos libros para que la patria de sus autores alcanzase honroso puesto en la historia científico-militar de las naciones europeas.

VI.

DIGRESION NECESARIA PARA DESVIRTUAR UN REPARO QUE PODRIA OPONERSE Á LAS APRECIACIONES QUE SE HACEN EN EL PRESENTE ESCRITO.

Antes de terminar lo que áun nos resta por decir acerca del Marqués de Santa Cruz de Marcenado y de su inmortal libro de milicia, parécenos conveniente responder aquí á cierta objecion que se nos podria hacer, encaminada á destruir por su base las ideas fundamentales que en el presente escrito estamos exponiendo. La guerra es un mal, podrá decir algun filántropo más cándido que cauto, luego los escritores que en sus obras se ocupan del arte ó ciencia de la guerra contribuyen á la enseñanza del mal; y por ende, cuanto mejores sean sus obras, serán tambien más perniciosas y ménos dignas de alabanzas. Existiendo tantas ciencias cuya bondad aparece indudable con sólo enunciar su objeto: la Teología, en que se trata del conocimiento de Dios; la Moral, enseñanza del bien humano; la Jurisprudencia, determinacion de los principios del derecho y de la justicia; y otras muchas, ¿por qué emplear el entendimiento en el estudio de la milicia, la ciencia y el arte de la guerra; ciencia cuyo fin consiste en alcanzar triunfos por medio de la fuerza, sin parar mientes en que bien pudiera acaecer que la razon estuviese de parte de los vencidos? Si los grandes conquistadores, que, guiados por su ambicion, han perturbado tantas veces la paz del mundo, han sido considerados como grandes criminales, los tratadistas de arte militar, puesto que enseñan el arte de vencer en la guerra, deben ser considerados como sus maestros y sus cómplices. Y si se dijese que los grandes capitanes no aprendieron en los libros, porque el genio no necesita maestros, entónces los tratados de milicia son inútiles, y sus autores son indignos de la atencion de la crítica, por haber empleado su tiempo en formular los principios de una ciencia que, segun parece, no se pueden aprender.

Si el filántropo, cuyos posibles razonamientos acabamos de exponer, no existiese, es innegable que las teorías que le hemos atribuido se hallan ámpliamente desenvueltas en multitud de discursos y folletos de muchos apóstoles de la paz universal; y por lo tanto, como de ser exactas tales teorías, las *Reflexiones Militares* del Marqués de Santa Cruz, por nosotros tan encomiadas, serian un libro de perniciosa, ó cuando ménos de inútil lectura, creemos que no parecerá inoportuno si hacemos aquí algunas consideraciones, en las cuales procurarémos demostrar las excelencias y la utilidad del arte y de la ciencia de la guerra (1).

Comencemos por definir. Por guerra entendemos la lucha por medio de las armas, entre colectividades humanas. Las naciones son las que luchan en las guerras llamadas por los tratadistas, exteriores ó extranjeras; los partidos, parcialidades ó banderías por la diversidad de sus ideas, ya religiosas, ya políticas, ó las provincias y municipios por la diversidad de sus intereses, son los factores de la lucha en las guerras civiles.

No cabe duda de que la guerra es un mal, pero ciertamente que este mal reviste tales caractéres de permanencia y de universalidad, que puede decirse que es un hecho que aparece sin interrupcion, segun se halla comprobado desde la primera página legible de la historia de la humanidad, hasta la crónica de los últimos números de las revistas y de los periódicos ilustrados que llenan las mesas de nuestros gabinetes de lectura.

Siendo la guerra un mal, es evidente la conveniencia de buscar medios para que la paz sea el estado permanente de la sociedad. ¿Y cómo proponer los medios que hayan de servir para la conservacion de la paz, sin saber lo que es la guerra, y las causas ó leyes á que obedece la produccion de este hecho social?

Cervántes, con la poderosa intuicion de su soberano ingenio, escribió que *las armas tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida;* y así es la verdad, porque la ciencia militar, al exponer las causas y leyes de la guerra, indica los medios de evitar esta perturbacion social; y el arte militar, enseñando los principios apropiados para vencer, procura disminuir los males de la guerra, acortando su duracion por medio de grandes victorias, que obliguen al enemigo á hacer las paces lo más pronto posible.

En un libro que está excitando la atencion pública en los dias que escribimos estas líneas, *Los Alemanes y la Francia*, del P. Didon, se hace observar que la *escuela* y el *cuartel* son los dos signos externos que caracterizan actualmente á la nacionalidad alemana. Y es lógico que así suceda. Representa la *escuela* la inteligencia, la cultura, la idea; representa el *cuartel* la fuerza, la salud, la virilidad de la nacion.

Nuestro inolvidable amigo, el insigne Villamartin, decia

---

(1) Nuestro buen amigo el ingeniero civil D. José Antonio Rebolledo ha publicado un libro, que se titula *Los Héroes de la civilizacion* (Madrid, 1879), dedicado á sublimar las artes de la paz, y en el cual se afirma que la guerra jamas ha producido ningun género de bienes. En todas y en cada una de las páginas de *Los Héroes de la civilizacion* se revelan las dotes de talento de su ilustrado autor; pero la tésis tan radical y exagerada que sostiene el señor Rebolledo acaso podria ser rebatida con otra exageracion en opuesto sentido, segun lo ha hecho el coronel D. Luis Martinez Monje en su estimable obra intitulada *La Razon de la guerra*. Acerca de la cuestion aquí iniciada, averiguar lo que constituye la esencia de la guerra, ademas de los dos libros citados en el texto, merecen consultarse el notable folleto del malogrado Villamartin, *Napoleon III y la Academia de Ciencias* (Madrid, 1864), la *Disertacion sobre la filosofía y progreso de la guerra* (Pamplona, 1868), por don Ramon María Araiztegui, y un librito, publicado en París, en 1872, que se titula *Essai sur la philosophie de la guerre*. Tambien hemos leido dos folletos muy curiosos, en que se trata de cuestiones estrechamente enlazadas con el indicado asunto. Uno de estos folletos se titula *Discurso sobre la nobleza de las Armas y las Letras* (Madrid, 1790), por D. Mariano Madramany y Calatayud; y el otro, *Descripcion de la milicia en su esencia y efecto* (Sevilla, 1825), por D. J. M. L. La *Filosofía de la Guerra*, del Marqués de Chambray, se parece á la *Filosofía de la Elocuencia*, de D. Antonio de Capmany; en ambas obras sólo se halla una palabra de filosofía: la que está escrita en sus respectivas portadas.

(c) Ministerio de Cultura 2006

que de los conocimientos militares dependian la salud y la vida de las naciones, y así es la verdad. La enseñanza científica y el organismo de las instituciones militares: hé aquí las dos cuestiones que más deben preocupar á estadistas y legisladores. Quizá estas dos cuestiones puedan reducirse á una sola, porque la base del organismo militar se halla en lo que generalmente se denomina servicio obligatorio, á lo cual llamariamos nosotros *instruccion militar obligatoria*, nombre que fijaria claramente la duracion del plazo de permanencia en las filas del ejército activo, é indicaria al propio tiempo la razon en que se funda la personal obligacion del servicio de las armas.

Volvemos á repetirlo: la guerra es un mal, pero no cabe duda de que en la guerra el vencedor padece ménos que el vencido; no cabe duda de que las naciones débiles viven sin gloria y suelen morir sin honra.

Alemania procede sabiamente concediendo tanta importancia al *cuartel* como á la *escuela*, porque en último término el *cuartel* es tambien una *escuela*, en la cual se aprende á servir á la patria y á morir por ella, si la ocasion así lo exige.

El propagandista de las mayores exageraciones del libre pensamiento, el célebre Proudhon, y el apóstol de las mayores exageraciones del ultramontanismo, el no ménos célebre Luis Veuillot, al ocuparse de lo que significa ante el tribunal de la historia y de la conciencia humana el *hecho de la guerra*, han estado conformes en concederle capital importancia, y á pesar de la radical oposicion de sus ideas, Proudhon, en su libro *La Guerra y la Paz*, y Veuillot en el suyo, *La Guerre et l'homme de guerre*, han mostrado que no sin razon conceden los pueblos á los grandes capitanes lauros y coronas, que acaso escatiman á los varones que alcanzan renombre en otras esferas de la actividad humana. Y para que así suceda hay fundamentos de justicia de fácil y evidente conocimiento. La *razon de la fuerza*, si se medita atentamente sobre las últimas consecuencias de sus victorias, se verá que siempre está de acuerdo con la *fuerza de la razon*.

La *milicia*, que segun la define el Diccionario de la Academia Española en su edicion del año 1803, es á la vez ciencia y arte de la guerra; la *milicia*, cuya definicion podria expresarse en esta ó parecida forma: ciencia y arte del Estado en su relacion con el hecho de la guerra; la *milicia* constituye una ciencia cuyo conocimiento es necesario para el estadista y para el caudillo, y cuyos rudimentos debieron formar parte de la cultura general, porque mal podrá el ciudadano cumplir las obligaciones militares que exige la conservacion del órden interior y la defensa de la honra y de la integridad de su patria, si desconoce los motivos en que se funda el necesario cumplimiento de tan sagradas obligaciones.

Creemos que lo dicho basta para que claramente se comprenda toda la gravedad de las cuestiones que se dilucidan en los tratados de milicia; y de aquí fácilmente puede deducirse el mérito de sus autores cuando aciertan á resolver estas cuestiones con la grandeza de miras que su importancia requiere. Llegar á esta conclusion, demostrando el absurdo de arraigadas preocupaciones, esto, y no más, era lo que nos propusimos llevar á cabo en esta larga, pero, á nuestro entender, útil y necesaria digresion.

VII.

ELOGIOS QUE SE HAN TRIBUTADO Á LAS «REFLEXIONES MILITARES» DE SANTA CRUZ POR REPUTADOS ESCRITORES NACIONALES Y EXTRANJEROS.—ENSEÑANZA DE APLICACION PRÁCTICA QUE PUEDE DEDUCIRSE DE ESTOS APUNTAMIENTOS BIOGRÁFICOS.

Aun cuando á todos los argumentos de autoridad se les puede aplicar la donosa ocurrencia del agudo crítico don Mariano José de Larra, que decia: «el Diccionario de la Academia es una gran autoridad cuando tiene razon», tambien es cierto que la casi unanimidad de opiniones respetables declaradas en favor de una obra científica ó literaria constituye la única prueba histórica que de su mérito puede darse. Y hemos dicho la *casi unanimidad de opiniones*, porque la unanimidad de juicios favorables no lo ha conseguido hasta el presente, ni es probable que jamas lo consiga, ninguna produccion del entendimiento humano. Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres, ó, lo que es lo mismo, es ley de la razon humana la lucha por la verdad, como es ley de los seres materiales la lucha por la existencia.

Poniendo coto á estas consideraciones, puesto que la ocasion no permite su lógico desarrollo, y volviendo al asunto en que ahora nos ocupamos, copiarémos aquí algunos de los juicios que se han formulado acerca del Marqués de Santa Cruz y de sus *Reflexiones Militares*, y la autoridad de estos juicios señalará hasta qué punto es merecedor de eterna loa el más ilustre de nuestros antiguos tratadistas de ciencia y arte de la guerra.

En la publicacion oficial *Retratos de los Españoles ilustres, con un epítome de sus vidas*, se dice lo siguiente: «Considerado como escritor el Vizconde del Puerto, merece un lugar distinguido por sus *Reflexiones Militares*, obra clásica en su género, escrita en estilo claro y sencillo, con buen método, y un plan vasto, juicioso y felizmente ejecutado; algo recargada de alusiones y de citas, defecto más bien hijo de su modestia que de su ostentacion. El mérito intrínseco de ella es bien conocido de los buenos militares; Federico II nunca la separaba de su mesa, y ha sido en extremo útil á los enciclopedistas autores del *Diccionario militar*. La elevacion de sus ideas se ve en el *Proyecto de un Diccionario Universal*..... Este pensamiento, inspirado por el amor á la gloria y utilidad de su patria, tenía acaso el primer lugar en su cuidado. Concibióle con grandeza, combinóle con madurez, llevó la atencion más exquisita desde el plan general de la obra hasta las partes más menudas, convidó á todos los sabios de la Nacion para que concurriesen á efectuarla; ofrecióse él mismo á trabajar cuanto cupiese en sus fuerzas; no se detenia en costos ni en sacrificios; recomendábale á la Academia y al Rey; y, finalmente, si las circunstancias del tiempo no permitieron que se efectuase una empresa tan vasta y tan sublime, por lo ménos el ingenio que pudo idearla, el anhelo laudable que el progreso de las letras, una erudicion tan grande, y una aplicacion tan continua, son prendas admirables en un hombre ocupado siempre en negociaciones de política ó en operaciones de guerra.»

El general D. José Almirante, en su *Bibliografía militar de España*, despues de dar cuenta de que las *Reflexiones Militares* constan de once volúmenes en cuarto, los diez

(c) Ministerio de Cultura 2006

primeros, impresos en Turin desde el año 1724 al de 1727, y el undécimo volúmen en París en 1730, y de citar algunas traducciones de esta obra y los dos compendios que de ella se han hecho, uno publicado en Alemania, en 1735, y el otro en España, en 1787, por el general Contreras, escribe lo siguiente: «Esta es una de esas obras inmensas en que no entra ó no debe entrar el escalpelo de la crítica. Hay que aceptarlas y respetarlas tales como son; como su autor las hizo..... Al Marqués de Santa Cruz hay que tomarle *en serio* con sus once volúmenes macizos; con su pasmosa y exuberante erudicion; con su buen instinto militar, que tanto contrasta con las pueriles ridiculeces de su tiempo..... En resúmen, la obra de Santa Cruz es un monumento de la literatura militar española, y levantado cabalmente en los tiempos en que las letras, la milicia y el país entero alcanzaba el nivel más bajo que registra la historia. Por supuesto que en el extranjero es más conocido que en España.» Este *por supuesto*, propio del peculiar estilo del Sr. Almirante, es hoy una gran verdad, que todos los que de véras amamos á nuestra patria, y singularmente los que visten y los que hemos vestido el uniforme militar, debemos procurar que deje de serlo en el plazo más breve que nos sea posible (1).

Continuemos nuestras citas. El historiador de la vida de Felipe II y de D. Agustin Argüelles, el ilustre Duque de San Miguel, decia en el prólogo del libro *Capitanes Ilustres*, del Sr. Diana, conmemorando las glorias del ejército español: «Las *Reflexiones Militares*, título demasiado humilde para una obra que abraza tantas cosas, fueron una produccion magna, muy admirada en su tiempo por los extranjeros *y por nosotros mismos*, sin que el transcurso de mucho más de un siglo la haya sepultado en el olvido.» Nótese que la frase del Duque de San Miguel que hemos subrayado, *y por nosotros mismos*, es muy parecida al *por supuesto* del general D. José Almirante.

Don Manuel Juan Diana, en el libro que acabamos de mencionar, dice así: «D. Alvaro José de Navia Osorio, vizconde del Puerto y marqués de Santa Cruz de Marcenado, uno de los hombres que más honran á la patria que los ve nacer, *tomando ora la espada*, *ora la pluma*, conquistó justa celebridad como experto general y como escritor profundo.»

En el *Manuel de l'Officier d'État Major* (París, 1827), del jefe de batallon M. Eugenio Labaume, se lee lo siguiente: «Las *Reflexiones Militares* de Santa Cruz encierran una multitud de citas, ejemplos y enseñanzas útiles á los militares y á los diplomáticos. Se hallan traducidas al frances en once volúmenes en octavo con tres láminas. Seria conveniente que para el uso de los oficiales jóvenes se hiciese un compendio en que se conservase todo lo más esencial de esta obra, fruto de una larga experiencia militar, de una lectura inmensa y de una memoria prodigiosa.»

El capitan D. Ubaldo Pasaron y Lastra, en su libro *Milicia y organizacion*, se expresa en esta forma: «Al frente de todos los escritores militares de nuestra patria figura como escritor profundo y experto general el inmortal autor de las *Reflexiones Militares*..... Astúrias, la nunca domada por los romanos, el inexpugnable baluarte contra los moros, la cuna de nuestra independencia, la que primero alzó el grito en España contra el coloso del siglo, la escogida patria de los sabios y de los buenos, la madre patria del Duque de Estrada, de Bancés Candamo, del P. Trelles, de Mendo Rodriguez de Sanabria, del Cardenal Cienfuegos, de Jovellános, Argüelles, Campománes, Perez Villamil, Marina, Florez Estrada (2) y tantos otros varones sabios ó patriotas; la afortunada Astúrias tiene tambien la honra de haber producido al llamado *Príncipe entre los escritores militares de España, y á ninguno segundo de las demas naciones*. Cuando las *Reflexiones Militares* de Santa Cruz fueron traducidas al frances por M. Vergy, nada habia en Francia, ni en parte alguna del mundo, tan completo sobre las cuestiones sublimes del arte militar, sobre todo en cuanto á la parte moral y á la alta estrategia. El único defecto que pudiera acaso imputarse á esta obra seria la latitud de su materia; pero esta materia, dice Carrion Nisas, se halla tan bien repartida, y con tal órden, que nunca cansa, siendo ademas tan selecta, que nunca podrá dejar de aprovechar quien recurra á ella..... La *Enciclopedia metódica* copió de Santa Cruz hasta medios volúmenes enteros, y son muchas las versiones que de su brillante obra se han hecho en todas partes.»

El autor de la *Biblioteca Asturiana*, recordando la juvenil edad en que Santa Cruz comenzó sus servicios militares, dice: «Lo que más admira en este incomparable soldado, saliendo á la guerra en tan tierna edad y sin prévios estudios de carrera escolástica alguna, se hiciese tan sabio entre los mismos trabajos y faenas militares, que en sus obras no se echa ménos erudicion alguna, de tantas que son menester para la constitucion de un sabio.»

En el prólogo de la edicion de las *Reflexiones Militares* que publicó en 1850 la *Biblioteca militar portátil* se dice lo siguiente: «Pocos escritos habrá que tanta erudicion ostenten como el trabajo que vamos á publicar; pocos habrá que como él hayan aparecido completamente acabados en medio de circunstancias enteramente contrarias, cuando nada existia que pudiera abreviar la tarea del autor, cuando el

(1) Para coadyuvar al fin que en el texto se indica, el autor de estas líneas ha iniciado la idea de conmemorar solemnemente el segundo centenario del nacimiento del Marqués de Santa Cruz, aprovechando la circunstancia de que la fecha en que se cumple este centenario es en el dia 19 de Diciembre del presente año. Nuestro pensamiento ha sido muy bien acogido por la prensa militar y por muchos periódicos políticos, y en los momentos que escribimos esta nota parece que se pueden tener algunas esperanzas de que el Marqués de Santa Cruz será honrado como de justicia le corresponde al cumplirse el segundo centenario de su nacimiento; puesto que en varios periódicos de hoy, 3 de Junio de 1854, aparece el siguiente suelto: «Ayer se reunieron en casa del teniente general Marqués de San Roman los generales Ros de Olano, Reina (D. José), Arteche, Ibañez (D. Cárlos), Buzarán, Arroquia, La Llave (D. Pedro), Servet y Bermudez Reina, el brigadier Ibarra y los Sres. Fernandez Duro, Zancada y Vidart, que se hallan conformes en la idea de conmemorar el segundo centenario del nacimiento del Marqués de Santa Cruz de Marcenado en el dia 19 de Diciembre del año actual, y despues de una ámplia discusion se acordó por unanimidad la forma en que parece conveniente llevar á cabo dicha conmemoracion. Tambien se acordó promover una reunion más numerosa, á la cual se someterá la definitiva resolucion de este asunto. Los nombres de los congregados en casa del Marqués de San Roman, entre los cuales hay algunos de celebridad europea, son ya una garantía de que el tributo que se trata de rendir á la memoria del autor de las *Reflexiones Militares* será digno de España y del ejército español.»

(2) En esta conmemoracion de asturianos ilustres deben añadirse los nombres del Conde de Toreno, inmortal autor de la *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, del ilustre escritor militar D. Evaristo San Miguel, del P. Cuevas y del célebre ministro D. Pedro José Pidal.

(c) Ministerio de Cultura 2006

CATEDRAL DE TOLEDO.—PUERTA DE LA PRESENTACION.

(c) Ministerio de Cultura 2006

terreno por donde penetró era del todo nuevo, cuando habia que luchar con añejas preocupaciones, y crear, por decirlo así, un arte nuevo. Un escritor militar frances, Rocquancourt, al hablar del Marqués de Santa Cruz, hace de él un pomposo elogio, diciendo que los españoles escriben poco, pero cuando lo hacen, sus obras son maestras y descuellan entre todas las de su época.»

Por no alargar en demasía la materia de que tratamos, no referimos una anécdota del gran Federico II (1), en que se dice que este monarca, en pública y solemne ocasion, tributó grandes elogios al tratado de milicia de Santa Cruz, ni extractamos el artículo laudatorio que de esta obra se publicó en las famosas *Memorias de Trevoux;* pero no queremos pasar en silencio que el sábio Feijóo ensalzaba al Vizconde del Puerto por el honor que habia dado á España entre las naciones extranjeras con sus excelentes libros de *Reflexiones Militares.*

Si Bardin y algun otro escritor militar no se hallan de acuerdo con los juicios que dejamos citados y otros muchos que podrian citarse, tales disidencias no destruyen, ni pueden destruir, la casi unanimidad de autorizadas opiniones que proclaman y demuestran históricamente la singular valía del Marqués de Santa Cruz y de sus *Reflexiones Militares.*

El espíritu positivista de la sociedad contemporánea suele pedir cuenta á los escritores acerca de la verdad práctica ó de la util enseñanza que en sus obras puede hallarse, y en la ocasion presente nos parece oportuno ceder á esta exigencia por la grandísima importancia de las consecuencias que cabe deducir meditando un poco sobre la vida y muerte del Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Bien sabido es que en las turbaciones de la crísis contemporánea no faltan profetas de desventuras, que afirman que la civilizacion europea está amenazada de una guerra sin cuartel entre el proletariado de una parte, y de la otra las dos clases que poseen la riqueza territorial, la aristocracia y la clase media; guerra cuyas deplorables consecuencias con facilidad pueden suponerse. La llamada cuestion social: hé aquí la negra nube que amenaza cubrir el sol de la moderna cultura y desatarse más tarde en furiosa y asoladora tempestad. No consiente la índole del presente escrito ni siquiera el intento de tratar fundamentalmente de tan gravísima cuestion; pero, sin salir de los límites del asunto en que ahora nos ocupamos, podemos recordar á las clases cuyos intereses se creen en peligro más ó ménos remoto, aquel lema de un escudo de armas: *Haz lo que debas, y suceda lo que quiera;* lema que constituye una regla de conducta, cuya eficacia para el bien es superior á todo encarecimiento.

¿Qué demagogia no enmudeceria ante el acaudalado aristócrata que cumpliese con todas las múltiples obligaciones que imponen la estirpe ilustre y la heredada riqueza? Del exacto cumplimiento de tan grandes obligaciones pueden presentarse como ejemplo digno de eterna alabanza la vida y muerte del insigne autor de las *Reflexiones Militares.* Don Alvaro de Navia Osorio, mecido en noble cuna y rodeado de la opulencia que correspondia al hijo de los poderosos señores de la villa y del puerto de Navia, pudiendo pasar su vida en indolente ociosidad, apénas trascurridos los primeros años de su adolescencia, abraza la carrera de las armas, y deja el regalo de su casa solariega, por la fatiga de los campamentos y el peligro de las batallas. Vizconde del Puerto primero, y despues tercer Marqués de Santa Cruz de Marcenado, no se engrie con estos títulos de histórica nobleza, y procura alcanzar otros nuevos que ilustren su nombre, sirviendo á su patria como valeroso soldado y diestro diplomático, escribiendo páginas de provechosa enseñanza científico-militar é ideando los medios de contribuir poderosamente al progreso de la cultura de sus conciudadanos. Si no percibe los sueldos que le corresponden por los cargos diplomáticos que se le confian, gasta todas sus rentas, y hasta llega á empeñar su patrimonio, para que no padezca menoscabo el decoro de la representacion de España en las córtes extranjeras. Y por último, si suena una hora infausta en que teme sean vencidas por la morisma las tropas que bajo sus órdenes combaten, determínase á morir lidiando y asegura con el sacrificio de su vida el triunfo de las armas españolas. Así murió heroicamente el Marqués de Santa Cruz, que durante su no larga existencia habia empleado su actividad en el servicio de su patria, su inteligencia en el estudio, y su riqueza en el mantenimiento del buen nombre de España entre las naciones extranjeras. Oportuno sería preguntar ahora, imitando dos versos de un poeta sevillano:

Los que viven así, ¿para qué mueren?
Y los que así no viven, ¿por qué nacen?

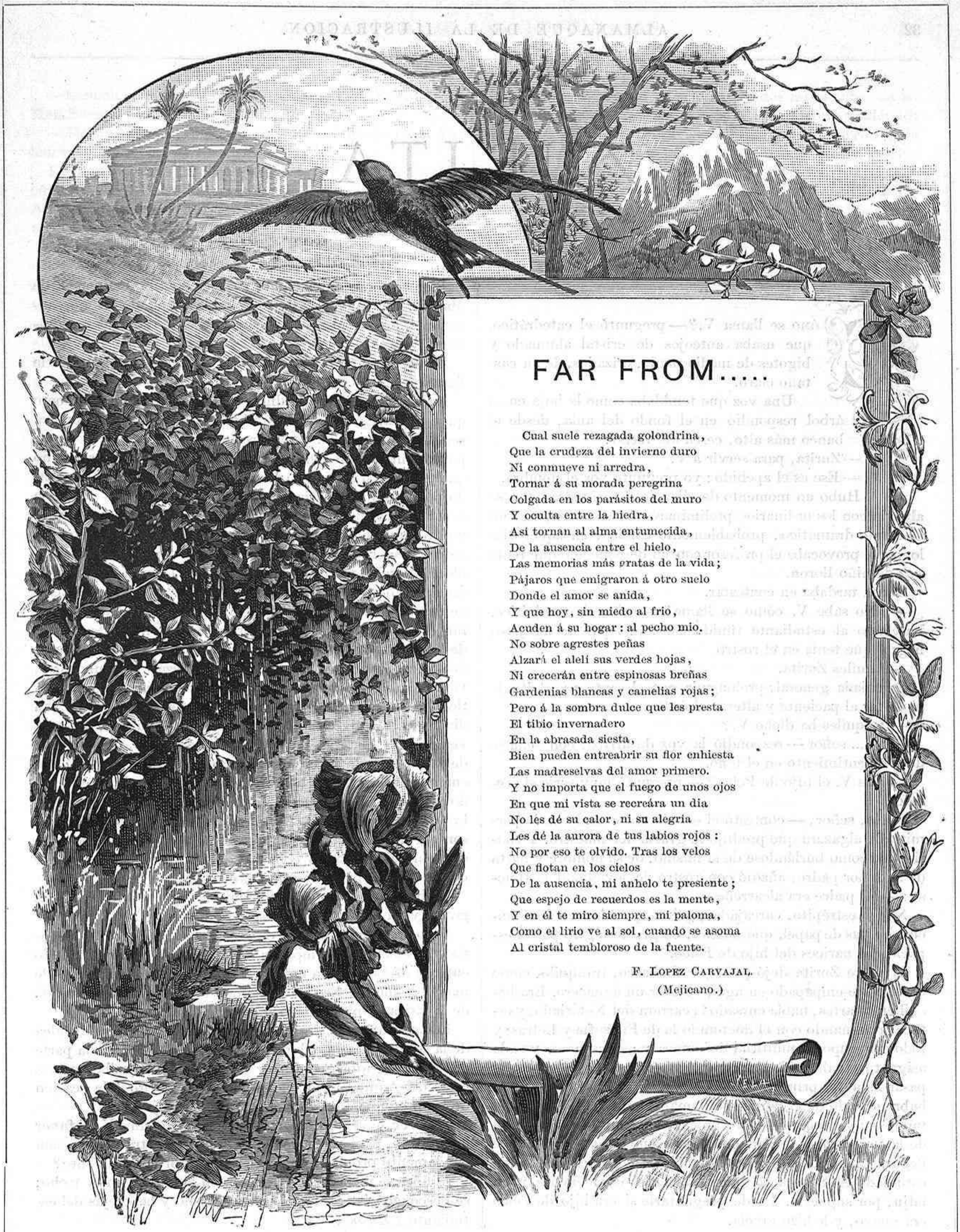
Volviendo á insistir en la idea que nos propusimos exponer en la terminacion de estos apuntamientos biográficos, manifestarémos que, segun nuestro juicio, fácilmente se conjurarian esos temerosos conflictos de futuras guerras entre las diversas clases sociales, si los poderosos de abolengo y los *burgueses* enriquecidos practicasen las altas virtudes cívicas de que dió tantos y tantos ejemplos dignos de imitacion el ilustre D. Alvaro de Navia Osorio, tercer marqués de Santa Cruz de Marcenado.

LUIS VIDART.

Madrid, 22 de Abril de 1884.

(1) Á pesar de lo dicho en el texto, no podemos resistir al deseo de dar á conocer aquí la anécdota á que aludimos. Lamentándose D. Antonio Vallecillo, en su *Apología de Villamartin* (Madrid, 1880) de la indiferencia con que se acogen en España las obras de los escritores de milicia, dice: «Por último (y éste es un caso en que de ira ó vergüenza tiemblan las carnes), el Marqués de Santa Cruz de Marcenado escribió en la última década de su vida su grandiosa obra en once tomos, titulada *Reflexiones Militares;* obra que sólo sirvió para utilidad y gloria de Federico II de Prusia, y no para provecho de España, donde ni fué conocida, ni bajo ningun concepto apreciada, como lo comprueba la bochornosa escena ocurrida en Berlin entre dicho monarca y nuestro general D. Juan Martin Álvarez Sotomayor, más adelante Conde de Colomera y capitan general de ejército. El caso fué como sigue. Á la fama de la nueva táctica inventada por Federico, con la que consiguió tan señaladas ventajas en sus gloriosas campañas de mediados del pasado siglo, se apresuró toda Europa á mandar á Prusia sus comisionados para que del mejor modo posible se enterasen de ella en sus principios y en sus aplicaciones, y con los que se manifestó siempre fácil y propicio aquel ilustrado soberano. Al presentársele el general español con la manifestacion de su deseo, le contestó el Rey que extrañaba mucho su viaje á Prusia para aprender la táctica que habia él aprendido en España. Confuso Álvarez Sotomayor con esta réplica, ó misteriosa ó sarcástica, se apresuró á preguntarle el monarca si conocia las *Reflexiones Militares* del expresado autor, á lo que, mordiéndose los labios, replicó el general español que aunque tenia alguna idea de la existencia de la obra, *no la habia leido.* El Rey le dijo entónces, con la modestia propia de su elevado mérito, que la táctica de que todos en Europa le creian autor la habia él deducido de la lectura de la expresada obra, y que por eso decia haberla aprendido en España; porque, si bien nunca habia estado en la Península, debia su conocimiento á un autor español.»

(c) Ministerio de Cultura 2006



FAR FROM.....

Cual suele rezagada golondrina,
Que la crudeza del invierno duro
Ni conmueve ni arredra,
Tornar á su morada peregrina
Colgada en los parásitos del muro
Y oculta entre la hiedra,
Así tornan al alma entumecida,
De la ausencia entre el hielo,
Las memorias más gratas de la vida;
Pájaros que emigraron á otro suelo
Donde el amor se anida,
Y que hoy, sin miedo al frio,
Acuden á su hogar: al pecho mio.
No sobre agrestes peñas
Alzará el alelí sus verdes hojas,
Ni crecerán entre espinosas breñas
Gardenias blancas y camelias rojas;
Pero á la sombra dulce que les presta
El tibio invernadero
En la abrasada siesta,
Bien pueden entreabrir su flor enhiesta
Las madreselvas del amor primero.
Y no importa que el fuego de unos ojos
En que mi vista se recreára un dia
No les dé su calor, ni su alegria
Les dé la aurora de tus labios rojos:
No por eso te olvido. Tras los velos
Que flotan en los cielos
De la ausencia, mi anhelo te presiente;
Que espejo de recuerdos es la mente,
Y en él te miro siempre, mi paloma,
Como el lirio ve al sol, cuando se asoma
Al cristal tembloroso de la fuente.

F. Lopez Carvajal.
(Mejicano.)

Ilustrada por Blanca Riudavets.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ZURITA.

I.

¿Cómo se llama V.? — preguntó el catedrático, que usaba anteojos de cristal ahumado y bigotes de medio punto, erizados, de un castaño claro.

Una voz que temblaba como la hoja en el árbol respondió en el fondo del aula, desde el banco más alto, cerca del techo:

— Zurita, para servir á V.

— Ese es el apellido; yo pregunto por el nombre.

Hubo un momento de silencio. La cátedra, que se aburria con los ordinarios preliminares de su tarea, vió un elemento dramático, probablemente cómico, en aquel diálogo que provocaba el profesor con un desconocido que tenía voz de niño lloron.

Zurita tardaba en contestar.

— ¿No sabe V. cómo se llama? — grito el catedrático, buscando al estudiante tímido con aquel par de agujeros negros que tenía en el rostro

— Aquíles Zurita.

Carcajada general, prolongada con el santo propósito de molestar al paciente y alterar el órden.

— ¿Aquíles ha dicho V.?

— Sí..... señor — respondió la voz de arriba, con señales de arrepentimiento en el tono.

— ¿Es V. el hijo de Peleo? — preguntó muy serio el profesor.

— No, señor, — contestó el estudiante cuando se lo permitió la algazara que produjo la gracia del maestro. Y sonriendo, como burlándose de sí mismo, de su nombre y hasta de su señor padre, añadió con rostro de jovialidad lastimosa: — Mi padre era alcarreño.

Nuevo estrépito, carcajadas, gritos, patadas en los bancos, bolitas de papel, que buscan, en gracioso giro por el espacio, las narices del hijo de Peleo.

El pobre Zurita dejó pasar el chubasco, tranquilo, como un hombre empapado en agua ve caer un aguacero. Era bachiller en artes, habia cursado la carrera del Notariado, y estaba terminando con el doctorado la de Filosofía y Letras; y todo esto suponia multitud de cursos y asignaturas, y cada asignatura habia sido ocasion para bromas por el estilo, al pasar lista por primera vez el catedrático. ¡Las veces que se habrian reido de él porque se llamaba Aquíles! Ya se reia él tambien; y aunque siempre procuraba retardar el momento de la vergonzosa declaracion, sabía que al cabo tenía que llegar, y lo esperaba con toda la filosofía estóica que habia estudiado en Séneca, á quien sabía casi de memoria y en latin, por supuesto. Lo de preguntarle si era hijo de Peleo era nuevo, y le hizo gracia.

Bien se conocia que aquel profesor era una eminencia de Madrid. En Valencia, donde él habia estudiado los años anteriores, no tenian aquellas ocurrencias os señores catedráticos.

Zurita no se parecia al vencedor de Héctor, segun nos le figuramos, de acuerdo con los datos de la poesia.

Nada ménos épico ni digno de ser cantado por Homero que la figurilla de Zurita. Era bajo y delgado, su cara podia servir de puño de paraguas, reemplazando la cabeza de un perro ventajosamente. No era lampiño, como debiera, sino que tenía un archipiélago de barbas, pálidas y secas, sembrado por las mejillas enjutas. Algo más pobladas las cejas, se contraian constantemente en arrugas nerviosas, y con esto y el titilar contínuo de los ojillos amarillentos, el gesto que daba carácter al rostro de Aquíles era una especie de resol ideal esparcido por ojos y frente; parecia, en efecto, perpétuamente deslumbrado por una luz muy viva que le heria de cara, le lastimaba y le obligaba á inclinar la cabeza, cerrar los ojos convulsos y arrugar las cejas. Así vivia Zurita, deslumbrado por todo lo que queria deslumbrarle, admirándolo todo, creyendo en cuantas grandezas le anunciaban, viendo hombres superiores en cuantos metian ruido, admitiendo todo lo bueno que sus muchos profesores le habian dicho de la antigüedad, del progreso, del pasado, del porvenir, de la historia, de la filosofía, de la fe, de la razon, de la poesía, de la crematística, de cuanto Dios crió, de cuanto inventaron los hombres. Todo era grande en el mundo ménos él. Todos oian el himno de los astros que descubrió Pitágoras; sólo él, Aquíles Zurita, estaba privado, por sordera intelectual, de saborear aquella delicia; pero en compensacion tenía el consuelo de gozar con la fe de creer que los demas oian los cánticos celestes.

No habia acabado de decir su chiste el profesor de las gafas, y ya Zurita se lo habia perdonado.

Y no era que le gustase que se burláran de él; no, lo sentia muchísimo; le complacia vivamente agradar al mundo entero; mas otra cosa era aborrecer al prójimo por burla de más ó de ménos. Eso estaba prohibido en la parte segunda de la Ética, capítulo tercero, seccion cuarta.

El catedrático de los ojos malos, que tenía diferente idea de la seccion cuarta del capítulo tercero de la segunda parte de la Ética, quiso continuar la broma de aquella tarde á costa del Aquíles alcarreño, y en cuanto llegó á la ocasion de las preguntas, se volvió á Zurita y le dijo:

— Á ver, el señor don Aquíles Zurita. Hágame V. el favor de decirme, para que podamos entrar en nuestra materia con fundamento propio, ¿qué entiende V. por conocimiento?

Aquíles se incorporó y tropezó con la cabeza en el techo; se desconchó éste, y la cal cubrió el pelo y las orejas del estudiante. (*Risas.*)

(c) Ministerio de Cultura 2006

—Conocimiento..... conocimiento..... es..... Yo he estudiado Metafísica en Valencia.....

—Bueno, pues..... diga V., ¿qué es conocimiento en Valencia?

La cátedra estalló en una carcajada: el profesor tomó la cómica seriedad que usaba cuando se sentia muy satisfecho. Aquíles se quedó triste. «Se estaban burlando de él, y esto no era propio de una eminencia».

Miéntras el profesor pasaba á otro alumno, para contener á los revoltosos, á quien sus gracias habian soliviantado, Zurita se quedó meditando con amargura. Lo que él sentia más era tener que juzgar de modo poco favorable á una eminencia como aquella de los anteojos. ¡Cuántas veces, allá, en Valencia, habia saboreado los libros de aquel sabio, leyéndolos entre líneas, penetrando hasta la médula de su pensamiento!

Tal vez no habia cinco españoles que hubieran hecho lo mismo. ¡Y ahora la eminencia, sin conocerle, se burlaba de él porque tenía la voz débil y porque habia estudiado en Valencia, y porque se llamaba Aquíles, por culpa de su señor padre, que habia sido amanuense de Hermosilla!

Sí, Aquíles era un nombre ridículo en él. Su señor padre le habia hecho un flaco servicio; pero ¡cuánto le debia! bien podia perdonarle aquella ridiculez recordando que por él habia amado los clásicos, habia aprendido á respetar las autoridades, á admirar lo admirable, á ver á Dios en sus obras y á creer que la belleza está en todo y que la poesía es, *como decia el gran Jovellanos*, «el lenguaje del entusiasmo y la obra del genio.» ¡Oh dómine de Azuqueca, tu hijo no reniega de tí, ni de tu pedantería, á la que debe la rectitud clásica de su espíritu, alimento fuerte, demasiado fuerte para el cuerpo débil y torcido con que la Naturaleza quiso engalanarle interinamente.

Pero, aquel mismo señor catedrático, seguia pensando Zurita, ¿hacía tan mal en burlarse de él? ¡Quién sabe! Acaso era un humorista, sí, señor, uno de esos ingenios de quien hablan los libros de retórica filosófica al uso. Nunca se habia explicado bien Aquíles en qué consistia aquello del *humour* inglés, traducido despues á todos los idiomas, pero ya que hombres más sabios que él lo decian, debia de ser cosa buena. ¿No aseguraban algunos estéticos alemanes (¡los alemanes! ¡qué gran cosa ser aleman!) que el humorismo es el grado más alto del ingenio? ¿Que cuando ya uno, de puro inteligente, no sirve para nada bueno, sirve todavía para reirse de los demas? Pues de esta clase, sin duda, era el señor catedrático: un gran ingenio, un humorista, que se reia de él muy á su gusto. Claro, ¿á quién se le ocurre llamarse Aquíles y haber estudiado en Valencia?

II.

Tenía ya treinta años. Hasta los quince habia ayudado á su padre á enseñar latin; á los veinte se habia hecho bachiller en artes en el Instituto de Guadalajara; despues habia vivido tres años dando paso de Retórica, Psicología, Lógica y Ética á los niños ricos y holgazanes. Un caballero acaudalado se lo llevó á Oviedo en calidad de ayo de sus hijos, y allí pudo cursar la carrera del Notariado. Á los veinticinco años la historia le encuentra en Valencia sirviendo de ayuda de cámara, disfrazado de maestro, á dos éstudiantes de leyes, huérfanos, americanos. Á cada nuevo título académico que adquiria Zurita cambiaba de amo, pero siempre seguia siendo criado con aires de pedagogo. Parecia que su destino era aprenderse de memoria, á fuerza de repetirlas, las lecciones que debian saber los demas. Al cabo supo todo lo que ignoraban los que medraron mucho más que él. Zurita les enseñaba..... y ellos no aprendian; pero ellos subian y él no adelantaba un paso.

Estas reflexiones no son de Zurita. Aquíles seguia pensando que era muy temprano para medrar. Á los veintisiete años emprendió la carrera de Filosofía y Letras, que, segun él, era su verdadera vocacion. «Ahora me toca estudiar á mí», se dijo el infeliz, que no habia crecido de tanto estudiar; que tenía una palidez eterna, como reflejo de la palidez de las hojas de sus libros.

¿De qué vivia Zurita despues que dejó de enseñar Retórica y cepillar la ropa á sus discípulos? Vivia de sus ahorros. El ahorro era una religion y una tradicion familiar para Aquíles. El amanuense de Hermosilla, el que habia copiado en hermosa letra de Torio toda la *Iliada* en endecasílabos, habia sido, ademas de humanista, avaro; guardaba un cuarto y lo ponia á parir, y á veces los escritos del dómine de Azuqueca parian gemelos. Desde niño Aquíles, que tenía la moral casera por una moral revelada, se habia acostumbrado al ahorro como á una segunda naturaleza. La idea del fruto civil le parecia tan inherente á las leyes de la creacion como la de todo desarrollo y florecimiento. Así como la tierra—ó sea Demetera segun Zurita—de su fecundo seno saca todos los frutos, así el ahorro en el órden social produce el interes, su hijo legítimo. Malgastar un cuarto le parecia al tierno Aquíles tan bárbara accion como hacer malparir á una oveja ó aplastarle en el vientre los póstumos recentales, ó como destrozar un árbol robándole la misteriosa savia que corria á nutrir y dar color de salud á los frutos incipientes.

Cuando leyó, hombre ya, la apología que escribió Bastiat del *petit centime*, Aquíles lloró enternecido. Bastiat fué para él un San Juan del evangelio económico.

Aquello que la *ciencia* le decia lo habia él adivinado. Pero ¡con qué elocuencia lo demostraba el sabio! ¡La religion del interes! ¡La religion del ahorro! ¡Las armonías del tanto por ciento!..... Esto era lo que él habia aprendido empíricamente en el hogar bendito. «El dómine de Azuqueca era, ademas de un Quintiliano, un Bastiat *inconsciente!* Zurita alababa la memoria de su padre, que tenía un altar en su corazon. Y prestaba dinero á interes á sus condiscípulos. Como él era estóico, le costó poco trabajo vivir como un asceta; apénas comia, apénas vestia; su posada era la más barata de Valencia; le sobraba casi todo el sueldo que le daban los estudiantes americanos, como ántes le habia sobrado toda la soldada que recibia del ricacho de Oviedo. Cuando Zurita se decidió á *estudiar de véras*, con independencia, sin dar lecciones ni limpiar botas, reunia, merced á sus ahorros y á los que heredára de su padre, una renta de dos mil trescientos reales, colocada á salto de mata, en peligrosos parajes del crédito, pero á un interes muy respetable, en consonancia con el riesgo. Cobraba los intereses á toca-teja, sin embargo, merced á su fuerza de voluntad, á su constancia en el pedir y á la pequeñez de las cantidades que tenian que entregarle sus deudores. Por cobrar una pe-

(c) Ministerio de Cultura 2006

seta de intereses daba tres vueltas al mundo, y abrumaba al deudor con su presencia, y se dejaba insultar. Siempre cobraba. Peseta á peseta, y á lo más duro á duro, recogia sus rentas, las rentas de aquel capital esparcido á todos los vientos. De los dos mil trescientos reales le sobraban al año los trescientos para aumentar el capital. Las matrículas no le costaban dinero, sino disenterías, porque las ganaba á fuerza de estudiar. Su presupuesto exigia que los estudios se los pagase el Estado. Tenía, por consiguiente, que ganar de seguro el premio llamado..... *matrícula de honor;* tenía que estudiar de manera que á ningun condiscípulo pudiese ocurrírsele disputarle el premio. Y conseguia su propósito. No habia más que sacrificar el estómago y los ojos. Con sus dos mil reales pagaba la posada y se vestia y calzaba. Su ambicion oculta, la que apénas se confesaba á sí mismo, era ir á Madrid. Su gran preocupacion eran las *eminencias*, á quien tambien llamaba *aquellas lumbreras*. Aunque sus aficiones intelectuales y los recuerdos de las enseñanzas domésticas le inclinaban á las ideas que se suele llamar reaccionarias, en punto á *lumbreras* admiraba las de todos los partidos y escuelas, y lo mismo se pasmaba ante un discurso de Castelar que ante una lamentacion de Aparisi. ¡Si él pudiese oir algun dia y ver de cerca á todos aquellos sabios que explicaban en la Universidad Central, en el Ateneo y hasta en el Fomento de las Artes! Á los muchachos valencianos que estudiaban en Madrid les preguntaba, cuando volvian por el verano, mil pormenores de las costumbres, figuras y gestos de las *lumbreras*. Leia todos los libros nuevos que caian en sus manos, y se desesperaba cuando no entendia bien las *modernas teorías*.

Quedarse zaguero en materia científica ó literaria se le antojaba el colmo de lo ridículo, y los autores que le atraian á su causa en seguida eran los que trataban de ignorantes, fanáticos y trasnochados á los que no seguian sus ideas. Por más que el corazon le llamaba hácia las doctrinas tradicionales, al espiritualismo más puro, los libros de cubierta de color de azafran, que entónces empezaban á correr por España anunciando, entre mil galicismos, que el pensamiento era una secrecion del cerebro, trastornaban el juicio del pobre Zurita.

La duda entró en su alma como un terremoto, y sus entrañas padecieron mucho con aquellos estremecimientos de las creencias. Muchas veces miéntras sacaba lustre á las botas de algun discípulo muy amado, su pensamiento padecia torturas en el potro de una duda acerca de la permanencia del *yo*. —¿El *yo* de hoy es el *yo* de ayer, señor Zurita?— le habia preguntado un filósofo que acababa de cursar el doctorado de Letras en Madrid, y venía con una porcion de problemas filosóficos en la maleta.

Zurita á sus solas meditaba: «Mi *yo* de hoy ¿es el mismo de ayer? Este que limpia estas botas ¿es el mismo que las limpió ayer?» Y para sacar mejor el lustre, contrayendo los músculos de la boca, arrojaba sobre la piel de becerro el aliento de sus pulmones.

El aliento salia caliente, y esto le recordaba la teoría de Anaximenes y en general las de toda la escuela jónica, y el materialismo antiguo, empalmado con el moderno, se le volvia á aparecer, mortificándole con sus negaciones supremas de lo espiritual, inmortal y suprasensible. El pobre muchacho pasaba las de Cain con estas dudas. En materias literarias tambien su pensamiento *habia sufrido una revolucion*, como decia Zurita, imitando sin querer el estilo de las *lumbreras*.—¡Él, que se habia criado en el estilo más clásico que pudo enseñar amanuense de retórico!—Ya se habia acabado la retórica complicada de las figuras, y segun veia por sus libros, y segun lo que le decian los estudiantes que venian de Madrid, ahora la poesía era objetiva ó subjetiva, y el arte tenia *una finalidad propia*, con otra porcion de zarandajas filosóficas, todas extranjeras. Para enterarse bien de todas estas y otras muchas novedades, deseaba, sin poder soñar con otra cosa, verse en la córte, en las cátedras de la Universidad Central, cara á cara con el profesor insigne de Filosofía á la moda y con el de literatura trascendental y enrevesada.

Llegó el dia esperado con tal ansia, y Zurita entró en la córte, y ántes de buscar posada, fué á matricularse en el doctorado de Filosofía y Letras. Licenciado ya se habia hecho, segun queda apuntado.

En la fonda de seis reales sin principio en que hubo de acomodarse, encontró un filósofo cejijunto, taciturno y poco limpio, que dormia en su misma alcoba, la cual tenía vistas á la cocina por un ventanillo cercano al techo..... y no tenía más vistas.

Era el filósofo hombre, ó por lo ménos filósofo, de pocas palabras, y jamas á los disparates que decian los otros huéspedes en la mesa queria mezclar los que á él pudieran ocurrírsele. Zurita le pidió permiso la primera noche para leer en la cama hasta cerca de la madrugada. Separaba los dos miserables catres el espacio en que cabia apénas una mesilla de nogal mugrienta y desvencijada; allí habia que colocar el velon de aceite (porque el petróleo apestaba), y como la luz podia ofender al filósofo, que no velaba, creyó Zurita obligacion suya pedir licencia.

El filósofo, que tendria sus treinta y cuatro años, y parecia un viejo mal humorado, seco y frio, se desnudaba mirando á Zurita, que ya estaba entre sábanas, con gesto de lástima orgullosa, y contestó:

—Usted, señor mio, es muy dueño de leer las horas que quiera, que á mí la luz no me ofende para dormir. El mal será para V., que con velar perderá la salud y con leer llenará el espíritu de *prejuicios*.

No replicó Zurita, por falta de confianza, pero no dejó de asombrarle aquello de los *prejuicios*. Poco á poco, pero no sin trabajo, fué consiguiendo que el filósofo se dignára soltar delante de él alguna sentencia, no á la mesa al almorzar ó al cenar, sino en la alcoba, ántes de dormirse.

Como Zurita observase que el señor don Cipriano, que así se llamaba, y nunca supo su apellido, sobre todo asunto de ciencia ó arte daba sentencia firme, y en dos palabras condenaba á un sabio y en media absolvia á otro, se le ocurrió preguntarle un dia que á qué hora estudiaba tanto como necesitaba saber para ser juez inapelable en todas las cuestiones. Sonrió don Cipriano y dijo:

—Ha de saber el licenciado Zurita que nosotros no leemos libros, sino que «*aprendemos en la propia reflexion ante nosotros mismos todo lo que hay puesto en la conciencia para conocer en vista inmediata, no por saberlo, sino por serlo.*»

Y se acostó el filósofo sin decir más, y á poco roncaba.

Zurita aquella noche no podia parar atencion en lo que

(c) Ministerio de Cultura 2006

leia, y dejaba el libro á cada pocos minutos, y se incorporaba en su catre para ver al filósofo dormir.

Empezaba á parecerle un tantico ridículo buscar la sabiduría en los libros, miéntras otros roncando se lo encontraban todo sabido al despertar.

Algunas veces habia visto al don Cipriano en los cláustros de la Universidad; pero, como sabía que no era estudiante, no podia averiguar á qué iba allí.

Una noche, en que la confianza fué á más, se atrevió á preguntárselo.

El filosófo le dijo que él tambien iba á cátedra, pero no con el intento de tomar grados ni títulos, sino con el de comulgar en la ciencia con sus semejantes, como tambien Zurita podia hacer, si le parecia conveniente.

Contestó Aquíles que nada sería más de su agrado que estudiar desinteresadamente y comulgar en aquello que se le habia dicho.

Á los pocos dias Zurita comenzaba á ser krausista como el Sr. D. Cipriano, con quien asistia á una cátedra que ponia un señor muy triste. Sin dejar las clases en que estaba matriculado, consagró lo más y lo principal de su atencion á la nueva filosofía (nueva para él) que le enseñaba el señor taciturno, con ayuda del filósofo de la posada. Don Cipriano le decia que al principio no entenderia ni una palabra; que un año, y áun dos, eran pocos para comenzar á iniciarse en aquella filosofía armónica, que era la única; pero que no por eso debia desmayar, pues, como aseguraba el profesor, para ser filósofo no se necesita tener talento. Estas razones no le parecian muy fuertes á Zurita, porque ni él necesitaba tales consuelos, ni habia dejado de entender una palabra de cuantas oyera al profesor.

Á esto replicaba don Cipriano que lo de creer entenderle era un puro *prejuicio*, preocupacion subjetiva, y el declarar que entendia, prueba segura de no entender.

Cada dia iba estando más clara para el buen Aquíles la doctrina del maestro; pero, como don Cipriano se obstinaba en probarle que era imposible que comprendiese de buenas á primeras lo que otros empezaban á vislumbrar á los tres años de estudio, el dócil alcarreño se persuadió al cabo de que vivia á oscuras y de que el ver la luz de la razon iba para largo. Tendria paciencia. Cuando el catedrático de los anteojos le preguntó si era hijo de Peleo y lo que era conocimiento en Valencia, Aquíles desahogó la tristeza que le produjo el ridículo en el pecho de su filósofo de la posada.

—Merecida se tiene V. esa humillacion, por asistir á esas cátedras de pensadores meramente subjetivos, que comienzan la ciencia desde la abstraccion, imponiendo ideas particulares como si fueran evidentes.

—Pero, señor don Cipriano, como yo necesito probar el doctorado.....

—Déjese V. de títulos y relumbrones. ¿No es V. ya licenciado? ¿No le basta eso?

—Pero, como quiero hacer oposicion á cátedras.....

—Hágalas V.

—¿Cómo sin ser doctor?

—Á cátedras de Instituto.

—Pero ésas no tienen ascensos, ni derechos pasivos, y si llego á casarme.....

—¡Ta, ta, ta! ¿Qué tiene que ver la ciencia con las clases pasivas ni con su futura de V.? El filósofo no se casa si no puede. ¿No sabe V., señor mio, amar la ciencia por la ciencia?..... Concrétese V. á una aspiracion; determine V. su vocacion, dedicándose, por ejemplo, á una cátedra de Psicología, Lógica y Ética, y prescinda de lo demas. Así se es filósofo, sólo así.

Zurita no volvió á la cátedra del señor de los anteojos ahumados.

Perdió el curso, es decir, no se examinó siquiera, ni volvió á pensar en el doctorado, que era su ambicion única allá en Valencia.

Lo que á él le importaba ahora ya no era un título más, sino *encontrar á Dios en la conciencia, siendo uno con Él y bajo Él.*

Buscaba Aquíles, pero Dios no parecia de ese modo.

Su vida material (la de Zurita) no tenía accidentes dignos de mencion. Pasaba el dia en la Universidad ó en su cuartito junto á la cocina. En la mesa le dejaban los peores bocados y los comia sin protestar. La patrona, que era viuda de un escritor público y tenia un lunar amarillo con tres pelitos rizados cerca de la boca, la patrona miraba con ojos tiernos (restos de un romanticismo ahumado en la cocina) á su huésped predilecto, al pobre Zurita, capaz de comer suelas de alpargata si venian con los requisitos ordinarios de las chuletas rebozadas con pan tostado. Nunca atendia al subsuelo Aquíles. Debajo del pan, cualquier cosa; él de todos modos lo llamaria chuleta. Mascaba y tragaba distraido; si el bocado de estopa, ó lo que fuese, oponia una resistencia heroica á convertirse en bolo alimenticio y no queria pasar del gaznate, á Zurita se le pasaba por la imaginacion que estaba comiendo algo cuya *finalidad* no era la deglucion ni la digestion; pero se resignaba. ¡Era cuestion tan baladí averiguar si aquello era carne ó pelote!

¡Con qué lástima miraba Aquíles á un huésped, estudiante de Farmacia, que todos los dias protestaba las chuletas de doña Concha (la patrona), diciendo que «aquello no constituia un *plato fuerte*, como exigian las bases del contrato, y que él no queria ser víctima de una mistificacion!» ¡Si estaria lleno de *prejuicios* aquel estudiante! Doña Concha le servia un par de huevos fritos sucedáneos de la chuleta. El estudiante de Farmacia, por fórmula, pedia siempre la chuleta, pero dispuesto á comer los huevos. La criada acudia con el plato *no constituyente*, como le llamaban los otros huéspedes; el de Farmacia, con un gesto majestuoso, lo rechazaba y decia «¡huevos!» como pudiera haber dicho *Delenda est Carthago*. La chuleta del estudiante, segun los maliciosos, ya no era de carne, era de madera, como la comida de teatro. Esto se confirmó un dia en que doña Concha, haciendo la apología de la paciencia gástrica de Zurita, exclamó: «¡Ese ángel de Dios y de las escuelas sería capaz de comerse la chuleta del boticario!»

Don Cipriano ya no almorzaba ni comia en la casa. No venía más que á dormir.

Zurita le veia pocas veces en la cátedra del filósofo triste. El otro le explicaba su ausencia diciendo:

—Es que ahora voy á oir á Salmeron y á Giner. Usted todavía no está para eso.

En efecto, Zurita, aunque empezaba á sospechar que su profesor de filosofía armónica no daba un paso, se guardaba de dar crédito á estas *aprensiones subjetivas*, y continuaba creyendo al sabio melancólico bajo su palabra.

(c) Ministerio de Cultura 2006

«LAS PRIMERAS HOSTILIDADES.»—(CUADRO DE LA ESCUELA ALEMANA CONTEMPORÁNEA.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

Una noche don Cipriano entró furioso en la alcoba; Zurita, que meditaba con las manos cruzadas sobre la cabeza, metido en la cama, pero sentado y vestido de medio cuerpo arriba; Zurita, volviendo de sus espacios imaginarios, le preguntó:

—¿Qué hay, maestro?

—¡Lea V.!—gritó don Cipriano, y le puso delante de los ojos un papel impreso en que al filósofo de seis reales sin principio y á otros como él les llamaban, sin nombrarles, *attachés*, ó sea agregados del krausismo. Zurita se encogió de hombros. No comprendia por qué don Cipriano se irritaba; ni ser *agregado* de la ciencia le parecia un insulto, ni quien escribia aquello, que era un pensador *meramente discursivo*, de ingenio, pero *irracional* (segun la suave jerga de don Cipriano), merecia que se tomase en cuenta su opinion.

El filósofo llamó idiota á Zurita y apagó la luz con un soplo cargado de ira.

III.

Muy en serio habia tomado Aquíles lo de ver dentro de sí—siendo uno con él—á Su Divina Majestad. Se le antojaba que de puro zote no encontraba en sí aquella unidad en el Sér que para don Cipriano y el catedrático triste era cosa corriente.

El filósofo se retiraba tarde, pero dormia la mañana. Aquíles se acostaba para que no se le enfriasen los piés al calentársele la cabeza; y sentado en el lecho, que parecia sepultura, meditaba gran parte de la noche, primero acompañado de la mísera luz del velon, despues de las doce á oscuras, porque la patrona le habia dicho que aquel gasto de aceite iba fuera de la cuenta del pupilaje. Miéntras don Cipriano roncaba y á veces reia entre sueños, Zurita pasaba revista á todos los recursos que le habian enseñado para prescindir de su propio yo, *como tal yo finito* (*este que está aquí, sin más*). El sueño le rendia, y cuando empezaban á zumbarle los oidos, y se le cerraban los ojos, y perdia la conciencia del lugar y la del contacto, era cuando se le figuraba que iba entrando en el *yo* en sí, *ántes de la distincion de mí á lo demas*..... y en tan preciosos momentos se quedaba el pobre dormido. De modo que no parecia Dios.

Se quejaba el infeliz á su mentor, y don Cipriano le decia:

—Cómprese V. una cafetera y tome mucho café por la noche.

Así lo hizo Aquíles, aunque á costa de grandes sacrificios. Como se alimentaba poco y mal, y no tomaba ordinariamente café, por espíritu de ahorro, el moka de castañas y otros indígenas le produjo los primeros dias excitaciones nerviosas, que le ponian medio loco. Hacía muecas automáticas, guiñaba los ojos sin querer y daba brincos sin saberlo. Pero conseguia su propósito: no se dormia.

Aunque el Sér en la Unidad no acababa de presentársele, tenía grandes esperanzas de poseer la apetecida vision en breve. ¡El café le hacía pensar cada cosa! Á lo mejor le entraba, sin saber por qué y sin motivos racionales, un amor descomunal á la Humanidad de la Tierra, como decia él, copiando á don Cipriano. Lloraba de ternura considerando las armonías del Universo, y la dignidad de su categoría de sér consciente y libre le ponia muy hueco. Todo esto á oscuras y miéntras roncaba don Cipriano.

Pero ¡oh dolor! al cabo de pocas semanas el café perdió su misterioso poder, y le hizo el mismo efecto que si fuese agua de castañas, como efectivamente era. Volvia á dormirse en el instante crítico de disolverse en lo Infinito, *siendo uno con el Todo*, sin dejar de ser este que individualmente era, Zurita.

—Pero V., don Cipriano—preguntaba desconsolado el triste Aquíles al filósofo cuando éste despertaba (ya cerca de las doce de la mañana)—¿V. ve realmente á Dios en la Conciencia, siendo uno con Él?

—Y tanto como veo—respondia el filósofo miéntras se ponia los calcetines, de que no haré descripcion de ningun género. Baste decir, por lo que respecta á la ropa blanca del pensador, que no habia tal blancura, y que si era un sepulcro don Cipriano, no era de los blanqueados por fuera; la ropa de color habia mejorado, pero en paños menores era el mismo de siempre.

—Y diga V., ¿dónde consiguió ver por primera vez la Unidad del Sér dentro de sí?

—En la Moncloa. Pero eso es accidental; lo que conviene es darse grandes paseos por las afueras. En las Vistillas, en la Virgen del Puerto, en la Ronda de Recoletos, en Atocha, en la Venta del Espíritu Santo y en otros muchos parajes por el estilo he disfrutado muchas veces de esa vista interior por que V. suspira.

Desde entónces Zurita dió grandes paseos, á riesgo de romper las suelas de los zapatos, pero no consiguió su propósito; le robaron el reloj de plata que heredára de sus mayores, mas no se le apareció el Sér en la Unidad.

—¿Pero V. lo ve?—repetia el aprendiz.

—¡Cuando le digo á V. que sí!

Zurita empezaba á desconfiar de ser en la vida un filósofo sin *prejuicios*. «¡Este maldito yo finito, de que no puedo prescindir!»

Aquel *yo* que se llamaba Aquiles le tenía desesperado.

Nada, nada, no habia medio de verse en la Unidad del sér pensado y el sér que piensa bajo Dios. ¡Y para esto habia él perdido el curso del Doctorado!

El hijo del dómine de Azuqueca se hubiera vuelto loco, de fijo, si Dios, que veia sus buenas intenciones, no se hubiera compadecido de él apartando de su lado á don Cipriano, que se fué á otra posada, y no volvió por la de Zurita ni por la Universidad, y trayendo á España nuevas corrientes filosóficas, que tambien habian de volverle la cabeza á Aquíles, pero de otro lado.

Por aquel tiempo recibió una carta de una antigua amiga de Valencia que se habia trasladado á Madrid, donde su esposo tenía empleo, y le llamaba para que, si era tan bueno, diese leccion de latin á un hijo de las entrañas, mucho más mocoso que amigo de los clásicos. No pensaba Zurita aceptar la proposicion, pues aunque sus rentas eran lo escasas que sabemos, á él le bastaban, y la filosofía, ademas, no le permitia perder el tiempo en niñerías por el vil interes. Pero fué á ver á la señora para decírselo todo en persona.

Era la dama, ó rica, ó amiga de aparentarlo, porque su casa parecia de gran lujo, y allí vió, palpó y hasta olió Zurita cuanto inventó el diablo para regalo de los sentidos perezosos. Lo peor de la casa era el marido, casi enano, bizco, y de tan malos humores, que los vomitaba en forma de improperios de la mañana á la noche; pero estaba poco en casa,

(c) Ministerio de Cultura 2006

de lo que se mostraba muy contenta la señora. Ésta, llamada doña Engracia, era beata de las orgullosas, de las que se ponen muy encarnadas si se habla mal de los curas malos, como si fuesen ellas quien los cria; su virtud parecia cosa de apuesta, más la tenía por teson que por gracia de Dios, que era como no tenerla. Siempre hablaba de privaciones, de penitencias; pero, como no fuera de lo desagradable, lo pobre y lo feo, no se sabía de qué se privaba aquella señora, rodeada de seda y terciopelo, pisando en blanduras, recostando el cuerpo, forrado de batista, en muebles que hacian caricias suaves como de abrazos al que se sentaba ó tendia en ellos. Verdad es que ayunaba y comia de vigilia siempre que era de precepto, y otras veces por devocion; pero sus ayunos eran pobreza del estómago, que no resistia más alimento, y sus vigilias comer mariscos exquisitos y pescados finos y beber vinos deliciosos. No tenía amante doña Engracia, y como el marido bizco y de forma de chaparro no hacía cuenta, sus veintinueve años (los de la dama) estaban en barbecho. No le faltaban deseos, tentaciones, que ella atribuia al diablo; pero por salir con la suya rechazaba á cuantos se le acercaban con miras de pecar. Mas la ociosa lascivia urgaba, y como no tenía salida, daba coces contra los sentidos, que se quejaban de cien maneras. Pasaba la señora el dia y la noche en discurrir alguna traza para satisfacer aquellas ánsias sin dejar de parecer buena, sin que hubiera miedo de que el mundo pudiese sospechar que las satisfacia. Y al cabo el diablo, que no podia ser otro, le apuntó lo que habia de hacer, poniéndole en la memoria al don Aquíles Zurita que habia conocido en Valencia.

Para abreviar (que no es ésta la historia de doña Engracia, sino la de Zurita), la dama consiguió que el filosofastro «le sacrificára», como ella dijo, una hora cada dia para enseñar latin al muchacho. Al principio la leccion la tenian á solas maestro y discípulo; pero, pasada una semana, la madre del niño comenzó á dejar olvidados en la sala de la leccion pañuelos, ovillos de hilo, tijeras y otros artículos, y al cabo no hacía ya más que entrar y salir, y más al cabo no hacía más que entrar y no salir; con lo que Zurita, á pesar de su modestia é inocencia pristina, comenzó á sospechar que doña Engracia se habia aficionado á su persona.

¡Rara coincidencia! Observacion parecida habia hecho en la posada, notando que la patrona, doña Concha, suspiraba, bajaba los ojos y retorcia las puntas del delantal en cuanto se quedaba sola con él. Los suspiros eran de bomba real allá en la noche, cuando Aquíles meditaba ó leia, y la viuda, que dormia pared por medio, velaba distraida en amorosas cavilaciones. En una ocasion tuvo el eterno estudiante que dejar las ociosas plumas (que eran de paja y pelote duro) porque la disentería le apuraba —¡tanto estudiar!—y á media noche, descalzo y á oscuras, se aventuró por los pasillos. Equivocó el camino, y de golpe y porrazo dió en la alcoba de doña Concha. La viuda, al sentir por los pasillos al jóven, habia apagado la luz y esperaba, con vaga esperanza, que una resolucion heroica del muchacho precipitase los acontecimientos que ella en vano queria facilitar á fuerza de suspiros simbólicos. Doña Concha era romántica tan consecuente como Moyano, y hubiera preferido una declaracion á la luz de la luna y por sus pasos contados, con muchos preparativos, graduada y *matizada;* pero, ya que el ardiente doncel preferia un ataque brutal, ella estaba dispuesta á todo, aunque reservándose el derecho de una protesta tímida y debil, más por lo que se referia á la forma que por otra cosa. Doña Concha tenía cuarenta años bien conservados, pero cuarenta.....

Cuando conoció su error, que fué pronto, Zurita se deshizo en excusas y buscó precipitadamente la puerta. Entónces el pudor de la patrona despertó como el leon de España en 1808 y comenzó á gritar: «¡Ladrones! ¡ladrones! ¿Quién anda ahí?..... ¡Oigan la mosquita muerta!», y otros tópicos de los muchos que ella conocia para situaciones análogas. El amor propio no le dejó á la viuda creer lo de la equivocacion, y se inclinó á pensar que el prudente Aquíles, en un momento de amor furioso, se habia levantado y habia acometido la empresa formidable de que luégo se arrepintiera, tal vez por la pureza de su amor secreto.

Ello es que la viuda siguió suspirando, y hasta se propasó, cuando vino la primavera, á dejar todas las mañanas en un búcaro de barro cocido un ramo de violetas sobre la mesilla de noche del filosofastro.

Comprendiendo Aquíles que aquella pasion de doña Concha le distraia de sus reflexiones y le hacía pensar demasiado en las calidades del *yo* finito, decidió dejar la posada de las chuletas de carton-piedra, y sin oir á los sentidos, que le pedian el pasto perpétuamente negado, salió con su baul, sus libros y su filosofía armónica de la isla encantada en que aquella Circe, con su lunar junto á la boca, ofrecia cama, cocido y amor romántico por seis reales..... sin principio.

Más peligrosa era la *flirtation* de doña Engracia, que cada dia se insinuaba con mayor atrevimiento. Vestia aquella señora en casa unos diablos de batas de finísima tela que se pegaba al cuerpo de diosa de la enemiga como la hiedra al olmo; se sentaba en el sofá, y en la silla larga, y en el confidente (todo ello blando, turgente y lleno de provocaciones), con tales posturas, doblándose de un modo y enseñando unas puntas de pié, unos comienzos de secretos de alabastro y unas líneas curvas que mareaban, con tal arte y hechicería, que el mísero Zurita no podia pensar en otra cosa, y estuvo una semana entera apartado de su investigacion de la Unidad del Sér en la conciencia, por no creerse digno de que ideas y comuniones tan altas entrasen en su pobre morada.

Segun huian los pensamientos filosóficos, despertaban en el cerebro del hijo del dómine recuerdos de los estudios clásicos y se le aparecia Safo con aquel *zumbar de oidos*, que á él tambien le sorprendiera algunas veces cuando doña Engracia se le acercaba hasta tocarle las rodillas con las suyas. Entónces tambien le venía á la memoria aquello de Ovidio en la Elegía IV de *Los Amores:*

Quidquid ibi poteris tangere, tange mei.....

¡Ovidio! De coro se lo sabía Aquíles, pero ¡con qué desinteres! Sin que un mal pensamiento surgiese en su mollera, consagrada á las humanidades, en la juventud risueña Aquíles habia traducido y admirado, desde el punto de vista del arte, todas las picardías galantes del poeta de las *Metamorfósis*. Sabía cómo habia que enamorar á una casada, las ocasiones que se debian aprovechar y las maniobras á que se le sujetaba para que no pudiera inspirar celos al amante el marido. Pero todo esto le parecia ántes á Zurita bromas de Ovidio, mentiras hermosas para llenar exámetros y pentámetros.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Mas ¡ay! ahora los dísticos del poeta de los cosméticos volvian á su cerebro echando fuego, cargados de aromas embriagadores, con doble sentido, llenos de vida, significando lo que ántes Aquíles no podia comprender. ¡Cuántas veces, miéntras estaba al lado de doña Engracia, como un palomino aturdido, sin dar pié ni mano, venian á su imaginacion los pérfidos consejos del poeta lascivo!

¡Y qué extraña mezcla harian allí dentro los versos del latino y los sanos preceptos de los *Mandamientos de la Humanidad* vulgarizados en frances por el simpático filósofo de Brusélas Mr. Tiberghien! «¡Vaya una manera de buscar lo Absoluto dentro de mí, siendo uno conmigo!», pensaba Zurita.

—Sin embargo—añadia—yo no sucumbiré, porque estoy decidido á no declararme á doña Engracia, y ella, es claro que no se atreverá á ser la que envide, porque, como dice el condenado pagano, no hay que esperar que la mujer emprenda el ataque, aunque lo desee:

Vir prior accedat; vir verba precantia dicat:
Excipiet blandas comiter illa preces.
Ut potiare roga; tantum cupit illa rogari.

Á pesar de tanto latin, Aquíles y Ovidio se equivocaron por esta vez, porque doña Engracia, convencida de que el tímido profesor de Humanidades jamas daria el paso definitivo, el que ella anhelaba, se arrojó á la mayor locura. Pálida, con la voz temblona, desgreñada, se declaró insensata un dia al anochecer, estando solos. Pero Aquíles dió un brinco enérgico y dejó el baston (pues capa no tenía) en casa de aquella especie de Pasifae enamorada de un cuadrúpedo.

—¡Sí, un cuadrúpedo!—iba pensando por la calle él—porque debiendo haber huido mucho ántes, esperé á esta vergüenza, y estoy en ridículo á los ojos de esa mujer, y no muy medrado á los de mi conciencia, que mucho ántes quiso el remedio de la fuga, y no fué oida.

Pero si al principio se apostrofó de esta suerte, más tarde, aquella misma noche, reflexionando y leyendo libros de moral, pudo apreciar con más justicia el mérito de su resistencia. Comió muy mal, como solia, pues para él mudar de posada sólo era mudar de hambre, y las chuletas de aquí sólo se diferenciaban de las de allá en que las unas podian ser de jaco andaluz y las otras de rocin gallego; mas para celebrar aquel triunfo moral del *ángel sobre la bestia*, como él decia, se toleró el lujo de pedir á la criada vino de lo que costaba á dos reales botella. Ordinariamente no lo probaba. Salió de su casa Aquíles á dar un paseo. Hacía calor. El cielo ostentaba todos sus brillantes. Debajo de algunos árboles de Recoletos, Zurita se detuvo para aspirar aromas embriagadores, que le recordaban los perfumes de Engracia. ¡Oh, sí; estaba contento! ¡Habia vencido la tentacion! ¡aquella hermosa tentacion!..... ¿Quién se lo hubiera dicho al catedrático de los anteojos ahumados? Aquel pobre Aquíles tan ridículo habia rechazado en poco tiempo el amor de dos mujeres. Dejemos á un lado á doña Concha, aunque no era grano de anis; pero ¿y doña Engracia? Era digna de un príncipe. Pues bien, se habia enamorado de él, le habia provocado con todas las palabras de miel, con todos los suspiros de fuego, con todas las miradas de gancho, con todas las posturas de lazo, con todos los contactos de liga..... y la mosca, la salamandra, el pez, el bruto, el ave no habian sucumbido. ¿Por qué se habia enamorado de él aquella señora? Zurita no se hacía ilusiones; áun ahora se veia en la sombra, entre los árboles, y reconocia que ni fantaseada por la luz de las estrellas su figura tenía el patron de Apolo. Doña Engracia habia amado en él el capricho y el misterio. Aquel hombre tímido, para quien un triunfo que otros divulgan era una abominacion, un pecado irredimible, callaria hasta la muerte. El placer con Zurita era una singular manera del placer solitario. «Ademas, añadia para sus adentros Aquíles, yo sé por la Historia que ha habido extrañas aberraciones del amor en ilustres princesas; una se enamoró de un mono, otra de un enano, aquélla de un cretino..... y Pasifae de un toro, aunque esto es fabuloso; ¿por qué no se ha de enamorar de mí una mujer caprichosa?» Esta humildad positiva con que Zurita reconocia la escasez de sus encantos, esta sublime modestia con que se comparaba á un mono, le inundaba el alma de una satisfaccion y de un orgullo legítimos.

Y así, muy en su derecho, suspiró, como quien respira despues de un aprieto, mirando á su sombra desairada, y en voz alta, para oirse á sí mismo, exclamó contento (*compos voti*, pensó él):

—¡Oh, lo que es psicológicamente considerado..... no soy una *vulgaridad!*

IV.

Pasaron meses y meses, y un año, y más. Zurita seguia en Madrid asistiendo á todas las cátedras de ciencia armónica, aunque en el fondo de su fuero interno — como él lo llamaba — ya desesperaba de encontrar lo Absoluto, el Sér, así en letra mayúscula, en el propio *yo* «no como éste, á distincion de los demas, sino en sí, en lo que era ántes de ser para la relacion del límite, etc.» El mísero no podia prescindir del *yo* finito aunque le ahorcasen.

Sin embargo, no renegaba del armonismo, aunque por culpa de éste se estaba retrasando su carrera; no renegaba porque á él debia su gran energía moral, los solitarios goces de la virtud. Cuando oia asegurar que la satisfaccion del bien obrar no es un placer intenso, se sonria con voluptuosa delicia llena de misterio. ¡Lo que él gozaba con ser bueno! Tenía siempre el alma preparada como una tacita de plata para recibir la presencia de lo Absoluto, que *podia ser un hecho* á lo mejor. Así como algunos municipios desidiosos y dinásticos limpian las fachadas y asean las calles al anuncio de un viaje de SS. MM., Zurita tenia limpio, como ascua de oro, la pobre pero honrada morada de su espíritu, esperando siempre la visita del Sér. Ademas, la idea de que él era uno con el Gran Todo le ponia tan hueco y le daba tales ínfulas de personaje impecable, que el infeliz pasaba las de Cain para no cometer pecados ni siquiera de los que se castigan como faltas. Él podria no encontrar lo Absoluto, pero el caso era que persona más decente no la habia en Madrid.

Y cuando discutia con algun descreido decia Aquíles triunfante con su vocecilla de niño de coro:

—Vea V.; si yo no creyera en lo Absoluto, sería el ma-

(c) Ministerio de Cultura 2006

«GERMANIA.»

ESTATUA EN BRONCE, QUE CORONA EL MONUMENTO DE LA UNIDAD ALEMANA, ERIGIDO EN EL «NIEDERWALD».

(c) Ministerio de Cultura 2006

yor tunante del mundo; robaria, seduciria casadas y doncellas y viudas.

Y despues de una breve pausa, en que se imaginaba el bendito aquella vida hipotética de calavera, repetia con ménos conviccion y ménos ruido:

—Sí, señor, sería un pillo, un asesino, un ladron, un libertino.....

Por aquel tiempo algunos jóvenes empezaban á decir en el Ateneo que el mentir de las estrellas es muy seguro mentir; que de tejas arriba todo era conjeturas; que así se sabía lo que era la esencia de las cosas como se sabe si España es ó no palabra vascongada. Casi todos estos muchachos eran médicos, más ó ménos capaces de curar un constipado, alegres, amigos de alboratar y despreocupados como ellos solos. Ello es que hablaban mucho de Matemáticas, y de Física, y de Química, y decian que los españoles éramos unos retóricos, pero que afortunadamente ellos estaban allí para arreglarlo todo y acabar con la Metafísica, que, segun parecia, era lo que nos tenía arruinados.

Zurita, que se habia hecho socio transeunte del Ateneo, merced á un presupuesto extraordinario que amenazaba *labrar su ruina*, Zurita oia con la boca abierta á todos aquellos sabios más jóvenes que él, y algunos de los cuales habian estudiado en París, aunque pocos. Los enemigos de la Metafísica se sentaban á la izquierda, lo mismo que Aquiles, que era liberal desde que era armónico. Algunas veces el orador antimetafísico y empecatado decia: «*Los que nos sentamos en estos bancos* creemos que tal y que cual.» Zurita saltaba en la butaca azul, porque él no creia aquello. Su conciencia comenzó á sufrir terribles dolores.

Una noche un jóven que estaba sentado junto á él y á quien habia visto dos años atras en la Universidad cursando griego y jugando al toro por las escaleras, se levantó para decir que el krausismo era una *inanidad*, que en España se habia admitido por algunos, porque acabábamos de salir de la primera edad, ó sea de la teología, y estábamos en la metafísica; pero era preciso llegar á la edad tercera, á la científica ó positiva.

Zurita no durmió aquella noche. Lo de estar en la segunda edad le parecia un atraso y, francamente, él no queria quedarse á la zaga.

Volvió al Ateneo, y..... nada, todos los dias lo mismo.

No habia Metafísica; no habia que darle vueltas. Es más, un periódico muy grande, á quien perseguia mucho el Gobierno por avanzado, publicaba artículos satíricos contra las *ostras* que creian en la *psicología vulgar*, y los equiparaba á los reaccionarios políticos.

Zurita empezó á no ver claro en lo Absoluto.

Por algo él no encontraba el Sér dentro de sí, ántes del límite, etc., etc.

«¿Sería verdad que no habia más que hechos?

»Por algo lo dirian aquellos señoritos que habian estudiado en París, y los otros que sabian, ó decian saber, termodinámica.»

Discutiendo tímidamente en los pasillos con un paladin de los *hechos*, con un enemigo de *toda ciencia à priori*, Zurita, que sabia más lógica que el otro, le puso en un apuro, pero el de los hechos le *aplastó* con este argumento:

—¿Qué me dice V. á mí, santo varon, á mí, que he comido tres veces con Claudio Bernard, y le dí una vez la toalla á Vulpian, y fuí condiscípulo de un hijo del secretario particular de Littré?.....

Zurita calló, anonadado. ¡Se vió tan ridículo en aquel momento! ¿Quién era él para discutir con el hombre de la toalla?..... ¿Cuándo habia comido él con nadie?

Dos meses despues Aquiles se confesaba entre suspiros «que habia estado perdiendo el tiempo lastimosamente.» El armonismo era una *bella*, *bellísima* y *consoladora* hipótesis..... pero le faltaba la base, los hechos.....

«¡No habia más que hechos, por desgracia!»

—Bien; pero ¿y la moral?

¿En virtud de qué principio se le iba á exigir á él en adelante que no se dejára seducir por las patronas y por las señoras casadas?

«Si otra Engracia.....», y al pensar esto se le apareció la hermosa imágen de la provocativa adúltera, que le enseñaba los dientes de nieve en una carcajada de sarcasmo. Se burlaba de él, le llamaba necio, porque habia rechazado groseramente los favores sabrosos que ella le ofrecia..... y resultaba que no habia más que hechos, es decir, que tan hecho era el pecado como la abstencion, el placer como la penitencia, el vicio como la virtud.....

«¡Medrados estamos!», pensaba Zurita, desanimado, corrido, miéntras se limpiaba con un pañuelo de hierbas el sudor que le caia por la espaciosa frente.....

«Y á todo esto, yo no soy doctor, ni puedo aspirar á una cátedra de Universidad; tendré que contentarme con ser catedrático de Instituto, sin ascensos y sin derechos pasivos; es decir, tengo que renunciar á la familia, al amor casto, mi sueño secreto de toda la vida..... ¡Oh, si yo cogiese ahora por mi cuenta al pícaro de don Cipriano, que me metió en estos trotes de filosofía armónica!.....

Y la Providencia, ó mejor, los hechos, porque Zurita ya no creia en la Providencia (por aquellos dias á lo ménos), la casualidad en rigor, le puso delante al mismísimo don Cipriano, que volvia de los toros con su familia.

¡Sí, con su familia! Venía vestido de negro, con la levita muy limpia y flamante, y sombrero de copa, que tapaba cuidadosamente con un pañuelo de narices, porque empezaban á caer gotas; lucia ademas el filósofo gran pechera con botonadura de diamantes, cadena de oro y una cara muy afeitada. Daba gozo verlo. De su brazo derecho venía colgada una señora, que trascendia á calle de Toledo, como de cuarenta años, guapetona, blanca, fina de facciones y grande de cara, que no era de muchos amigos. La filósofa, que debia de ser garbancera ó carnicera, ostentaba muchas alhajas de mal gusto, pero muy ricas. Delante del matrimonio una pasiega de azul y oro llevaba como en procesion un enteco infante, macrocéfalo, muy emperifollado con encajes, seda y cintas azules.

En otra ocasion Zurita no se hubiera atrevido á detener á don Cipriano, que pasaba fingiendo no verle, pero en aquel momento Aquiles tuvo el valor suficiente para estorbar el paso á la pareja rimbombante y saludar al filósofo con cierto aire triste y cargado de amarga ironía. Temblábale la voz al decir:

—Salud, mi querido maestro; ¡cuántos siglos que no nos vemos!

La filósofa, que le comia las sopas en la cabeza á Zurita, le miró con desprecio y sin ocultar el disgusto. Don Cipriano

(c) Ministerio de Cultura 2006

se puso muy colorado, pero disimuló y procuró estar cortés con su antigua víctima de trascendentalismo.

En pocas palabras enteró á Zurita de su nuevo estado y próspera fortuna.

Se habia casado, su mujer era hija de un gran maragato de la calle de Segovia, tuvieron un hijo, á quien habia bautizado porque *habia que vivir en el mundo;* él ya no era krausista, ni los habia desde que Salmeron estaba en París. El mismo don Nicolás, segun cartas que don Cipriano decia tener, iba á hacerse médico positivista.

—Amigo mio—añadia el ex-filósofo poniendo una mano sobre el hombro de Zurita—estábamos equivocados; la investigacion de la Esencia del Sér en nosotros mismos es un imposible, un absurdo, cosa inútil; el armonismo es pura *inanidad* (¡Dale con la palabreja! pensaba Zurita); no hay más que hechos. Aquello se acabó; fué bueno para su tiempo; ahora la experimentacion..... los hechos..... Por lo demas, buena corrida la de esta tarde; los toros como del Duque, el *Gallo* superior con el trapo, desgraciado con el acero..... Rafael, de azul y oro, como el ama, algo tumbon, pero inteligente. Y ya sabe V., si de algo puedo servirle..... Duque de Alba, 7, principal derecha.....

La hija del maragato saludó á Zurita con una cabezada, sin soltar, es decir, sin sonreir ni hablar; y aquel matrimonio de mensajerías desapareció por la calle de Alcalá arriba, perdiéndose entre el polvo de un derribo.....

—¡Estamos frescos!—se quedó pensando Zurita.—De manera que hasta ese Caton se ha pasado al moro; no hay más que hechos..... don Cipriano es un hecho..... y se ha casado con una acémila rica..... y hasta tiene hijos..... y diamantes en la pechera..... Y yo ni soy doctor..... ni puedo acaso aspirar á una cátedra de Instituto, porque no estoy al tanto de los conocimientos modernos! Sé pensar y procurar vivir con arreglo á lo que me dicte mi conciencia; pero esto ¿qué tiene que ver con los hechos? En unas oposiciones de Psicología, Lógica y Ética, por ejemplo, ¿me van á preguntar si soy hombre de bien? No por cierto.

Y suspirando añadia:

—Me parece que he equivocado el camino.

En un acceso de ira, ciego por el desencanto, que tambien deslumbra con sus luces traidoras, quiso arrojarse al crímen..... y corrió á casa de doña Engracia, dispuesto á pedirle su amor de rodillas, á declarar y confesar que se habia portado como un beduino, porque no sabía entónces que todo eran hechos, y nada más que hechos.....

Llegó á la casa de aquella señora. El corazon se le subió á la garganta cuando se vió frente á la portería, que en tanto tiempo no habia vuelto á pisar.....

—El señor Tal, ¿vive aquí todavía?

—Sí, señor; segundo de la izquierda.....

Zurita subió. En el primer piso se detuvo, vaciló..... y siguió subiendo.

Ya estaba frente á la puerta; el boton dorado del timbre brillaba en su cuadro de porcelana; Aquíles iba á poner el dedo encima.....

¿Por qué no? No existia lo Absoluto, ó por lo ménos, no se sabía nada de ello; no habia más que hechos, pues para hecho, Engracia, que era tan hermosa....

—Llamo—se dijo en voz alta para animarse.

Y no llamó.

—¿Quién me lo impide?—preguntó á la sombra de la escalera.

Y una voz que le sonó dentro de la cabeza respondió:

—Te lo impide..... *el imperativo categórico*..... Haz lo que debes, suceda lo que quiera.

Aquíles sacudió la cabeza en señal de duda.

—No me convenzo—dijo; pero dió media vuelta y á paso lento bajó las escaleras.

En el portal le preguntó la portera.....

—¿Han salido? pues yo creia que la señora estaba.....

—Sí—contestó Zurita—pero está ocupada..... está..... con el *imperativo categórico*..... con un aleman..... con el diablo, ¡señora!..... ¿á V. qué le importa?

Y salió á la calle medio loco, segun se saca del contexto.

V.

Aquíles Zurita frisaba con los cuarenta años cuando, segun el estilo de un periódico de provincia que se dignó dar la noticia, *vió*, *al fin*, *coronados sus esfuerzos con el merecido galardon* de una cátedra de Psicología, Lógica y Ética, en el Instituto de Lugarucos, pueblo de pesca, donde un americano pródigo habia fundado aquel centro de enseñanza para los hijos de los marineros que quisieran ser pilotos.

Cinco oposiciones habia hecho Aquíles ántes de *obtener*, *al fin*, *el merecido galardon*. Dos veces habia aspirado á regentar una clase de Retórica, y tres á una de Psicología. En el primer combate le derrotó un orador florido; en el segundo, un intrigante; en el tercero, el Ministro, que no quiso darle la cátedra á pesar de ir Aquíles en el lugar principal de la terna, *por considerarle peligroso para la enseñanza*. El Ministro se fundaba en que Zurita habia llamado á Dios Sér Supremo en el programa, y así, con letra mayúscula (1).

Cuando, lleno de canas y arrugas, casi ciego, llegó á firmar la nómina, Aquíles aborrecia ya el oficio mecánico de sabio de Real órden. Aquella ciencia que él habia amado tanto sin pensar en el interes, les servia á otros para ganar un mendrugo falsificándola, recortándola y dislocándola, á gusto del que repartia la sopa universitaria.

«Unos cuantos lugares comunes, que se repetian cien y cien veces en los ejercicios, algunas perogrulladas profesadas con pedantería, unos pocos principios impuestos por la ley, predicados con falso entusiasmo, para acreditar *buenas ideas*..... esto, y nada más, era la ciencia de las oposiciones.»

—¡Dios mio, qué asco da todo esto!—pensaba el pobre Zurita, el eterno estudiante, que habia nacido para amarlo y admirarlo todo, y que se veia catedrático de cosas que ya no amaba, ni admiraba ni, creia.

«¡Todo extremo, todo insensatez! En los Ateneos, mozalvetes que reniegan de lo que no han estudiado, audaces lampiños que se burlan de la conciencia, de la libertad humana; que manifiestan un rencor personalísimo á Su Divina Majestad, como si fuesen quisquillas de familia..... y ante el Gobierno, esos mismos jóvenes, ya creciditos, ú otros parecidos, quemando incienso ante la ciencia tras-

(1) Histórico.

(c) Ministerio de Cultura 2006

nochada del programa oficial..... ¡qué asco, Señor, qué asco!

» Ni aquello es ciencia todavía, ni esto es ciencia ya, y aquí y allí, ¡con qué valentía se predica todo! Es que los opositores y los ateneistas no son completamente honrados; no lo son..... porque aseguran lo que no saben, sostienen lo que no sienten.»

Estos monólogos, y otros muchos por el estilo, los recitaba el catedrático de Lugarucos enfrente de las olas, en la playa solitaria, melancólica, de arena cenicienta.

Zurita era una de las personas más insignificantes del pueblo; nadie hablaba de él para bien ni para mal. Su cátedra en el Instituto era de las que se consideraban como secundarias. El fundador se habia empeñado en que se enseñase Psicología, Lógica y Ética, y se enseñaba, pero ¿para qué? Allí lo principal eran las Matemáticas y la Náutica, la Geografía y la Física despues, la Economía mercantil acaso; pero la Psicología, ¿para qué les servia á los muchachos? El director le habia advertido á Zurita desde el primer dia que en su cátedra no habia que apurar mucho á los alumnos, que necesitaban el tiempo para estudios técnicos de más importancia que la filosofía.

Aquíles habia bajado la cabeza, miéntras despedazaba con los dientes un palillo. Estaba conforme, de toda conformidad; los pilotos de Lugarucos no necesitaban para nada absolutamente saber que el alma se dividia en tres facultades, sobre todo considerando que despues resultaba que no habia tal cosa, ni ménos saber que la inteligencia tiene once funciones, cuando no las tiene tal.

—¡Ya me guardaré yo—le decia Aquíles al mar—de enervar el espíritu de esos chicos robustos, morenos, tostados por el sol, ágiles, alegres, valientes, crédulos, ansiosos de aventuras y tierra nueva! Que aprendan á manejar los barcos, y á desafiar las tormentas, y á seguir las corrientes del agua, á conocer las lenguas y las costumbres de los países lejanos; que aprendan á vivir al aire libre, por el ancho mundo..... y en cuanto á Psicología, Lógica y Ética, basta una salve. ¡Mal haya el afan de saber Psicología y otras invenciones diabólicas, que así me tiene á mí de medrado física y socialmente!

Zurita, por cumplir con la ley, explicaba en cátedra el libro de texto, que ni pinchaba ni cortaba, lo explicaba deprisa, y si los chicos no entendian, mejor; si él se embrollaba y hacía oscuro, mejor; de aquello más valia no entender nada. En cuanto hacía buen tiempo y los alumnos querian salir á dar un paseo por mar, ¡ancha Castilla! se quedaba Zurita solo, recordando sus aventuras filosóficas como si fueran otros tantos remordimientos, y comiéndose las uñas, vicio feo que habia adquirido en sus horas de meditacion solitaria. Era lo que le quedaba del krausismo de don Cipriano, el morderse las uñas.

En una ocasion exponia Zurita en clase la teoría de las armonías preestablecidas, cuando estalló un cohete en el puerto.

—¡Las *Gemelas!*—gritó en coro la clase.....

—¿Qué es eso?

—Que entran las *Gemelas*, el bergantin de los Zaldúas.....

Y todos estaban ya en pié, echando mano al sombrero.

—¡Un bergantin en Lugarucos!

La cosa era mucho más importante que la filosofía de Leibnitz. Ademas era un *hecho*.....

—¡Vayan ustedes con Dios!—dijo Zurita sonriéndose y encogiendo los hombros. Y quedó solo en el aula.

Y cosas así muchos dias.

La Psicología, la Lógica y la Ética en Lugarucos no tenian importancia de ningun género, y á los futuros héroes del cabotaje les tenía sin cuidado que la volicion fuese esto y la razon lo otro y el sentimiento lo de más allá.

Ademas, ¿qué filosofía habia de enseñar á estos robustos hijos de marineros, destinados tambien á la vida del mar?

—No lo sé—decia á las olas Zurita.—¿La filosofía moderna, la que pasa por ménos fantástica? De ningun modo. Una filosofía que prescinde de lo Absoluto..... mala para marinos. ¡Que no se sabe nada de lo Absoluto!..... pues y ¿el mar? ¿Dónde habrá cosa más parecida á ese Infinito de que no quieren que se hable?.....

Quitarles la fe á los que habian de luchar con la tormenta le parecia una crueldad odiosa.

Muchas veces, cuando desde lo alto del muelle veia entrar las lanchas pescadoras que habian sufrido el abordaje de las olas allá fuera, Zurita observaba la cara tostada, séria, tranquila, dulce y triste de los marinos viejos. Veíales serenos, callados, tardos para la ira, y se le antojaban sacerdotes de un culto; se le figuraba que allá arriba, tras aquel horizonte en que les habia visto horas ántes desaparecer, habian sido visitados por la Divinidad; que sabian algo, que no querian ó no podian decir, de la presencia de lo Absoluto. En el cansancio de aquellos rostros, producido por el afan del remo y la red, la imaginacion de Aquíles leia la fatiga de la vision extática.....

Por lo demas, él no creia ya ni dejaba de creer.

No sabía á qué carta quedarse. Sólo sabía que, por más que queria ser malo, libertino, hipócrita, vengativo, egoista, no podia conseguirlo.

¿Quién se lo impedia?

Ya no era el imperativo categórico, en quien no creia tampoco mucho tiempo hacía; era..... eran diablos coronados; el caso estaba en que no podia ménos de ser bueno.

Sin embargo..... ¡tantas veces iba el cántaro á la fuente!.....

El cántaro venía á ser su castidad, y la fuente doña Tula, su patrona (¡otra patrona!), hipócrita como Engracia, amiga de su buena fama, pero más amiga del amor. Otra vez se le queria seducir, otra vez su timidez, su horror al libertinaje y al escándalo eran incentivo para una pasion vergonzante. Doña Tula tenía treinta años, habia leido novelas de Belot y profesaba la teoría de que la mujer debe conocer el bien y el mal para elegir libremente el bien: si no, ¿qué mérito tiene el ser buena?

Ella elegia libremente el mal, pero no queria que se supiera. Su afan de ocultar el pasado era vanidad escolástica. No queria dar la razon á los *reaccionarios*, que no se fian de la mujer instruida y literata. Ella no podia dominar sus fogosas pasiones, pero esto no era más que un caso excepcional, que convenia tener oculto; la regla quedaba en pié: la mujer debe saber de todo para escoger libremente lo bueno.

Doña Tula escogió á Zurita, porque le enamoró su conocimiento de los clásicos y el miedo que tenía á que sus debilidades se supieran.

Gertrúdis tenía unos dedos primorosos para la cocina; era, sobre todo, inteligente en pescado frito, y áun la caldereta

(c) Ministerio de Cultura 2006

la comprendia con un instinto que sólo se revela en una verdadera vocacion.

Con los mariscos hacía primores. Si se trataba de dejarlos como Dios les crió, con todos sus encantos naturales, sabiendo á los misterios del Océano, doña Tula conservaba el aroma de la frescura, el encanto salobre con gracia y coquetería, sin menoscabo de los fueros de la naturaleza; pero si le era lícito entregarse á los bordados culinarios del idealismo gastronómico, hacía de unas almejas, de unas ostras, de unas percebes ó de unos calamares platos exquisitos, que parecian orgías enteras en un bocado, incentivos voluptuosos de la pasion más lírica y ardiente..... ¿Qué más? El mismo Zurita, entusiasmado cierto dia con unos cangrejos que le sirvió doña Gertrúdis sonriente, llegó á decir que aquel plato era más tentador que toda la literatura erótica de Ovidio, Tibulo y Marcial.....

¡Cómo habia comido, y cómo comia ahora el buen Aquíles!

En esta parte, diga él lo que quiera, le habia venido Dios á ver. Sin conocerlo el mismo catedrático de Ética, que, á pesar de los desengaños filosóficos, se cuidaba poco de la materia grosera, habia ido engordando paulatinamente, y aunque seguia siendo pálido y su musculatura la de un adolescente, las pantorrillas se le habian rellenado, y tenia carne en las mejillas y debajo de la barba. Todo se lo debia á Tula, á la patrona sentimental y despreocupada que ideaba planes satánicos respecto de Aquíles.

Era éste el primer huésped á quien habia engordado exprofeso la patrona trascendental de Lugarucos.

Tula (Gertrúdis Campoarana en el siglo) era toda una señora. Viuda de un americanete rico, se habia aburrido mucho bajo las tocas de la viudez; su aficion á Jorge Sand primero, á Belot despues, y siempre al hombre, le habia hecho insoportable la soledad de su estado. La compañía de las mujeres la enojaba, y no habiendo modo de procurarse honestamente en Lugarucos el trato contínuo del *sexo antagónico*, como ella decia, discurrió (y discurrió con el diablo) fingir que su fortuna habia tenido grandes pérdidas y poner casa de pupilos decentes para ayuda de sus rentas.

De este modo consiguió Tula rodearse de hombres, cuidar *ropa masculina*, oler á tabaco, sentir el macho en su casa, suprema necesidad de su existencia.

En cuanto á dejarse enamorar por los pupilos, Tula comprendió que era muy peligroso, porque todos eran demasiado atrevidos, todos querian gozar el dulce privilegio; habia celos, rivalidades, y la casa se volvia un infierno. Fué, pues, una Penélope cuyo Ulises no habia de volver. Le gritaba la tentacion, pero huia de la caida. Coqueteaba con todos los huéspedes, pero no daba su corazon á torcer á ninguno.

Ademas, el oficio de patrona le fué agradando por sí mismo; á pesar de que era rica, el negocio la sedujo y amó el arte por el arte, es decir, aguó el vino, echó sebo al caldo, galvanizó chuletas y apuró la letra á la carne mechada, como todas los patronas epitelúricas. Era una gran cocinera, pero esotéricamente, es decir, para sus amigos particulares; al vulgo de los pupilos los trataba como las demas patronas que en el mundo han sido.

Mas llegó á Lugarucos Aquíles Zurita, y aquello fué otra cosa. Tula se enamoró del pupilo nuevo por los motivos que van apuntados y concibió el plan satánico de seduccion á que ántes se aludia. Poco á poco fué despidiendo á los demas huéspedes, y llegó un dia en que Zurita se encontró solo á la mesa. Entónces doña Tula, tímida como una gacela, vestida como una duquesa, le propuso que comieran juntos, porque observaba que estando solo despachaba los platos muy de prisa, y esto era muy malo para el estómago. Aquíles aceptó distraido.

Comieron juntos. Cada comida era un festin. Pocos platos, para que Zurita no se alarmase, pero suculentos y sazonados con pólvora de amor. Tula se convirtió en una Lucrecia Borgia de aperitivos eróticos.

Pero el triste filósofo comia manjares excelentes sin notarlo.

Por las noches daba muchas vueltas en la cama, y tambien notaba despues de cenar un vigor espiritual extraordinario, que le impelia á proyectar grandes hazañas, tal como restaurar él solo, por sí y ante sí, el decaido krausismo, ó fundar una religion. Lo más peligroso era un sentimentalismo voluptuoso que se apoderaba de él á la hora de la siesta, y al oscurecer, al recorrer los bosques de castaños, las alamedas sembradas de ruiseñores ó las playas quejumbrosas.

Doña Tula dejaba hacer, dejaba pasar. Creia en la Química.

No se insinuaba demasiado, porque temia la fuga del psicólogo. Se esmeraba en la cocina y se esmeraba en el tocador. Mucha amabilidad, muchas miradas fijas, pero pacíficas, suaves; muchos perfumes en la ropa, mucha mostaza y muchos y muy buenos mariscos..... Esta era su política, su arte amatorio.

Lo cual demuestra que Gertrúdis tenía mucho más talento que doña Concha y doña Engracia.

Doña Concha queria seducir á un huésped á quien daba chuletas de caballo fósil..... ¡Imposible!

Doña Engracia quemaba con los ojos al macilento humanista, pero no le convidaba á comer.

Así él pudo resistir con tanto valor las tentaciones de aquellas dos incautas mujeres.

Ahora la batalla era formidable. Cuando Aquíles comprendió que Tula queria lo que habian querido las otras, ya estaba él bastante rollizo y sentia una virilidad de que ántes ni áun noticia tenía. La filosofía materialista comenzó á parecerle menos antipática, y en la duda de si habia ó no algo más que hechos, se consagró al epicureismo, en latin por supuesto, no en la práctica.

Leyó mucho al amigo de Mecénas, y se enterneció con aquel melancólico consuelo del placer efímero, que es la uncion de la poesía horaciana.

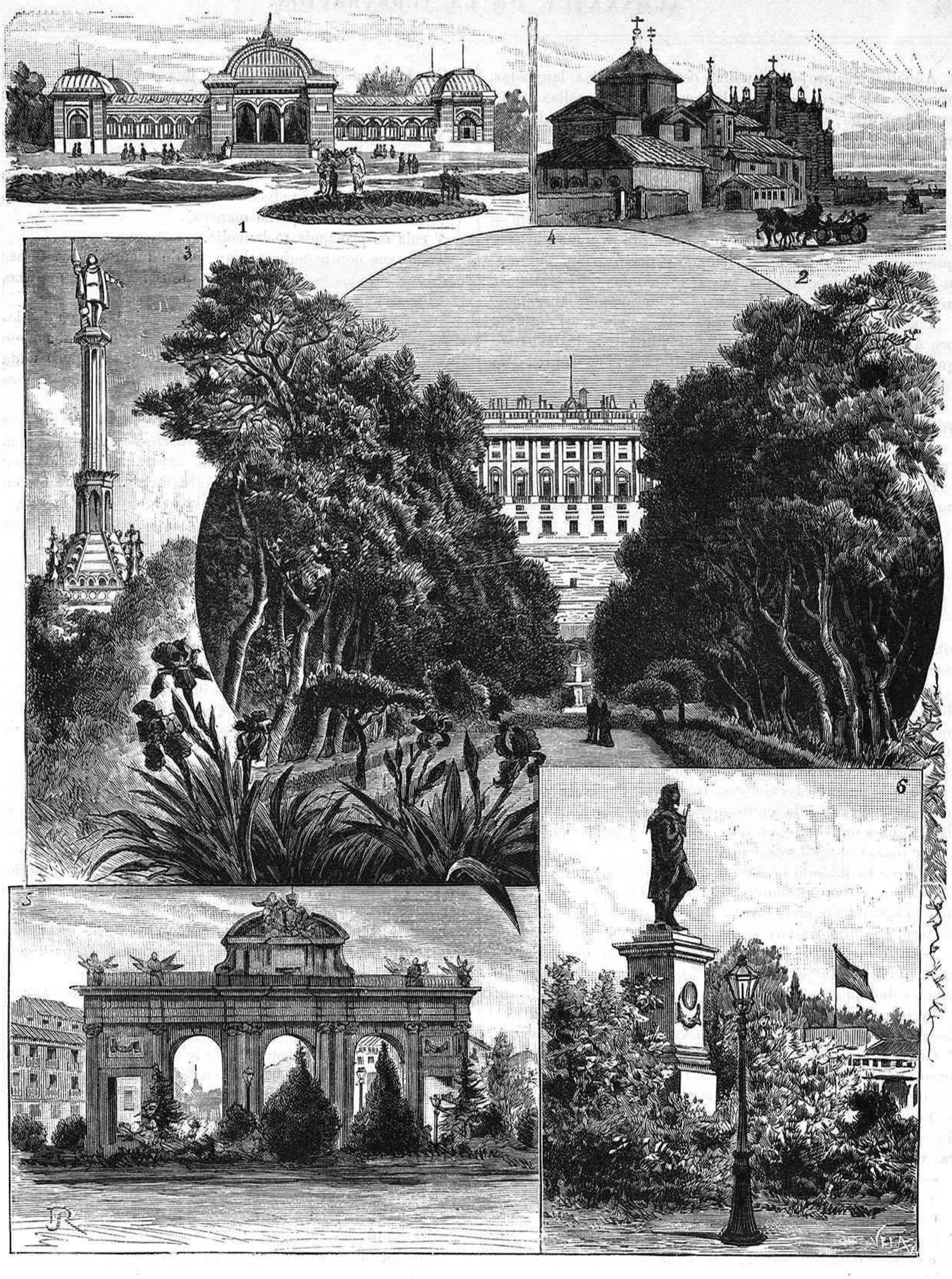
Ovidio tambien se le apareció otra vez con sus triunfos de amor, con sus noches en vela ante la puerta cruel de su amada, con sus celos de los maridos, con aquellos cantos rápidos ardientes, en que los favores de una noche se pagaron con la inmortalidad de la poesía..... Y pensando en Ovidio fué cuando se le ocurrió advertir el gran peligro en que su virtud estaba cerca de doña Gertrúdis Campoarana.

Aquella Circe le queria seducir sobre seguro, esclavizándole por la gula. Sí, Tula era muy literata y debia saber aquello de Nason:

«*Et Venus in vinis ignis in igne fuit.*»

(c) Ministerio de Cultura 2006

MADRID



1. Palacio para Exposiciones. — **2.** Basílica de Atocha. — **3.** Monumento á Colon. — **4.** Jardines del Campo del Moro. — **5.** Plaza de la Independencia. — **6.** Plaza de Murillo.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Aquellos cangrejos, aquellas ostras, aquellas langostas, aquellos calamares, aquellos langostinos en aquellas salsas, aquel santurne, no eran más que la traduccion libre del verso de Ovidio

« *Et Venus in vinis ignis in igne fuit.* »

«¡Huyamos, huyamos tambien ahora!—pensó Aquíles suspirando.—No se diga—le dijo al mar, su confidente—que mi virtud venció cuando tuvo hambre y metafísica, y que sucumbe cuando tiene hartazgo y positivismo. Yo no sé si hay ó no hay metafísica, yo no sé cuál es el criterio de la moralidad....; pero sería un cobarde sucumbiendo ahora.»

Y aunque algun neófito naturalista pueda acusar al pobre Aquíles de idealismo é inverosimilitud, lo histórico es que Zurita huyó, huyó otra vez: huyó de Tula como habia huido de Concha y de Engracia.

Y eso que ahora negaba en redondo el *imperativo categórico*.

La carne, aquel marisco hecho carne, le gritaba dentro: ¡amor, mi derecho!

Pero la Psicología, la Lógica y la Etica, que ya no estimaba siquiera, le gritaban: ¡abstencion, virtud, pureza!.....

Y el eterno José mudó de posada.

VI.

Aquíles salió de las redes de Tula con una pasion invencible: la pasion por el pescado, y especialmente por los mariscos.

Aunque algo se habia enamorado de la patrona, al cabo de algunos meses consiguió olvidarla. Pero el regalo de su mesa para toda la vida se le habia pegado al alma. ¡Como habia comido allí no volveria á comer en la vida! Esta desconsoladora conviccion le acompañó hasta el sepulcro.

Y con el mismo fervor con que en mejores tiempos se habia consagrado á la contemplacion del Sér en sí dentro del *yo* ántes del límite, etc., se consagró á buscar en mercados y plazas el mejor pescado.

Él, que habia sido un hombre insignificante miéntras no fué más que catedrático de Psicología, Lógica y Ética, comenzó á llamar la atencion de Lugarucos por su pericia en materia de culinaria ictiológica.

Meditó mucho y acabó por adivinar qué peces debian entrar y cuáles no en una caldereta clásica, y qué ingredientes debian sazonarla.

Pronto fueron célebres en todo el partido judicial las calderetas del catedrático de Psicología.

Cuando en la playa ó en el mercado se discutia si un besugo, un bonito ó una merluza estaban frescos ó no, se nombraba árbitro al Sr. Zurita si pasaba por allí.

Y él, sonriente, con aquel gesto humilde que conservaba á pesar de su gloria y de sus buenas carnes, despues de mirar y oler la pieza decia:

—¡Fresco! ó ¡apesta!

Y á nadie se le ocurria apelar.

Cuando los señores catedráticos tenian merienda, que era á menudo, Aquíles era votado por unanimidad presidente de la comision organizadora..... y presidia el banquete y era el primero en ponerse alegre.

Sí, habia acabado por tomar una borrachera en cada festin. *¡Ergo bibamus!* decia, recordando que era hijo de un dómine.

Y en el seno de la confianza, decia en tales momentos de expansion al que le queria oir:

—¡Huí de la sirena, pero no puedo olvidar los primores de su cocina! ¡Podré volver á amar como entónces, pero no volveré á comer de aquella manera!

Y caia en profunda melancolía.

Todos sus compañeros sabian ya de memoria los temas constantes de las borracheras de Aquíles: Tula, el marisco, la Filosofía..... todo mezclado.

Miéntras estaba en su sano juicio nunca hablaba ya de filosofía, ni tal vez pensaba en ella. En cátedra explicaba como una máquina la Psicología oficial, la de texto, pero nada más; le parecia hasta mala educacion mentar las cuestiones metafísicas.

Pero en *alegrándose* era otra cosa. Pedia la palabra, se ponia sobre la mesa hollando los manteles, y suplicaba con lágrimas en los ojos á todos aquellos borrachos que salvasen la ciencia, que procurasen la santa armonía, porque él, en el fondo de su alma, siempre habia suspirado por la armonía del análisis y de la síntesis, de Tula y la virtud, de la fe y la razon, del krausissmo y los médicos del Ateneo.....

—¡Señores, señores: salvemos la raza humana que se pierde por el orgullo!—exclamaba, llorando todo el vino que habia bebido, puestas las manos en cruz.—¡Se os ha dicho *¡nihil mirari!* no maravillarse de nada; pues yo os digo, en verdad: admiradlo todo, creedlo todo, todo es verdad, todo es uno y lo mismo..... ¡Ah, queridos hermanos, en estos instantes de lucidez, de inspiracion por el amor, yo veo la verdad una, yo veo dentro de mí la esencia de todo sér; yo me veo cómo siendo uno con el todo, sin dejar de ser este.....

—¡Este borracho, este grandísimo borracho!—interrumpia el catedrático de Agricultura, gran positivista y no ménos ébrio. Y cogiendo por las piernas al de Psicología lo paseaba en triunfo al rededor de la mesa, miéntras Aquíles seguia gritando:

—¡Todo está en todo y el *quid* es amarlo todo por serlo, no por conocerlo.....! Yo amo á Tula en lo absoluto, y la amo por *serla* no por conocerla.....

El de Agricultura daba con la carga en tierra, y Aquíles interrumpia sus reminiscencias de filósofo idealista para dormir debajo de la mesa la borrachera de los justos.

Y entónces, como si se tratase de un juicio de los muertos, en Egipto, empezaban ante el *cuerpo* de Aquíles los comentarios y censuras de los amigos:

—¡Qué pesado se pone cuando le da por su filosofía!

—Bien; pero únicamente habla de eso cuando se emborracha.

—¡No faltaba más!

—Y lo cierto es que no se puede prescindir de él.

—¡Imposible! Es el *Brillat-Savarin* del mar.

—¡Qué manos!

—¡Qué olfato!

—¡Qué tacto!

—¡Qué instinto culinario!

—Debia escribir un libro de cocina marítima.

—Teme el qué dirán. Al fin es catedrático de Filosofía.

(c) Ministerio de Cultura 2006

VII.

Ya hace años que murió Zurita, y en Lugarucos cada vez que se trata de comer pescado, nunca falta quien diga:

—¿Se acuerdan VV. de las calderetas de aquel catedrático de Psicología y Lógica?

—¡Ah, Zurita!

—¡El gran Zurita!

Y á todos se les hace la boca agua.

CLARIN.

23 de Junio de 1884.

«MIGUEL ÁNGEL.»

(c) Ministerio de Cultura 2006

Á CERVÁNTES.

Desde mi infancia te admiré : anhelante
Mi crédula y fogosa fantasía
Volaba en pos del *Caballero andante*,
Que de fiel escudero en compañía,
Llevado por su enjuto *Rocinante*,
Sus quiméricos sueños perseguia.
En lo interior de la encantada *venta*
Penetraba con él : le iba siguiendo
En combates y encuentros y aventuras,
Siempre el alma sedienta
De fatigas y gloria, y siempre viendo
Disiparse el tropel de sus locuras,
Cual polvo que se aventa.
Mas, aunque fueron en mi edad temprana
Deleite y emocion nunca extinguida
Las gracias de tu p'uma soberana,
¡Oh gran Cervántes! al seguir la huella
De tu azarosa vida,
Sin cesar combatida
Por los rigores de enemiga estrella;
Al verte enfermo y pobre
Lanzarte osado en el feral combate
Para que el alma su vigor recobre ;
Luchar fiero y altivo
Con el hado cruel, que no te abate;
Dar tu sangre en Lepanto ;
Ser en Argel cautivo,
Y olvidado en tu patria morir luégo ;
Y al recorrer de tu inmortal *Manchego*
Las páginas risueñas, se divisa
Con penoso quebranto,
Que tras aquella inimitable risa
Está corriendo un manantial de llanto.
Alzada la visera,
Embrazada la adarga y empuñando
La fuerte lanza, en desigual carrera
Don Quijote arrojábase do quiera,
Su escuálido rocín espoleando.
Ni el peligro detiénele, ni el miedo,
Al emprender la hazaña
Que imaginára en su febril denuedo ;
No oye al rústico Sancho, que le advierte
Con un sentido que jamas le engaña
Lo infausto de su suerte ;
Ciego se precipita
Tras el fantasma que su mente engríe,
Y súbito recibe el golpe rudo
De su desgracia escrita,
Más fuerte que su lanza y que su escudo.
Poco importa que en su ánimo confie :
Siempre que se medita
El noble anhelo que su pecho agita
Se siente compasion aunque se rie;
El destino sañudo
Contempla el hombre y su fatal caida
Cuando ya empieza á remontar el vuelo,
Y cuerdo ó loco, su ilusion querida
Ve á sus plantas herida
Por los rayos del mundo ó los del cielo.
Sublime idealidad, triste realismo
En que se mezcla todo :
¡Una flor entreabriendo en un abismo ;
Una perla brillando sobre el lodo!
Por eso, genio audaz, cuando la fama
Tu libro, en que á torrentes se derrama
La inspiracion, y es hoy nuestro alborozo,
Desde la España lo llevó á otra esfera,
El orbe entero lo aplaudió con gozo,
Porque vió en él la humanidad entera.
¿Quién no sintió, como el *Hidalgo* noble
Ante una empresa que soñó accesible,
Sin que jamas su voluntad se doble,
La pena de luchar con lo imposible?
¿Quién no viajó encantado

(c) Ministerio de Cultura 2006

Por el bello país de las quimeras;
Dió realidad á mágicas visiones;
Luchó desesperado
Con vanas sombras, que ahuyentó ligeras;
Forjó castillos sin ningun cimiento,
Y convertirse vió sus ilusiones
En *molinos de viento?*
Y al escuchar que el corazon golpea,
¿Quién, si ya el desengaño no le abruma,
No pensó en una amante *Dulcinea*,
Que entreve dibujarse
Con líneas de aire y de vapor y espuma,
Y que verá risueña
Á poco en el espacio disiparse,
Bella como una hurí con que se sueña,
Y falsa como un sueño, al despertarse?
¡Cuánta, cuánta riqueza
En ese libro espléndido se anida,
Y en torno del autor y de su vida,
Cuánta, cuánta pobreza!
¡Ay! Cuando el pueblo que meció su cuna,
Magnífico florece,
Y el sol de la fortuna
Sobre la real diadema
Con un fulgor intenso resplandece,
Que no se sabe si ilumina ó quema,
Cervántes muere en la profunda sombra,
Y ve en la soledad, que no le asombra,
De su sepulcro yerto,
Los laureles caer que en otro dia
En su frente ostentó la tiranía,
Y él solo vive, cuando todo ha muerto.
Desde el versátil imperial soldado
Que á los acordes del clarin sonoro
La Europa recorriendo, desbordado
Como la mar al extender sus olas,
La inundó con la sangre y con el oro
De las fértiles tierras españolas;
Hasta el imbécil que salió del lecho
Para echar en la tumba
Los últimos despojos
De su poder deshecho,
Todo ha querido el cielo que sucumba;
Y hoy se ofrece á los ojos
De aquella edad de gloria y poderío
En que cayó desde la cima España,
Su símbolo más grande y mas sombrío:
Un *panteon* al pié de una montaña.
Coloso del ingenio, al recordarte
Se despierta mi númen lisonjero,
Y en tí á mi patria, que llegó á admirarte,
La admiro, la saludo y la venero.
Yo, como tú, agobiado
Por la carga infeliz de la existencia;
Viendo surgir el ideal soñado,
Como un hijo, tal vez, de la demencia,
Del hado ciego por fatal sentencia,
Quizá pronto los lazos
Romperse mire de mis breves dias,
Y arroje hecho pedazos
Un laud cuyas tristes armonías
La duda inspiran y el dolor. Mas ántes
Que el adios melancólico y postrero
Dé á las Musas, concédeme pretenda
Consagrar á tu genio, ¡oh gran Cervántes!
En pobres rimas, una humilde ofrenda:
¡Á tí, gloria de España,
Pasmo y admiracion del mundo entero,
Astro que el arte con su lumbre baña;
Á tí, que entre miserias has escrito
Tu obra gigante en el lenguaje hermoso
En que el hombre dichoso
Habla mejor á Dios y al infinito;
En el cual expresé con alegría
Mi primer pensamiento,
Recé, amé, suspiré, canté algun dia
La ilusion que da aliento
Y el padecer que oprime;
Á tí, que eres, en fin, eterno encanto
Del que te evoca, y creador sublime
Del grandioso idioma en que te canto!

G. Belmonte Muller.

Puerto-Rico.

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA LIRA TRISTE.

INTRODUCCION.

Hay horas en que todo, en torno mio,
Se desespera y llora;
Horas en que un espíritu sombrío
En mi cerebro mora.

—

Horas en que paréceme la estrella
Resplandor de blandones;
Fuego de una pistola la centella,
Y las rosas sangrientos corazones.

—

Un cementerio azul la mar salada;
Un rostro amarillento
De envidioso la luna nacarada,
Y una lira de bronce el ronco viento.

—

En estas horas la escondida fuente
Finge amargo sollozo;
Horribles carcajadas el torrente,
Y la noche un oscuro calabozo.

—

Y del reló en el golpe acompasado
Oigo el martillo fiero
Con que labra mi féretro enlutado
El lúgubre y terrible carpintero.

—

Horas en que un espíritu sombrío
En mi cerebro mora;
Horas ¡ay! en que todo, en torno mio,
Se desespera y llora!

I.

En la tumba de mi amada
Ha hecho el nido un ruiseñor,
Que en las noches del estío
Entona dulce cancion.

—

Cuando el pájaro da al viento
Su argentina y tierna voz,
Yo escucho en sus melodías
El idilio de mi amor.

—

Y al comparar aquel tiempo
De rosas, brisas y sol,
Con estos lúgubres dias,
Se me parte el corazon.

—

En la tumba de mi amada
Ha hecho el nido un ruiseñor,
Que me arranca amargo llanto
Con su amorosa cancion.

II.

Hay una hada gentil de ojos brillantes
Y sedosos cabellos perfumados,
Que luce joyas, perlas y diamantes,
Terciopelo y brocados.

—

Esta deidad de espléndida hermosura,
De dulce voz y rostro sonriente,
Oculta con su régia vestidura
Un cuerpo de serpiente.

—

Con sus labios de grana y ambrosía
Nos da en la boca un ósculo de fuego,
Y nos conduce al mundo de la orgía
Y al abismo del juego.

—

(c) Ministerio de Cultura 2006

Es ella la que cambia el lecho honrado
Y pobre de las jóvenes hermosas,
En un lecho magnífico y dorado
De encajes, seda y rosas.

—

Ella mata en el pecho la alegría
Y roba al corazon virtud y calma.
¡Ay, ella oscureció mi fantasía
Y envenenó mi alma!

III.

Desatados los bucles de oro,
Desnudos los pechos
Diamantinos, redondos, y blancos
Cual flores de almendro;
Encendida la faz, las pupilas
Placer despidiendo,
Y en la boca sonrisas, perfumes
Y lúbricos besos;
Las dos bellas al par presidian
El banquete régio.
Y yo al verlas marchitas y hermosas,
Cantando y riendo,
Con la aurora en la frente divina,
La noche en el seno,
De mis ojos cayó ardiente lágrima
Al vaso bohemio,
Dibujando en el rico champaña
Un surco de fuego.
Desde entónces, si llevo á los labios
El vino extranjero,
Se entristece mi alma y figúrome
Que lágrimas bebo.

IV.

En la alta noche, en las febriles horas
En que mi herido corazon batalla
Con mi ardiente cerebro arrebatado,
Y en que mis sienes lívidas desgarra
El insomnio fatal, rumor siniestro,
Espantoso rumor llena mi estancia,
Que ya finge silbido de huracanes
Ó sonoro batir de recias alas.
. . . . . .
. . . . . .
Son los cantores del dolor, los genios
En cuyo llanto se bañó mi alma,
Que á visitarme vienen, y en las sombras,
Bañados de fulgores, se destacan.
Dante, el de la pupila apocalíptica,
El gibelino de facciones trágicas
Aparece el primero; luégo surge,
Con su frente de rayos coronada,
El olímpico Shakspeare, y les siguen
El ciego y dulce Milton; la bizarra
Sombra del Lord sublime, el arrogante
Lírico-tempestad; la triste y pálida
Imágen de Schellei; el gran Leopardi
Con el buitre clavado en las entrañas;
Heine, el sarcasmo en la risueña boca,
Y en el doliente corazon las lágrimas;
Alfredo de Musset, rota en la mano
La copa de los goces; la romántica
Figura de Espronceda y el satánico
Baudelaire con su tétrica mirada.
Todos á mí se acercan y á mi oido
Algo terrible y lastimero cantan,
Algo que aterra al ánimo esforzado,
Y hondo gemido al corazon arranca.
. . . . . .
¿Qué cantos misteriosos y fatídicos
Murmuran en la noche esos fantasmas?
Lo ignoro; sólo sé que está más triste
Y amarilla mi faz por la mañana.

V.

La bella vírgen de las trenzas de oro
Y su gentil amante se sentaban
Al pïano sonoro,
Y las teclas en lágrimas bañaban.

—

Mas un dia los celos penetrantes
El corazon del hombre envenenaron,
Y aquellas teclas de marfil brillantes
En sangre, en roja sangre se bañaron!

VI.

¡Oh, bebamos, bebamos, hermosa!
Que los besos abrasan los labios
Y el amor da una sed insaciable.
¡Bebamos, bebamos!

—

¡Á cantar, á beber! Este vino
Tiene perlas, perfumes y rayos,
Como tú, mi gentil adorada.
¡Bebamos, bebamos!

—

¡Á gozar, á reir! Luégo puedes
Descansar en tu lecho de sándalo
Bajo el rico dosel de oro y púrpura.
¡Bebamos, bebamos!

—

¡Sí, bebamos! La vida es horrible,
Y ahogar quiero en el fondo del vaso
Mis angustias y negros dolores.
¡Bebamos, bebamos!

VII.

En mi loco cerebro de poeta
Ha hecho su nido un águila,
Un águila siniestra y arrogante,
De poderosas alas.

—

(c) Ministerio de Cultura 2006

«LAGUNAS DE ESCOCIA.»—(ESCUELA INGLESA CONTEMPORÁNEA.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

Cuando estalla en los aires la tormenta
El ave el cielo escala,
Y al huracan y al rayo desafía
Con valiente mirada.

—

Ama las espantosas tempestades,
Las tempestades bravas;
Ya se desencadenen en la altura,
Ó rujan en el alma.

—

Cuando la tempestad en su caballo
De tinieblas y llamas
Huye del cielo, en pos de la tormenta
Baja á mi pecho el águila.

—

Y en mi doliente corazon se ceba
Con implacable saña,
Dejando en él las huellas de su pico
Y de sus fuertes garras.

—

¡Ay! con el corazon despedazado
Y la mente agitada
Voy por el mundo, sin poder librarme
Del ave negra y trágica!

VIII.

Al borde del severo
Y humilde camposanto de la aldea,
Como bruñida lámina de acero
El cristalino Bétis centellea.
En las noches azules del estío,
Entre brisas, aromas y fulgores,
Cruza una barca el trasparente rio,
Poblada de hermosuras y cantores.
Y las tumbas heladas
Del humilde y severo camposanto
Repiten las sonoras carcajadas
De los mancebos, y el alegre canto.

IX.

En el vaso tallado y luciente
Fulgura el ajenjo,
Como el ojo de un tigre ó las ondas
De un lago sereno.

—

Bebe ansioso el licor de esmeralda
Un pobre bohemio,
Un vicioso poeta, y se abisma
En plácidos sueños.

—

De repente, fantástica, surge
Del vaso de ajenjo
Una vírgen de túnica verde
Y rostro siniestro.

—

Sus pupilas están apagadas
Como un astro muerto,
Y en sus lívidos labios la risa
Parece un lamento.

—

Es la vírgen la horrible *locura*,
Que abraza al bohemio,
Y se lanza con él á un abismo
Fatídico y negro.

X.

¡Todo es disfraz! Bajo una frente hermosa
Descubro un pensamiento pervertido.
Allá contemplo un sér empedernido
Con tristes ojos y la voz llorosa.
Aquí, la corrupcion con faz de diosa;
Y allí, en risueño y apartado nido
De amores, el rencor vela escondido,
Cual víbora en el cáliz de una rosa.
¡Todo es difraz! Con cara placentera
Y en el labio la alegre carcajada,
La horrorosa perfidia nos espera.
¡Tuvo siempre el cobarde audaz mirada!
¡Piel sedosa y brillante la pantera!
¡Y resplandores la traidora espada!

XI.

En verde primavera perfumada
Nacieron mis amores.
En la esfera azulada
Todo era luz; aromas y colores
En los risueños campos florecientes,
Y sueños en el alma enamorada!
¡Cuán dulce era la endecha apasionada
Del tierno ruiseñor! ¡Qué melodiosas
Las cristalinas fuentes!
Qué encendidas y espléndidas las rosas!
¡Dichoso tiempo! En mi cerebro hervia
La inspiracion sagrada,
Y en mi pecho el amor y la alegría.
Mi vida no era más que una alborada:
¡Cantos, perfumes, sol y poesía!
Mi noble y dulce amada
Era bella, tan bella como el cielo;
Ojos puros, hermosos y lucientes
Cual las noches serenas del estío;
La piel de terciopelo;
El cabello era fúlgida aureola,
Y los perlados dientes
Brillaban como gotas de rocío
En el fondo de vívida amapola.
¡Bello tiempo de amor y de delicia!
Como dos perlas que una misma ola
En su albo seno mece y acaricia,
Cual dos lozanas flores
Que tienen enlazadas sus raíces,
Y que al besarse, amantes y felices,
Confunden su fragancia y sus colores,

CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO MADRID BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

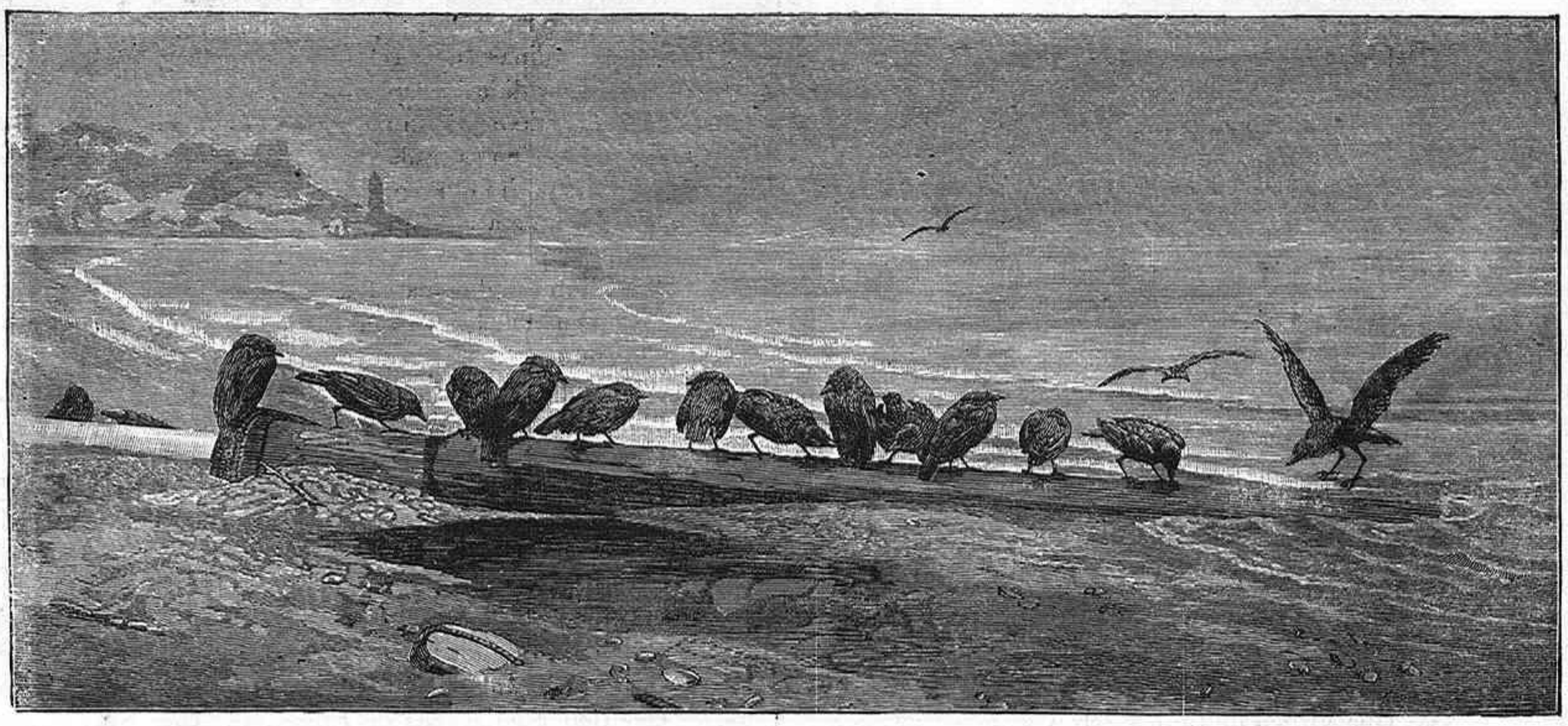
Así los dos viviamos dichosos.
¡Oh tiempos venturosos,
Dias de cielo azul resplandeciente,
En que en mi labio el beso aleteaba,
Y férvida estallaba
Del entusiasmo la cancion valiente,
Y en que llevaba en mi atrevida mente
Los brillantes fulgores
Del áureo sol de Grecia, y en mi alma
Frescas rosas y arpados ruiseñores!
¡Adios, por siempre adios, plácidos dias,
Que os llevásteis alados, con mi calma,
Mi fe, mi juventud, mis alegrías.

En verde y perfumada primavera,
Al florecer la rosa
Y al bañarse la esfera
En olas de oro, de amatista y grana,
Una tarde risueña y luminosa
Sollozó la campana
Y trágica se abrió la negra fosa
Para la dulce compañera mia;
La musa generosa
De mi inspirada y noble poesía;
¡La madre de mis hijos amorosa!
¡Qué espantoso dolor!..... Me es imposible
Describir la catástrofe terrible;
Que cuando el alma siente
Tan rudas convulsiones,
Ni hay esplendor en la exaltada mente,
Ni en la lira canciones!

Muerta mi esposa, mi ilusion querida,
Una alegre mañana
Aire buscando y vida,
Para el alma viuda y dolorida,
Me asomé á mi ventana.
Radiante estaba el sol; puro el ambiente;
Los árboles frondosos;
Los pájaros cantaban dulcemente,
Y pálidos mancebos bulliciosos
Entonaban, de vuelta de la orgía,
Cánticos amorosos.
Todo era animacion, todo alegría,
Miéntras la pena inconsolable y honda
El corazon enfermo me rompia.
Una hermosa, feliz y tierna madre
Con una niña delicada y blonda
Ante mi puerta con amor jugaba,
En tanto el noble y venturoso padre
Risueño el bello grupo contemplaba.
¡Ah! no pude seguir viendo esta escena,
Que acrecentaba mi terrible pena;
Y en lágrimas los ojos arrasados,
Estuve sollozando todo el dia
En brazos de mis hijos adorados!

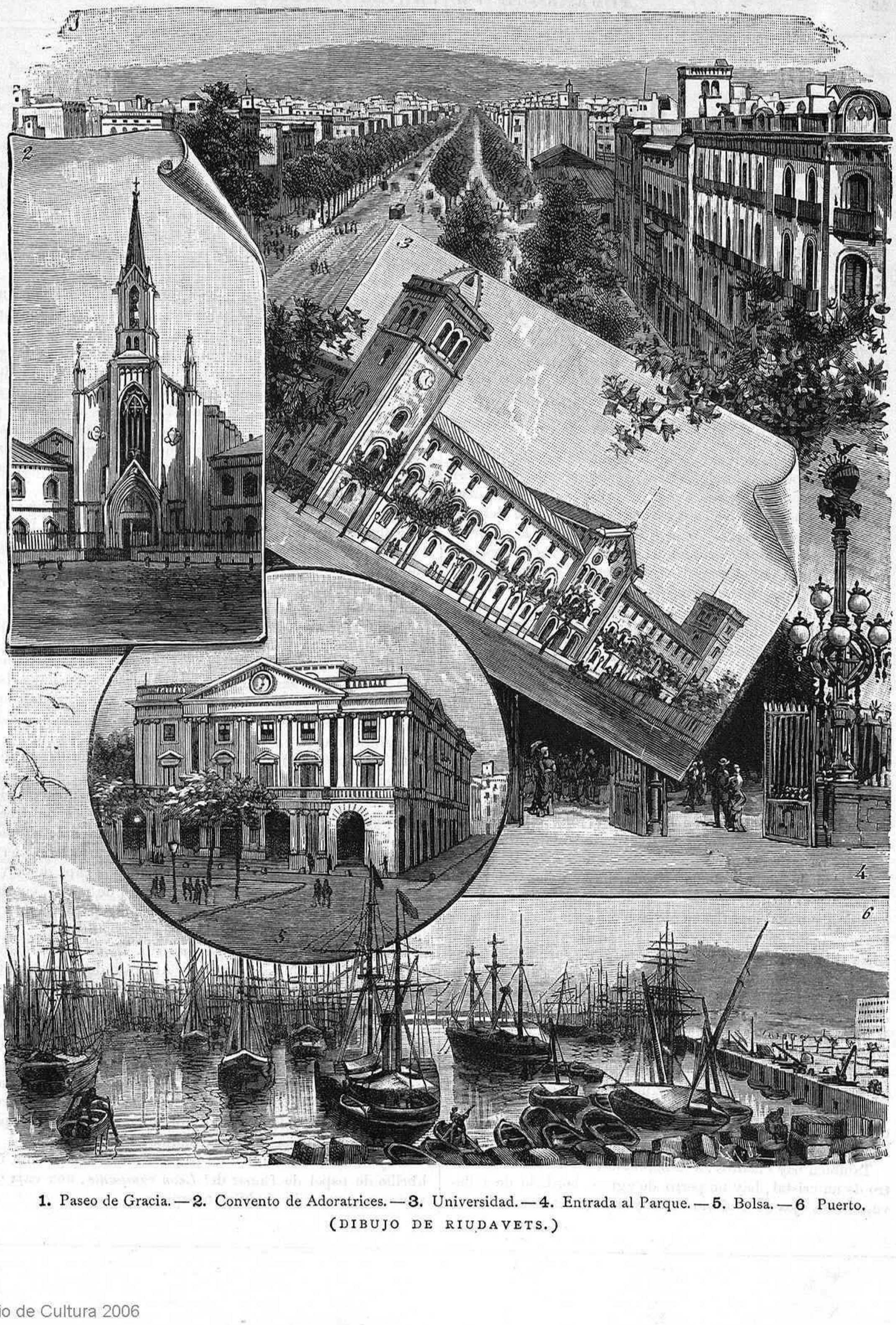
Hoy mi existencia es llanto y agonía,
Sombras, tristeza y duelo,
Y en esta noche lóbrega y sombría,
¡Ay, no descubro el azulado cielo!

MANUEL REINA.



(c) Ministerio de Cultura 2006

BARCELONA.



1. Paseo de Gracia. — **2.** Convento de Adoratrices. — **3.** Universidad. — **4.** Entrada al Parque. — **5.** Bolsa. — **6** Puerto.

(DIBUJO DE RIUDAVETS.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

DON RUPERTO DE ALGARRA

(DE PROFESION CURIAL).

I.

TIENE cincuenta y dos años y es soltero.

Nació *en tierra de Toleo*, pero vive en Madrid hace treinta y dos años, y tiene casa puesta en la calle de los Ministriles, 55, tercero.

Habita con su hermana doña Gertrúdis, de cinco años ménos que él, viuda y modesta pensionista del Estado, que es la que lleva *el peso de la casa*.

Consiste este peso en limpiar una sala, dos alcobas, el despacho, un *conato* de comedor que hay ántes de entrar en la cocina, y en *azotar* á una alcarreña, de las de cuarenta reales al mes, soldado y rio, para que cuide del puchero, haga el guisado por la noche y compre la escarola fresca, y no *manida;* teniendo la precaucion de hacerse regalar el perejil por el verdulero.

Fuera de esto, doña Gertrúdis sólo se ocupa de ir á las Cuarenta Horas, mondar los cañamones para sus jilgueros y hacer media de estambre para su hermano D. Ruperto, que padece dolores reumáticos.

La casa es un modelo de órden: en la sala hay una consola de pata de cabra y piedra de mármol; encima hay dos floreros, algo lacios, porque las flores son de cera, y treinta y dos veranos de Madrid las han ajado mucho: entre los dos floreros hay un reloj de zinc, que representa á Juana de Arco despues de la batalla de Orleans (por un capricho del artista, al lado de la figura de Juana hay una cabra con cuernos plateados). Hay tambien un espejo de marco dorado, cubierto luna y todo con una gasa de color de fresa, sobre la que resaltan ciertos puntos negros; indudablemente vestigios del paso de las moscas.

En el suelo, debajo de la consola, hay un juego de café de porcelana blanca, con ramos dorados, y delante de él una cola de pavo real artísticamente colocada en forma de abanico.

La sillería es de reps verde, y el sofá, de forma de los llamados *vis-à-vis*, tiene, á la altura en que se supone ha de llegar la cabeza de los que se sienten, unos cuadritos de *crochet*, para evitar que la grasa del pelo estropee la tela. Hay en el centro un velador de caoba, y encima del velador dos cajas de dulces, es decir, que fueron de dulces, algo deterioradas porque proceden de la boda de doña Gertrúdis; un juego de tresillo de *maqué* y una *chufleta* de plata.

La alfombra es á rayas, de aquellas que se hacian hace cuarenta años, y se conocian en el comercio por de *empresas várias*.

Tambien hay cuadros: á la izquierda, en un marco y dentro de un cristal, hay un perro de aguas, bordado de relieve, con los ojos de abalorio verde y un letrerito bordado con estambre encarnado, que dice: *Á su tia Gertrúdis, su sobrina Paca*.

(Algo redundante es el letrero, porque tratándose de una obra dedicada á su tia, bastaba con que el artista hubiera firmado *Paca*, sin necesidad de añadir que era su sobrina.)

Hay otro grabado que representa á la reina Cristina en el acto de abrir las Córtes en 1833, y un retrato de D. Ruperto al daguerreotipo, de aquellos que no se pueden mirar por ninguna parte, y de que únicamente se hace cargo el espectador despues de haberse colocado en veinticinco posiciones distintas, y sólo á beneficio de ponerse la mano extendida sobre los ojos, en la posicion del que se quita el sol en el campo.

Entónces se ve á D. Ruperto con foques y corbatin; con un sombrero que ocupa la mitad del cuadro; con un baston artísticamente colocado entre las piernas y las dos manos encima del puño, entre las que estruja convulsivamente un guante; levita de talle largo y entallado, y la cruz del 7 de Julio en el ojal.

Como obras de arte fuera de las descritas, y un par de huevos fritos con jamon, esculpidos en piedra, que hay en una rinconera, no se ve en la sala nada más digno de llamar la atencion, si se exceptúa una guardamalleta que hay sobre la ventana y dos clavos romanos que sirven de alzapaños preventivos, porque no se tiene noticia de que haya habido colgaduras nunca.

El despacho es más sencillo. Hay una librería de un solo cuerpo, en la que están los *Códigos españoles*, el *Febrero Novísimo*, el *Diccionario de Escriche*, las sentencias del Tribunal Supremo, algunos tomos de la coleccion de decretos, la ley de Enjuiciamiento Civil, la Criminal, algunos tomos del *Diccionario de Madoz*, y en la parte baja cierto número de autos, cubiertos de respetabilísima capa de polvo.

Hay cuatro sillas, dos mesas y un reloj de pared, con las pesas al aire y una viñeta en la esfera, que representa un valenciano en jarras y con zaragüelles.

La mesa grande es la de D. Ruperto. Hay una escribanía de metal dorado de San Juan de Alcaráz, de aquellas que tienen tintero, salvadera, obleera y hasta campanilla; una carpeta que ha sido de hule, y á la que una serie de sucesivas capas de arenilla y de tinta ha hecho pasar por diversos estados, desde el en que parece papel de lija, hasta el de badana.

La mesa está sembrada de papel de oficio y de citaciones á juicio de conciliacion, y cuyos blancos, para los nombres del demandante y demandado y objeto de la demanda, parece que están diciendo: «¡Llenadme!»

Hay tambien en la mesa un paquete de tabaco picado, un librillo de papel de fumar del *Leon rampante*, una caja de fósforos y un ovillo de hilo encarnado.

(c) Ministerio de Cultura 2006

En la mesa chica, una falsilla, una carpeta hecha con várias *Correspondencias*, y una jícara con tinta: en ella se sienta una máquina de escribir y andar, que se llama Fermin; gana tres reales diarios, tiene las manos llenas de sabañones y apénas si llega con la barba á la mesa, por más de que es más útil á nuestro D. Ruperto que cualquier escribiente hecho y derecho.

II.

Conocida la habitacion de D. Ruperto, lo cual nos da ya una idea de su economía, órden y concierto, prescindiendo de su historia, que nos llevaria demasiado léjos, vamos á estudiarle en sus ocupaciones.

Se levanta á las ocho en todo tiempo; extiende las citas que ha de llevar durante el dia á los distintos Juzgados municipales, y da á Fermin una lista de las cuentas que tiene que presentar; porque D. Ruperto, en su cualidad de curial, se encarga de cobrar de los deudores incobrables, á los que representa como cesionario de sus cuentas: cita á juicio, y despues de que aquéllos, ó han reconocido la deuda ó han sido condenados en rebeldía por habérseles hecho las tres citas y no haber comparecido á ninguna, se entiende con ellos á pagar en plazos mensuales, cuyos recibos lleva Fermin, y se da el pobre chico tantos paseos, que mengua, y no es porque deje de crecer, sino porque se desgasta por los piés. Hecha esta operacion (la de la entrega de las cuentas), don Ruperto trabaja en sus asuntos particulares, que consisten en poner al corriente las cuentas de algunas viudas y jubilados que administra, y á quienes adelanta sus pagas y hace préstamos con interes, retencion y juicio convenido.

Recibe desde las once y media hasta las doce y cuarto, á cuya hora suelen visitarle los deudores que quieren evitarse un embargo mediante entrega á cuenta, los jubilados y las viudas que desean empréstitos, y algun alguacil que otro, con quienes conferencia reservadamente.

Come á las doce y media, y como él dice, miéntras come no recibe ni al *Verbo divino*, y á la una se dispara, envuelto en su gaban, que lleva sobre el chaleco, á los Juzgados municipales.

Entra en todos *como de casa*, tutea al secretario, pasa la mano por el cogote al alguacil con aire protector; él mismo se extiende algunas citas en las mesas del Juzgado; paga cuentas al secretario y los oficiales, y recibe las consignaciones; sirve de hombre bueno si hay algun juicio y le necesita algun amigo; celebra los que tiene citados por su cuenta; pacta con los deudores los plazos en que ha de reintegrarse la cuenta que representa, y á pesar de ser sólo curial, se hombrea con algun abogado, *que le firma* los escritos que necesita.

Á las dos y media se dirige á las Salesas; conoce á todo el mundo, desde el portero hasta el último escribiente de las Escribanías y el repartimiento.

Entra en la sala de procuradores y notifica y es notificado de la manera familiar y francota que se hacen las notificaciones en España.

Sube á los Juzgados; va de mesa en mesa; los oficiales mayores le miran con respeto y los escribientes se extasían ante aquella cadena de reloj, que ni la de *Los Pavos reales*.

Lleva un papel y un lápiz, con el que apunta los distintos trámites por que pasan los negocios que representa; conferencia con otros procuradores; hace arreglos; firma diligencias que estaban sin firmar hace tres meses, á pesar de haberse actuado mucho despues de ellas, y por último, al salir de las Salesas, queda de acuerdo para el dia siguiente con uno ó dos escribanos para los embargos que ha de verificar.

Asiste siempre á ellos, y designa los bienes que han de tasarse.

Quien le vea marchar por la calle airosa y apresuradamente, llevando á la siniestra mano al escribano, generalmente envuelto en su capa, debajo de la que va el rollo de papeles; á la diestra al alguacil, siempre con gaban, y el baston debajo del gaban, colgado en el chaleco, de forma que sólo se le ve la contera, que sale por entre los faldones, á guisa de espada de la ley, no sospecharia que aquella fisonomía fresca y casi juguetona va á dar la desazon á un ciudadano.

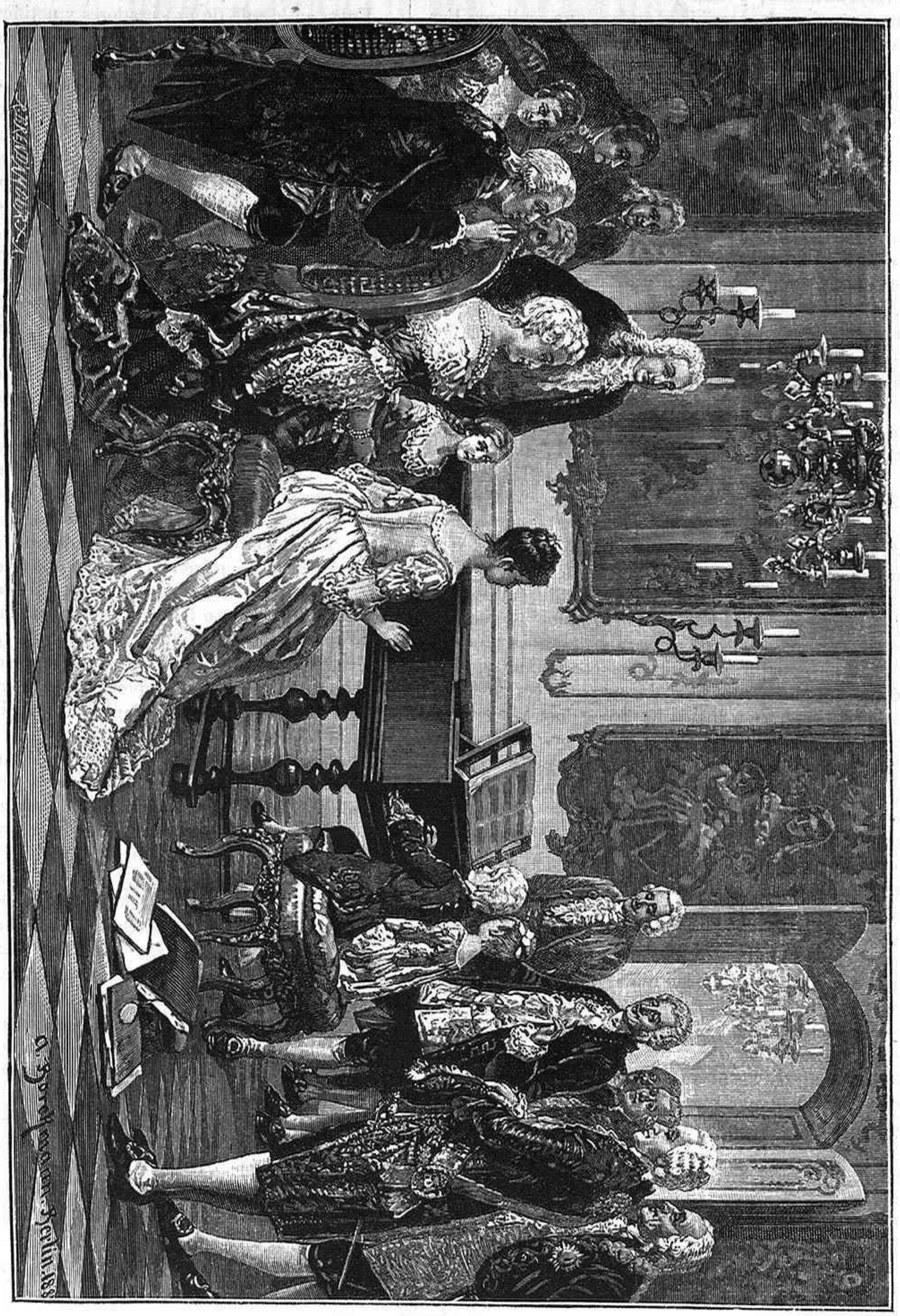
Concluidas sus operaciones á las tres ó tres y media, va al café Oriental ó al de Lisboa y toma café en vaso, una cucharadita de leche en la copa para hacerse un refresco, una copa de ron bajo el hipócrita pretexto de que le echen gotas, y áun se lleva tres terrones de azúcar; todo por cincuenta céntimos de peseta, con propina y todo, lo cual produce que el mozo, á quien él tutea y llama Pepe, le diga: «Vaya usted con Dios, Sr. D. Ruperto.»

Á las cuatro y media vuelve á su casa, pone en limpio las notas que tomó en las Salesas, prepara parte de trabajo para el dia siguiente y toma las cuentas á Fermin, á quien increpa duramente si no ha cobrado cuanto se proponia.

Recibe, de seis á ocho, viudas, jubilados y curiales, despide á Fermin, que está trabajando desde las ocho de la mañana; cena á las ocho y media, y á las nueve y pico va al café del Siglo, donde le esperan varios procuradores, que le *firman*, con los que departe de política y caza, y esboza algun negocio; á las once vuelve á la calle de los Ministriles, á esperar el dia siguiente, calculando que la propiedad es sagrada, la ley augusta, incorruptible la magistratura, muy leal la curia, y que despues de tanto trabajar, sólo habia ganado trescientos reales en aquel dia, dedicado, como todos los de su existencia, á aliviar las desgracias de sus semejantes y á velar por los intereses permanentes de la sociedad.

J. Valero de Tornos.

(c) Ministerio de Cultura 2006



«LOS HERMANOS MOZART TOCANDO EN PRESENCIA DE LA EMPERATRIZ MARÍA TERESA.»

(CUADRO DE A. BORCKMANN).

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL SERMON DEL APOCALIPSIS [1].

(EPISODIO DEL SIGLO X.)

CAPÍTULO PRIMERO.

MI INFANCIA Y ESTUDIOS.—EL ABAD Y EL MORO MADRILEÑO.—UN MILAGRO.—MURMURACIONES DE LAS VIEJAS.

La primera vez que oí anunciar el fin del mundo tendría quince años: terrible fué aquel dia, y creí que, en efecto, el mundo acababa para mí. Es verdad que entónces me parecia muy estrecho, porque sólo habia visto el terreno que se divisaba desde la torre del monasterio, á cuyo pié se iba formando un pueblo, destruido ántes de tener nombre. He visitado despues ciudades famosas, que no tenian bosques tan frondosos ni campiñas tan alegres como las de aquel rinconcillo de la costa poniente de Galicia. Murió aquel pueblo en su infancia, cuando el convento reunia ya treinta monjes y el caserío habia enviado á D. Sancho en su última guerra dos hombres de armas y ocho peones; y no marchó á su frente el abad D. Lupo, porque, habiendo engordado con la edad, ya no cabia en su loriga. Por cierto que el buen monje se consolaba de aquel contratiempo con el ejemplo del monarca, que, de puro grueso, no podia en su juventud alzar los brazos, y tenía un criado para que le rascase la cabeza; y estaban tan asustados los que vivian en su palacio, que, oyendo una vez gran ruido en la cámara Real, acudieron despavoridos, y dijo á los suyos el jefe de los guardias:

—Ó ha estallado una rebelion, ó ha estallado el Rey.

Parecia yo destinado ó envejecer á la sombra de los castaños, entre los cuales se paseaba en invierno la venerable cofradía, pues estaba decidido que yo vistiese el hábito de novicio. Atraíame aquella santa casa, en donde habia aprendido todo lo que sabian los monjes dedicados á enseñar: el abad me habia ejercitado en el latin y en el manejo de las armas; el hermano Juan Crisóstomo, consumado helenista, me habia dado lecciones de griego; y hasta el jardinero Yusuf, que hablaba torpemente nuestra lengua, me habia enseñado el árabe á hurtadillas para tener con quién charlar. Se puede decir que me habia criado en el convento, donde todos, admirados de mi buena memoria, se disputaban la ocasion de cultivarla, no sin algun provecho de su parte, pues habiendo observado la claridad y hermosura de mi letra, así cursiva como redonda, y hasta francesa, me hacian copiar libros que pedian prestados á tierras muy lejanas; y es claro, hubieran sido las copias muy infieles á no saber los idiomas en que estaban escritos. Lo mismo manejaba la pluma mejor cortada para escribir con tinta de oro en pergamino de púrpura, que la caña más gruesa para copiar los libros de coro en letras grandes y signos muy visibles.

Sólo las lecciones de Yusuf no me sirvieron para mis trabajos de copiante, pues no sabía leer el jardinero. En cambio, cuando tuve más adelante necesidad de hablar en griego, ignoraba el nombre de las cosas más útiles y triviales, y se rieron de mí en Constantinopla, no sólo por mi acento, sino por hablar un griego tan antiguo, que, al oirme, se les figuraba estar conversando con Edipo; miéntras que con las rústicas lecciones de Yusuf me hice entender fácilmente de los moros. La sabiduría suele estorbar cuando se trata de entenderse con el vulgo.

Yusuf habia sido cautivado por el Conde de Castilla en una correría que hizo éste hasta el fuerte de Megerit (2), tierra excelente de madroños, cuyo árbol estimaban y cultivaban los moros, porque, prohibiéndoles su ley toda clase de bebidas espirituosas, podian, sin faltar á sus ritos, embriagarse á su sabor comiendo aquella fruta. Habia salido á cazar osos, cuando oyó ruido de gente armada; púsose á escuchar, y aunque no entendia lo que hablaban, sorprendido en aquel acto, le cortaron las orejas por haber escuchado. Cuando logró escaparse, equivocó el camino de tal modo, que, en vez de hallar su país, se encontró dos meses despues en un extremo de Galicia. El vino le hizo cristiano, pero siguió creyendo en el paraíso de Mahoma. Me ponderaba mucho las murallas de Megerit y su caudaloso rio. Como habia sido moro, y por el aspecto extraño que le daba el estar desorejado habia adquirido gran prestigio entre las gentes del país, y aunque procuró excusarse algun tiempo, tuvo por fin que asistir á los enfermos, y áun llegó á creerse él mismo un físico excelente: la verdad es que los caldeos, tan ignorantes en lo que al alma se refiere, saben mucho de los achaques del cuerpo: en Córdoba hay escuela de curar y sastres que cosen las heridas; algunos los llaman cirujanos.

No conocí á mi padre: decian que era un hábil saetero; siendo yo muy niño marchó á la guerra y no volvió; mi madre enfermó algunos años despues y me dijo una tarde. —Hijo mio, véte al monasterio.—Los padres no me dejaron volver á casa, y á la mañana del dia siguiente oí en la iglesia un canto muy triste: dejé la celda en que habia pasa-

(1) Este episodio no es sino el principio de una novela arqueológica, que empecé á escribir hace seis años, y tuve que interrumpir muy pronto en el capítulo sexto; el libro habia de ser la relacion de la vida y aventuras del personaje que las cuenta; como es posible que jamas continúe la novela, y los tres primeros capítulos constituyen un conjunto, he creido poder utilizar un trabajo hecho, pero inédito, para dar mi contingente á este almanaque.

(*N. de A.*)

(2) Madrid.

(c) Ministerio de Cultura 2006

do la noche, y bajé al templo: los monjes rezaban un responso ante una zanja abierta bajo las losas del atrio. Estaban enterrando á mi madre. Desde entónces fué el convento mi casa solariega.

Era el monasterio una especie de castillo á medio hacer, cuyas torres de ladrillo levantaban los monjes poco á poco; por fuera parecia triste, pero el interior de la iglesia era notable, por su suelo de mosaico y sus columnas, resto de un templo de Neptuno. En los dias de tormenta las olas embestian la peña como queriendo trepar al templo de su falso dios para derribar la cruz y colocar el tridente en la fachada. Cuando el mar estaba tranquilo salian á pescar algunos monjes, que eran á la vez marineros, agricultores y soldados, pero bendiciendo ántes las redes, porque á veces era calma engañosa, simulada por el enemigo, y llamada en el país la calma del diablo.

Nadie ignoraba en la comarca, aunque nadie lo habia presenciado, que cien años ántes, una tarde apacible, estaba el mar tan sereno y tentador, que, provistos de redes, se lanzaron al mar seis monjes, alejándose y perdiendo de vista la cruz del monasterio. Era el tiempo caloroso, y el agua mansa y fresca convidaba á los regalos del baño, por lo cual, olvidando la hora del rezo, cinco de los monjes se arrojaron al agua, nadando con deleite al rededor de la barca, donde quedó el más grave cuidando de la red, en la cual sintió un gran peso: tiró de ella con fuerza, y creyendo sacar un pescado enorme, vió entre las mallas, que la servian de único vestido, una mujer hermosa que le miraba sonriendo. El monje, comprendiendo el peligro, se encomendó á San Benito, y la mujer se lanzó al agua, desapareciendo en el fondo; quiso llamar á sus compañeros, pero todos se alejaban rodeados de ninfas; y estando el mar tranquilo, sentia moverse la barca bruscamente y sin oleaje, levantada en las espaldas blanquísimas de innumerables mujeres que se colgaban á los remos, asomaban las cabezas y los pechos por el agua, vencian la embarcacion y amenazaban volcarla para recibirle entre sus brazos; á veces se juntaban en un grupo, semejando una ola gigantesca y entrando en aquella forma por un lado de la barca, salian por el otro: el timon no regía y la navecilla daba vueltas como si hubiera enloquecido en aquella borrasca de mujeres. El monje tuvo una inspiracion, y entonando los rezos que habian olvidado, hizo una cruz con los dos remos, y la barca por sí sola tomó la direccion del monasterio, á pesar de las innumerables manos que trataban de contenerla, y destrozando con la proa espumas que tenian apariencia de mujeres.

Toda la congregacion, con el Abad á la cabeza y con la cruz alzada, marchó procesionalmente hácia la orilla del mar: el mismo prior lanzó las redes benditas al agua y llamó á los monjes, que salieron envueltos en los aparejos y cubiertos de escamas. El pueblo, testigo del milagro, siguió la procesion hasta la iglesia, y colocaron en la capilla mayor dos remos en cruz como testimonio del prodigio. En cuanto á los monjes salvados, por más esfuerzo que hicieron, nunca perdieron las escamas, lo cual prueba que fueron grandes pecadores.

Las viejas del pueblo contaban más cuando murmuraban en voz baja: decian que desde entónces se suelen pescar en la bahía algunos peces con una especie de cerquillo y de cogulla, á que llaman el pez fraile. No se comen.

CAPÍTULO II.

LA JUSTICIA DE UN RICO-HOME. — EL TRIBUNAL DE LA ABADÍA. — AZOTES. — OTRAS PENAS. — LAS TRIBULACIONES DE YUSUF.

Fuera del caserío y en la distancia á que alcanzaba la jurisdiccion de la Abadía iba poblándose la tierra poco á poco, con gran regocijo de D. Lupo, cuya idea principal, fuera de los ejercicios piadosos, era poblar, y enviaba sus monjes á los señoríos inmediatos para catequizar nuevos colonos, porque entre los suyos era muy difícil arreglar matrimonios, por ser todos parientes. Favorecia sus designios y atraia muchos vasallos la crueldad de un rico-home vecino, tan duro en castigar, que no tenía ningun vasallo entero, habiendo perdido todos por justicia algun miembro de su cuerpo; y alguno se desnaturalizó, pasando al territorio abadengo, por ser tan mísera su suerte, que recibia una tanda de azotes con la misma regularidad con que perciben otros una renta.

En cambio, el juez que administraba justicia en la Abadía se inspiraha, por órden del prelado, en aquella máxima del gran rey Recaredo, que manda á los jueces templar el rigor de las leyes con los míseros, y no abrumarlos. Siempre que podia entreteníame en asistir al tribunal donde se celebraban los juicios. Sentábase el juez en un trípode, y á su lado el escribano, con recado de escribir por si era necesario; el sayon (1) estábase de pié, y más léjos el pregonero y el verdugo; los pleiteantes á derecha é izquierda, con los testigos y parientes, y el público á la puerta.

Presentóse cierto dia una mujer acusando á un vejete de haber hecho caer con maleficios dos rayos en su casa, abrasando su cosecha, por lo cual pedia que se le castigase como á hechicero é incendiario. El caso era el siguiente:

El viejo habia pedido limosna á la mujer, y no habiéndola obtenido, se habia marchado murmurando, no sin lanzar una mirada á la acusadora, en la que ésta vió dos llamas azuladas, sintiendo un estremecimiento parecido al de las personas á quienes se hace mal de ojo. Varios testigos afirmaban que le oyeron decir al retirarse: «¡Así te abrase un rayo!», y haberle visto que estando *á solas* hablaba alto *con álguien;* uno aseguró haber observado que la sombra del viejo bailaba al rededor de su cuerpo. Por último, era evidente que habia pasado por delante de la casa y la habia mirado poco ántes de la caida de los rayos.

El viejo se santiguaba á cada acusacion y lloraba protestando ser inocente y buen cristiano. Acusadora y testigos protestaron asimismo que decian la verdad, comprometiéndose, en caso contrario, á sufrir la pena del delito que imputaban. La congoja del acusado era mucha, como si viese las llamas en que pretendian arrojarle.

La curiosidad era tal, que la gente amenazaba mezclarse con los testigos; á una señal del juez el verdugo hizo retroceder á la muchedumbre con su vara: estaba yo en primera fila y recibí el varazo sin quejarme por no perder el sitio.

—¿Son verdad los hechos de que te culpan?—dijo el juez severamente al acusado.

—Señor—contestó—¡soy inocente!

(1) Alguacil.

(c) Ministerio de Cultura 2006

—¿Puedes jurar que mienten tus contrarios?

—¡Oh, no, porque hay algo de verdad en lo que dicen!

—Luego ¿eres hechicero? ¿Has hablado alguna vez con el diablo ó héchole sacrificios? ¿Le has pedido que arroje los rayos en la casa?

El viejo juró que no. Entónces el pregonero, por órden del juez, preguntó al pueblo si alguno podia declarar algo en contra ó en favor del acusado, y añadió:

—Todo el que niegue la verdad sabiéndola recibirá cien azotes y perderá la cuarta parte de sus bienes. ¿Hay álguien que haya consultado casos de adivinanza ó brujería con el hombre á quien se está juzgando?

La conminacion hizo su efecto. Un infeliz amedrentado declaró haberle preguntado si mejoraria de suerte, á lo cual le contestó que mejoraria.

—Pues bien—le dijo el juez—recibirás los cien azotes que impone la ley (1) al que se guia de adivinos.

El testigo pidió misericordia, y el juez le rebajó los azotes á cincuenta.

—¿Tiene álguien que declarar alguna cosa más?—volvió á preguntar el pregonero, miéntras el verdugo preparaba las disciplinas, mirando con amor la espalda que habia desnudado, despues de sujetar el paciente á la argolla.

Todos callaron como muertos y hubo tal movimiento de interes en el público por presenciar la azotaina del testigo, que perdí el puesto y sólo pude oir el chasquido de los azotes y los gemidos del que los recibia.

—No veo nada, madre—decia con angustia una rapaza.

—Se queja poco; es hombre fuerte—exclamaba una mujer.

—O es flojo el verdugo—replicaba un hombre.

—¿Flojo esa fiera?—repuso una vieja con rencor;—sus brazos son martillos.

—¿Qué, abuela, no le has perdonado aún los cardenales que te hizo?

—Cuidado con la lengua, que no sufro las injurias: si recibí azotes, no fué como castigo, sino por no poder pagar los tres sueldos de multa, y el juez declaró bien alto que aquellos azotes no me perjudicaban en la honra.

A fuerza de empujones habia vuelto á mi sitio anterior y ví ensangrentada ya la espalda que poco ántes habia visto sana y blanca. El reo protestaba de haber recibido más azotes de los justos, y el verdugo aseguraba que faltaban cuatro todavía.

—¿Ha contado álguien?—dijo el juez.

—Todos enmudecimos por temor de que alguna ley impusiera al que hablase alguna nueva pena. En vista del silencio, dispuso el juez que se diesen dos azotes más para partir la diferencia.

La atencion recayó otra vez sobre el viejo, que confesó la maldicion, su costumbre de hablar alto distraidamente, pero negó la hechicería.

—¿Y el baile de tu sombra?

—Juro que no le he visto; pero si fuera cierto, ¿qué culpa tendria de que mi sombra hiciese esas locuras?

—¿Y los rayos?

El viejo tuvo una inspiracion y dijo:

—Señor juez, los rayos caen del cielo: ¿cómo puede lanzarlos el diablo?

El juez mandó á la acusadora que contestase, y ésta, anonadada, no supo responder. Los testigos no osaron auxiliarla, temiendo aventurar alguna herejía en aquella cuestion tan elevada: el mismo juez callaba receloso. Pero los acusadores no podian retroceder sin gran peligro, y uno de ellos contestó resueltamente:

—El año pasado cayó un rayo en la cruz del monasterio. ¿Lanzaria Dios ó el diablo el rayo contra la cruz?

El asunto se habia complicado, y todos estábamos temerosos. El juez preguntó al acusado:

—¿Persistes en negar tu culpa?

—Juro que soy inocente.

—Verdugo, sométele á la prueba del agua hirviente.

El ejecutor se acercó al hornillo donde se calentaban las marcas y los garfios, y acercó al fuego una vasija miéntras el viejo juntaba las manos implorando compasion. Hubo silencio y atencion extraordinarios, como si todos quisiéramos oir hervir el agua. Por fin, el verdugo presentó al acusado la vasija de laton, que estaba por debajo roja como un ascua.

—Bebe—le dijo el juez—y demuestra tu inocencia.

El viejo tomó temblando el jarro, y oimos castañetear sus dientes de terror; aproximó el agua á los labios y el vaho caliente debió quemar su rostro, pues arrojó la vasija, diciendo:

—Pues bien, confieso todo.

Hubo un momento de satisfaccion: temiamos que el brujo, valiéndose de su arte, hubiese bebido el agua hirviente como quien bebe en una fuente.

El acusado se declaró brujo, y afirmó que eran suyos los rayos que cayeron en la casa.

Sólo faltaba sentenciarle; como incendiario merecia ser quemado, pero ántes debia recibir los azotes ordinarios y las penas de los hechiceros. El juez fué benigno y dictó una pena inferior, no sin que murmurase en voz baja la concurrencia.

—¡Es demasiada bondad—decian unos—perdonarle la vida!

—No habrá casa ni cosecha segura de sus rayos.

En tanto el viejo habia sido atado, y el verdugo preparó un puñal agudísimo; aunque todos detestábamos al brujo, sus lágrimas y sus ayes empezaron á conmovernos. La misma acusadora quiso en vano perdonarle.

El verdugo, con gran habilidad, hizo un gran arañazo con el puñal en la cara del reo; despues, alzando un ángulo de la piel, le desolló de un tiron toda la frente. El viejo dió una especie de aullido y cayó desmayado; entónces el ejecutor sacó del fuego una daga encendida, y miéntras estaba sin sentido, la aproximó á las pupilas del reo. El desdichado volvió en sí dando otro grito. Estaba ciego.

El juez se levantó y dijo:

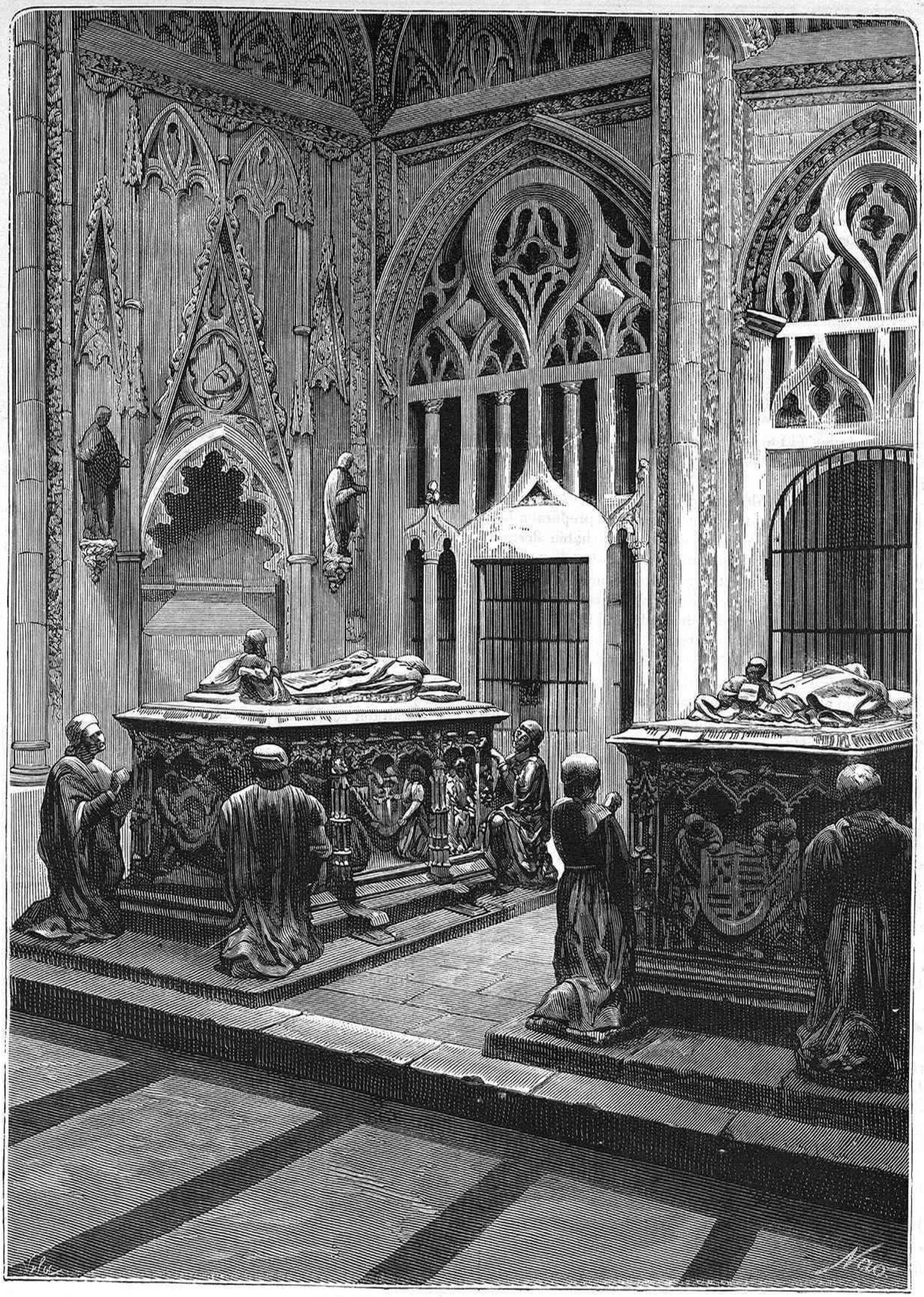
—En vista del estado del reo se suspenden hasta mañana los azotes. Verdugo, cuida de no equivocarte. Son doscientos.

Aquella noche no se hablaba de otra cosa: todos convinieron en que el juez habia estado muy benigno, y que si eso se sabía por el mundo, se llenaria de brujos la comarca.

Solia yo tambien bajar á menudo á la iglesia por si habia acogidos á sagrado huyendo de la justicia. Yusuf me rogó un dia que avisase al Abad de que habia tomado asilo y necesitaba su socorro.

(1) *Fuero Juzgo.* Lib. VI, tit. II, ley III.

(c) Ministerio de Cultura 2006



SEPULCROS DE DON ÁLVARO DE LUNA Y DE SU ESPOSA DOÑA JUANA PIMENTEL, EN LA CATEDRAL DE TOLEDO.
(DIBUJO DE NAO.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

—¿Qué has hecho?—le preguntó el prelado con severidad.

—Una simple sangría..... y se ha muerto el enfermo.

—¿Y quién te manda sangrar?

—El hombre se moria y todo el pueblo opinaba que le sangrasen: la gente habia recetado, y si no lo hubiera hecho me hubieran culpado de su muerte; dicen que soy el físico.

—Eres el verdugo. ¿Qué piden contra tí?

—Que me entreguen á los parientes del difunto para que hagan de mí lo que les parezca.

—Eso es lo que se acostumbra, y así debe hacerse. Serás entregado hoy mismo.

—¡Ah! ¡señor Abad!—dijo Yusuf juntando las manos con dolor.

—Tranquilízate—repuso D. Lupo—yo haré que los parientes no hagan de tí otra cosa que ponerte á mi disposicion.

Pero á los pocos dias ya estaba Yusuf en el altar.

—Vé á regar la huerta, perezoso—le dijo D. Lupo al verle.

—Es que..... tambien hoy me busca la justicia.

—¿Has muerto á otro enfermo?

—Todo lo contrario: he sanado á una mujer que se habia caido y se desangraba en un camino: estábamos solos y la vendé la herida. El marido reclama contra mí por haber curado á su mujer sin testigos.

—Debes pagar la multa en que incurriste.....

—Es que son diez maravedís.

—Fuerte es la cantidad, pero puedes solventar esa cuenta con algunos azotes.

—Señor, me encuentro débil.

Yusuf tuvo una idea peregrina, consiguiendo, por mediacion del prelado, que, por estar en asilo, le diesen los azotes en estatua.

CAPÍTULO III.

EL PEREGRINO.—MODAS Y COSTUMBRES.—EL SERMON DEL APOCALÍPSIS.—TERROR DE LOS DEVOTOS.—DESEMBARCO DE NORMANDOS.—CATÁSTROFE.

Un dia hubo gran animacion en el convento, la cual se trasmitió á todo el caserío y á los lugares inmediatos. Habia llegado un peregrino, que se diferenciaba de los demas en que las conchas y el bordon eran complemento de un traje de gran autoridad, porque vestia el hábito de monje. Su hermosa barba negra y su estatura elevada daban majestad á su figura, y pronto cundió la voz de que era predicador y algo profeta. Habia pedido al Abad licencia para hablar al pueblo desde el púlpito, y se decia que vendrian á oirle algunos señores vecinos. Todas las mujeres querian confesarse con él, por lo cual aseguraba el P. Santiago que las hembras gustan de confesores andariegos, que se lleven muy léjos sus pecados, y añadia:

—¡Quiera Dios que con ese fardo pueda hacer muchas jornadas el hermano peregrino!

Llegó el dia del sermon y acudieron desde muy temprano á las puertas del convento gentes forasteras é hidalgas, pero no cubiertas con mallas, sino en trajes de fiesta muy lucidos. Gustóme, sobre todo, la comitiva de un señor anciano, vestido de paño muy modesto, miéntras su hija y sus criados llevaban ricas sederías y bordados: montaba, en cambio, el mejor caballo, cuyos paramentos llamaban la atencion, pues cada pié del jinete descansaba en un sosten de plata pendiente de una cadena, y los borceguíes concluian por detras en un pincho, que hacía correr al animal hiriendo sus ijares: más tarde vi otros muchos y supe que se llamaban estribos y acicates. La dama montaba de igual modo en su hacanea, cuya gualdrapa, bordada de oro, valia lo ménos un castillo: llevaba en la cabeza una montera muy grande, de terciopelo, en forma de media luna, cuyos picos caian hácia abajo; manto bordado y corto, embozado sobre el hombro; falda abierta por un lado sobre otra rica túnica. Los criados llevaban caperuzas bajas que les ceñian la cabeza, y trajes de seda que parecian hechos de una pieza, sujetos en el talle por un cíngulo, y que, formando ancha bolsa por los muslos, iban estrechando luégo hasta ajustar en los tobillos. Todo me pareció espléndido entónces, porque no habia visto traje más vistoso que el del verdugo, cuya túnica verde, calzon amarillo y cinturon rojo causaba mi admiracion. No recuerdo el nombre del señor, pero nunca olvidaré á su hija doña Flavia.

Cuando el orador subió al púlpito, la iglesia estaba llena. Cuéntase que en la antigüedad habia hombres de tal ligereza en escribir, valiéndose de signos, que seguian con el escrito la palabra: mucho siento no haber poseido aquel arte para trasladar aquí el discurso, que empezó el predicador en acento extranjero, aunque muy claro, y que dijeron ser acento castellano. Mi feliz memoria me permite sólo recordar algunos rasgos en conjunto, por estar basado el sermon en el *Apocalípsis* de San Juan.

«Los que fabricais palacios y ciudades—decia—no haceis sino hacinar leña para la hoguera que ha de consumiros; los que engendrais hijos, sabed que ya se aguza el hierro que ha de exterminarlos; y grandes y pequeños sacerdotes y seglares, alzad la vista al cielo, que va á empezar la agonía de la tierra.

»El tiempo está cerca, dijo San Juan refiriéndose á la destruccion del mundo, y yo debo añadiros hoy, consultando aquel terrible libro: el tiempo va á cumplirse, pronto se romperá el sello misterioso que guarda en el abismo al leon encadenado.

»Y oirán muertos y vivos galopar el pálido caballo de la muerte, y verán la luna ensangrentada y el sol negro como un saco de cilicio, y las estrellas cayendo como el fruto del árbol movido por el viento, y el cielo recogiéndose como un libro que se arrolla» (1).

El auditorio, espantado con las sublimes imágenes del profeta, cayó de rodillas golpeándose los pechos; pero la emocion iba en aumento, á medida que describia la aparicion de los siete ángeles y las plagas que debian caer sobre los hombres al estruendo de las formidables trompetas, lluvias de fuego sobre la tierra, olas de sangre sobre el mar, el oscurecerse de los astros; los alados y monstruosos escuadrones del ángel exterminador, y los jinetes de loriga de fuego, montados en caballos con cabezas de leon y crines de serpiente, que echarán humo y llamas por la boca.

Frailes, mujeres, niños y ancianos postraban la cabeza sobre las losas, exclamando con voz que partia el corazon:

—¡Señor! ¡Misericordia!

El peregrino se arrodilló tambien; sus ojos brillaban, su rostro era imponente, y repetia con la multitud:

(1) Estas y muchas otras frases son del *Apocalípsis*.

(c) Ministerio de Cultura 2006

—¡Misericordia para todos!

«No os lo digo yo—exclamaba el peregrino con voz atronadora—sino el discípulo amado de Jesus, aquél de quien dijo desde la cruz á su Santísima Madre:—Mujer, hé ahí tu hijo.—En su libro se lee: que cuando fueren pasados los mil años (1), saldrá Satanas de sus prisiones y todos serán juzgados. Treinta y tres años faltan nada más, porque en los cielos no se cuenta por la Era del César sino por la de Jesucristo (2)

»Y todos presenciarémos el espectáculo de la destruccion universal. Y verémos sobre su caballo blanco el Espíritu Fiel y Veraz, cuyos ojos despiden llamas, lleva sobre sus cabezas muchas coronas y viste ropas teñidas en sangre. Y oirémos al ángel convocar á todas las aves para comer carne de reyes, de tribunos, de poderosos, de libres y esclavos, grandes y pequeños. Los cuerpos temblarán de espanto y las almas sentirán el peso de sus culpas; las madres olvidarán á sus hijos para pensar sólo en sí mismas, y los hombres, acobardados, treparán á las montañas como para salirse de la tierra al oir la voz que ha de gritar:—¡Fuera los perros y los hechiceros, los lascivos y los homicidas, los idólatras y los embusteros.—Y ni áun los que agobiados por la edad están para morir, evitarán, pudriéndose en la tierra, aquella angustia; porque hasta el infierno entregará sus muertos, y la mar devolverá los suyos, y todos asistiréis al juicio, y ¡ay de los culpables! ¿cual será su castigo, cuando hasta el Infierno y la Muerte hayan sido arrojados en el fuego?»

El sermon habia sido interrumpido muchas veces por los tormentos y sollozos, pero cuando llegó á este pasaje, el clamoreo dominó la voz del predicador: hombres, mujeres y niños, levantándose casi á la vez, se dirigieron, atropellándose, hácia las puertas de la iglesia en horrorosa confusion y dando alaridos como si ya viniesen sobre ellos las visiones del profeta. Las puertas eran estrechas para desahogar el templo con la precipitacion que deseaban los devotos, que se oprimian y dañaban, aumentando los ayes y el conflicto, cuando, para colmo de males, á la gritería de los que estábamos dentro, se unió por fuera otro vocerío áun más doliente, y una exclamacion desesesperada:

—¡Los hombres del Norte! ¡Los normandos!

Entónces, los que habian salido pugnaron por entrar, produciéndose un remolino humano, tan rápido y violento, que muchas gentes quedaron deshechas en aquella rueda como el trigo en las piedras del molino. Parecia que empezaban á cumplirse las profecías y que se anticipaba el fin del mundo. Yo huí lleno de pavor hácia la torre; miré desde sus troneras, y lo que ví me hizo llorar.

Por las colinas inmediatas caia y circundaba ya el convento, algo semejante á un rio metálico de léjos: era un ejército: brillaban al sol los yelmos y armaduras, las hojas de las espadas, los hierros de las picas y los clavos de las mazas: al crujir de las armas, los alaridos de los guerreros y el espantoso sonido de los cuernos que tocaban con furia, contestaban en la iglesia los lamentos de las mujeres y el voltear de las campanas echadas á rebato.

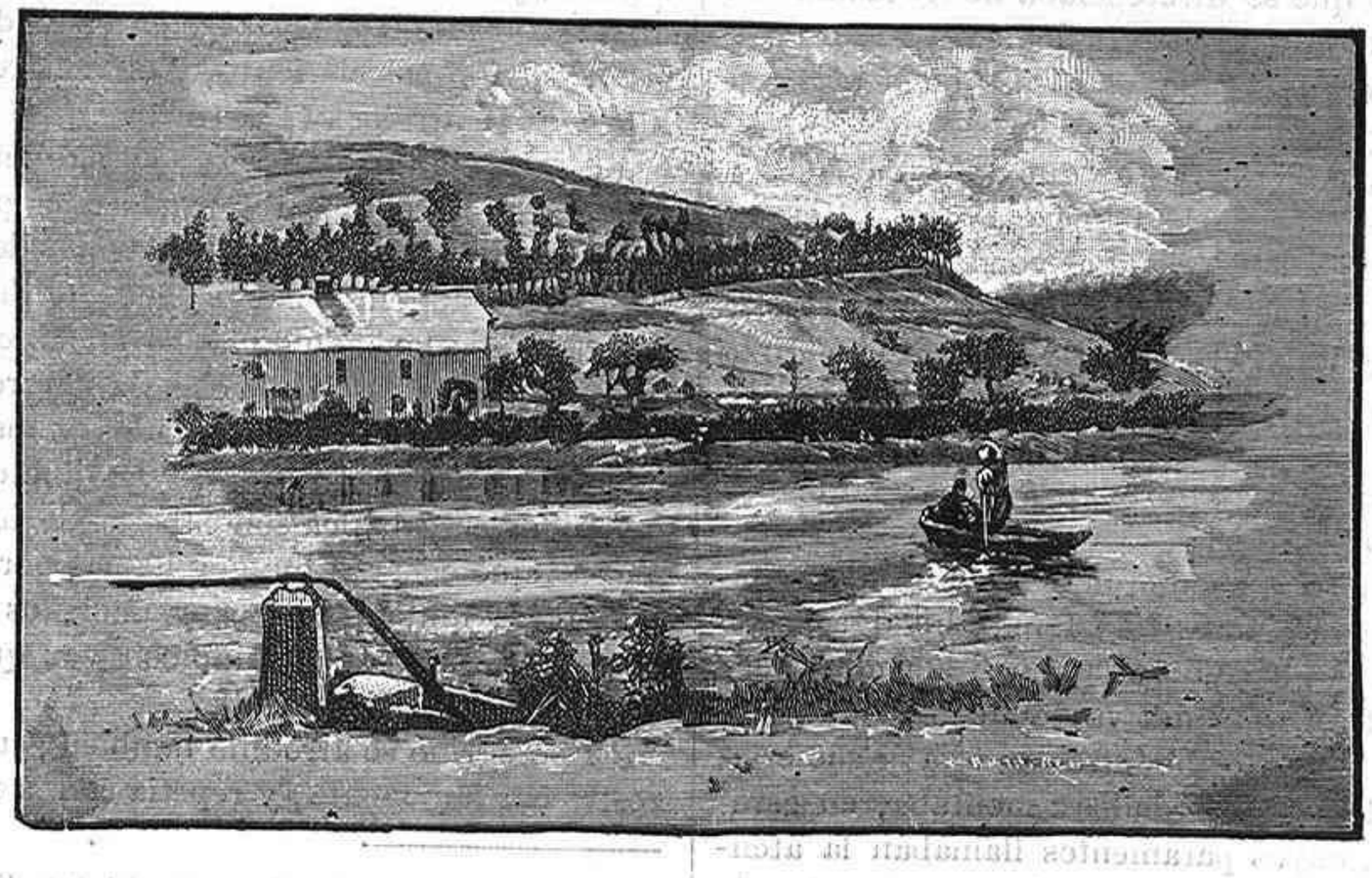
Como si no fueran bastante tantos horrores á la vez, un clamoreo anunció que las luces habian prendido fuego, en aquella confusion, á las colgaduras del templo. El temor de morir abrasado me hizo descender á la iglesia, y allí los resplandores del incendio, que trepaba por el altar hácia las bóvedas, iluminaban el desastre. Los guerreros, que asaltaban la puerta blandiendo sus mazas, empujaban á la multitud hácia las llamas; hombres y mujeres indefensos, horrorizados, retrocedian de la hoguera, y arrollando al invasor, saliamos con él revueltos por el atrio, pisando cuerpos y recibiendo cuchilladas. Parecia la realizacion de las profecías de San Juan.

Sentí un golpe junto á la sien y perdí el sentido: sólo recuerdo de aquella escena resplandores rojizos, el malestar de la sofocacion, estrépito insoportable y un vacío en mi existencia, que jamas pude llenar.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

(1) Por interpretacion equivocada de las palabras de San Juan, se creyó en el siglo X que el mundo debia acabar al cumplirse el milenario del Nacimiento del Redentor.

(2) Sabido es que hasta época muy posterior no se contó por la Era Cristiana.



(c) Ministerio de Cultura 2006

EN EL ÁLBUM DE S. A. R. LA INFANTA DOÑA EULALIA.

Cuanto se ama, se admira ó se respeta,
Si en esfera encumbrada resplandece,
Cuando lo ensalza el canto del poeta,
Vana lisonja la verdad parece.....
Brillas, Eulalia, entre las más hermosas;
Mas tiene que callar la musa mia:
Si no fueras Infanta, ¡cuántas cosas
Mi admiracion sincera te diria!.....
Pues de tus prendas mil justos loores
Dar no puedo al conjunto soberano,
Recibe al ménos las modestas flores
Que con rudo pincel trazó mi mano.
Símbolo tuyo son: tú de su aroma
Tienes tambien el peregrino encanto;
Que es el pudor que en tu mirada asoma,
De un pecho virginal perfume santo.
La flor y la mujer son en la tierra
Las dos cosas más bellas que Dios hizo:
Una en su cáliz el aroma encierra;
Otra en el alma su inefable hechizo.
Un aroma embelesa, otro acrisola;
Todo lo bello y puro de Dios vino:
Mujer su corazon, flor su corola.....
Muestran las dos el manantial divino.
La flor, con su fragancia y su misterio,
Reina del valle en la apacible calma;
Más noble es tu beldad, mayor tu imperio:
Tú reinas en los ojos y en el alma.

EL MARQUÉS DE VALMAR.

FLORES PINTADAS Á LA ACUARELA EN EL ÁLBUM DE LA INFANTA DOÑA EULALIA, POR EL MARQUÉS DE VALMAR.

(c) Ministerio de Cultura 2006

UN EMBAJADOR CASTELLANO EN GRANADA.

LEYENDA DEL SIGLO XV.

Los señores de Solis vivian gozosos en el castillo de la Higuera, cabeza de feraces territorios, allegados por sus progenitores á fuerza de combates y de victorias, que las crónicas recogieran con cuidado en sus sencillos capítulos y los poetas cantáran con arte y armonía en sus cadenciosos romances. Fosos anchos y ceñudas torres á su defensa y resguardo servian; salones decorados por mudejares artífices, á su aposento; siervos fáciles de congregar por el pendon y la caldera señoriales, á su defensa; huertas y jardines inacabables, á su recreo; y correrías de vária fortuna, pero de verdadera magnitud, á su engrandecimiento y á su gloria. Eran los señores aquellos representantes de la conquista cristiana en la feraz Andalucía; y sus propias preeminencias les obligaban con privilegios, cebo de su soberbia y de su valor, al combate contínuo, tan vistoso y pujante, dados los tiempos aquellos de guerra, como los desafíos, los torneos y demas fiestas militares de las usadas, ántes que por pedirlas el tiempo y la necesidad, por entender el deseo cómo sin ellas no era la vida posible, ni fácil aquel imperio incontrastable, de antiguo ejercido por las añejas costumbres.

La paz volvia despues de la guerra en sociedad tan batalladora, como viene despues del invierno la primavera en el año, es decir, á modo de una estacion alternativa y regular, engendrada por el tiempo y su movimiento contínuo, que todo lo cambia y lo trasforma. Desde los reyes primeros castellanos que superaron las empinadas crestas de Sierra-Morena y cayeran como una tormenta sobre las llanuras andaluzas convertidas en edenes de los árabes, podia el ménos previsor anunciar el desquite y la reconquista, como legado de unas generaciones á otras generaciones, por la natural solidaridad y perpetuidad irremediables en la duradera vida de los pueblos. En cuanto al comienzo de la centuria décimatercia los cristianos alcanzaron la victoria inmortal de las Navas, pudo asegurarse que serian suyas Córdoba, Jaen, Sevilla, y lo fueron á fines del mismo siglo, exaltado en el recuerdo patrio con tales conquistas, y con sus compañeras y complemento, Jaen, Murcia, Mallorca y Valencia. Si la debilidad irremediable del principio monárquico, muy quebrantado por la prematura revolucion que para fortalecerlo intentára fuera de sazon el Rey Sabio, lo consintiera, no pasára tan ilustre siglo sin coronar el cobro de las dos sultanas del Guadalquivir con el cobro de la sultana del Darro. Pero los elementos aristocráticos y su pugna con los elementos municipales entrecogian al general verdadero de la cruzada constante, al monarca, en los remolinos de dos corrientes contrarias, y lo paralizaban para el comun esfuerzo y para mayores empresas. Sin embargo, ese mismo siglo décimotercio habia visto al fantaseador de la incomparable Alhambra confundirse con los cortesanos de la victoria cristiana para respirar á su placer en Granada, y el siglo siguiente habia visto más, llegar bajo las enseñas del onceno Alfonso á las puertas de África la nacion castellana por virtud y merced de la gloriosa victoria del Salado.

No importaba. Puede asegurarse que aquí acabó, en el Salado, la carrera tomada con soberano empuje por Castilla desde su triunfo gloriosísimo en las Navas. Don Pedro *el Cruel* no se curó sino de combatir con la nobleza capitaneada por sus hermanos los Infantes de Trastamara, ensangrentando más que fortaleciendo el principio monárquico en su durísimo reinado de verdadero terror. Muerto en los campos de Montiel, murió de la misma puñalada que le penetrára en el corazon, aquella causa del predominio monárquico, enterrada en la política impuesta por la usurpacion y por el fratricidio á D. Enrique; política de complacencias con la nobleza y de mercedes á su peculio y á sus privilegios. Así, desde mediados del siglo décimocuarto á fines del siglo décimoquinto, sólo dos guerras se mantuvieron por los cristianos con Granada; guerras que más bien pueden llamarse relampagueantes correrías sin resultado alguno, como esas noches eléctricas de estío en que las chispas culebrean por los horizontes, y no retumba un trueno ni cae una gota de agua. Fué la primera de tales inútiles y lujosas correrías la emprendida por D. Álvaro de Luna cuando privaba con D. Juan II, terminada con el combate y triunfo de la Higuerita; fué la segunda la emprendida por D. Enrique IV, limitada en término último á un simulacro, donde apareció el Rey de Castilla como un pobre comediante, haciendo de cetro y espada miserables instrumentos en la representacion de una farsa.

Por fin llegaron los Reyes Católicos al que podia llamarse desde aquel entónces verdadero trono de nuestra España, por asentarse ya en la unidad indispensable de nuestra nacion. Don Fernando parecia traer aquella política, un tanto doble, por sus predecesores allegada en Italia, que no excluia de ningun modo el heroísmo, y doña Isabel, aquella inquieta y gloriosísima índole de los grandes reconquistadores castellanos, que no excluia la prudencia. Con ellos, con los Reyes Católicos, debia extenderse la monarquía española, despues de haber puesto en las Torres Bermejas la cruz y en las altísimas Alpujarras el blason español, por las tierras bañadas del Tirreno en Italia y por las tierras bañadas, en Occidente, de misterioso inexplorado Atlántico. Así el propósito firme de la reconquista movia entónces con su empuje soberano los dos cetros que, reunidos, iban á ser como el eje sobre cuya línea giraba nuestra patria. Los pobres y humildes montañeses, confinados por las vencedoras tribus del Desierto en los picachos de las cordilleras pirenaicas, des-

(c) Ministerio de Cultura 2006

pues de haber probado suerte tan vária en Clavijo y Calatañazor, en Toledo y Alarcos, acercábanse al deseado logro de seculares anhelos bajo las enseñas de doña Isabel y D. Fernando.

Cuando, concluidas las dificultades várias de estos Reyes con Portugal, por la victoria de Toro, al espirar la tregua que los granadinos habian pactado con el rey de Castilla don Enrique IV, y decidirse la guerra de nuevo, por la resolucion deliberada en los Reyes Católicos de reconquistar el hermoso reino de su corona separado, comienza nuestra historia. El castillo de la Higuerita, cercano á Mártos, allá por Jaen, ardia en regocijo, porque aguardaba el arribo de la vistosa y pujante embajada, desde las riberas del Guadalquivir á las riberas del Darro expedida por los Reyes Católicos, y personificada en D. Juan de Vera, comendador de Santiago, quien habia escogido la grande habitacion, palacio y fortaleza para pernoctar en su viaje desde Sevilla á Granada. Veíanse por doquier las gentes labriegas adornadas con sus trajes de fiesta, dando vivas repetidos que atronaban los aires á la puerta del castillo; y bajo la torre del Homenaje, los guardias con sus relucientes armas, realzadas por el resplandor arrebolado del vespertino crepúsculo; entre las almenas los pajes y las damas señoriales con sus brocados y preseas, miéntras camino adelante venian los caballeros de Santiago, jinetes en sus alazanes cubiertos de hierro, con el manto de su Órden sobre las espaldas, que dejaba entrever las damasquinadas armaduras, los cascos por plumajes varios rematados á la cabeza, los signos de su altísima dignidad en la mano; resplandecientes todos ellos de riquezas materiales, como cumplia en aquel acto á tan excelsos señores; y rebosantes de satisfaccion moral por los agasajos de sus huéspedes, apercibidos á recibirles, cuya grande alegría se manifestaba por salvas y campaneos, difundiendo á largas distancias los ecos alegres de la fiesta. Y cuenta la tradicion que allí el embajador Vera prometió por su honor á una dama pronunciar en voz alta y entre grandes loores el nombre de la Vírgen Madre María, bajo los artesonados maravillosos de la musulmana y oriental Alhambra.

De aquella embajada sólo podia surgir la guerra, como brota la chispa naturalmente del choque rápido entre el hierro y el pedernal. Codiciaban los Reyes Católicos la corona ceñida entónces por Muley-Hacem que, á un tiempo mismo completaba la reconquista y servia en sus creencias para entrar despues de muertos en el cielo y unirse como por propio derecho con las jerarquías angélicas. Todo los incitaba, todo, á la guerra, desde aquel amor primero que se siente por el suelo patrio hasta los intereses más positivos de su política y los cálculos más matemáticos de régias y soberbias grandezas. Por su España querian á Granada; por su religion querian á Granada; por su corona querian á Granada. Dominábales aquella idea de la unidad del Estado, que cerraba la Edad Media y abria la Edad Moderna. La sobreposicion del poder monárquico á todos los poderes, idea puesta en fórmulas extrañas por D. Alfonso X á la cabeza de su colosal obra legislativa; idea defendida por D. Alonso XI y, en parte, realizada por sus esfuerzos guerreros y por sus reformas legales; idea exagerada en aquel terror de D. Pedro *el Cruel*, verdadero revolucionario de su tiempo; el predominio, iba diciendo, del poder monárquico sobre todos los poderes imponia la guerra como una necesidad inevitable para reunir bajo la mano del monarca en los campamentos á los nobles y disciplinarlos, y someterlos, y reducirlos á la obediencia ciega en el ejército de la monarquía. Los Trastamaras habian interrumpido en mitad del siglo décimocuarto la obra que comenzára en mitad del siglo décimotercio D. Alonso X, al resplandor de un ideal progresivo, sólo entrevisto por algunas almas privilegiadas desde las alturas del Trono y desde las aulas de la Universidad y del Colegio. Este abandono de la idea, que inútilmente quiso corregir D. Álvaro de Luna, descabezado al fin por tanto noble, patricio, señor ó infante como tenía interes en debilitar la monarquía; este abandono llegó á sus últimos extremos bajo D. Enrique IV, en cuyas manos se disolvia por completo el principio monárquico. Así, cuando los nobles, por su propio impulso y guiados por el interes natural á sus ambiciones desapoderadas, por el interes de agrandar sus feudos, salian á su arbitrio por los campos andaluces en demanda de conquistas, los Reyes Católicos veian con dolor cómo su gloria eclipsaba la gloria de los monarcas, y sus conquistas, convertidas en feudos, aparecian como muros y contrafuertes opuestos á su poder y á su autoridad, tanto más de cultivar con esmero, cuanto que representaban, como el espíritu en el cuerpo, la unidad interior de nuestra patria. Por consecuencia, la idea progresiva de la unidad del Estado llevábales al necesario logro de dos indispensables objetos: la destruccion del poder agareno en sus últimas guaridas del montañoso reino granadino, y la expulsion tambien de todas las razas que no participáran de sus católicas creencias. Era, pues, la conquista el remate de la unidad religiosa y de la unidad nacional; era una guerra de patriotismo, pero tambien una guerra de religion.

Y casualmente se hallaba encabezando el reino granadino un hombre de fuerza y de violencia como Muley-Hacem, que, léjos de contener, precipitaba la catástrofe. Tal es el triste destino de todos aquellos que representan y personifican las inevitables decadencias en el juicio de la historia. Lo mismo les da, lo mismo, igual resultado, la violencia que la flaqueza, desastrados y destituidos de todo buen auspicio. Si llegan á resignarse, atribúyese á debilidad la suerte suya nefasta, y si llegan á combatir, atribúyese á su violencia; que nada exime, nada, ni el valor más probado ni el esfuerzo más titánico, de las responsabilidades que llevan consigo, si no ante la conciencia, de seguro ante la opinion, las grandes y nefastas desventuras, por involuntarias que parezcan. Vencedores, suelen perdonarse así el crímen como el error; vencidas, parecen criminales é ignorantes la virtud y la ciencia. Hacem nació con cualidades propias de aquellos que fundan y mantienen reinos; pero nació, por su mal, en adverso período y de bien triste decadencia. Sus ambiciones y sus ensueños de conquista no conocian límites, y se dilataban hasta donde podian dilatarse los impulsos del deseo. Desde los picos de las Alpujarras, que le mostraban á un lado el África y á otro lado España, el árabe inquieto, sintiendo la caldeada sangre de Alhamar en sus venas, prometíase á sí mismo restaurar el imperio musulman aquí en la península de sus mayores y más envidiadas grandezas. El mundo helénico, la Iglesia bizantina, la península donde se levantan las Termópilas, el territorio donde radican Macedonia y el Epiro; aquella Constantinopla, sólio de los Césares, templo de los cruzados, sede augusta de los patriarcas,

(c) Ministerio de Cultura 2006

«LA ADORACION.»—(CUADRO DE MANTEGNA.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

con la basílica de Constantino y de Justiniano, cuyas cruces griegas parecian como astros conteniendo la luz de las ideas cristianas en los cielos de Oriente; aquel compendio de la religion griega y de la cultura europea, con todos sus recuerdos, con todos sus prestigios, se habia rendido y entregado al Koran y á los más bastardos y ménos legítimos entre los adoradores de Allah. ¿Qué mucho, pues, qué mucho, si él, Hacem, suspiraba por una empresa igual en Occidente? Aquella Granada lucia entónces como bello trasunto y compendio de todo lo que agigantára en la historia y en el mundo á la heroica raza de los árabes. Allí los que habian llevado sobre sus hombros el califato de Damasco, cuyo poder temporal y espiritual fuera un dia la luz y el calor de toda la gente mahometana en el período providencial de su mayor poderío; allí los fundadores ilustres de aquel imperio cordobes, que con su ciencia esclareciera toda la tierra y con su grande aljama eclipsára el sacro recuerdo de la Meca y sus santos templos; allí los herederos de aquellos abdibitas, que levantáran la Giralda en Sevilla, y de aquellos Almamunes, que levantáran la Galiana en Toledo para estudio y contemplacion de los astros anotados en sus tablas como notas músicas; allí los últimos continuadores de tantas revelaciones científicas, al mundo comunicadas por las madrisas andaluzas, ricas en retortas que descomponian la materia, en astrolabios que investigaban el cielo, en fórmulas algebraicas que contenian cálculos é ideas; allí los destronados de tantos sólios, los expulsos de tantas ciudades, los príncipes de tantas dinastías, los herederos de tantos héroes, contándose unos á otros en su poético lenguaje las hazañas inolvidables extendidas desde las tierras de Syria y Arabia en combates sin fin hasta los campos de Poitiers y las costas de Sicilia, resueltos en esta última hora de su dominacion, y con el vigor que da un postrer empuje á todas las fuerzas del cuerpo, y con el resplandor que da un último destello á todas las ideas del espíritu, resueltos indudablemente á recomenzar su historia épica, sin comprender cómo se ocultaba y extinguia tras los cerros de la oriental Alhambra en los rojos matices de un inevitable ocaso.

Tantas y tan grandes aspiraciones como en el pecho de los mulsumanes latian, productos de siglos y siglos, tomaban forma humana, condensándose y personificándose á una en aquel rey último de Granada, conocido con el nombre de Hacem. Así, pues, la embajada, que iba por la Vega, con sus banderolas que relumbraban, viejos signos heráldicos, y con sus armaduras que relucieran al sol de las batallas, y con sus mantos, en cuyas hombreras se destacaba la cruz, y con sus cascos, sobre los cuales campeaban ricos y raros plumajes, podria tomarse por la representacion del mundo católico y sus cruzadas, yendo en pos de los orientales ensueños y de las islámicas ambiciones que se retorcian allá en los edenes de Granada con propósito firme de hundirlos y aplastarlos bajo el peso de sus victorias. Vera el embajador tenía tras sí todo el mundo cristiano, que demandaba un esfuerzo; el heleno recien sometido á la media luna de los fuertes ostmanes; el húngaro amenazado á la contínua en sus santuarios y en sus hogares; los habitantes de las islas y archipiélagos mediterráneos, quienes á cada paso creian encontrarse con los piratas berberiscos; el forzado en las galeras turquesas, el cautivo en los calabozos de Orán, Túnez y Argel; miéntras Hacem tenía tras sí el Africa y el Asia, creidas aún, por aquellos tiempos, cuando el espíritu europeo florecia en el Renacimiento, de poder desarraigarlo y sustituirlo con la fe viva en el Koran y la dominacion espiritual de su Profeta. Los vencedores de Constantinopla, los santones de la Meca, los soldados de Persia y Egipto, los árabes andaluces diseminados por las plazas de África, y que guardaban las llaves de sus casas de Córdoba y Sevilla, pedian con clamores contínuos al reino granadino y á su rey Hacem que sostuviese aquí, en la Península, donde más habrá brillado, la causa del mundo musulman é islámico en sus competencias con el mundo cristiano. Así, Hacem, guerrero por naturaleza y por educacion, jinete ágil, montado en su caballo del color de los cuervos, cuando en aquellas guerras civiles y religiosas contínuas iba como en alas del viento por las altas Alpujarras, y descubria desde cimas bajo las cuales muchas veces tronaba la tempestad, al són de los torrentes y de los aludes, el reino mediterráneo y el Africa, notando cómo las dos orillas de los dos continentes áun estaban, á la sazon aquella, unidas por el musulman alfange y por el sublime Profeta, juraba componer una confederacion musulmana, como la de almohades y almoravides, é ir, presidiéndola y encabezándola con su alfange, al rescate de la grande aljama de Occidente y al desquite de la horrible rota de las Navas. Por consecuencia, la embajada que iba camino de los palacios árabes tenía, no un carácter diplomático, un carácter guerrero, y llevaba en sí, no un tratado, un reto, el cual debia recoger y sustentar hombre como aquel Hacem, á quien los hados confiáran la representacion del Imperio árabe-hispano en los dias últimos de su terrible ocaso.

Estos y otros muchos pensamientos embargaban el espíritu de Vera conforme iba, con paso parecido á vuelo, dirigiéndose hácia el cerro de la Alhambra y acercándose á su codiciada sombra. ¡Qué alegría derramaba la vida oriental allí por todas partes! ¡Cómo relumbraba el aire azul purificado en la noche por el frio de los ventisqueros eternos, y tan trasparente y diáfano en aquella mañana, que trasmitia la luz del sol, espléndida é intensa, como si no le pudiese oponer ninguna resistencia en su nativa pureza. La vista ménos enamorada de los espectáculos con que brinda la Creacion embobábase allí hasta el punto de arrobarse y desprenderse de todo cuanto no fuera una contemplacion contínua y extática. Las sierras de Loja parecian grandes turquesas, como las Alpujarras encendidos rubíes, y el contraste artístico entre los conos violáceos de las extintas lavas que coronan las cumbres de la estéril Elvira, con los brillantes de nieves eternas que al otro lado relucian, ese contraste único aumentaba en grandeza y en hermosura con la luz del dia y la trasparencia del aire. ¡Ah! Nada que recree la contemplacion como aquellas colinas, las cuales parecen puestas adrede allí por un paisajista inspirado para dar mayor realce y majestad á las sublimes cordilleras y á los dentados picachos, relucientes por las reverberaciones del cielo. Diríase que no reinaba por ninguna porcion de la tierra el mal, viendo aquella riente naturaleza, tan dulce como las mieles destiladas por los troncos de sus árboles y por las corolas de sus flores, y tan melodiosa como las auras mecidas en sus prados y en sus florestas. Entre cortinas de yedra rodeadas de cármenes donde sus bases tienen pintados engarces, junto á las verdinegras palmas, levántanse las torres bermejas,

(c) Ministerio de Cultura 2006

los minaretes blancos, las rotondas azules y argentadas, los kioskos rematados por tejas áureas, y á trechos, macetones de porcelanas brillantes en cuyo fondo radican rosales y jazmines entrelazando pintorescas guirnaldas. Aquellas enriscadas cumbres, ademas, parecen como urnas, de cuyos senos brotan desatados en arroyos cristalinos los manantiales que llevan á una en sí la fecundidad á las plantas. Por las laderas de los grandes bancales, entre las hebras del heno y de la alfalfa, el rojo pétalo de la encendida amapola, en cuyo cogollo brillan los estambres negros y lucientes, de sedosa finura y de metálicas reverberaciones. Los trigos se coronan de crasas espigas que amarillean doradas por el estío, y las parras de pámpanos y de tallos verdes y fresquísimos que se trasparentan como cristales. En todos los vergeles se mezclan las flores, las frutas, y encuentran con sus recreos el ánimo esencias, y aromas el olfato, música las orejas, colores y cuadros la vista. Son de ver por el campo los jornaleros afanosos y por las eminencias el centinela vigilante y sobre las mezquitas el muecin absorto en sus plegarias. Lo cierto es que no ha encontrado el musulman habitante del Carmelo y del Líbano, en que mezclan sus vibraciones los cedros y sus salmos los profetas; conquistador de aquel Bósforo, en cuyas orillas Europa y Asia se juntan, y en cuyos lagos gallardean el Olimpo y el Parnaso; rey en el Cairo, á las orillas feraces del misterioso Nilo, donde crecen palmas canoras como guzlas de poetas; dueño de las orillas del Tigris y del Eufrates, no ha encontrado tierra ninguna para vivir y morir, como esta tierra de los volcanes y de las nieves, fresca y abundosa cual una pradera vírgen, de cármenes cortados en las peñas como los antiguos jardines babilonios, de confluencias como la que forman el impetuoso Darro y el sosegado Genil; de torres gallardas circuidas por florestas con tales plantas que semejan edenes y coronadas por almenas de tales facetas que semejan piedras preciosas al bruñido del sol y al esmalte de los aires. En cada recodo del camino, siempre que brillaba entre los ramajes una torre del encendido color de los corales, una rotonda con todos los matices del iris, una extension amplísima confundiendo en dilatado cuadro varios y hermosos objetos, Vera suspiraba de impaciencia por que la corona de Castilla, el yugo y las haces de sus reyes pudieran grabarse pronto en aquel encantado paraíso donde los álamos de cimbreantes ramas se unian con los olivos, y los granados de rojas flores con los limoneros cuajados de azahar, los palmerales de majestuosas oscuras coronas con las moreras de hojas lustrosísimas, y las adelfas en el fondo de los secos y pedregosos torrentes con los castañares en las altas laderas de los frescos riscos, componiendo admirables consonancias de rumores y de matices.

Codiciando cada vez más á Granada, entraron Vera y su comitiva por aquellas puertas, que les abrian las leyes del honor; y que por sí mismas se hubieran convertido, acostumbradas á la defensa del último seguro mahometano, en losas de sepulcros para los embajadores españoles. Las herraduras de los brutos; las piezas várias de los armazones, donde sus cuerpos iban encerrados; la reverberacion natural de las armas al sol y el giro de las divisas y banderolas al viento, atraian hasta la triste mirada de los moros, henchida de relampagueantes ódios.

Con los dormanes oscuros, con los alquiceles albos, con los mantos de colores diversos, con los turbantes listados de sedas y gasas, con los rapacejos y bordaduras orientales contrastaban mucho aquellas férreas vestimentas de los embajadores castellanos, parecidos en su rigidez á figuras sacadas de las armerías ó estatuas yacentes venidas milagrosamente á caballo, por la luz y el aire, desde la humedad y el silencio de sus frios y oscuros panteones. Más que los enviados diplomáticos de reyes poderosos y vivos, parecian, á la verdad, todos los de tal cortejo, aquellos heraldos de piedra con que la grande arquitectura de la época, el gótico florido y el incipiente plateresco, blasonaba los palacios de príncipes, magnates y reyes. Con la misma indiferencia majestuosa que se ponian al servicio de su rey, penetrando en la ciudad enemiga, fueran todos ellos á morir y ofrecerse como verdaderos holocaustos de grandes sacrificios en las competencias bélicas y en las cruentas batallas. De paso para Palacio, hasta el cual un escuadron de moros á caballo, desde las puertas, les seguian y escoltaban por las calles, pudieron advertir cómo crecia la ciudad en el número de sus centinelas, apercibidos con gran vigilancia y armados de todas armas por los altísimos torreones; en la frecuencia de tiendas bien aderezadas y provistas; en el esplendor de bazares, donde se veian los más raros artículos expedidos á la sazon del Asia; en la muchedumbre de catalanes y de genoveses, los cuales afluian atraidos por las granjerías del comercio; en los ricos trajes de las recatadas moras, que, á traves de las celosías, brillaban con sus bordados de realces riquísimos y sus pedrerías relucientes como las noches orientales. Penetraron, por fin, allá en lo que podriamos llamar la ciudad especial de los reyes nazaritas, por la puerta que abre paso á la pendiente conocida hoy con el histórico nombre de Cuesta de los Gomeles. En su lengua erótica, un tanto atrevida ó temeraria, los árabes llamaban á la colina donde se levantaba la oriental Alhambra, el ombligo de la tierra. Y en verdad aquellos cármenes, que parecian titánicas macetas; aquellas umbrosas alamedas, á las cuales se dan cita los ruiseñores todos del campo, cautivos en su hermosura; el desate y susurro de los manantiales corrientes en todas direcciones y descendidos en trenzas desde las cumbres del encantado cerro; las gotas de los surtidores prendidas como un rocío matinal á los pétalos y á las ramas; el encuentro de las rosáceas torres cortadas por ajimeces de bordados mármoles y por áureas celosías; los arcos de herradura, en competencia con los arcos de arte gótico, que dan á tal estancia, tal jardin, tal castillo, ingreso; los paisajes que se descubren unas veces sobre los cristales de Sierra-Nevada, otras veces sobre las floridas hondonadas del Darro y otras veces sobre la inmensa Vega, divertian el ánimo de los embajadores, hasta del profundo pensamiento que les embargaba, y casi casi les hacia creer haber llegado á un planeta distinto de nuestro planeta en su extraña correría. Hoy mismo, despues que los siglos han pasado con la fuerza de sus torrenciales años; despues que los moros han huido al desierto africano; despues que la incuria y el abandono de tristes siglos ha cegado mil fuentes y derruido mil camarines hermosísimos, reduciendo tantas maravillas á polvo, por lo ménos afeándolas con la triste sobreposicion de monumentos á ellas dispares; hoy, cuando entrais, os sobrecoge de tal suerte la magia propia del sitio encantador, que creeis oir las guzlas acompañando á las serenatas, ver

(c) Ministerio de Cultura 2006

los ojos de las sultanas convertidas en huríes á traves de las celosías, y habitar aquel mundo extraño, donde los caballeros juegan á la sortija en Bib-Rambla, los muecines cantan allá sobre los minaretes de las mezquitas, y el postrimer ejército moro alardea en la Vega; miéntras el romance morisco resuena sobre los pavimentos de jaspe, junto á los surtidores que brotan de alabastrinas tazas, bajo techumbres de alerce cuajadas con várias incrustaciones de blanco marfil africano y estrellas relucientes de oro puro. Poned ahora con vuestra imaginacion el árabe satisfecho de poseer tanta tierra; los cuerpos de guardias con sus soldados vestidos de várias túnicas y sus armaduras damasquinadas; las diversas tribus curtidas por el ejercicio de las batallas y por el sol de los desiertos, y ágiles como quienes se acostumbran á contínuas guerras; la diversidad de trajes; la copia de objetos raros y artísticos; la riqueza de bazares tenidos por los primeros del mundo musulman á la sazon; el cármen de raras plantas orientales; el vário juego de surtidores por tazas de tanto brillo recogidos; los baños con su luz tibia que finge un crepúsculo de Andalucía, y sus estrellas en la bóveda que fingen una noche de Oriente; las pajareras formadas con alambres de oro, en cuyas redes y jaulas cantan las aves más canoras; el concierto de las dulzainas y de las chirimías en paz, y de los atabales y clarines en guerra; las competencias propias para que los poetas cantasen, como á porfia, el amor y el heroísmo; los desafíos caballerescos; las zambras contínuas; los torneos inacabables; la llegada de los emisarios idos á ofrecer sus presentes y á dar promesas de auxilio á los mantenedores del Islam en tierras de España: decidme cómo resplandeceria Granana, con qué brillo, en esta última tarde, tan poética, de su historia, y en este último tinte y crepúsculo del ocaso de su vida. Los emisarios de Isabel y Fernando no se cansaban de mirar la presa que creian tener ya entre sus manos, segun la fe que iluminaba y encendia sus corazones y sus conciencias. Sabedores de que se buscaba en aquel viaje, ántes motivo justo á una enemistad deseada que asientos de paz y concordia, erguíanse, no dirémos con provocativa insolencia, pero sí dirémos con aquel aire de orgullo satisfecho que cuadra tanto al natural castellano.

Pero sigamos viendo los sitios por donde pasan los embajadores. Á los dos ó tres recodos encuentran gruesa torre de aspecto africano, sombreada por altos álamos, cuyo follaje contrasta la ciclópea pesadez de las paredes con su gentil meneo y su dulcísimo susurro. Llámase aquel monumento la Puerta Judiciaria. Sus arcos de graciosas herraduras, ámplios en guisa de romanos medios puntos, hállanse colocados, uno tras otro, con tal conocimiento de los efectos producidos por la mezcla de luz y sombras á distancia, que fingen todos ellos, con sus largas y hermosas perspectivas, fantaseadas galerías. Las brillantes lápidas de mármoles, proclamando los apellidos de los reyes nazaritas, mezclados con los nombres de Allah y su profeta; las puertas claveteadas de hierro y ceñidas en el dintel con arabescos de tierra cocida, bruñidos por barnices varios y semejantes á ricas porcelanas; la corona de almenas esmaltadas por la luz resplandeciente y destacadas en el cielo clarísimo; la llave y su mano, esculpidas sobre la mitad misma del arco, y que, ademas de simbolizar poderes históricos y políticos, simbolizaba religiosos amuletos contra la mala estrella y las naturales desgracias, evocaban las creencias católicas en el ánimo de los caballeros de Santiago y les movian á murmurar oraciones capaces de poner en fuga inmediatamente á los demonios visibles por aquellos simulacros de la mahometana idolatría, tan aborrecidos de un cristiano viejo. La Puerta Judiciaria franqueaba las primeras líneas de murallas, y la puerta conocida hoy con el nombre, bien extraño, de Puerta del Vino, franqueaba la segunda línea de murallas, abriendo paso á un patio, en cuyo centro se veia olmo gigantesco, del cual ¡oh! las ramas ofrecian saludables sombras al mufty, para que, interpretando los textos del Koran, administrase la debida justicia. Ya estaba, despues de tal patio, cerca del ingreso al Palacio, cuando su vista quedó como embobada y extática en el espectáculo por doquier ofrecido á la contemplacion, que no podia permanecer tranquila, y se avivaba en soberano entusiasmo. Á la derecha, y á traves de los alicatados, ornamento de las galerías y arcos, cual si en el mismo pié de Sierra-Nevada se hallase aquel Generalife misterioso, entre cuyos escalonados bosques de cipreses y laureles relucian los miradores ceñidos y tachonados por multicolores porcelanas, que reflejaban los rayos del sol y producian en plena lumbre y esplendor de un soberbio dia deslumbradoras estrellas; á la izquierda, y de trecho en trecho, la legion de las torres, todas sus alturas por vistosos guardas ocupadas; en el fondo las colinas, puestas casi en gradería por la Naturaleza, sombreadas por los cedros y por los pinos y por las palmas, colinas á cuyos piés el rojo Albaicin, ceñido de áloes y de nopales, mostraba las estrechas calles, cuyo recato aumentaban las recelosas celosías y los anchos patios, en que los mirtos y las adelfas y los limoneros y los naranjos entrelazaban sus ramas; cerca de aquel sitio, la carrera del Darro, arrastrando sus impetuosas corrientes, cargadas de oro, entre florestas parecidas por su espesor y por su follaje á selvas; y allá léjos, la sierra Elvira, con sus lavas violáceas concluidas por truncadas pirámides, poniendo un contraste necesario de aridez entre las várias manifestaciones de tanta y tan copiosa y tan exuberante vida, cuya savia parecia refluir en el corazon de los cristianos, y hacerles sentir y comprender cuánto habia de costar á los árabes el desceñirse y apartarse de su predilecta misteriosa hurí, de la incomparable Granada.

Mucho complacen las vistas extensas en las orillas encantadoras del Darro y del Genil; pero áun complacen más, por lo extrañas, las abreviadas y reducidas en aquellos espacios fabricados por la increible arquitectura de los árabes y embellecidos por sus soberanas artes de ornamentacion. Acababan los embajadores de ver la bella mezquita, que habian dejado á su derecha, fundada por el jefe de los antiguos monarcas nazaritas; cubierta de mosaicos resplandecientes, en las cuales se reproducian las flores del campo y las estrellas del cielo; pintada toda ella de azul y oro; bajo cuyos artesonados ardian lámparas de plata, nácar y concha, difundiendo luz templada misteriosamente por rosadas gasas de seda finísima, en las cuales todas sus galas para la ornamentacion lucian los artífices de Oriente. Pues áun vistos y admirados semejantes edificios, quedáronse fuera de sí los emisarios cuando las puertas se abrieron y tras largo pasadizo, un tanto sombrío y oscuro, preparado para los grandes efectos de luz, penetraron allá en el patio,

(c) Ministerio de Cultura 2006

«UNA NOTA FALSA.»—(CUADRO DE MANTEGAZZA.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

conocido ahora con el nombre de los Arrayanes, y conocido entónces con el nombre del Mesuar. Vistoso mosaico, de brillo semejante al de la pedrería, engalanaba las bases de sus airosas paredes; mostagueras vidriadas, azules y blancas, ornamentaban el suelo, tan brillante como la veneciana cristalería; una grande alberca, por murmuradora fuente alimentada, retrataba en su alegre superficie los esplendores del aire aromados por las rosas y los azahares; mesas de mirtos y arrayanes contrastaban el claro color de los mármoles con el oscuro y metálico verdor de su follaje, despidiendo juegos maravillosos de agua; innumerables puertas, á cual más bien ornada con marqueterías riquísimas, como se dice hoy, é incrustaciones de nácar, oro y marfil, abrian paso á misteriosas estancias y ornaban con sus primores las paredes artísticas del palacio; dos galerías brillaban al extremo Norte y Sur por maravilloso modo alicatadas con cubos parecidos á íris, con rombos circundados de alharacas ligeras, con extrañas cintas que parecian flotar al aire, con hojas de una vegetacion casi paradisiaca, con innumerables conchas tan variamente pintadas como las producidas por el mar, con piñas de pinares fantásticos; aquí un arco semejante á los admirados en Córdoba y sus aljamas; allí cartelas indias con animales alegóricos recordando las orillas del Gánges, junto á tallados de madera con letras karmáticas, expresion de leyendas parecidas á las resonantes así por las riberas del Eufrates como por las riberas del Nilo; y doquier preciosas hornacinas ocupadas con vasos gigantescos de áureos esmaltes, columnas torneadas como los troncos de las palmas, sosteniendo archivoltas de proporciones armoniosas y arcos parecidos á joyas por sus adornos; alhamíes ó sitios de descanso, especie de alcobas estrechas semejantes á capillas, con techumbres de ricas estalactitas lápizlázuli, con cornisas alacenadas, en las cuales se veian los vasos de colorado barro, las armas damasquinadas á maravilla, los candiles de bronce, los pebeteros de aromosas esencias, coordinado todo con tal arte, que hasta los más altivos deseaban detenerse allí, entre tantas maravillas, y entregarse por completo á la contemplacion del arte y sus milagros en una oriental soñolencia.

Á pesar de que parecian verdaderamente agotadas así las riquezas del Palacio como los afectos de admiracion despertados en sus huéspedes, áun quedaba la maravilla de las maravillas, la sala de los Embajadores, cuyas grandes proporciones tenian algo de los monumentos romanos, por su magnitud, y cuyas bóvedas tenian algo tambien de la singular belleza gótica, por lo alígeras y lo complicadas. Imposible imaginar, ni con la fantasía más creadora, los mejuares con sus arcos de atarjas y sus filetes de jaizas; los semicírculos bizantinos por ramas de misteriosa encina realzados; las impostas circundadas de letreros cúficos que rezan misteriosas poesías. Aquí, en leyendas incrustadas por las paredes y el friso de las bóvedas, el poeta compara la sala con una novia enriquecida de todas las perfecciones, y con un trasparente vaso lleno de todas las esencias; allí confunde sus alharacas riquísimas con diademas de reinas, y las diademas de reinas con aureolas de luna llena. En el alhamí abierto por las paredes, la noble alcarraza rebosante de agua fresca, y á su pié los pebeteros lanzando nubes de aromas. En todas partes incrustada la dulce palabra *beracá*, la cual quiere decir felicidad. Por el techo bóvedas alicatadas, que forman grandes polígonos, en cuyas líneas resaltan misteriosas estrellas. Á la parte del Norte tres balcones que dan sobre las corrientes del Darro, y que ostentan preciosísimas labores. En un lado el Serir—Almanach—ó sea el trono de los reyes de Granada, y en torno suyo los magnates del reino, los walíes, los ulemas, los muftis, los alcaides y alféreces, rodeados todos de arqueros. Difícil resucitar tanta grandeza ni con la imaginacion más poderosa. Entre aquellas paredes, tan ligeras como los tapices persas, y empapadas en colores varios y embutidas de cristalizaciones fantásticas por esmaltes orientales realzadas; bajo aquellas bóvedas, compuestas de alerce y ébano, sobre cuyos pardos y negros fondos brillan plata, oro, marfil, lápizlázuli, nácar, hojas y flores en ramilletes increibles, astros infinitos en constelaciones deslumbradoras; junto á los cojines y divanes de damasco, que pebeteros cuajados de pedrería perfuman, y que bordadas telas envuelven; frente á las alacenas ocupadas por los damasquinados alfanges y por las mayólicas que parecen reverberar una luz superior á la luz del cielo; respirando las auras perfumadas de la Vega, que penetran por ajimeces y celosías; oyendo la música melodiosa que sube de Granada y de sus cármenes y de sus bosques; mirando la palabra *felicidad* unida con la palabra *Dios* y entallada por todas partes; los caballeros de Santiago, con sus armaduras y sus cascos, frente á los últimos nazaritas, con sus turbantes y sus alquiceles, se declaran una guerra que ha de coronarse con la rota del árabe odiado y la completa unidad y la santa independencia de nuestra hermosa España.

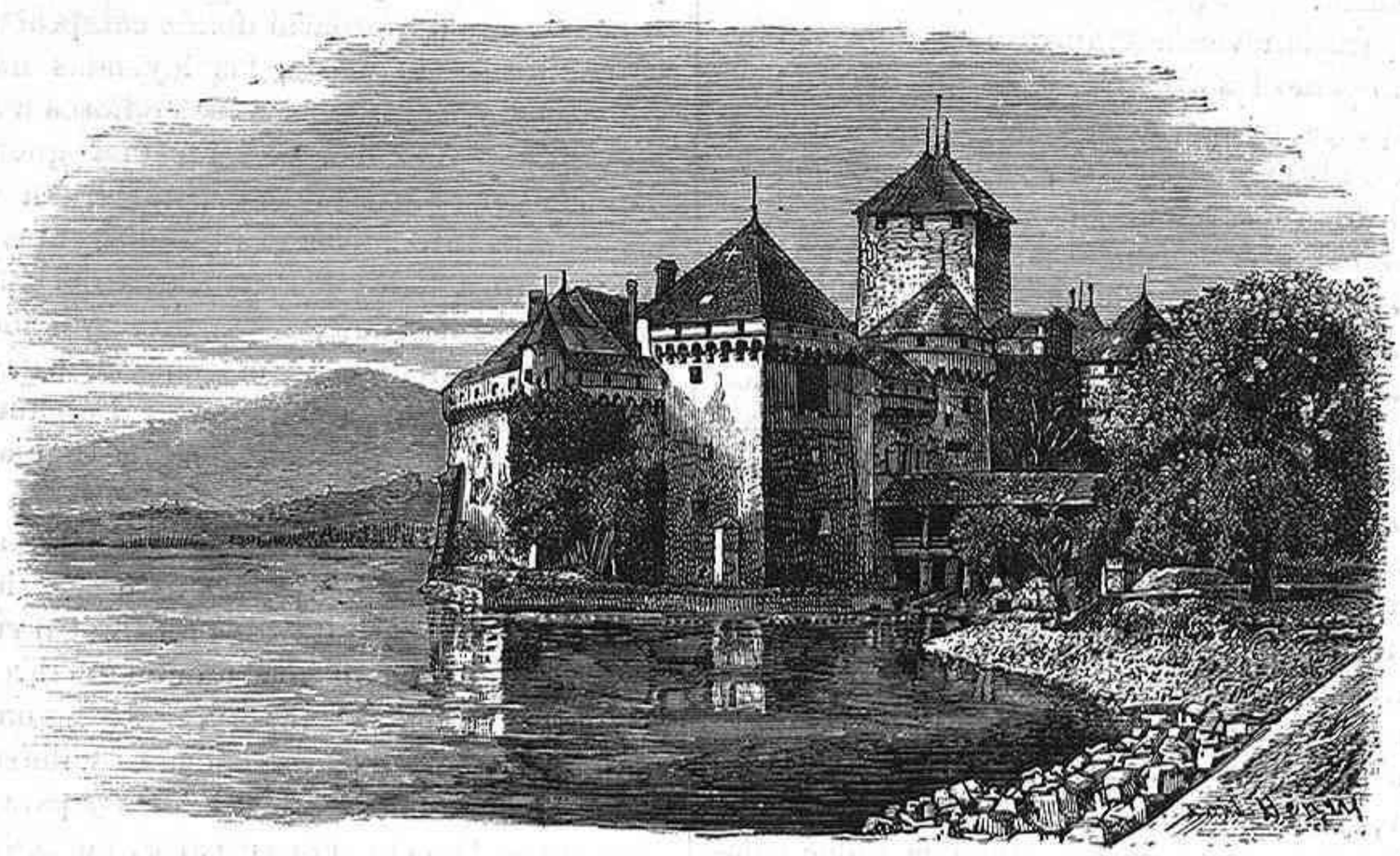
Cuán opuestos sentimientos batallaban en aquella suprema hora, así dentro del corazon que latia bajo la túnica de Hacem, como dentro del corazon que latia bajo el férreo peto de Vera. El rey granadino miraba desde su trono al odiado nazareno, y no podia darse cuenta de las várias consideraciones y respetos bastante fuertes y coercitivos para impedirle aquello que le reclamaban todos sus instintos, lanzarse airado sobre los cristianos, y allí mismo despedazarlos. Vera, comendador de Santiago, nacido, por tanto, para la cruzada perdurable, veia en las paredes hermosísimas de aquel santuario donde campeaban el Dios y el monarca de sus enemigos, las leyendas más contrarias á sus creencias, y los recuerdos más odiosos á su corazon, que le movian é incitaban á declarar una guerra universalmente deseada por todos sus compatriotas. La cortesía natural en los asuntos internacionales tratados entre reyes y embajadores superó á todos los arrebatos del ódio y le impuso un conveniente lenguaje, al par firme y comedido. Recordó con discrecion castellana los orígenes de la dependencia que Granada, desde los tiempos de San Fernando, debia por costumbre á Castilla, y las párias convenidas en múltiples tratados. Corrió muy de ligero, como quien huye de un asunto enojoso y peligrosísimo, sobre los atrasos adeudados á la corona de su monarca, y sobre la necesidad imprescindible de satisfacerlos y pagarlos pronto. Un rumor de mal contenido enojo corria en la córte de aquellos musulmanes, vencedores y vencidos tantas veces, segun que hablaba Vera evocando antiguas humillaciones y derrotas, dolorosísimas para sus corazones de granadinos y para sus conciencias de creyentes. Hacem, por su parte, no podia contenerse. Fareciale un verdadero insulto aquella recordacion de sus derro-

(c) Ministerio de Cultura 2006

tas, y hasta un reto aquella suavidad con que las contaba el Comendador, como si de lo más natural y corriente se tratase. Por tanto, perdida la calma, que habia imperado en las palabras de su contrario, dió la siguiente respuesta: «Volveos y decid á vuestros soberanos cómo han muerto los reyes granadinos capaces de pagarles tributo, y cómo aquí no se bate moneda para sustentarlos, sino que se forjan alfanges y lanzas para destruirlos.» Mucho imperio nenesitó ejercer Vera sobre sí mismo para no desconcertarse y no redargüirle con palabras igualmente soberbias y guerreras. Contentóse con bajar la cabeza en signo de profunda cortesía, y decir con los ojos todo cuanto callaban adrede los labios. Su pecho se habia indudablemente agitado con la vista de los ejércitos á quienes acometiera tantas veces, y con la lectura de aquellas frases árabes talladas en los alerces y en los mármoles, que decian las glorias del Profeta y recordaban los triunfos de los constructores de aquel maravilloso alcázar y las faenas de los cautivos cristianos que, aherrojados, habian puesto piedra sobre piedra en sus maravillosas paredes. Todas las iras de una raza guerrera se agolparon á su corazon, pero ninguna fué bastante poderosa y bastante fuerte á romper la natural clausura de sus labios. Callóse, pues, é indicó bien á las claras con tal silencio cómo iba en aquel momento á comenzar una furiosa guerra, quizá la última entre cristianos y moros.

De haber salido con otra persuasion, quizás callára lo que realmente le iba por los labios y le henchia el corazon, la promesa dada en el castillo la noche ántes á la castellana, de invocar entre los esplendores del granadino alcázar las grandezas de María. Y en efecto, al volver por uno de aquellos patios y observar diversas maravillas en ellos aglomeradas, no pudo contenerse y dijo cómo era imposible que un cristiano viejo envidiase la dulzura de aquel clima, la belleza de aquel horizonte, las delicias de los innumerables verjeles y florestas, el esplendor de un palacio construido por las huríes y digno de ser habitado por la felicidad, cuando se acordaba, con recuerdo bien doloroso, de que allí no se oia por ninguna parte resonar el nombre más grato á los oidos cristianos, el nombre de la Madre del Verbo, de la Hija del Eterno, de la Esposa del Espíritu, de la inmaculada María. Los musulmanes, que le acompañaban cortésmente, y que le iban mostrando todas las bellezas de aquellos sitios, como si quisieran, ciegos é imprevisores, despertar su codicia, no pudieron, al oir la extraña expresion de Vera, contener un maligno asomo de burla y escepticismo. La idea que andaba por las mientes de todos habia de ser dicha por alguno. Y en efecto, sabio ulema de los más industriados en las dos teologías enemigas, de los ménos capacitados para comprender el misterio de la Encarnacion, repulsivo á toda la raza semítica, observóle cómo, en su concepto, no cabia que tuviese padre ni madre quien era de suyo anterior al tiempo; y que cupiese dentro del vientre de una mujer quien jamas cupo ni puede caber en la inmensidad del espacio. Oir tal palabra Vera y poner la mano sobre la empuñadura de su espada, obra fué de un solo momento; ver los musulmanes que acariciaba el Comendador sus armas y requerir ellos cimitarras y alfanges, fué obra tambien de otro momento; ver á los árabes en actitud de guerra y apercibirse los castellanos al combate con impulsos de resistir unos y de acometer otros, tambien fué resolucion instantánea de las que vienen como un relámpago al ánimo y estallan como una centella. En los tranquilos y encantados patios de aquel maravilloso palacio hubiera comenzado la guerra, si Hacem, bien pronto instruido por algunos cortesanos de lo que sucedia, no sale á recordar el respeto debido al Embajador y al huésped. En las puertas del mágico alcázar montaron los nuestros sus caballos, y, saliendo pronto de Granada, se perdieron en la Vega, despues de dejar, con todo cuanto habia ocurrido, tras de sí una guerra que, á la verdad, habia comenzado en aquel supremo minuto.

EMILIO CASTELAR.



(c) Ministerio de Cultura 2006

EN EL ARROYO.

(BOCETO.)

I.

Curtido el rostro moreno,
Que crespos cabellos orlan,
Cayendo desmelenados
Bajo la terciada gorra;

Descalzos los piés menudos,
Sobre la pierna nerviosa
Un pantalon de uniforme,
Regazado hasta la corva;

Tan desmedrado de cuerpo
Como gracioso de formas,
Con el dormir de la grulla
Y el despertar de la alondra,

Primavera, el rapazuelo
Que así en el suburbio nombran,
Por las calles, vagabundo,
Corre ó juega, duerme ó ronda,

En el alma la alegría,
En los labios una copla,
En las carnes un harapo,
Y en los ojos una aurora.

Cómo se encontró en el mundo
Con su libertad á solas,
Si en alguna parte hay álguien
Que le recuerda ó le llora,

¡Qué sabe él! ¿quizás al viento
Pregunta la débil hoja
De qué rama la ha arrancado,
Ni por qué causa la arrolla?

Nunca supo si se nace
De una madre, si en la boca
Con que el negro pan se muerde,
La oracion y el beso brotan.

Se dijera que en el limo
Del arroyo encontró forma,
Que prestóle vida el viento
Que en las calles, libre, sopla.

Tiene apénas trece abriles,
Pero ya las frescas rosas
De su faz la adolescencia
Precozmente descolora;

Y á veces á sus pupilas
Los relámpagos asoman
De instintos que se despiertan,
De pasiones que se esbozan.

Así corre á la ventura
Las veredas mil tortuosas
Del azar; así, jugando
Con la suerte, la provoca.

Pajarillo volandero,
Que, perdido entre la fronda,
Cualquier fruto picotea,
En cualquier rama se posa,

No hay reparo que le ataje,
Ni peligro que le imponga,
Ni aprension que le desvele,
Ni pesar que le conozca,

Y en el borde del abismo
Se columpia sin zozobra,
Suspendido á un hilo de oro
Que los ángeles le arrojan.

Hállasele entre una turba
De arrapiezos de su estofa,
Porque gorriones y niños
Por propio instinto se asocian.

Asistiendo en los cuarteles
Al reparto de las sobras,
Come el rancho, y con pimienta
De donaires lo sazona;

Duerme, ya sobre los bancos
De una plaza, entre la sombra,
Ya en el quicio de una puerta,
Ya de un átrio en las baldosas.

En verano, á los caminos
Vase á coger zarzamoras,
Con las cuales, cara y manos
Embadurnadas, retorna;

Por el invierno hace hogueras,
Donde, saltando, se goza
Con ruidosos palmoteos
Y carcajadas sonoras.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Flota en el vivo tumulto
De la ciudad, como flota
Grano de arena en el viento,
Copo de espuma en las olas;

Busca el ruido, que le atrae
Con atraccion imperiosa,
Y acude allí donde hay gente
Que se empuja ó que se agolpa.

Cuando, alegrando la calle,
Pasa formada la tropa,
Y las cornetas resuenan
Y los tambores redoblan,

Él va, silbando, en la fila
Que los gastadores forman,
Á los marciales sonidos
De la charanga ruidosa.

Si procesion ó rosario
Salen de alguna parroquia,
Lleva su cirio entre un grupo
De cofrades y devotas;

Si hace corro la vihuela
De un ciego, asmática y ronca,
Ganada á fuerza de puños,
Plaza en el círculo toma.

Lo mismo da á las campanas
En una iglesia de monjas,
Que en las pedreas del rio
Hace zumbar á la honda;

Igual se le halla gritando
Junto á una casa en que hay boda,
Que se le ve en un incendio
Correr detras de las bombas.

Formada está de contrastes
Su alma adorable, aunque tosca,
Lo mismo que de jirones
Está zurcida su ropa;

Pues inculta y delicada,
Descreida y generosa,
Tan inclinada á las burlas
Como á las lágrimas pronta,

A merced de los impulsos
Contrapuestos en que choca,
Bien y mal, á un tiempo, en ella
Se disputan la victoria;

Pero virtudes y vicios,
Que en su fondo se eslabonan,
Á la luz de su inocencia
Siempre en gracias se trasforman,

Como, en flores ó en guijarros,
Si un rayo del sol las dora,
Del agua que el cielo llueve
Perlas son todas las gotas.

—

¡Oh infancia, eden que, perdido,
Ya nunca más se recobra,
Patria de que en breve el hombre
Deja llorando las costas;

Mar de encantadas riberas,
En cuyas tranquilas ondas
El ave azul de los sueños
Sus plumas diáfanas moja;

¡Contigo, hasta la miseria
Lujo de fiesta se torna,
Y sabe á miel perfumada
Dolor bebido en tu copa!

Por eso el niño, que áun lleva
En sus pupilas absortas
El vivo deslumbramiento
De las eternas auroras;

Que áun de los dedos divinos
Conserva la marca roja
En su carne, en que amasados
Fueron jazmines y rosas,

Encuentra luz y alegría
En la desgracia y la sombra,
Y como en púrpura y sedas,
En un andrajo se arropa.

Pues al descender el ángel
Sobre una nube de aromas,
Desde la estrella que deja
Por nuestra morada lóbrega,

En tí halla un rayo postrero
De los cielos que abandona,
De los conciertos lejanos
Oye en tí la última nota,

Y se detiene en los limbos
De tu region misteriosa,
Donde ya empieza la vida,
Y áun no concluye la gloria.

II.

Una tarde estiva, en que era
La atmósfera aliento de horno,
Sobre el lecho de una acera
Despertóse *Primavera*
Tras las horas del bochorno.

(c) Ministerio de Cultura 2006

COPA DE MARFIL.—(SIGLO XVI.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

Al par que él, del aura al beso,
Que ya se alzaba á anunciar
Del crepúsculo el regreso,
Templando un tanto el exceso
Del ardor canicular,

La ciudad, tambien repuesta
Del letargo de la siesta,
Volver en sí parecia,
Y al despertar, se movia
Con el rumor de una fiesta.

En los rústicos verdores
De jardines y de plazas
Saltaban los surtidores,
Como polvo de colores
Deshaciéndose en las tazas;

En las puertas, platicando,
Se juntaban las vecinas,
Y allá arriba en loco bando
Perseguíanse, chillando
Sin cesar, las golondrinas;

Mientras dábanse señales
De trabajo en los talleres,
Salian, entre cristales,
Blancas manos de mujeres
Á cuidar de sus rosales;

Se plegaban las persianas,
Rechinando en su cornisa,
Y como bocas humanas
Se entreabrian las ventanas
Á los soplos de la brisa;

La lumbre del sol poniente
Fingia, á su refraccion
En las nubes de Occidente,
El cráter incandescente
De un volcan en erupcion;

Y á su resplandor postrero,
La calle, de gente llena,
Tenía en su ámbito entero
El bullir del hormiguero
Y el zumbar de la colmena.

Miéntras, sus párpados flojos
El rapaz abrió confuso,
Se irguió hasta hallarse de hinojos,
Y, restregando sus ojos,
Bostezó y en pié se puso.

Miró en torno, vió la hirviente
Marejada del gentío,
Y de un salto, alegremente,
Fué á lanzarse en la corriente
Como un ánade en el rio.

Allá va, huérfano oscuro,
Bien hallado con su cruz
Y su destino inseguro,
Saciándose de aire puro
Y embriagándose de luz.

En su franca risotada,
¡Cuál contrasta con lo fresco
De su boca sonrosada
La mueca desenfadada
De su rostro picaresco!

¡Con cuánta desenvoltura
Contonea el cuerpo breve,
Y, una mano en la cintura,
Con qué jovial travesura
La cabeza airosa mueve!

El sol, que ya sus destellos
Lanza cada vez más bajos,
Pero cada vez más bellos,
Al derramarse sobre ellos,
Borda de oro sus andrajos;

Alguna trémula gota
De sudor, que rutilante
Por su tersa frente brota,
De diadema en ella rota
Finge un líquido diamante;

Y en aquel triunfal paseo,
En que él trueca su camino,
Cada risa es un gorgeo,
Cada brinco, un aleteo,
Cada vuelta, un torbellino.

—

Ya en tal punto, la ámplia vía
Con el tropel desbordaba
Que creciente la invadia,
Y el muchacho, en compañía
De otros varios, avanzaba.

«¿Veis — diciendo iba al pasar,
Con aquel encantador
Y atropellado charlar,
Semejante al borbotar
Del agua de un surtidor; —

»¿Veis esas grandes señoras
En sus coches, arrogantes,
Vestidas á todas horas
Con galas deslumbradoras,
Y llenas de oro y brillantes;

»Esas que tienen ujieres
Y cuadras con tantos potros,
Que viven entre placeres,
Y que no parecen seres
De carne, como nosotros?

(c) Ministerio de Cultura 2006

»Una así era..... ¡más hermosa
Todavía y principal!
Séria sí, y algo llorosa,
Como aquella Dolorosa
Que hay puesta en la catedral.

»Me llevaban..... la veia
Aturdido unos momentos;
Despues á hallarme volvia
En la calle..... Sucedia
Todo, así..... como en los cuentos.

»¡Si viérais qué horas aquellas
Las que á su lado pasaba!
¡Tenía cosas tan bellas!
Y yo jugaba con ellas!
Y eran de oro! Y las tocaba!

»Sentándome en sus rodillas,
Me contaba alguna historia
De guerras y maravillas;
Alguna vez, á hurtadillas,
Me besaba..... ¡Era la gloria!

»Luégo no la he vuelto á ver.
Yo no puedo comprender
Aquella felicidad.
Pero así debe de ser
Tener madre, ¿no es verdad?»

Y quedóse mudo un rato,
Como absorto en algo grato,
Hasta que, por fin, de pronto
Prorumpió con arrebato:
«¡Ea, al diablo; es que soy tonto!»

Con vivo caracoleo
Pasan, miéntras, los carruajes
Entre el polvo del paseo
Y el crujiente traqueteo
De varillas y de herrajes.

Del látigo á los chasquidos
Y á las sordas vibraciones
Con que ruedan confundidos,
Retiemblan estremecidos
Los vidrios de los balcones.

Y las yeguas, engalladas,
Sacan chispas de los suelos,
Agitando, alborotadas,
Las cabezas coronadas
Con movibles espejuelos.

Y en la niebla del ocaso
Se ven flotar, á su paso,
Pliegues de faldas y plumas,
Como un mar de olas de raso
Con encajes por espumas.

Se alza, en esto, de repente
Sordo clamor, y la gente
Se aparta: una carretela,
Desbocado el tiro, vuela
Por la rápida pendiente.

Va en su interior una dama
Que, del indómito tronco
Á merced, favor reclama.
Mira el niño, y —¡ella!— exclama
Con un grito ahogado y ronco.

Entónces, á la manera
Que en el mar la indócil ola,
Paso se abre, al coche espera,
Se abalanza á la carrera,
Y ase brida y muserola.

Los caballos, que se espantan,
Suspendido del rendaje,
Con un bote lo levantan,
Pero al ímpetu se plantan,
Resoplando de coraje.

Un momento el niño queda
En el aire; al cabo rueda,
Choca el hierro, salta el lodo,
Y á la par lo envuelve todo
La revuelta polvareda.

—

Cuando á poco, de tropel,
Corrió el pueblo hácia el rapaz,
Ya de un salto alzábase él,
Ensangrentada la piel,
Pero radiante la faz.

Leíase en sus miradas
El celestial apetito
De esas venturas soñadas
Allá en las noches heladas
De desamparo infinito.

Parecia despertar
Á un destino superior,
Y con ánsia adivinar
El abrigo del hogar,
Las caricias del amor.

El ángel que en él dormia,
Las luminosas escalas
Entre sus sueños veia,
Y esperanzado batia,
Por vez postrera, las alas.

No bien, roto y polvoriento,
Se halló en pié, con paso lento
Junto á la dama se puso,
Y descubrióse un momento,
Embarazado y confuso.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Tendiéndole ella una mano,
Del fino guante ceñida,
Corrió á estrechársela ufano,
Y fué á darle un sobrehumano,
Un primer beso en su vida.

Pero al asirla, sintió,
Con el roce de la seda,
Algo frio, el beso ahogó,
Y en las suyas oprimió
La vil paga: una moneda.
. . . . . .

Aun vió á la dama, anhelante,
Volver, temblando, la adusta
Pálida faz, un instante;
Oyó en seguida vibrante
El restallar de la fusta;

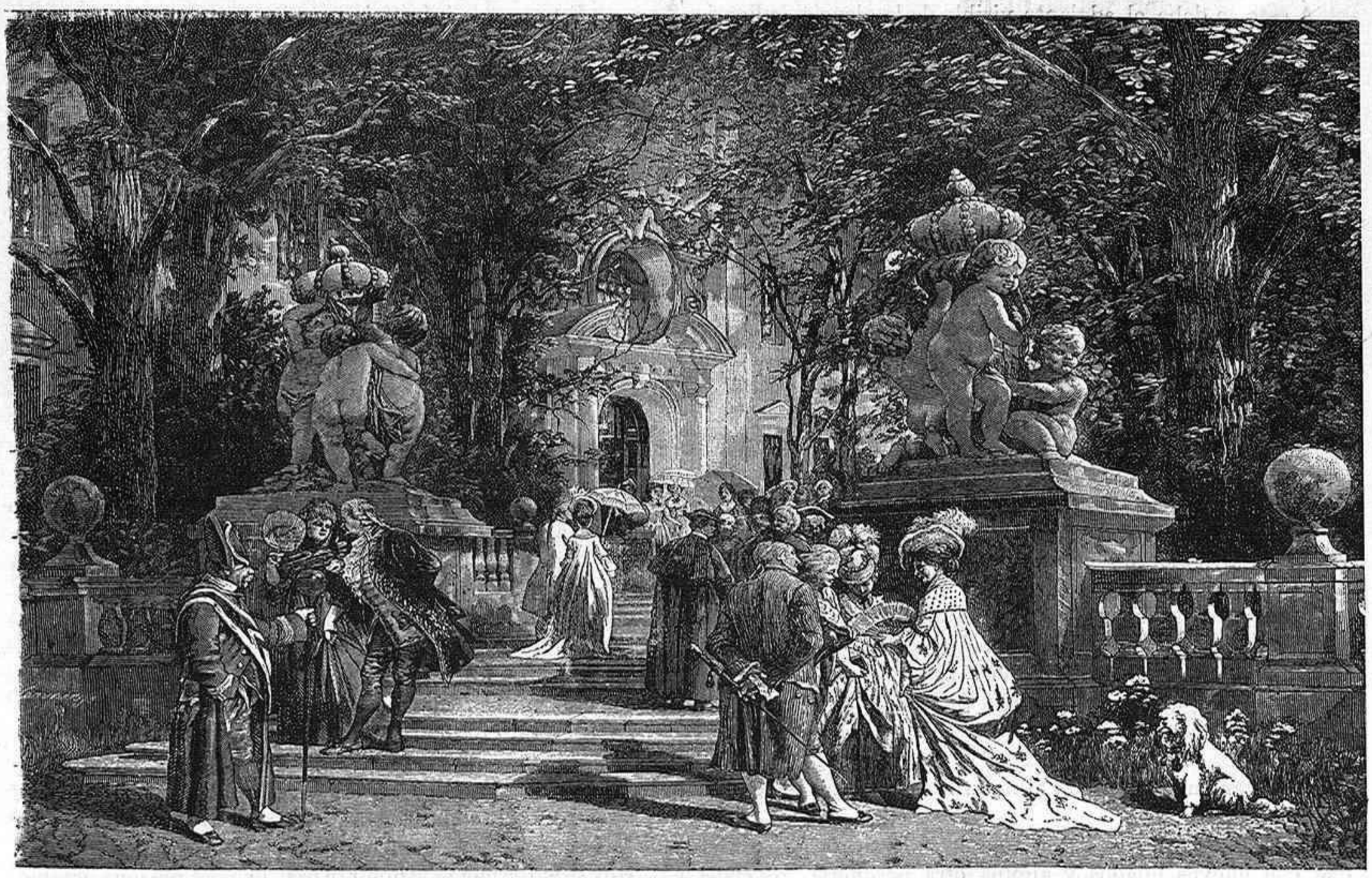
Fué con ira y desconsuelo
Perdiendo de vista el coche,
Alzó los puños al cielo,
Tiró el oro contra el suelo.....
Y tuvo hambre aquella noche.

EMILIO FERRARI.

CÁRLOS GOUNOD.

CÉLEBRE MAESTRO COMPOSITOR

(c) Ministerio de Cultura 2006



«EN EL PARQUE.»—(CUADRO DE HENNINGS.)

PLATOS DEL DIA.

PARA apreciar con exactitud nuestros adelantos no hay mejor medio que repasar la historia contemporánea de la cocina española.

¿Qué comian nuestros mayores?

Platos vulgares, casi repugnantes.

¿Cómo comian? de una manera absorbente, que hoy serviria para estropear el estómago de cualquiera persona delicada.

La cocina se hallaba en la infancia del arte.

Las fondas, escasas en número, no hubieran sobrevivido á la competencia con el último de nuestros restaurants actuales.

Las familias de medio paso no comian *de* fonda sino en dia de fiesta de guardar, ó cuando solemnizaban un acontecimiento fausto, como un matrimonio ó un nacimiento.

—La comida de fonda perjudica al estómago.

Este aforismo económico ha llegado hasta nuestros dias y aun hay personas que le observan.

La vida del restaurant es una traduccion «del francés y extranjero», segun he leido en un periódico español.

Como el negocio ofrecia menor lucro, en otro tiempo las fondas no se esmeraban, como ahora, en complacer á los parroquianos.

Por parroquiano se entendia al individuo que visitaba el establecimiento una vez en el mes, y áun en el trimestre.

Esto podrá demostrar que entónces se vivia más en familia.

Pero las leyes del progreso material se cumplen, y hoy, merced á este cumplimiento, puede pasar cualquier subteniente de memorialista por un personaje complicado en duque.

No ofreciendo porvenir brillante la carrera de cocinero del renio, la juventud más estudiosa no pensaba siquiera en abrazar la marmita ni el asador.

Hoy es otra cosa.

Los jóvenes más pringosos del país y «franceses y extranjeros» están en la corporacion de marmitones, pinches, catasalsas y demas jerarquías.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Á esto se debe el adelanto visible de la ciencia culinaria.

La mecánica y la física ensanchan sin cesar los horizontes de la cocina, inventando máquinas y aparatos para facilitar las penosas tareas de esos voluntarios de la libertad del arte de guisar.

En otro tiempo hubo tres ó cuatro sistemas principales, y cada cocinero optaba por uno y se afiliaba en un bando, segun su nacionalidad, las necesidades del servicio, ó sus gustos particulares le aconsejaban.

Se conocia la cocina francesa, la inglesa, la italiana, la española; hoy se ha subdividido cada una en diversas hijuelas.

En este ramo del saber humano, así como en esgrima y en política, aumenta el número de fracciones, con arreglo al de capacidades que salen á luz.

El jóven que se siente con bríos para fundar escuela, funda escuela y no le faltan discípulos.

Asi el público mejora su gusto y es en cada dia más exigente.

Un conejo clásico, esto es, laureado, producia entusiasmo en otra generacion de gastrónomos de buena fe y buen estómago.

Los calabacines rellenos seducian á los inocentes.

Las albóndigas parecian obras sublimes en el arte.

¡Cuántos centenares de personas moririan sin haber acertado á explicarse el cómo, siendo formadas de picaduras de carne, las albóndigas, resultaban tan regularmente esféricas!

Presentar un pavo asado al natural era ya un exceso de lujo en el arte.

Un plato de natillas, ó un templete de turron de guirlache con huevos hilados y alguna otra porquería, revelaba tal suma de conocimientos en cocina y repostería, que excitaba la envidia del vulgo.

No se comprende cómo aquella sociedad viviera sana sin haber conocido ni la legítima nomenclatura de los platos.

Hoy es otra cosa. Cualquier pelagatos sabe lo que se come, y áun pedirlo en frances convencional.

El frances, así como es el idioma de la diplomacia, es tambien el de la cocina.

El secreto del arte en nuestros dias consiste en disfrazar los platos de suerte, que no pueda adivinar el parroquiano lo que come.

El primer obstáculo que ha de vencer es el de la traduccion de la *carte*.

Por ejemplo:

«Filets de petitte poule mariée à la champagne.»

Un amigo mio, que aspira á jóven de lenguas del Norte, traducia asi el plato indicado:

«Filetes de patrona en el campo.»

«Perdrix au Perigord.»

—¡Esto es una injusticia para los parroquianos!—exclamaba un señor grueso, ó «metido en carnes», como dicen.

—¿Por qué?—preguntó el camarero, asombrado.

—Lea V.: «¡Pérdis ¡oh! pero gordo!» Yo no puedo tolerar ese insulto; si los demás lo sufren, buen provecho les haga.

—Tenga V. en cuenta, caballero, que está mal escrito: es francés del cocinero.

En tiempo de la cocina primitiva nadie preguntaba lo que iba á comer.

Ahora las exigencias del gusto van más allá.

Hay platos del dia.

Lo cual induce á suponer que los que no son del dia son rancios.

Los parroquianos piden platos del dia.

La exagerada aficion al clasicismo me parece algo censurable, pero el delirio por la novedad llega á lo ridículo.

—No hay ingenio suficiente—me decia un cocinero de los más avanzados—para satisfacer las exigencias del público. Figúrese usted, caballero, si podemos nosotros, ni está en nuestras facultades, reformar los faisanes, variar la constitucion de la perdiz, ni convertir el jamon en ave.

El afan de la novedad nos conduce al género bufo.

En todo encontramos los platos del dia.

En pintura los platos del dia son los cadáveres frescos.

En literatura dramática, los adulterios fiambres.

En sociedad, *ces dames*, género que no conocian los aficionados de otros dias, los *bebés* precoces que nacen fumando y se suicidan en la denticion ó se declaran capacidades al salir de la lactancia, y se enamoran de su nodriza para empezar.

Hoy se exige ménos al hombre para llegar á persona notable.

Hoy se exige más al hombre para llegar á parecerlo.

Segun sea el hombre y segun quien le juzgue.

Las mujeres honradas han de esforzarse para llegar á parecerlo á los ojos de los conquistadores género Offenbach.

Las progresistas, en cambio, están mejor tasadas que en otro tiempo.

En todo ocurre lo mismo que en la cocina.

Se pide más y se toma ménos.

El principal cuidado de un cocinero ha de ser disfrazar los platos.

Con esto, y con llamar al conejo *lapin*, y *asperges* á los espárragos, y *beef*, sin alusion al parroquiano ó al dueño de la casa á quien guisa ó á quien sirve, puede llegar á la meta.

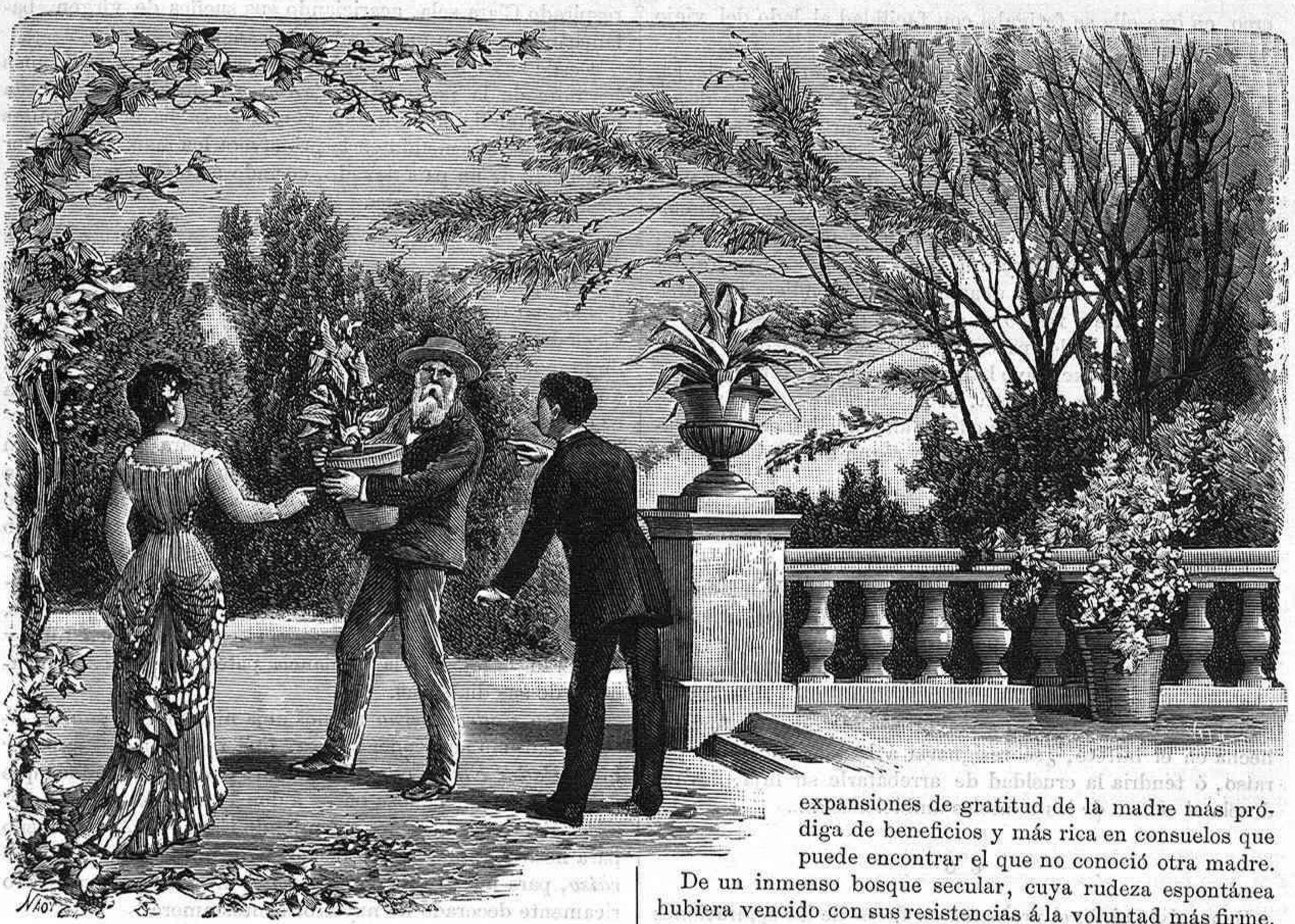
Si quiere figurar en cualquier otro ramo, no tiene más que hacer lo mismo.

Disfrazar los platos ó disfrazarse.

Tenemos ya el estómago perdido, y nos gusta que nos engañen.

EDUARDO DE PALACIO.

(c) Ministerio de Cultura 2006



ADAN Y EVA.

I.

EL NUEVO PARAÍSO.

ERA verdaderamente un paraíso.

Para que lo fuera, don Feliciano habia empleado toda su fuerza de voluntad y no pequeña parte de los frutos de sus campañas en América.

La pérdida de su buena esposa y algunos desengaños sufridos por su buena fe en las luchas mercantiles, le habian hecho regresar á España con su única hija, dispuesto resueltamente á entregarse al cultivo de sus dos únicos amores: el amor de la familia y el amor de la Naturaleza.

Salvaje, ruda, inextricable se presentó ésta á sus ojos en la extensa y régia posesion que eligió para su retiro y el de la hermosa Clara; pero el dinero y la inteligencia se dieron cita con la constancia y el asíduo estudio para buscar esas expansiones de gratitud de la madre más pródiga de beneficios y más rica en consuelos que puede encontrar el que no conoció otra madre.

De un inmenso bosque secular, cuya rudeza espontánea hubiera vencido con sus resistencias á la voluntad más firme, hizo don Feliciano, á medio kilómetro de la costa cantábrica, una finca á la vez de positivos productos y de recreo deleitoso.

Á fuerza de brazos, y siempre bajo su sábia direccion, habia conseguido modificar los terrenos, dándoles distintas aplicaciones; y, con el estudio de las influencias atmosféricas en el país, y de los vientos especialmente en el terreno de sus dominios, logró tener en el Norte una exposicion permanente de los más ricos frutos de todas las provincias españolas.

Respetó en su atrevida reforma la parte alta, la más próxima al monte, donde quiso quedase inviolable la virginidad resistente de aquel suelo, como si quisiera así hacer mayor alarde de lo atrevido de su empresa, pues al llegar á lo alto, y ya con fatiga, los visitantes de su posesion, podria decirles con orgullo legítimo: «Todo era como esto.»

* * *

Y ¡con qué íntima satisfaccion, en los dias serenos y en las tardes apacibles, iba el bueno de don Feliciano a buscar á su hija, para que le acompañase á recibir una sorpresa nueva, á admirar un nuevo punto de vista de aquellas lentas, pero magníficas, trasformaciones!.....

Era Clara una preciosa niña de diez y seis años, indolente y dulce como son generalmente las criollas, y sólo por amor á su padre daba aquellos paseos largos de estudio y de re-

(c) Ministerio de Cultura 2006

creo, en que ella se fatigaba con facilidad al lado del viejo infatigable.

Eran entónces de ver aquellas dos interesantes figuras. Él, fuerte y curtido por los aires del campo, pero surcada de arrugas la frente y encanecida la luenga barba, que se acariciaba con apacible calma de hombre satisfecho; ella, delgada, fina, flexible como una caña de azúcar de su país nativo, pero debilitada por su misma molicie y andando con esa cadencia acompasada y casi rítmica que tanto seduce, tomando al fin sonriente y mimosa el brazo de su padre, en que se apoyaba con dulce abandono, como pudiera apoyarse un rosal naciente y fresco en el tronco de un añoso roble.

El punto final de los paseos de Clara era la parte de jardin que á su reinado exclusivo habia dedicado su padre; y como era la más próxima á la casa, de sus régias prerogativas tomaba ella pretexto para quedarse allí muellemente arrellanada en una mecedora rústica, con algun ameno libro entre las manos.

—Déjame aquí, papá—decia;—yo debo quedarme en mi reino á recibir en perfumes el homenaje de las flores, que son mis cortesanas.

Las veladas se pasaban, para el viejo, entre la lectura de los periódicos que de Madrid recibia y las sesiones musicales con que, al piano, le obsequiaba su hija.

Era feliz don Feliciano. Pero empañaba el cielo de su dicha una nube, es decir, una duda. El prometido esposo de su querida Clara, próximo á volver de Cuba con una fortuna hecha en el bufete, ¿se resignaria á la vida de aquel paraíso, ó tendria la crueldad de arrebatarle su hija, llevándosela al centro de las temibles ambiciones?.....

Se resolvió al fin el problema en favor de las aspiraciones paternales de don Feliciano, que, realizados todos sus proyectos de ingeniero agrónomo *pro domo sua*, vió á su hija unida en lazo indisoluble con Luis, su amor de la adolescencia, que habia conservado su candor envidiable en medio de las luchas de la vida, y que ante el limpio cristal de los ojos de Clara habia prometido vivir conyugalmente en aquel paraíso, hecho por el padre de su esposa para recreo y encanto de sus hijos y nietos hasta la quinta generacion.

La vida patriarcal, soñada por el ex-comerciante honrado como descanso merecido de sus largas tareas bursátiles y como bálsamo á sus heridas interiores, era ya una realidad hermosa, y áun le parecia un sueño cuando se veia en medio de Clara y de su nuevo hijo, en aquellas tardes hermosas del estío, bajo el tupido toldo del emparrado que sombreaba la entrada de su rústico palacio.

Porque era un palacio aquella casa, construida con arreglo á todos los deseos de don Feliciano, y tambien á algunos caprichos de Clara, que habia planeado con mucha gracia y buen gusto la factura y ornato de sus particulares habitaciones, cuya prolija descripcion exigiria la tercera parte del espacio convenido para este bocetillo de novela.

El lecho virginal se habia convertido en tálamo, y el gabinete y tocador de Clara en dominios comunes de los cónyuges, donde los libros de Luis se confundian con los papeles de música de la criolla, envuelto todo en una atmósfera suavemente perfumada, que apénas se distinguia de la que habia respirado Clara sola, acariciando sus sueños de vírgen, balanceándose en su mecedora americana.

Desde sus balcones dominaban los esposos la parte más hermosa de la posesion, el jardin y la inmensa pomarada que se extendia en alineadas plantaciones hasta los límites del bosque, ofreciendo en la primavera los manzanos en flor el aspecto de un país nevado, cortado á trechos por los matices verdes de la hierba.

¡Qué paseos tan deliciosos los de Luis y Clara por aquellos sitios, donde iban recordando las primeras frases melódicas de su luna dulce! ¡Qué correrías infantiles, en la época de la madurez de la fruta, por los recintos más sombreados, donde la higuera destilaba miel y el naranjillo de la China se doblegaba al peso de las mandarinas apiñadas!

Don Feliciano les gritaba desde léjos para que acudieran á su lado á presenciar los trabajos de modificacion de alguna mejora proyectada, que á ellos les tenía sin cuidado, por lo cual seguian su camino, apresurando el paso, haciendo como que no oian, ocultándose á la sombra de los espesos avellanos que, en fila interminable, les servian de guion en aquella escapatoria que ellos celebraban riendo alegremente, como chicos que hubieran dejado el estudio á hurtadillas y se vieran ya léjos de la vigilancia paterna, con los compañeros de sus diabluras.

—Ese *Padre Eterno* no nos deja ni á sol ni á sombra—decia Luis sin suspender la risa, que redoblaba al explicar lo de *Padre Eterno* con viva pintura del aspecto bíblico que daba la luenga y canosa barba á don Feliciano.

—¡Pobre papá!—decia sonriendo Clara.—Él, tan bueno para nosotros, que nos ha hecho esto, que él llama *el Paraíso*, para nuestro recreo, para nuestra gloria, para teatro ricamente decorado de nuestros santos amores.

—Es cierto—replicaba Luis.—Y hay que hacer justicia á este *Eterno Padre;* no nos ha prohibido ninguna de las ricas frutas que produce sú grande obra. Somos Adan y Eva en toda la plenitud de nuestras satisfacciones, sin restriccion alguna en nuestro apetito desordenado de frutas de todo tiempo.

Y seguian corriendo alegremente, oyendo cada vez más léjos las voces del viejo, ocultándose en la fronda como dos pájaros que temiesen dejar descubrir al impertinente curioso la rama sagrada donde se oculta su nido.

Es verdad. Allí no hay para ellos fruta prohibida. Antes que la manzana vaya á los lagares á deshacerse en espumosa sidra, los dientecitos de Clara han marcado el punto por donde las parte con su esposo; cuando el goloso mirlo picotea la cereza ó abre una ventanilla en el higo, Luis ha puesto ya á su mujer los pendientes de coral rosa arrancados á la rama, ó se ha divertido en tirar desde el árbol la miel de la higuera sobre los labios abiertos y sonrientes de su Eva cubana.

Questo è un idilio.

Sí; esto es el idilio conyugal de dos corazones que se entregaron al amor con la integridad de la inocencia. Esposos así hacen naturalmente el idilio y hasta el madrigal. Lo malo es que se empeñen luégo en hacer tambien el epigrama.

Bien se lo temia don Feliciano, el *Padre Eterno*, como

(c) Ministerio de Cultura 2006

Luis le llamaba. Estaba encantado de la inverosímil actividad que se habia desarrollado en la vida de Clara, que no se habia permitido saltar y correr hasta que llegó á ofrecerle participacion en sus infantiles habilidades otro niño. Pero pronto observó síntomas alarmantes para su paternal solicitud.

Las correrías de Adan y Eva eran más breves y ménos bulliciosas. Adan, para ser un hombre tan primitivo en sus gustos, se interesaba mucho en la *cosa pública*, y se permitia leer periódicos, miéntras su Eva soñaba no sé qué fuera del paraíso, mecida en una fuerte hamaca que su esposo le habia suspendido entre dos limoneros.

Ya no se contentaban con ver el mar de léjos, con los gemelos de campo que les habian servido desde la azotea de la casa. Abandonaban á sus tareas agronómicas al *Padre Eterno*, y dejaban á la codicia de los pájaros el paraíso de que eran señores, para acudir como hastiados fugitivos á la vecina playa.

Allí, haciendo rayas en la húmeda arena con el baston y la sombrilla, ó recostados entre las rocas en el salitroso césped, con la mirada vaga sobre la espuma de las olas ó en las variadas tintas del horizonte, hablaban poco y pensaban mucho en algo que estaba fuera de la jurisdiccion paradisiaca de los benditos esposos.

Ella no acertaba á definir sus pensamientos nuevos, nacidos acaso de la lectura de una página de novela, quizás de una revista de salones. Él sí definia los suyos, y los definia mejor cuando recibia los correos de Cuba, en que amigos muy influyentes le ofrecian una diputacion á Córtes y le instaban para que la aceptase. El demonio de la ambicion se habia despertado en aquel corazon de ángel, si no era, como en Clara, sencilla atraccion del mundo de lo desconocido.

II.

EL DESTIERRO VOLUNTARIO.

En las primeras horas de una noche melancólica de otoño, en la solemne sencillez de la vida íntima, se tradujo en altas voces el proyecto de Luis, á que respondian vagamente las aspiraciones de Clara.

Don Feliciano los veia trasparentarse hacia tiempo. Les arrancó la confesion como esos hábiles padres de almas que leen en los corazones tímidos y vergonzosos, y van con paso suave y seguro apuntándoles los pecados que han de ir penosamente confesando.

Veia ya en sus dos hijos dos hijos pródigos de la inocencia, y á vuelta de prudentes reflexiones, en que casi asomaban las lágrimas del viejo, pudo en él la debilidad del amor más que la fuerza de sus temores, y les dió su bendicion cariñosa despues de haber oido á ambos que presentian la familia propia, y que ésta habia de exigir morales sacrificios en medio de las luchas del mundo.

Los presentimientos de Adan y Eva eran, á pesar de la conciencia, el pretexto santo de un feroz egoismo, espoleado por un deseo vivo, áun para ellos indefinible.

En una fresca mañana de Octubre abandonaron el paraíso á la triste soledad del pobre *Padre Eterno*. Iban á Madrid, y no iban solos con el demonio de la curiosidad. Les acompañaba tambien un ángel, y la misma Clara, en su candor, no aparentaba darse cuenta de tan dulce compañía. Sus sueños de mujer no la permitian dar importancia á los ligeros fenómenos fisiológicos que algo hablaban ya de la realidad de los pretextados presentimientos.

En el viaje reinó un silencio triste, apénas interrumpido por exclamaciones del pesar más sincero de Clara, cuyo ánimo tenía sus desfallecimientos de arrepentido al imaginarse la soledad con que, por abnegacion casi maternal, se habia conformado don Feliciano. Para que aquella imágen dolorosa se desvaneciese algo en el espejo de sus tristes ideas, llegó rápidamente el espectáculo movido de la córte, con las absorbentes exigencias de la instalacion de los jóvenes esposos.

* * *

La jugosa manzana del árbol plantado en el paraíso por don Feliciano quedaba detras, esperando en vano los inocentes mordiscos de los dos niños voluntariosos. Pero la serpiente de la peligrosa concupiscencia entró, enroscada por igual á los dos corazones incautos, en las lujosas habitaciones que el buen gusto de Clara habia dispuesto en uno de los barrios más elegantes de la córte, ayudada por las felices ideas que en tarea tan delicada se le ocurrian á su marido.

En los primeros dias todo fué muy bien; aquella vida tenía los encantos de la novedad, y hasta se permitieron ofender, sin intencion, por supuesto, la grande obra del saber y del inmenso amor del bondadoso padre, escribiendo á éste que se habian ellos fabricado un nido delicioso, paraíso conyugal, en que el arte suplia con gracia y bizarría á la misma Naturaleza.

La contestacion de don Feliciano fué muy breve: «Queridos hijos: Cuando me abandonasteis en el campo para ir á estableceros en la córte, tuve miedo; pero no por mí, sino por vosotros. Hoy, que me decis que vuestro mutuo amor os ha formado un pequeño paraíso en medio de ese infierno, tengo miedo todavía, y no quisiera que se os cayese la venda de feliz ignorancia que cubre vuestros ojos. Procurad ser dichosos en ese temible Eden, con este solo recuerdo: «No »hay paraíso en medio de la sociedad sin árbol prohibido y, »lo que es peor, sin serpiente.»

Esta carta conmovió, por su sencillez, especialmente á la sensible y bondadosa Clara, sin que, pasada la primera emocion, dejase por eso de provocar la risa de ambos esposos por las que ellos llamaban exageraciones medrosas del cariño del *Padre Eterno*.

Miéntras duró el atractivo de lo nuevo y lo brillante y lo cómodo, sin las exigencias y hasta sacrificios que trae consigo el cultivo de las relaciones sociales, Clara y Luis eran los mismos niños de las orillas del Cantábrico, envueltos en el oro y la seda y los perfumes de la civilizacion más refinada, y juntos y solos gozaban de los más insignificantes detalles de aquella nueva existencia, alegrándoles tanto como el espectáculo en la Ópera, la taza de café ó té dispuesta despues en colaboracion por los dos solitos, con buen punto de azúcar, entre los tapices del conyugal santuario.

* * *

Pero ambos habian soñado algo más que aquello, y el paraíso artificial íntimo era más estrecho y ofrecia ménos

(c) Ministerio de Cultura 2006

recursos que el ámplio y esplendoroso en que les tuvo mimados la Naturaleza por el amor de un padre sin ejemplo.

Los círculos políticos y los de recreo de la aristocracia fueron poco á poco atrayendo á Luis con la fuerza mayor de la lisonja de aquellos que, directamente ó por referencias de opulentos cubanos, conocian las grandes dotes de ilustracion y de talento del que, tan jóven, habia sido ya gloria del foro y defensor eminentísimo, en la prensa, de los intereses insulares de España.

La resaca fué arrastrando mar adentro á aquel inocente Adan, que en la playa cántabra nunca pasó de hacer rayitas en la arena. Eva sentia sus soledades cada vez más largas, y una mujer indolente y sola con las teclas de su piano siente palpitar, más que el gérmen de una nueva vida en sus entrañas, el gérmen de ideas que toman cuerpo en su pensamiento, y que ayer en sueños y de léjos acariciaba, y hoy ve realizar á dos pasos en el mismo mundo que la reclama á voces.

La serpiente silba á dos pasos de ella, y silba con más dulzura que el mirlo en la época del celo, al requerir de amores á la hembra entre avellanos y zarzamorales.

La serpiente vive sobre su techo y no tiene que bajar más que un tramo de escalera para penetrar sonriente y seductora en el gabinete de las soledades de Clara. Era una viuda de general, bella y encantadora aún con sus cuarenta años, acostumbrada al lujo y á los homenajes de la galantería en los salones, que ella misma tuvo abiertos en sus prósperos y brillantes dias de casada con aquel hijo de Marte, que, preso entre la política y las armas, dejaba á su hermosa Vénus entre los juegos y oficiosidades peligrosas de Cupido y Mercurio.

Recordando al suyo, ¡con qué epigramático aticismo pintaba la viudita á Clara todos los maridos que conocia en el gran mundo! Describíale despues Milagros todos los que ella habia hecho durante su reinado de salon, con los encantos de aquella vida de irresponsabilidad libre, á que la invitaba, como único remedio eficaz contra el aburrimiento forzoso en las prolongadas ausencias del marido, alejado por glorias de más resonancia, pero ménos dulces.

⁂

Una hora despues de alejarse Milagros, culebreando su cola de seda sobre la tupida alfombra, todavía penetraba el halagador silbido, persuasivo é insinuante, en el corazon de Clara que, al fin, se resolvió á dar una viva sorpresa á su marido.

Juzgaba nuestro Adan que, durante sus largas horas de Casino y de Salon de Conferencias, Eva dormitaba inalterable y tranquila bajo la ancha copa del manzano, sin apetito de frutas ignoradas por ella y temidas por el *Padre Eterno*.

La sorpresa estaba imaginada por la serpiente. Milagros habia logrado un palco platea para una funcion extraordinaria en la Ópera, y Clara habia quedado algunos dias ántes en acompañarla con todo el aparato que tales palcos y semejantes fiestas requieren. La modista más hábil cumplió su promesa de tener en cuatro dias dispuesto un magnífico traje de esos de telon corrido, ó de atrevidísimo descote, que todavía no habian sido público pretexto de las desnudeces esplendorosas de nuestra Eva antillana.

Llegó la hora crítica. Con las doncellas de Clarita estaba ya Milagros, haciendo muchos en obsequio del más ruidoso *debut* de la hermosura de su amiga. El marido, un tanto aburrido y en extremo descuidado, dormitaba en un divan.

Clara, avisada por una de sus doncellas, aprovechó el momento. Salió de su tocador trasfigurada, espléndida, vaporosa con su traje de raso blanco y sus adornos de blonda de riquísimo encaje, sobre los cuales destacaba la mórbida y rosada carne palpitante que el desenfadado descote descubria, humedecida aún por la rociada del pulverizador perfumado. Parecia la Vénus afiligranada ligeramente por la espuma de las olas, pero inundada toda su hermosura corporal por el suave resplandor de púdica modestia que envuelve la desnudez de las vírgenes cristianas.

Cuando apareció entre los tapices de una de las puertas del salon donde Luis reposaba descuidado, Clara temblaba como si fuera á confesar un crímen á su marido. Tentada estuvo á volverse atras y á abandonar aquel traje de su estreno de mujer de mundo. Pero estaba ya comprometida, y la serpiente, que esperaba en el tocador, la hubiera acusado de cobarde.

Avanzó lentamente. Con temblor de mujer y sonrisa de niña adelantó el esbelto cuerpo sobre el brazo del divan, y rozó con sus cabellos la frente de Luis, que despertó sobresaltado. Se puso de pié y se halló frente á frente de aquella revelacion inesperada, que contempló ya con el presentimiento de los celos.

⁂

La sociedad se llevaba á Eva y, para lucirla, empezaba por desnudarla. Los hijos del *Padre Eterno* parecia que se habian puesto de acuerdo para iniciar el epigrama apénas terminado el idilio del matrimonio. No podia faltar un tipo que le diese viveza, color y, sobre todo, publicidad.

El tipo era un tal Angelito Salinas, ex-adorador de Milagros; pero que áun conservaba influencia en el ánimo de la coqueta perdurable y empedernida, y por su osadía y su jactancioso afan de aparecer conquistador, alardeó ya de tal en el teatro de la Ópera, donde el triunfo de Clara robó mucha atencion pública á las gracias y méritos de Massini en *Rigoletto*.

Angelito no habia salido de su ya popular diminutivo, ni áun entrado en los treinta y seis años. *Angelito* era ya un renombre, y el apellido apénas se pronunciaba en aquel mundo frívolo, que celebraba peligrosamente las que él llamaba *cosas* de Angelito, entre las cuales no faltaban indignidades punibles, y en las que eran cómplices todos sus ociosos é imbéciles cortesanos.

Metidos hasta el cuello en el mar del gran mundo, y celebrada la hermosura y elegancia de Clara en unos círculos, y enaltecido en otros el talento de Luis, en quien se pensaba ya como en un futuro ministro; Milagros, constituida en consejera de la corona de la nueva reina de los salones, hizo que éstos se abrieran en la casa del jóven matrimonio, segura de ser ella la directora envidiada de las espléndidas fiestas.

Tenía ademas la ex-generala la manía de la conquista de los hombres de moda, como Luis, y en el primer baile, la serpiente seductora de Eva se armó de todas sus gracias de atraccion eléctrica de los sentidos, y se enroscó al cuerpo esbelto del inocente marido de su propia amiga, que hallaba

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

BELLAS ARTES.—«HERRAR, Ó QUITAR EL BANCO.»—(Cuadro de Mélida.)

nuevas é irresistibles aquellas seducciones, en nada parecidas á las puras y angelicales de Clara.

Ésta, por su parte, tuvo que sufrir con resignacion y sin pizca de malicia las obsesiones del fatuo de Angelito, que tomó, con pretexto del calor, su abanico, precioso regalo de boda, y prenda para él de alardeo de confianza miéntras mucha gente y la misma Clara ofendida se fijaban ya en los prolongados duos íntimos del incauto Adan y la graciosa y atrevida serpiente paradisiaca. El epigrama conyugal estaba fundado en el *venticello* de que habla don Basilio; pero ya tenía colorido, viveza y publicidad.

III.

LOS PRÓDIGOS DE LA INOCENCIA.

La venda de feliz ignorancia de que habló á sus hijos don Feliciano, habia ya caido desde el brusco despertar de Luis en el divan ante tesoros mal velados de la hermosura de su Eva, guardados ántes en el santuario que Dios bendijo, y heridos ya por la profanadora mirada de la malicia pública.

Quedaba sólo á la obra caritativa disipar el asombro que produce la rápida transicion de la oscuridad á la luz, y no faltó voz piadosa que, con el mejor deseo de hacer el prodigio, llevase la perturbacion á los corazones confiados.

Para Milagros era la cosa más sencilla y natural distraer á un marido con las asechanzas de la coquetería; pero Clara sentia ya cierta mortificacion al verla cerca y al oirla celebrar los encantos de la palabra galante y de la expansion candorosa del que, á su vez, sufria exasperado ciertas chanzas alusivas á atrevimientos corrientes del célebre Angelito.

La sociedad se cobra de una manera cruel los favores de admiracion que concede á sus ídolos. Arroja coronas á los piés del poeta que le entusiasma una noche á telon corrido, y luégo las cobra revolviendo el lodo que á la sombra le rebusca en lo más hondo de la vida privada: celebra entre el vertiginoso movimiento de un baile los esplendores de una belleza, y luégo goza en propalar los rumores, justos ó injustos, que afectan á la honra de aquella misma mujer que ha sido su encanto.

De la desconfianza en silencio, á la injuria de viva palabra no hay en el matrimonio más que un paso. Habia algo de remordimiento y de asomos de vergüenza en la actitud de aquella Eva y aquel Adan, á quienes el mundo habia tan brillantemente desnudado para gozarse en el martirio de su rubor mutuo.

¿Quién sabe si el silencio se hubiera roto y la tempestad hubiera estallado si, en medio de la reaccion dolorosa que trajo el aislamiento, no hubiera llegado para Clara la persuasion íntima y dulce de la maternidad? Luégo, al calor de la pasada fiebre, habian olvidado del todo al pobre *Padre Eterno*, que, alarmado con aquel injusto olvido, se presentó providencialmente á conjurar temporales.

* * *

La aparicion repentina de don Feliciano produjo el natural efecto. Clara se hallaba sola en aquel instante, y no tuvo una palabra que supliese en elocuencia á aquellas silenciosas lágrimas que la inundaban al arrojarse en los brazos del pobre viejo, que exclamó conmovido:

—Desde el momento en que dejasteis de hablarme de vuestra dicha, vuestro mismo silencio me hablaba de vuestra desgracia. Nada me digas, pues todo lo adivino; mis temores ya ves que tenian fundamento; vengo á ver si el mal se remedia, pues no puede ser tan grave cuando no es la perversion, sino la inexperiencia, quien lo causa.

Confirmó Clara, con su ingenua y franca confesion, cuanto podia sospechar su padre, que, con vivísimos colores, le mostró lo difícil que es brillar en el gran mundo y en la política cuando para ello no se ha nacido y la naturaleza del carácter repugna todas esas convenidas transacciones que turban al espíritu recto con los dorados vicios que engendran y autorizan.

Cuando Luis entró en su despacho, de vuelta de sus excursiones por un mundo tan en pugna con la sinceridad de sus sentimientos, y en el que veia anteponer los intereses de un partido á los más sagrados de la patria, y la conveniencia y amor propio de una personalidad al triunfo de la fe en una idea, el viejo leyó en su rostro el desencanto y la fatiga, y le costó muy poco trabajo explicar su presencia en Madrid y convencer á su yerno, con la palabra de la experiencia y la sonrisa de la piedad, de que las prodigalidades de la inocencia y la paz del alma sólo pueden repararse léjos del mundo, que no las agradece.

Colocado el *Padre Eterno* entre sus dos hijos, leyó en sus ojos y en su actitud el tiempo que los tenía separados la vergüenza más que el amor propio. Con el tono festivo de una autoridad suave y conciliadora, les recordó aquellos presentimientos de familia que fueron manto de una curiosidad impertinente, y la realidad de la situacion de Clara, coloreando con el tinte de un rubor santo el rostro de ésta, se definió con uno de esos abrazos dulces, espontáneos, que disipan todas las nubes del cielo de los verdaderos matrimonios.

* * *

No habia tiempo que perder si el ángel esperado habia de venir al mundo en la época de las flores y en medio de las maravillas de aquel paraíso donde germinó con ellas, y de donde fué arrojado por la pecadora inconsciente. ¡Qué dulce halla ahora Clara perdonar á la pérfida Milagros por las glorias que encuentra en la despedida!

Adios para Luis las luchas estériles y dolorosas de su buena fe; las transacciones obligadas para un voto arrancado en contra de la conciencia; las oficiosidades influyentes en pro de un interes bastardo y egoista; la contribucion de su inteligencia y de su palabra para elevar á la altura á la injustificada soberbia ó á la nulidad perniciosa.

Adios los aristocráticos mentideros, donde se llama candor declarar los méritos de un adversario; donde se tiene por tonto al que no sabe hacer epigramas contra la honra; donde se califica de avaro y miserable al que no sabe arrojar á una carta la fortuna de sus hijos, y de cobarde al que no los expone á la orfandad en las contingencias de un duelo con algun perdido.

¡Adios todo aquel mundo tan soñado de léjos! El tren avanza hácia el Norte, dejando detras un penacho de humo, digna corona de las vanidades cortesanas; haciendo oir un prolongado silbido, como en són de protesta contra las inverosímiles comedias imaginadas por la malicia y mal representadas por el interes miserable.

Allá va el tren, llevando á un padre que arranca á sus hi-

(c) Ministerio de Cultura 2006

jos de las doradas garras del sacrificio inútil de la inocencia; á una madre que acaricia mentalmente el fruto áun invisible del amor puro y santo; á un esposo que busca en los ojos de su compañera la luz del único sentimiento humano que no admite los seductores trajes de gala de la mentira.

* * *

El viaje tiene algo de doloroso en medio de las infantiles expansiones de Clara, porque á ésta y á Luis les duele como un remordimiento el recuerdo de aquel otro viaje silencioso y sombrío que les aconsejó la satisfaccion egoista de una concupiscencia á la vez insaciable y temerosa.

La distancia se acortaba y las rojas y secas llanuras de Castilla iban desvaneciéndose á lo léjos, dejando en el alma una penosa melancolía, como las memorias señaladas por el fuego asolador de una juventud estéril. La Naturaleza abria ya en la montaña, con sus vigorosos y reverdecidos brazos, el camino por donde habia de recibir el saludo de sus dos hijos pródigos.

Entre dos colinas coronadas de pinos silvestres apareció al fin una ventana rasgada ante los ojos codiciosos del espíritu, sediento de espacio, y ante los ojos del cuerpo, debilitado por la molicie é impregnado aún en la atmósfera artificial y enfermiza de los salones.

Por aquella ventana llegaba la vivificante brisa salitrosa del ya próximo Cantábrico, cuyos rumores se percibian apagados por la distancia, como una vaga canturia acentuada por el ritmo de esa dulce melancolía que es el alma de los cantos populares del Norte.

Nuestros viajeros miraban aquellos cuadros, oian aquellos rumores, aspiraban aquella brisa, con el silencio solemne de una satisfaccion tan íntima y profunda, que sólo callando podia comunicarse.

Así llegaron á las puertas de su verdadero paraíso aquel Adan y aquella Eva, más felices que los dos protagonistas del sencillo y terrible drama de la Biblia. Ellos recobraban su Eden, cuya entrada les cubria de flores un ángel, sólo sentido y acariciado en la nativa cuna del amor materno.

Aquella naturaleza, vestida espléndidamente con el traje más rico y de más hermosos colores que da la época de la florescente renovacion de la vida, parecia como que dedicaba sus galas á la recepcion de los pródigos de la inocencia, que entraban allí alegres, pero como avergonzados ante tantos inmerecidos homenajes.

* * *

Llegó la sonrisa más viva y espiritual de aquel Eden que tanta parte de sus primores debia á la inteligencia y á la constancia de don Feliciano. Sobre el balcon del gabinete conyugal, tanto tiempo cerrado, volaba y revolaba en circulares giros la golondrina que allí se habia hospedado con franqueza, fabricando alegremente su nido. En la parte interior todo parecia hallarse lo mismo que ántes, y sin embargo habia un huésped más que al entrar apénas se percibia, y que era el que allí lo llenaba todo desde un rincon donde se escondia otro nido de dorados mimbres y de blancas y trasparentes colgaduras, que suavizaban la luz al penetrar hasta la carita sonrosada y sonriente de un ángel dormido.

Clara era el ave que giraba sin cesar en torno de aquella mecedora cuna, atenta al menor suspiro que reclamase su máternal cuidado.

La criolla se habia desarrollado y fortalecido con los generosos esfuerzos de la naturaleza al aspirar al santo título de la maternidad. Celosa de sus inviolables derechos, se los disputaba al mismo amoroso interes de su padre, y no permitia que se pensase siquiera en suplirla con una mujer asalariada en el deber que ella encontraba más lleno de encantos.

Llegó una de las tardes más hermosas de la época de recoleccion de los frutos. Los jornaleros de don Feliciano se alejaban ya hácia sus humildes caseríos, con los aperos al hombro y cantando alegres canciones del país, cuyos ecos iban apagándose lentamente hasta confundirse con los rumores lejanos de las olas del mar, que la caida de la tarde hacía más solemnes.

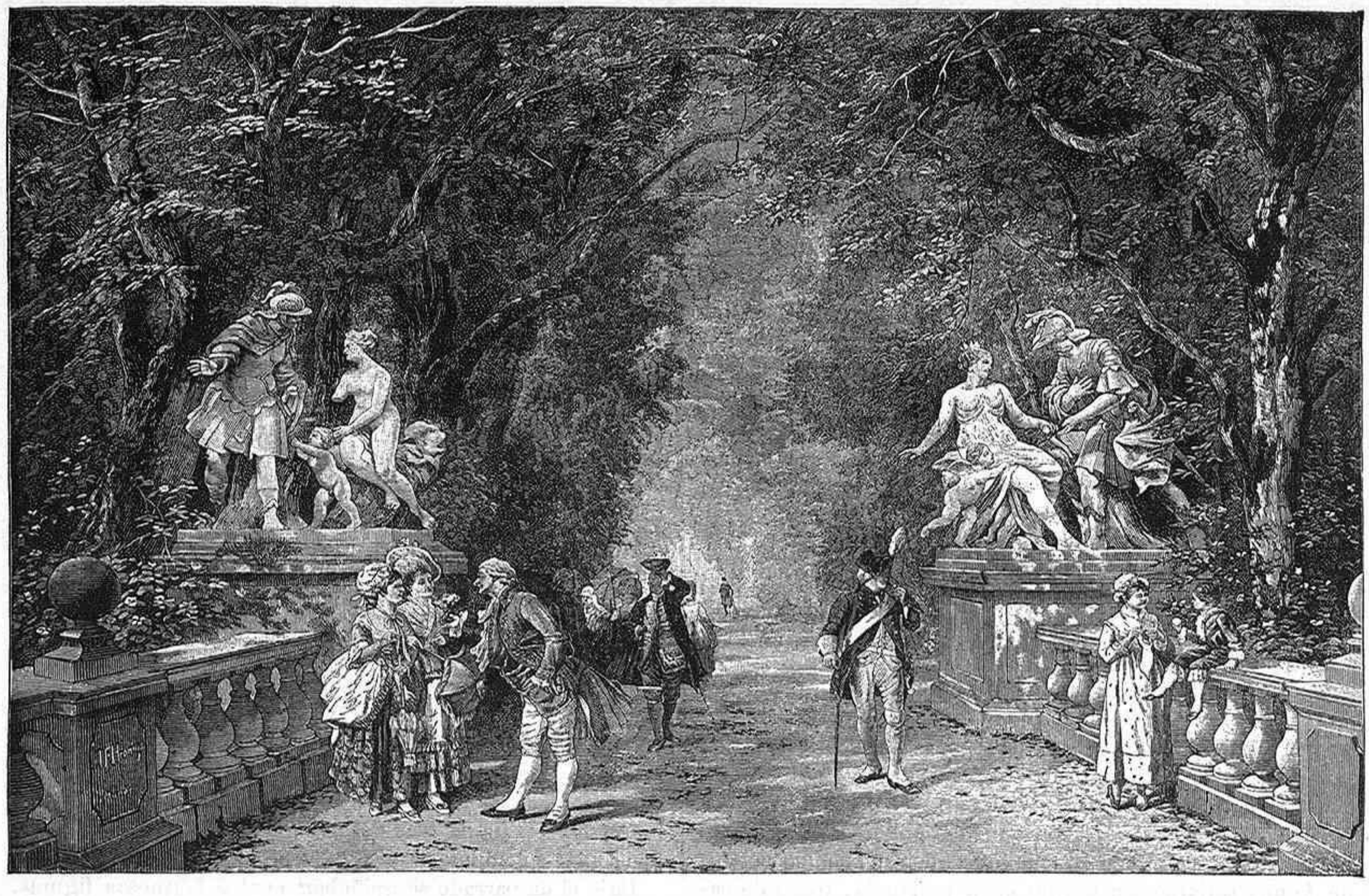
Bajo el emparrado se apiñaban cuatro hermosas figuras. Clara acariciaba á su niño, que ensayaba alegres saltos sobre las rodillas de la madre. Luis dejaba con indiferencia un periódico político para embobarse con la alegría del niño retozon, y don Feliciano se acariciaba su larga barba, diciendo:

—Así, así comprendo la vida, y Dios me la prolongue en este paraíso, para ser, entre Adanes y Evas más ó ménos curiosos, el padre de los hijos de mis hijos, ó, como vosotros me llamais en broma, el *Padre Eterno*.

EDUARDO BUSTILLO.

2 de Julio, 1884.

(c) Ministerio de Cultura 2006



«ALAMEDAS DEL CASTILLO DE SCHLEISSHEIM.»—(CUADRO DE HENNIGS.)

LAMENTO.

Forse un destin che intendere
Dato ai celesti è solo,
Quaggiù mi elesse a piangere
Nascer mi fece al duolo.

Bien lo conozco. Misterioso hado,
Que sólo el cielo comprender podria,
Me hizo nacer para llorar cuitado,
Y destinó mi vida á la agonía:
Cual tórtola á la queja,
Cual aura á suspirar.
Siento á veces que el alma, en su desvelo,
Cansada ya de su mortal gemido,
Tiende con ánsia ardiente á mejor cielo,
Aspira á un dulce bien desconocido:
Cual chispa á los espacios,
Cual arroyuelo al mar.
¡Cuántas dulces mentiras me engañaron,
De juventud en la inexperta hora!
Una tras otra al fin se disiparon
Al ceño cruel de realidad traidora:
Cual neblina á los vientos,
Cual sueño al despertar.
Tornóse el mundo para mí en desierto,
Donde agoniza el corazon herido;
Ilusion, esperanzas..... todo muerto,
Sepultado en las olas del olvido:
Cual sonido en el éter,
Cual náufrago en el mar.
Sólo espero en mi Dios. En mi desvelo
Oigo á veces su acento conmovido,
Que está llamando mi alma á mejor cielo
Y me promete un bien desconocido:
Cual pastor á la oveja,
Cual madre al consolar.

EDUARDO CALCAÑO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

CUADROS DE ESPAÑA.

DE CÓMO SE PELA LA PAVA.

Á la Señora Doña S. Z. de B.

I.

Fondo, un cármen granadino;
Figuras, Jacinto y Laura;
Clavo del lienzo, la luna;
Y el marco, abierta ventana.

***

Un pretil de siemprevivas
La reja cubre y abraza,
En cuyos hierros imprimen
Rastros de flores las plantas;
De un maceton, al que cubren
Rojas tintas de escarlata,
Arranca una madre-selva,
Que las paredes escala;
Oculto el menudo tronco
Entre tiestos de albahaca,
Sube un jazmin, que esparciendo
Al aire vago sus ramas,
Cuelga cortina de estrellas
De la desierta ventana:
Hay suspiros en el viento;
Entre las hojas, fragancia;
Entre las luces, sonrisas;
Y tras la reja, una jaula,
Donde un canario amarillo
Preludia, gorjea y canta.

***

Dejando flotar en ella
Un limon de piel dorada,
Detras del ramaje brilla
Una luciente alcarraza;
Fino plato la sostiene,
Rica cubierta la tapa,
Humedécela la brisa,
Le dan las flores guirnalda,
Y á traves del blanco muro
De aquella prision del agua,
Las claras gotas destilan
Leve rocío de lágrimas.
Da á la ventana la noche
Sus misteriosas plegarias;
Los céfiros, sus arrullos;
La luna, manto de plata;
El ruiseñor, armonías;
Los manantiales, romanzas;
Y bajo el friso labrado
Que la defiende y resguarda,
Embozándose en las hojas,
Está la verde persiana
Replegada y recogida
Como las plumas de un ala.

***

Nadie la reja embellece,
Nadie la reja engalana,
Y desierta está la reja
Porque está en la fiesta Laura.
La que contesta á este nombre,
Llena de amor lleva el alma;
Y si Laura es de un Jacinto,
¡Un Jacinto es su Petrarca!
Los dos se quieren y adoran,
Los dos se adoran y aman,
Y tienen los dos sus vidas
Una con otra enlazada.
Ella cifra su ventura
En la risueña ventana,
Cuando la noche la trueca
Nido feliz de dos almas.
Él á la ventana acude,
Y su cerebro se abrasa,
Y su corazon palpita
Cuando allí contempla á Laura.
Ella es alta, y como Ofelia,
Lleva su escultura humana
Hebras de sol en el pelo,
Rosas de Abril en la cara.
Él la sigue por doquiera,

(c) Ministerio de Cultura 2006

Y tiene, entre ciegas ánsias,
Por boca dulces panales,
Con los que tierno le habla.
Cantan los dos solo un himno,
Los dos sola una plegaria,
La del amor, que en sus labios
Adquiere notas de cántiga.
Y están sus vivas pasiones
Tan fuertemente enlazadas,
De tal manera se adoran,
Tan ciegamente se aman,
Que aquellos divinos seres
Tienen, por ley soberana,
¡Un corazon y dos cuerpos!
¡Dos existencias y un alma!

II.

En lo artística y espléndida
No tiene rival Granada:
De encaje son sus mil torres;
De verdes toldos, su Alhambra;
De hermosas flores, su vega;
De limpias hebras, sus aguas;
Sus palacios, de arabescos;
Sus riberas, de esmeralda,
¡Y su Genil es á un tiempo
De luz, de espuma y de plata!

***

Aunque en tí ya no resuenan
Los murmullos de tus zambras,
Áun pienso ver tu recinto,
Granada, dulce Granada,
Con tus regios camarines,
Tus brillantes cimitarras,
Tus turbantes y tus guzlas,
Tus alegres serenatas,
Y tus bellas odaliscas
Dulcemente reclinadas
En lechos de tersa pluma,
De oro, de púrpura y nácar.
Áun pienso ver tus alfanges,
Y tus marlotas de grana,
Y tus pórticos sombríos,
Y tus pebetes de Arabia;
Tus alquiceles lucientes,
Tus cúpulas elevadas,
Tus cotas y tus preseas,
Tus escuadrones y aljabas,
Tus mil pájaros azules
Presos en jaulas doradas,
Tus belicosas contiendas,
Y tus muros, y tus plazas,
Y tus fértiles llanuras,
Y tus yeguas africanas
Tendiendo la crin al viento
En la carrera gallarda.
¡Oh Granada encantadora!
¡Oh deliciosa Granada!
¡La de las dulces leyendas!
¡La de las cruces cristianas!

***

Del Darro junto á la orilla,
Y sobre la arena blanda,
Á la que de verdes hojas
Teje dosel una parra,
Entre bancos y entre sillas,
Que fuertemente se enlazan,
Presa del vago delirio
Que le aturde y embriaga,
El concurso de una fiesta
Bebe, rie, triunfa y baila.

***

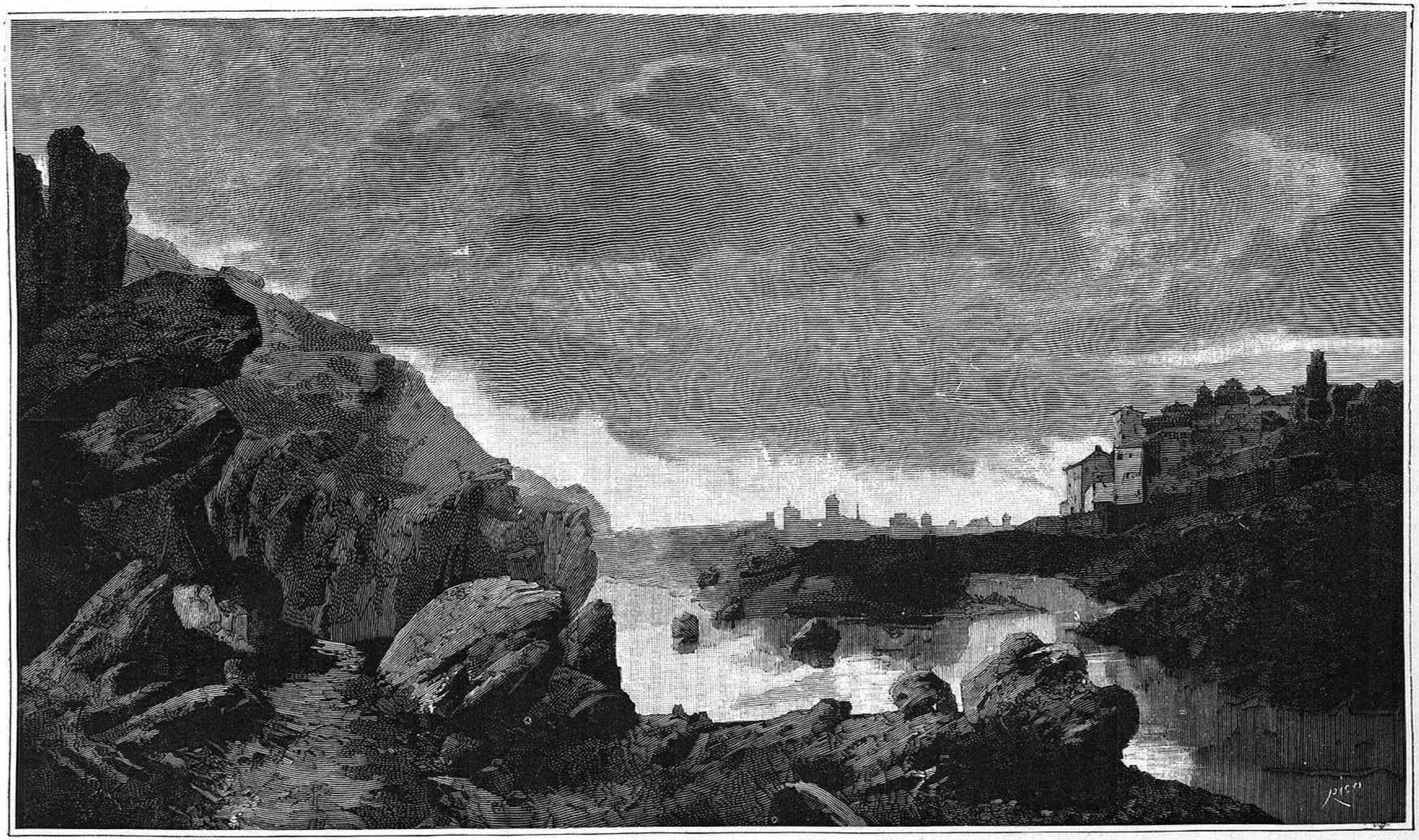
Lanza sus notas al viento
La imprescindible guitarra,
Que pulsa, tañe y rasguea
Un mozo de faz tostada,
En cuyo pecho, que encienden
Las del amor dulces llamas,
Luce y muestra su blancura
Una pechera rizada,
¡Donde una vírgen morena,
Al combinar las puntadas,
Dejó á las hebras prendidos
Anhelos, dudas y ánsias!

Rasga de pronto los aires
Una voz vibrante y clara,
Que entre gorjeos y trinos
Salidos de una garganta,
Lanza esta cópla al ambiente,
Que llevan brisas y ráfagas:

«De la Iberia, Andalucía;
De Andalucía, Granada;
Y de Granada, una reja,
Donde puesta tengo el alma.»

Sólo con palmas primero,
Despues con dichos de gracia,
Y áun no acabada la copla,
Con estruendo y algazara,
Ronco tumulto la fiesta
Entusiasmada levanta,
Que ya aumenta con los sones
Y el chasquido de las cañas,
Ya con los brindis diversos,
Ya con las risas cambiadas,
Hasta que voz argentina,

(c) Ministerio de Cultura 2006



«SILUETA DE TOLEDO.»—(CUADRO DE J. ESPINA.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

Que á un tiempo suspira y canta,
Echa esta copla á los vientos
Entre el tumulto, que para:

«En la reja donde lloro,
Un hombre ha puesto su alma;
Y aquel alma y mis amores
Han hecho nido en las ramas.»

Recia tormenta de gritos,
Y de voces prolongadas,
Y de amorosos lamentos,
Y de sentidas palabras,
Sigue al cantar, acogido
Entre risas mal veladas,
¡Que devoran los cien ecos
De la atmósfera inflamada!

Todos rebosan las copas,
Y á ofrecerlas se preparan
Á la cantora divina
Que es de Jacinto sultana,
Cuando alzándose la diosa
En rico chal embozada,
Del que pende y del que ondula
Fleco de seda naranja,
Mostrando altivo desprecio
En la arrogante mirada
Hácia los vasos lucientes
Con que la obsequian y halagan,
Al són de alegre instrumento
Dice con faz colorada:

«El licor que me deleita
Lo bebo en copa de grana,
Que tiene labios por bordes
Y está de perlas orlada.»

Marcha triunfante la hermosa,
Entre las risas y chanzas,
Hácia la reja indolente
Donde la dicha le embarga,
Y Jacinto, con voz dulce,
Que lentamente se apaga,
Ó que ya vibrante sube,
Ó que dulcemente baja,
Al irse en pos de la bella,
Con honda tristeza canta:

«Por este mar de la vida
Me conduces con tal maña,
Que te mueves, y voy siendo
Estela de tu pisada.»

* * *

Toma incremento la fiesta,
Ruedan botellas y cañas,
Y ondas de luz y sonidos,
Y de entusiasmo se abrazan.
De un salto un gallardo mozo
Sube á la mesa en que irradia
Régia alfombra cristalina
De limpios vasos formada,
Y apoyando en las caderas
Las duras manos cerradas,
Y luciendo en la cintura
Azul y brillante faja,
Baile ruidoso comienza
Dando fuertes taconadas,
Que con oles, y con vivas,
Y con golpes acompañan,
Miéntras que dando más fuego
Y más color á la zambra,
Ya el tocador que puntea
Diestramente la guitarra
Dándole golpes sonoros
Con arte sumo en la tapa;
Ya el confuso clamoreo
De la infantil algarada;
Ya el són de las castañuelas
Que repican los que bailan;
Ya las risas; ya los sones;
Ya el girar de las mudanzas;
Ya el chasquido de las copas,
De reflejos coronadas;
Ya las salvas y los vivas;
Ya los bríndis y las palmas;
Ya de los mil pregoneros
Las voces desordenadas;
Ya el vivo rayo de nieve
Que atraviesa como banda
De los colgantes racimos
Entre las perlas tempranas;
Ya el suspirar de las cuerdas;
Ya el bullir de las palabras;
Ya el acrecer del estruendo;
Ya el ondular de las danzas;
Todo en variacion diversa,
Todo en reñida batalla,
Todo en furioso desórden,
Todo en horrenda algazara,
¡Deleita, excita, enloquece,
Gira, choca, zumba y brama!

III.

Todo ha cambiado; la fiesta
Huyó fugitiva y rauda,
Dejando impreso en el suelo
Laberinto de pisadas.
No se escuchan ni canciones,
Ni bravuras, ni amenazas,
Ni chocar de castañuelas,
Ni bandurrias acordadas,

(c) Ministerio de Cultura 2006

Y solamente á lo léjos
Arrastra el Darro sus aguas,
Fingiendo enorme serpiente
De esplendorosas escamas.

Presa de amores Jacinto,
Muestra en la reja sus ánsias;
Negro congreso la noche,
Para su ruta estrellada;
Hablan callando las ondas;
Corre rumor en las plantas;
Resplandecen las estrellas
En sus escaños de plata;
Llenan pájaros alegres
Las tribunas de las ramas;
La blanca luna preside.....
¡Tiene el Amor la palabra!

***

—¡Infiel! —Jacinto murmura, —
Mujer engañosa y vana,
De mis ternuras la dueña,
De mis afectos la ingrata.
Ayer, cuando de fulgores
Se coronó tu ventana,
Recibiendo los mil besos
De las mil luces del alba;
Cuando amoroso sonido
Nuestros labios separaba,
Y te alejaste á tu lecho
Y yo alejé mis pisadas,
Un hombre vi que espiando
En torno con la mirada,
Detuvo el paso inseguro,
Llegóse á esta reja infausta,
Alzó el tapiz que tejiera
Con flores la pasionaria,
Y ocultando receloso
Entre las hojas la cara,
¡Con álguien pasó aquí mismo
Platicando la alborada!
Dime quién es ese hombre,
Dime quién es si me amas,
Que si fuera el que pretende
Nublar la luz de mi alma,
¡Juro por la sangre mora
Que en mis venas se avasalla,
Que he de pedirle razones
Con el hierro de mi daga!
—¡Malas razones pidiera —
Exclama, gimiendo, Laura, —
El que en tierno desagravio
Debiera á su amante darlas!
No he visto á nadie en la reja,
Y te juro que te engañas
Si tan infiel me supones,
Que te falte á mis palabras.
Cuando ayer vivos colores
Lanzó de su frente el alba
Y vinieron mil reflejos
Á quebrarse en mi ventana;
Cuando amoroso sonido
Nuestros labios separaba
Y yo busqué el blando lecho
Y tú alejaste la planta,
Miéntras que infiel á mi dicha
Tus celos me imaginaban,
Ni culpable, ni traidora,
Yo en el lecho recostada,
Entre amorosos anhelos.....
¡¡Contigo sólo soñaba!!
—¿Quién escucharte procura
Sin ceder y amarte, Laura,
Si en tu voz hay el sonido
De las sedas que se arrastran,
Y el de perlas que rebotan
En luciente porcelana,
Y el de lagos que se rizan,
Y el de pájaros que cantan?
Al oirte, por mi mente
Ruedan en anchas cascadas
Rios de sol que se estrellan
Y en rayos brillantes saltan.
Al escuchar tu suspiro,
La congoja que me embarga,
Ni pensamiento me deja,
Ni sollozo en la garganta.
Mas si advierto tu sonrisa.....
Ante mí giran y vagan
Enjambres de mariposas
Que llevan de luz las alas!
¡Vén, acércate! y de modo
Que de tu voz la plegaria
Forme remanso en mi oido
Ántes de entrar en el alma,
¡Dime si así tú me adoras!
¡¡Dime si así me idolatras!!
—¿Y lo preguntas? Contesten
Mis ojos, que en tí se graban
Orlados á un tiempo mismo
Por el lirio y la escarlata.
¡Sí, te adoro!
—Dilo siempre,
Mil veces dime esa cántiga,
Y tus labios la pronuncien
Como clavel que se rasga;
¡Que tú cantarla, y yo oirla,
Será mi gloria más alta!
¿Me olvidarás?
—¡Nunca! ¿Acaso
Puede olvidar quien bien ama?
—¿Serás firme?
—¡Seré firme!
—¿Como la nube y el agua?
—¡Como la roca y el bronce,
Donde se estrella la bala!
—¿Lo juras?
—¡Por nuestro anhelo,
Por la fe que nos abrasa,

(c) Ministerio de Cultura 2006

Por el cielo que nos mira
Y la cruz que nos ampara!
—Son juramentos arenas
Que el viento las arrebata,
Y el aire, que las reune,
Con fuerza igual las separa.
—No dudes, Jacinto mio,
Que dudando me maltratas,
Y son mis palabras roca
Que no conmueven borrascas
—¿Serás mia?
—Seré tuya.
—¿Y nunca voluble y vana?
—Á serlo contigo, fuera
¡Con mi misma vida ingrata!—
Y así el coloquio prosigue,
Y las manos se entrelazan,
Y los rostros se aproximan,
Y se prenden las miradas,
Y á la sombra de una nube
Brota un rayo de dos llamas,
Se oye un beso entre las flores.....
¡Y la nube brilla y pasa!

°°°

Mas ya abre el alba indecisa
Sus miradores de grana,
Y ardiente palio de fuego
Tiende en la atmósfera vaga;
Rompe el lirio su corola;
Cúbrese el suelo de lágrimas;
Arroja el sol los colores
De su paleta inflamada,
Y de regazos y nidos
Salen voces y plegarias,
Que en espirales subiendo,
Se confunden y dilatan,
¡Siendo á un tiempo el dulce coro
Lánguida orquesta sagrada,
Y eco de todos los ecos
Y arpa de todas las arpas!

°°°

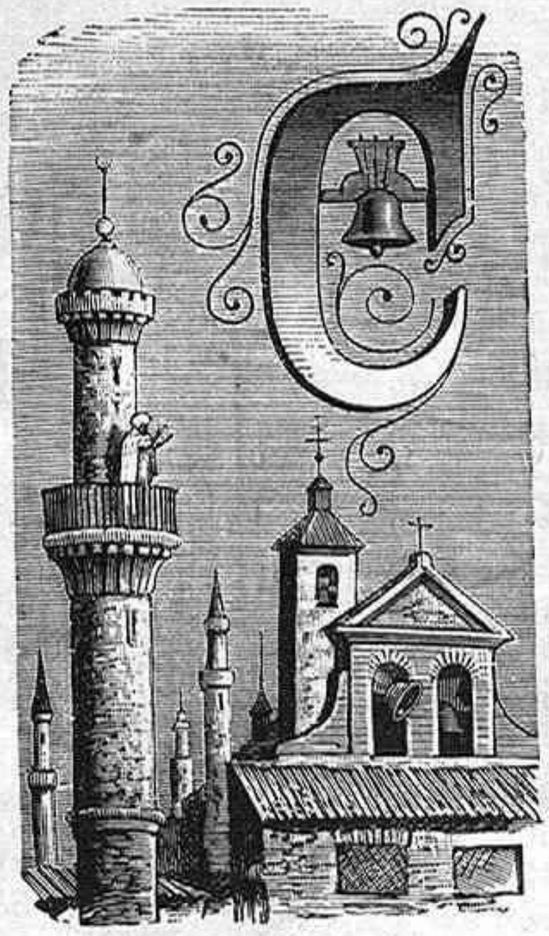
Luégo una mano rugosa,
Que descorre la ventana,
Pone en órden lo que finge
Que derribó duende ó maga;
Limpia cristales y reja;
Riega y enfila las plantas;
Pone al canario de oro
Verdes hojas en la jaula,
Y amortiguando el incendio
Del sol, que invade la estancia,
Telon de dicha, entre flores.....
¡Se desriza la persiana!

SALVADOR RUEDA.

Madrid, 15 de Abril de 1884.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ALMINARES, TORRES Y CAMPANARIOS.



CUANDO recorremos las poblaciones andaluzas, solicitan siempre nuestra atencion las flechas, veletas, agujas y espadañas que decoran de pintoresca manera sus términos y dan á sus perspectivas ese extraño tono de los paisajes japoneses, en los que tanto abundan las torrecillas puntiagudas, alzadas sobre hojarascas vivas y lujuriosas flores.

Ciudades hay en Andalucía que, como he dicho en otra ocasion, tienen tantas torres como lanzas el cuadro de Velazquez, y si el fuego del cielo, como ya lo ha intentado más de una vez, lográra robar á alguna de ellas esas notables preseas que se llaman Giraldas ó Torres del Oro, no habria un solo andaluz que dejára de entonar el *Tibi soli peccavi*, cual si presintiera el comienzo de los dias apocalípticos.

Y no debieron de ser ménos aficionados los árabes y moros andaluces á sus minaretes y alminares, si hemos de juzgar por los repetidos ejemplares de este género de construccion que nos dejaron en Sevilla. El bellísimo alminar de San Márcos, que se conserva íntegro; el de Santa Catalina, que manos inhábiles mutilaron hace poco, y otros muchos, que son todavía gigantes mauritanos con sobrevesta muzárabe, nos revelan palpablemente que la voz de los muezines resonaba al mismo tiempo en todos los ángulos de la ciudad favorita de los príncipes Abbadidas, y que bellos alminares de segundo órden rodeaban, como centinelas de honor, al gran Alminar, admiracion de propios y extraños.

Mas no porque cristianos é infieles mostráran predileccion por alminares y campanarios; no porque el *eclecticismo* mudejar, que se revela tan notablemente en Andalucía, lográra convertir los minaretes en torres y las mezquitas en basílicas cristianas, pudieron jamas avenirse los gustos de unos y otros en lo que á las campanas atañe. Aunque no hubiera venido la mano de los hijos de Hiram á sobreponer á los alminares los campaniles ó cuerpos de arcadas donde se balancean los sagrados bronces, la sola presencia de éstos en cualquier vano de la construccion habria alejado para siempre de sus plataformas la sombra dolorida del Profeta.

Los musulmanes han creido siempre que el tañido de las campanas amedrenta á los espíritus que vagan en el éter y priva á los muertos del reposo eterno; por eso, no sólo no las adoptaron en sus ritos, sino que las permitieron á duras penas en las ciudades conquistadas. Su encono contra esta manifestacion de nuestra liturgia se tradujo en constantes hechos, y más de una vez el ciego almuédano llamó á los fieles musulmanes á la oracion, levantándose sobre un pedestal de campanas mudas y cubiertas de escombros.

Acaso por esto mismo, los campanarios se multiplicaron tan notablemente despues de la Reconquista, acomodándose con verdadero ensañamiento sobre aquellos orgullosos alminares, cubiertos de axaracas, lazerías y profanos balconcillos. Titanes vencidos por la cruz, soportaron, mal de su grado, el resonante bronce, y crujieron conmovidos por sus alegres campanadas.

Para dar una leve idea del terrible pugilato entablado entre musulmanes y cristianos con este motivo, recordarémos que, habiéndose sublevado los almohades contra Almamun de Marruecos en 1228, y pedido éste el auxilio de San Fernando, el santo Rey accedió á su súplica, enviándole un cuerpo de 12.000 guerreros, mas con la imprescindible condicion de que habia de permitir levantar iglesias á los cristianos, establecidos allí desde 1220, *y convocar á los fieles á la oracion por medio de campanas.* En cuanto al ódio inveterado de los árabes á las campanas, bastará citar el hecho de las de Compostela, mandadas traer á Córdoba por Almanzor, á hombros de cautivos cristianos, para fundirlas y hacerlas servir de lámparas bajo las naves de la gran Aljama.

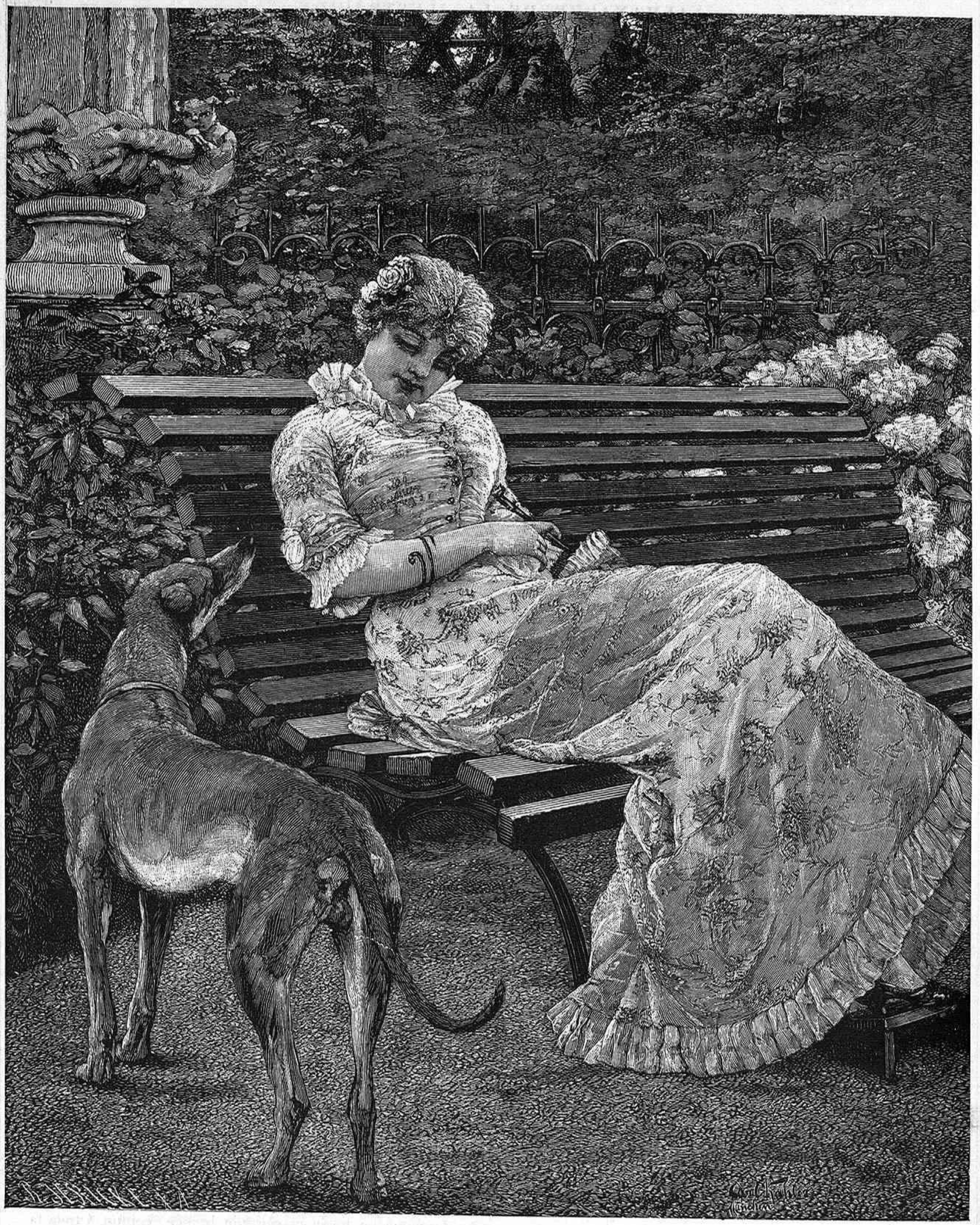
Si estos datos no bastáran para confirmar la idea apuntada más arriba, haria prueba plena el detalle que cita el historiador sevillano Ortiz de Zúñiga, al relatar los preliminares de la entrega de la ciudad del Bétis.

En las condiciones propuestas al santo Rey figuraba una asaz extraña: la autorizacion que habia de concederse para derribar el precioso alminar de la mezquita grande, que más tarde habia de ser ornato y orgullo de la capital de Andalucía. «San Fernando —dice el historiador citado— se disponia á concedérsele, pero su hijo D. Alfonso *el Sabio*, *como artífice en todas las ciencias*, respondió: *Que por un ladrillo solo que le quitasen, los mandaria descabezar á todos.*»

¿Temieron los vencidos que resonáran tambien allí las terribles campanas nazarenas? Es posible: las sombras de las favoritas de Alhamar, que vagaban á la luz de la luna por el calado patio de los Leones, huyeron, segun afirmaba un moro granadino, al escuchar el estridente són de la campana de la Vela.

La poesía arábiga ha consignado en sus rimas este espíritu de repulsion hácia el sagrado bronce, comun á toda la raza mahometana. En una kásida que el poeta embajador

(c) Ministerio de Cultura 2006



«EN EL JARDIN.»

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y A...
MADRID
BIBLIOTECA
...

(c) Ministerio de Cultura 2006

Ibn-ul-Abbar recitó ante el poderoso príncipe de los Hafsidas en 1238, se lee la expresiva lamentacion siguiente:

« Los cristianos, por mofa, nos cambian las mezquitas
en conventos, llevando doquier la destruccion,
y doquiera suceden las campanas malditas
á la voz del almuédano que llama á la oracion » (1).

La ofensa hecha por Almanzor á las iglesias de Santiago tuvo tambien completa revancha. En 1236, el reconquistador de Córdoba devolvió á los compostelanos los bronces sagrados que robára el vencedor de Alarcos, los cuales fueron llevados, á su vez, á hombros de cautivos sarracenos.

Así como el mahometano se estremece de terror y cólera al escuchar el alegre tañido de la campana, el hijo de Occidente se deleita á veces con sus ruidosos volteos, y cae en melancólicos éxtasis, si le despierta el toque del alba ó le sorprende en sus faenas el severo anuncio de la oracion de la tarde.

Recordaré siempre el crescendo de las calendas de San Pedro, tocado con notable arte por los pequeños campaneros de la iglesia de Santa María de Écija, en el mes de Julio. Aquel golpear acompasado, que va aumentando lentamente como rio que sube y sube hasta desbordarse con sonoro estruendo; aquel apianar del bronce, despues de la nota más alta, semejante al trueno que se aleja ó á la bandada de aves canoras que desaparece poco á poco; aquel contraste de golpes de yunque y de suaves latidos, producian en mí tan extraño efecto, que más de una vez me hicieron inclinar la cabeza tristemente, sumiéndome en pensamientos inexplicables y en nebulosas cavilaciones. Las campanas de Santa María de Écija, que han volteado en mi natalicio y han doblado en los funerales de mis padres, tienen para mí tal encanto, que las conoceria en un concierto universal de bronces cristianos: hay algo del fonógrafo en los campanarios de nuestros pueblos: parecen guardar en misteriosas urnas las voces de los seres queridos.

Meditando en este punto he encontrado la clave de las simpatías que generalmente despiertan las campanas. Sabido es que Napoleon I era poco aficionado á los instrumentos músicos; sin embargo, echaba de ménos, en su destierro solitario, el amigo són de la campana de la aldea.

Un párrafo de sus Memorias dice así: « Cuando oia el *Angelus* en los bosques de Saint-Cloud despertaba en mí dulces ensueños. Muchas veces creian los que me acompañaban que meditaba un plan de campaña ó una ley para el imperio, cuando era sencillamente que, descansando en mis pensamientos, me dejaba conducir á las primeras impresiones de mi vida. »

Rambosson, que cita estas palabras del gran ambicioso, halla muy naturales estos poéticos éxtasis; mas ¿quién puede penetrar en las sinuosidades del cerebro humano? ¿quién sabe si el toque del *Angelus* recordaba al Emperador algo más triste y desastroso?

Francesco Fóscari, el célebre dux de Venecia, murió de pena al escuchar el repique de las campanas de San Márcos, que pregonaban la exaltacion de su sucesor; Napoleon, más grande que aquél, no olvidó despues de Waterlóo el clamoreo de las de *Nôtre-Dame* de París.

(1) *Schaw*, traducido por Valera.

Si la campana se insinúa de tal modo en nuestro ánimo, débelo á la propiedad que tiene de unir sus voces á las manifestaciones más trascendentales de la vida, de ser como el pentágrama, donde se escriben las notas comunes de los vivientes. Calendas y láudes, dobles y repiques, glorias y señales de entierro, sucédense en ellas con tal rapidez, que sólo forman una atronadora y colosal armonía: la escala ascendente y descendente de los seres, el incomprensible *potpourri* de la existencia.

Goëthe y Schiller, los dos grandes genios del país de los Nibelungos, rindieron valioso tributo á los bronces vulgarizados por Sabiniano y Paulino de Nola; el primero abrió con los repiques de Pascua una de las más bellas páginas del *Fausto*, y el otro escribió la magnífica cancion de la *Campana*. Lamartine, estremeciéndose al oir el toque de la esquila que habia doblado por sus muertos; Víctor Hugo, deleitándose con Quasimodo, el horrible campanero de Nuestra Señora; Gounod, sorprendiendo las notas íntimas de la oracion de la tarde, nos indican claramente la suma de relaciones desconocidas que hay en esos ecos agudos y penetrantes, que, llevados en ondas sonoras á traves de senderos y breñales, dicen al viajero extraviado que sus hermanos no están léjos; revelan al proscripto que vuelve á su hogar, que áun late allí algo de lo que dejó al partir; avisan al vanidoso, llámese Rancé ó Napoleon, Miguel de Mañara ó Cárlos V, de cómo acaban y fenecen las vanidades de la tierra.

II.

Dice un viajero, tambien poeta, que uno de los espectáculos más bellos del mundo es el de ver ocultarse el sol tras la cúpula de San Pedro. Ese viajero no habia visto, sin duda, columpiarse la luna sobre la estatua de bronce de la Giralda, ni tenderse la sombra del alminar gigantesco sobre los pináculos y arbotantes de la celebrada Catedral de Sevilla.

Así como Roma no sería Roma sin el Vaticano, Sevilla no sería Sevilla sin su Giralda. El gran alminar, que hoy podemos admirar en su pristina belleza, como si se tratára de una de esas huríes eternamente jóvenes, de que nos hablan los sacros suras, es de tal valía, tiene para los sevillanos tan irresistible encanto, que va unido á sus canciones y memorias. Cuando sus campanas se echan á vuelo, la ciudad se estremece de alegría hasta en los cimientos; cuando doblan, una corriente de tristeza pesa en la atmósfera y hace enmudecer hasta á los pájaros de sus naranjales.

Inútil es que os empeñeis en demostrar que la torre de la catedral de Strasburgo es más alta y más perfilada; que la de Rouen es más esbelta y airosa; que las de Bolonia y Pisa la vencen acaso en dificultades arquitectónicas: los andaluces os dirán que donde raya su Giraldilla no raya la flecha de Amiens ni la celebrada aguja de Viena; que donde están sus labores mauritanas y sus graciosos ajimeces, se quedan en mantillas los adornos del celebrado Munster y los tréboles y hojarascas de cuantos campanarios se miran en el santo rio de los grisones.

La apoteósis de la Giralda se halla hecha en todas partes: en los sellos y en los edificios, en las vidrieras del gran templo y hasta en sus propios altares. Ya se ve coronando las

(c) Ministerio de Cultura 2006

portadas entre dos floridos jarrones; ya estampada al pié de las doradas andas; ya sobre los libros santos; ya, en fin, sostenida por aquellas hermosas mártires y patronas, de las cuales dice el pueblo todavía:

Santa Justa y Rufina
Son dos hermanas,
Y las mejores mozas
Que hubo en Triana.

Su graciosa silueta, que domina por todas partes las perspectivas de la ciudad, es familiar á los amantes de las joyas arquitectónicas, á pesar de las omisiones de Dufour y del olvido de Byron. Elevada, severa, vestida con elegantes franjas de axaraca, entre las que descuellan ciento cuarenta columnas, coronadas la mayor parte de primorosos chapiteles latinos-bizantinos, hermoseada por ojivas túmidas y primorosos ajimeces, aseméjase á una esclava oriental, para cuyo adorno se han destinado las ajorcas más ricas y los aderezos más costosos.

La historia, con su prudente ambigüedad, nos dice que comenzaron las obras de la gran torre en 13 de Safar del año 580 de la hegira (1184 de J. C.), y se terminaron en 1196, empleándose acaso, en las magníficas esferas que la coronaban, gran parte del botin alcanzado por Almanzor en la célebre batalla de Alárcos. Antes de soportar el pesado campanil y la colosal estatua de bronce que hoy ostenta, terminábala un cuerpo rectangular cubierto de azulejos y alzado sobre antepechos de almenas dentelladas: así nos la muestran antiguas pinturas y modernas reconstrucciones.

Las crónicas de Alonso X dan los curiosos detalles siguientes del notable monumento:

«Otro sí, en somo adelante a otra torre á la cima, que a ocho brazas, fecha de gran maestría..... Á la cima son cuatro manzanas redondas, una encima de otra, de tan grande obra, é tan grandes que non se podrian hacer otras tales. La de somo es la más pequeña de todas, é luégo la segunda que en ella es, mayor empués; la tercera mayor que la segunda; mas la cuarta manzana nom podemos retraer de hablar de ella, ca es de gran labor, é de tan grande é extraña obra, que es dura cosa de creer; toda obrada de canales, é ellos son doce, et la anchura de cada canal cinco palmos conmunales é cuando la metieron por la villa non pudo caber en la puerta é ovieron quitar las puertas é á ensanchar la entrada: é cuando el sol da en ella resplandece con rayos lucientes mas de una jornada.»

Hoy no brillan esas *extrañas é grandes manzanas;* porque, como si simbolizáran las glorias del Islam, cayeron para siempre, rompiéndose en mil pedazos (1); pero la gigantesca estatua de la Fe, que se divisa á grandes distancias, levanta su pesado lábaro á los cuatro vientos y se yergue triunfadora como la Minerva del Parthenon, bajo este cielo, hermano del de Grecia.

Remontándonos con la imaginacion á la época en que relucian las esferas de la Giralda, y dando por sentado que la célebre torre no fué construida, como quieren algunos, para servir á los musulmanes de observatorio astronómico, sino para minarete de la mezquita que mandó levantar Jussuf de Marruecos, comprenderémos fácilmente el efecto que producirian en los creyentes sevillanos las iluminaciones del Ramadan y las voces del muezzin al declinar la tarde, mediar la noche ó apuntar el alba.

El misterioso encanto de las azalás árabes, recordadas por el muezzin ó almuédano desde el sagrado alminar, resulta del orígen de esta costumbre, que entra, como el de otras muchas prácticas mahometanas, en los dominios de la leyenda.

Cuéntase que, reunidos los discípulos de Mahoma con objeto de deliberar acerca del modo más á propósito de anunciar al pueblo las horas de la oracion, no pudieron entenderse. Las campanas, las trompetas, las banderas y las láminas de metal fueron desechadas porque recordaban los usos profanos de las religiones enemigas, y el caviloso Abdallah se separó del grupo preocupado sériamente. Al llegar á su retiro tuvo una celestial vision: vino á visitarle en sueños un ángel vestido de flotante ropaje verde, y subiéndose al terrado de la casa, dió en alta voz la fórmula de la oracion, que viene repitiéndose desde entónces.

Sabedor Mahoma de lo que habia acontecido á Abdallah, autorizó á uno de ellos para que hiciera el oficio de muezzin siguiendo las indicaciones del ángel color de esperanza. Hé aquí las palabras reveladas:

—¡Dios es altísimo! ¡No hay más Dios que Dios, y Mahoma su profeta!

—¡Venid á la oracion! ¡Venid al templo! ¡Dios es grande! ¡No hay más Dios que Dios!

En la azalá de azohbi, es decir, en la oracion del alba, añade el muezzin:

«—¡La oracion es preferible al sueño! ¡Venid!»

Hoy el tañido de las veinticinco campanas de la Giralda han hecho huir al querubin oriental, que acaso se deleitaba llorando las cuitas de los creyentes en la plataforma de la gran Torre. A las luminarias del Ramadan y las invocaciones del almuédano se han sustituido los gallardetes y las fogatas cristianas; han desaparecido los dentellados antepechos, y si áun se conservan las airosas arcadas, que parecen haberse trazado sobre la sombra de la cadera de alguna hurí paradisiaca, cércanlas pesados balaustres, que ha herido el rayo en los últimos tiempos como si protestára de la profanacion arquitectónica.

Si la Giralda ha perdido el muezzin, posee, en cambio, otros encantos no ménos dignos de memoria. El que haya ascendido por sus treinta y tres suaves rampas, y podido soportar con ánimo sereno las peripecias de un repique general en el cuerpo de campanas, podrá comprender tan sólo lo que son los soberbios bronces que tienen la mision de llevar á los cuatro puntos cardinales de la ciudad las alegrías y las tristezas de las solemnidades cristianas. A ningunos mejor que é ellos puede aplicarse aquel antiguo epígrafe latino grabado sobre el borde de muchos de estos instrumentos de percusion:

Laudo Deum verum: populum voco:
congrego clerum: defunctum ploro: pestem fugo: festa decoro.

Las campanas de la Giralda alaban á Dios, llaman al pueblo, congregan al clero, lloran por los difuntos y decoran nuestras fiestas, de manera más acordada y perfecta que cuantas se conservan en España. Hasta hay quien asegura

(1) Á consecuencia del terremoto de 1395, roto el espigon de hierro en que estaban sujetos, vinieron á tierra, haciéndose mil pedazos.

(c) Ministerio de Cultura 2006

que puede hacerse la misma afirmacion en lo que se refiere á la frase *pestem fugo :* cosa que sería mucho más difícil de probar.

Se citan torres que cuentan con mayor número de campanas que la Giralda : en la de Brujas, por ejemplo, pueden señalarse cuarenta y ocho, y los antiguos carillones ó juegos de campanas armónicas de Dunkerque, Malinas y San Quintin no poseen ménos seguramente. No creo, sin embargo, que puedan vencer éstas á aquéllas en variedad y armonía, porque sabido es que el carillon da siempre el mismo toque, á pesar de usarse pedal y teclado. Las campanas de la Giralda, ya se tañan á martillo, como las seis que se hallan suspendidas bajo la bóveda interior, ya se echen á vuelo, como las que se balancean en las cuatro caras del notable gigante mauritano, se combinan indefinidamente y producen toques apropiados á cada festividad religiosa.

Rety decia, refiriéndose á las campanas de la catedral de Lyon : «Ninguna iglesia ha conservado tan fielmente como ella la tradicion religiosa respecto á las campanas. Allí cada vuelo, cada toque, cada doble, obedece á un pensamiento. Prestando oido á esas expresivas notas, el cristiano comprende si debe dar gracias á Dios por alguna victoria, ó contar las postreras pulsaciones de un moribundo, ó rezar por un muerto.»

Estas frases pueden aplicarse á todos los campanarios de Andalucía, y muy especialmente á las campanas de la Giralda. Los que las tañen os dirán por qué debe ser dulce y melancólico el toque del *Angelus*, y de qué modo quiso Gregorio IX que resonára el bronce al alzarse la divina forma.

Nada más notable que los campaneros de la catedral de Sevilla. A un conocimiento profundo del ritual y de la tradicion, reunen un valor heroico y un atrevimiento á toda prueba.

En los dias de repique general sostienen una verdadera lucha con las campanas y no cesan de hacer prodigios hasta dominar completamente á estas vocingleras reinas de las alturas. Apagan sus voces á fuerza de imprimirles rápidos movimientos, las detienen en sus vertiginosos volteos, sirviéndose de las cuñas y de las cuerdas, logran armonizarlas admirablemente, sin necesidad de disponer de los gigantescos teclados y pedales propios del carillon, y verifican un juego peligrosísimo, que consiste en alzarse hasta el arco con el atronador instrumento, colocar un pié sobre su cabeza de madera, á trueque de balancearse en el abismo, y permanecer algunos segundos en esta peligrosa y difícil posicion, como si fuesen Perseos ó Arcángeles vengadores, encaramados triunfalmente sobre el lomo de su monstruo humillado.

Siempre que he recorrido las hermosas páginas de *Nuestra Señora de París*, libro que guarda la savia de las inspiraciones juveniles de Víctor Hugo, he recordado los campaneros de la Giralda. Aquel Quasimodo, pegado, como la esponja á la roca, á los bronces y á las arcadas de *Nôtre Dame*, tuvo tal vez existencia real en el titan mauritano que llamamos Giralda; vagó acaso por las azoteas pobladas de esfinges y endriagos de nuestra catedral; vió á la Esmeralda peinar su abundosa cabellera en las márgenes del Bétis.

Con efecto, en ninguna parte se registran con más frecuencia esos atrevimientos originales, que muestran al vivo nuestro carácter apasionado y retador, que se complace en desafiar el peligro, sólo por ser tal, y sin esperar ulteriores recompensas. Las victorias de los campaneros, siempre solicitados por el abismo, son esencialmente españolas y pueden ser tan dignas de Quasimodo como de Gil Blas ó Don Quijote.

Hé aquí la prueba.

Cuenta Fray Bartolomé de las Casas (1) que con ocasion de hallarse visitando la célebre torre de la catedral de Sevilla la reina Doña Isabel la Católica, realizóse un hecho digno de relatarse. Un hidalgo llamado Alonso de Ojeda, queriendo dar muestras de su valor y gallardía, y probar que era digno émulo de los Garci-Perez y Pulgares, «subióse á una gran viga que se proyectaba unos veinte piés fuera de la Giralda, á doscientos cincuenta piés del suelo y que habia servido para izar una campana, y andando con gentil desembarazo por ella y llegando á su extremidad, levantó una pierna al aire y girando rápidamente sobre la otra, arrojó una manzana por alto y volvió hácia la torre con la misma desenvoltura, pruebas todas, dice el historiador citado, de impavidez é inmensa fuerza muscular.»

Este hecho, que no puede ponerse en duda despues de haber asistido á los repiques de la Giralda, prueba que el Alonso de Ojeda fué, ó pudo ser, un hidalgo cámpanero, que si no encajó entre las calderas y los roeles de su escudo una esquila ó una manzana de plata, fué sin duda porque, ántes de él, habria verificado la peligrosa operacion algun Cortadillo descamisado.

III.

Las primeras noticias históricas que tenemos de alminares y campanarios se remontan respectivamente al siglo sétimo. La mezquita de Damas, mandada construir por el califa Abd-el-Malek en la sétima centuria, ostentaba ya un primoroso alminar, y en la propia época, la basílica de Saint Etienne tenia bronces de grandes dimensiones en su campanario. Si los arquitectos bizantinos, como quieren algunos sabios arqueólogos, tuvieron parte en la ereccion de los alminares de Oriente y Occidente, ó los alarifes mauritanos, como quieren otros, trajeron á Andalucía esta forma de torres, despues de la venida á España de los rudos Almohades, cosa es que no me he atrevido á dilucidar; sólo sí debe tenerse en cuenta que en África abundan alminares semejantes á los de Sevilla, y que la torre de San Márcos de Venecia y otras no ménos celebradas de Italia tienen grandes analogías con nuestra Giralda.

Las campanas se vulgarizan *en la Campanía* con las prescripciones de San Paulino de Nola, y en toda la cristiandad con las disposiciones del papa Sabiniano, que rigió la Iglesia en los comienzos del siglo VII; sin embargo, ya en el VI eran usadas, como se desprende de un antiguo códice que trata de la vida de San Colombiano. En Oriente parece que fueron puestas en alto por vez primera hácia el siglo IX: Orso, dux de Venecia, regaló al emperador Miguel doce campanas, que debieron ser notables, supuesto que se fa-

(1) Citado por el actual cronista de Sevilla.

(c) Ministerio de Cultura 2006

bricó el campanario de Santa Sofía expresamente para ellas.

En 1494 resonaron por primera vez en América; es decir, hicieron su entrada triunfal en la isla de Santo Domingo

«DIA DE CAMPO.»

con el célebre fray Boil, llamado el primer apóstol del Nuevo Mundo.

Las campanas se han insinuado en el ánimo del pueblo porque han asistido á sus tristezas y á sus alegrías, á sus dolores y á sus placeres. Su voz, ora atronadora y vibrante, ora grave y solemne, ora vengadora y bravía, le han acompañado en sus éxtasis y en sus convulsiones, ha llorado ó cantado con él; más que bronces solitarios levantados sobre el haz de la tierra, las campanas han sido siempre sus alegres amigas ó sus cariñosas plañideras.

Hay entre nuestros romances uno que pregona bien á las claras cómo responde el campanario á las alegrías y tristezas populares. Es aquel que comienza así:

Á los piés de don Enrique
Yace muerto el rey don Pedro,
Más que por su valentía,
Por voluntad de los cielos.
Al levantar el puñal,
El pié le puso en el cuello,
Que, áun asi, no está seguro
De aquel invencible cuerpo.
Los ejércitos movidos
Á compasion y contento,
Mezclados unos con otros
Corren á ver el suceso.
Y los de Enrique
Cantan, REPICAN y gritan:
¡Viva Enrique!
Y los de Pedro
¡Clamorean, DOBLAN, lloran
Su Rey muerto!!

La familiaridad de las campanas con los hombres de la Edad Media se revela en la participacion que parecian tomar hasta en los hechos más vulgares de la existencia. Ayudaban al parto de las mujeres, ahuyentaban la peste y las tempestades, limpiaban la atmósfera de malos espíritus y anunciaban la muerte de los enfermos, resonando por sí mismas.

Chateaubriand tenía razon cuando decia: «Si al tiempo de la siega y al rayar el alba se oye, con el canto de la cogujada, el grato repique de las campanas de nuestras aldeas, nos parece que el ángel de las mieses, para despertar á los trabajadores, suspira en algun instrumento hebreo la historia de Sófora ó de Noemi. Tanto esa campana, *agitada por los fantasmas* de la antigua capilla de la selva, como la que para alejar la tempestad echa á vuelo en nuestros campos un religioso temor, ó se tañe en los puertos de mar para dirigir al piloto á traves de las brumas, tienen en sus confusos rumores sus encantos y maravillas. ¡Todavía se erizan los cabellos al recordar aquellos dias de incendio y de muerte en que la campana resonaba con el lúgubre toque de alarma.»

Un poeta moderno ha dicho tambien, interpretando fielmente el sentir popular:

(c) Ministerio de Cultura 2006

Un amigo voy buscando
Que consuele mi desgracia;
Allá en la torre vecina
Toca á muerto la campana.
Toca á muerto la campana
Y será mi amiga siempre,
Porque no hay mejor amigo
Que el que recuerda la muerte.

Hay en Écija tal número de campanarios, que bien puede permitírseme la metáfora usada al comenzar este apunte: vistos desde léjos parecen un bosque de lanzas. El pueblo tiene predileccion por ellos, y si la piqueta revolucionaria ó la mano del tiempo ha herido torres como la de los Jerónimos del Valle, ó espadañas como la del Espíritu Santo, restan aún tantas, airosas, delicadas y bellas, que, á ser posible trasladarlas de un punto á otro, podria bordarse la provincia con sus veletas.

Allí, como en toda Andalucía, y acaso más que en parte alguna, tuvieron las campanas su imperio desde el reinado de los Reyes Católicos, y bien puede asegurarse que Mendizábal sacó de Écija en 1837 más quintales de bronce que del resto de la region andaluza. Hoy se conservan aún campanas, como la de la iglesia parroquial de Santa Cruz, que pesan 2.600 kilógramos.

Las torres de planta romana y de proporciones majestuosas son muchas; pero lo verdaderamente típico y original son las espadañas y campanarios de sus conventos, ora adornados de azulejos brillantes, ora cubiertos de labores platerescas, ora cercados de primorosas mirillas, semejantes á paños de ligero tul, tras cuyos labrados hierros descúbrense las siluetas de las novicias campaneras, como fantásticas apariciones que tienen por fondo el azulado celaje.

Corrian, y áun se conservan en Sevilla, picantes diálogos en que intervenian las campanas; en Écija sucedió otro tanto, aunque el sentido de éstos, que no eran más que inconscientes ensayos de onomatopeya, fué más cándido y pudoroso.

Las monjas Marroquíes (1) y las Florentinas tienen en sus campanarios sonoras esquilillas, que repican locamente á las oraciones; algunos chicuelos dicen al oirlas:

Las monjas Marroquíes
Son, son, son
Como alelíes.
Las monjas Florentinas
Son, son, son
Como clavellinas.

Debo á un episodio en extremo sencillo, aunque hasta cierto punto romántico, el recuerdo de estos alardes de onomatopeya popular, inspirados en el clamoreo de las esquilas de dos de los más celebrados conventos de monjas de Écija.

Contaba yo apénas doce años, y solia pasar las tardes en el terrado de mi casa paterna, desde el cual se divisaban perfectamente los campanarios citados. Dos azoteas vecinas alzábanse á uno y otro lado, y casi á la misma altura, dominando, como la mia, los tejados y los miradores próximos: la una era ámplia, decorada, ostentosa, llena de porcelanas y flores; la otra, estrecha, humilde, comida de verdina, luciendo tan sólo algunos planteles de alelíes y varios tiestos de albahaca.

(1) Así son llamadas vulgarmente las del hábito de la Concepcion.

En la una jugaba, casi todas las tardes, cierta niña de mi misma edad, rosada, fresca, mórbida, semejante á una de aquellas clavellinas rojas de los maceteros del terrado; en la otra miraba á todas horas las musarañas mi vecina número dos, niña tambien de pocos años, pálida, marchita, escuálida, que se parecia como una flor á otra flor á los alelíes de los desboquillados tiestos que lucian á veces en la balaustrada.

Cuando mis árduas ocupaciones vespertinas —remontar mi cometa y dar de comer á mis palomas— me permitian dirigir la palabra á las vecinas, siempre solia conversar con la de la azotea de los maceteros; ésta, no sólo me agradaba más por su cara, sino tambien por sus ropas. En efecto, Carmela, como niña rica, lucia botitas de charol, medias de seda y telas tomadas de encajes; miéntras Julia, como menestralilla pobre, sólo usaba zapato de becerro, medias de algodon y vestidos de percal, no siempre desprovistos de desgarrones.

Las tardes en que no subia al terrado Carmela, mi reina en miniatura, *dignábame* yo bromear con Julia, á quien agradaban mucho mis menores atenciones; sin embargo, no dejé escapar por ella, ni una sola vez, la tramilla de mi pandero ni la paloma más querida.

Pocas veces nos reuniamos los tres, áun cuando era cosa fácil pasar de azotea á azotea, salvando las ligeras separaciones de ladrillo; sólo una hermosa tarde de Abril, en la que llovia con sol, como suele acontecer con frecuencia en Andalucía, nos agrupamos para guarecernos del agua bajo el tejadillo de madera de mi palomar, entreteniéndonos en cantar á coro la siguiente coplilla, que saben de memoria todos los chicuelos andaluces:

¡Agua Dios, que viene Mayo!
Que se moje el campanario;
Salga una, salgan dos,
Salga la Madre de Dios
En un caballito blanco,
Paseando todo el campo.
Campo chiquito,
Verde y con sol;
Repique, repique
La iglesia mayor.

Desde aquella tarde, Julia, notando los cuidados que yo prodigaba á Carmela, se puso grave y séria conmigo hasta un punto maravilloso, y como elogiára, ántes de separarme de ella, los encendidos colores de la aristócrata, frotóse cándidamente las mejillas con una rosa, hasta deshojarla por completo, y me dijo, usando de cierto tonillo duro y presuntuoso:

—¡Si yo fuera rica, estaria colorada como ella!.....

Omito detalles, que serian insignificantes, dada la escasa importancia de este relato infantil; yo logré ser el novio de Carmela, y Julia lloró largamente.

Un dia, que esperaba á mi diminuta adorada, hallé en la azotea á Julia, que me preguntó, clavando en mi rostro sus grandes ojos azules:

—Las monjas Florentinas son como las clavellinas, ¿no es cierto?

—¡Y las Marroquíes, como alelíes!—añadí yo, terminando el cándido juego de onomatopeya.

—¡Pues bien—dijo—yo seré la clavellina de aquel campanario!.....

(c) Ministerio de Cultura 2006

En estas palabras, como he podido adivinar despues, encerrábase un delicado simbolismo: el campanario de las Florentinas se alzaba al lado de las azoteas de Carmela, como al lado de la de aquélla el de la Concepcion; ademas, los alfajores, que tan bien hacen las primeras, eran el dulce favorito de Julia, miéntras que los bizcochos celebrados de las Marroquíes hacian la delicia de la caprichosa Carmela.

Estoy seguro de que pensé preguntar á la pobre Julia lo que me queria decir con aquellas palabras; pero asomaba al otro lado de la azotea la picaresca y bien peinada cabeza de Cármen, y me fuí á contarle cuentos de pescadores y princesas.

Dejamos de ver á Julia várias tardes. Esto no era extraño: la niña sufria fiebres pertinaces, que la obligaban á guardar cama semanas enteras.

Una tarde de Mayo, charlábamos Carmela y yo como pájaros, cuando sentimos resonar de modo extraño una campana próxima. Llamándonos la atencion el que las madres subieran tan pronto al campanario á preparar el toque de oraciones, dirigimos la vista á la torrecilla triangular, bañada aún por el sol poniente, y ¡cuál no sería nuestra sorpresa al reconocer á Julia, cubierta con sus arreos de novicia y convertida en florentina campanera!

Carmela agitó su pañuelo, y mi antigua vecina correspondió á aquel saludo, llevándose el suyo al corazon y á los ojos: cuando yo le hice señas con el mio, me pareció que se habia cubierto el rostro con las manos. Siete dias tan sólo turbaron nuestras infantiles pláticas las esquilas del campanario de las Florentinas, que golpeaba Julia dulcemente. Sin duda, como otras muchas, tenían extraña virtud aquellas campanas.

Carmelita tuvo que vestirse de largo aquella misma semana, y partió alegre y dichosa para la córte á pasar una eterna temporada con su aristocrática familia: cuando volvió se hallaba en relaciones con cierto pariente suyo, más feo que rico, y más entrado en años que en malicias, y no se acordaba ya de mí.

Es verdad que tenía coche y matrimonio en perspectiva.

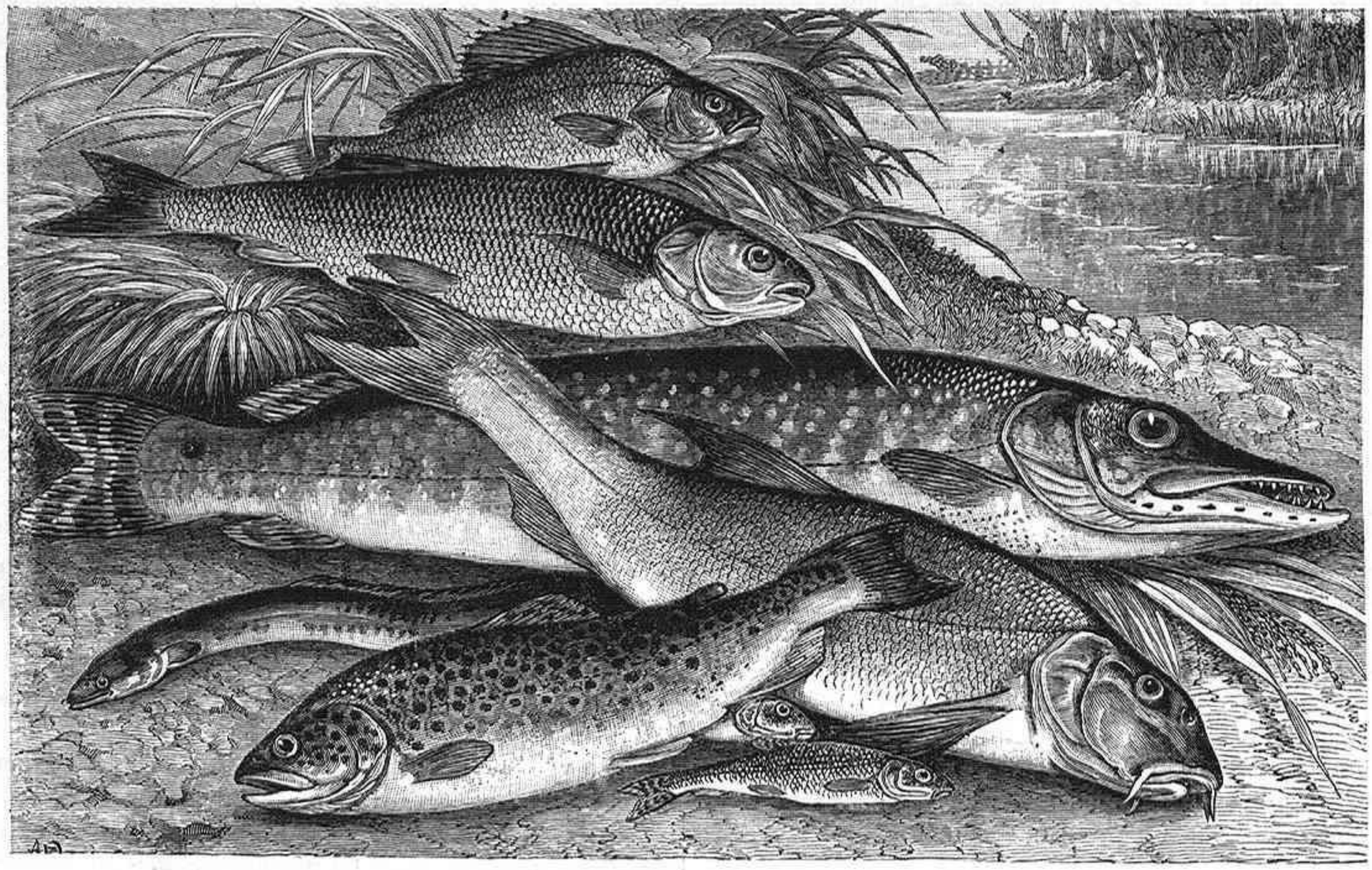
Desde entónces tomé, no sé por qué, ojeriza á las cometas, á las azoteas y á las campanas, y me consolé del olvido de Cármen comprando un perro perdiguero y una escopeta. El perro se llamaba *Leal* y se encargó de desplumar á aquellas de mis palomas que no cayeron en las trampas de los palomares vecinos.

Pocos meses despues, en una apacible tarde de otoño, oí doblar las campanas del convento de Julia. Al propio tiempo, en el piano de la casa próxima, una voz fresca y juvenil, acaso la de Carmela—que áun no habia doblado el cuello al santo nudo—cantaba esta conocida malagueña:

Si oyes doblar las campanas,
No preguntes quién ha muerto,
Que te lo habrá de decir
Tu propio remordimiento.

Subí á la azotea, arrastrado por la irresistible fuerza de lo inconsciente y miré hácia el convento de las Florentinas. El resplandor de algunos cirios iluminaba el grupo de cipreses y el ángulo del patio que desde mi terrado se descubria, y allá en lo alto, en la graciosa espadaña, una madre rechoncha, antipática y nariguda tocaba con aire descompuesto las campanas.

BENITO MÁS Y PRAT.



PECES DEL TÁMESIS

(c) Ministerio de Cultura 2006

¿CAEN PIEDRAS DEL CIELO?

CIERTAMENTE que sí, y ya los antiguos comenzaron á entrever esta verdad, como lo demuestra el hecho de que Plutarco y Plinio hagan mencion de una piedra de colosal tamaño que cayó en la Tracia, en donde se conservó largo tiempo, y que, en opinion de Anaxágoras, fué desprendida de un astro. Las historias de los pueblos están llenas de hechos análogos, pues aparte de la lluvia de piedras que destruyó á los enemigos de Josué, de que nos hablan los Libros Santos, Tito Livio cita muchas, entre otras, la que cayó sobre el monte Albino, y en los *Comentarios* de César se lee que «en el mes de Febrero, hácia la segunda vigilia de la noche, se elevó repentinamente una nube negra y siguióse una lluvia de piedras.» En Alsacia se conserva memoria de una piedra que cayó en 1492 y pesaba 300 libras; y en la Provenza cayó, en 1636, otra más pequeña, en estado de incandescencia. En nuestro siglo ha sido hasta tal punto evidenciado el orígen extraterrestre de estos cuerpos, designados con el nombre de *meteoritos* ó *uranolitos* desde que yacen en el suelo, y de *bólidos* en tanto que recorren el espacio, que no es posible en modo alguno ponerlo en duda.

Desde que el naturalista aleman Chladni estableció, en 1794, una teoría racional sobre este orígen, el asunto ha ido llamando más y más la atencion, por el interes que entraña bajo el punto de vista geológico y astronómico, comprendiéndose desde luégo cuánta luz puede arrojar en el estudio de la constitucion del Universo el análisis de estos mensajeros de los espacios celestes. Ellos son, en efecto, los únicos eslabones que nos hacen tangible la misteriosa cadena que enlaza nuestra Tierra y nuestro Sol con otras tierras y otros soles sumergidos en las profundidades del éter, y el único elemento de prueba que permite elevar las deducciones del análisis espectral, del órden de la analogía al de la certidumbre casi matemática. Y no son hechos en exíguo número, ni ocurridos en determinados tiempos, ni en un lugar circunscrito del globo los que han dado argumentos á la teoría y peso á esta certidumbre, sino numerosos y diversos, en todas las épocas del año y en todas las latitudes, abriendo así en el gran libro del Cósmos un capítulo extenso, nuevo y fundamental, que lleva el nombre de *Geología sidérea.*

Todas las caidas de piedras ofrecen una serie de fenómenos comunes. Un cuerpo luminoso que aparece de súbito en las alturas, se desliza con rapidez vertiginosa y estalla durante su carrera, dando lugar á una fuerte detonacion y á un enjambre de puntos incandescentes que se proyectan en todas direcciones y cuyo paso suele revelarse por un silbido por efecto de la violencia con que hienden el aire. Hé aquí la fácies general del fenómeno. La luz ha llegado á hacerse visible en pleno dia, y no es raro el caso en que ha eclipsado á la de la Luna, por más que de ordinario la vivacidad es menor, aunque siempre muy apreciable. Bien se deja entender que la detonacion ocurre en el momento mismo en que el bólido estalla, no oyéndose, sin embargo, sino mucho despues, á causa del tiempo que el sonido necesita para propagarse, como sucede con el rayo y el trueno, los cuales, no obstante de ser simultáneos, parecen producirse sucesivamente y con intervalo tanto mayor cuanto más léjos se halla la tormenta; su intensidad ha sido comparada á un cañonazo, y áun al trueno, segun la distancia á que se percibe, citándose más de un ejemplo de que la caida de un mismo meteorito ha ido acompañada de muchas detonaciones.

El color de la luz suele ser blanco verdoso ó amarillento y áun el rojo encendido. Su vivo resplandor, y la produccion del fenómeno en las altas regiones de la atmósfera, explican su visibilidad desde puntos muy distantes. El bólido de que provino la célebre caida de piedras acontecida en Orgueil, departamento de Tarn-et-Garonne, en Francia, el 14 de Mayo de 1864, fué visto desde Gisors, departamento de Eure, á más de 500 kilómetros de distancia, y el estruendo que la acompañó percibido en muchas leguas á la redonda. Su aparicion fué observada desde Santander, recorriendo del Oeste al Este su trayectoria, con una velocidad de 20 kilómetros por segundo, hasta el punto de Francia en que se hizo pedazos. Su altura se ha calculado ser de 100 kilómetros cuando pasó por encima de Nérac, y de 25 á 30 en el momento de la explosion. El bólido que en la noche del 1 al 2 de Enero de 1862 cruzó por el horizonte de Onda (Castellon), visto por algunas personas de la poblacion, y cuya marcha tuve la fortuna de observar, tenía un diámetro aparente como un tercio del de la Luna y despedia una vivísima luz de color blanco verdoso; describió una trayectoria rectilínea, estalló poco ántes de quedar ocultado por los montes lejanos que limitan el horizonte hácia el S. O., y cinco minutos despues se oyeron fuertes detonaciones parecidas á cañonazos.

La luz de los bólidos procede de la elevada temperatura que se desarrolla durante su carrera á traves de la atmósfera. Animados de una velocidad enorme, comprimen en grado sumo la masa de aire con que van tropezando, se calientan por efecto de esta compresion y resultan luminosos; ni más ni ménos que lo que sucede en la experiencia llamada del *eslabon neumático*, clásica en las cátedras de Física, que consiste en comprimir rápida y fuertemente, por medio de un émbolo, el aire contenido en un recipiente cilíndrico, en cuyo fondo se coloca una sustancia fácilmente combustible, como la yesca, la cual se inflama en el momento de la compresion. Es verdaderamente inconcebible el extraordinario

(c) Ministerio de Cultura 2006

calor desarrollado en la marcha del bólido á traves del aire; baste decir que, segun los cálculos de Hirn, el más insigne entre los geómetras de nuestros dias, en un bólido animado de una velocidad de 30 kilómetros por segundo, la elevacion de temperatura llega á ser de 3.400 grados centígrados, ó sea vez y media mayor que la obtenida en los hornos más potentes. La reaccion que las capas comprimidas y calentadas ejercen, á su vez, contra el bólido, explica por qué los fragmentos en que éste se divide despues del estallido caen al suelo con una velocidad incomparablemente menor que la suya; es, en resúmen, un efecto de fuerzas encontradas, que amortigua la velocidad propia del fragmento en su mismo orígen, ó la anula por completo, desde cuyo momento se halla éste sensiblemente en las condiciones que una simple piedra abandonada á su propio peso desde un punto elevado.

De la abundancia de piedras procedentes de un solo bólido puede juzgarse con saber que el de Orgueil sembró sus restos en un espacio oval de 20 kilómetros en su mayor dimension, segun ha podido averiguarse por la situacion de sesenta localidades en donde se han hallado aquéllos. De otra caida no ménos célebre, que tuvo lugar en 1803 en Laigle, departamento del Orne, se han recogido cerca de 3.000 meteoritos, y en más crecido número y en espacio mucho mayor de la que ha ocurrido el 30 de Enero de 1868 en las cercanías de Pultusk; en Polonia. Esta abundancia de fragmentos procedentes de una sola caida no es ménos notable que la de meteoritos de distintas procedencias coleccionados ya en los museos de Europa y de América; el de París posee una de las más ricas colecciones del mundo, debida, en gran parte, al celo desplegado por el eminente geólogo M. Daubrée, quien ha hecho el asunto objeto predilecto de sus estudios, y á cuyo cargo se halla esta seccion de la Historia Natural, por corresponder á su cátedra de Geología en el mismo Museo. Su coleccion comprendia, á principios del año próximo pasado, representantes de 307 caidas, cuyo peso ascendia á 2 131 kilógramos. De la caida de Pultusk posee nada ménos que 950 ejemplares intactos.

El peso, las dimensiones, la composicion y el aspecto de los uranolitos son muy variables. Entre los más pesados se citan los que proceden de Santa Catalina, en el Brasil, y de Charcas (Méjico), constituidos por hierro puro, y cuyos pesos son, respectivamente, 2.250 y 800 kilógramos. Otro ejemplar encontrado en el Brasil tiene de volúmen cerca de un metro cúbico y un peso de 7.000 kilógramos. Estos ejemplares son, en verdad, extraordinarios, pues lo más frecuente es que el peso no exceda de algunos kilos, sobre todo en aquellos en que el hierro no es la sustancia predominante. Entre los de menor dimension figuran los de la caida que tuvo lugar cerca de Upsala, en Suecia, el 1.º de Enero de 1869, encontrados sobre la capa de nieve que cubria el terreno, circunstancia que permitió recoger pequeñísimos fragmentos, del peso de un decígramo y hasta de seis centígramos. El no existir meteoritos de gran tamaño es, por lo demas, una consecuencia muy natural de su modo de formacion, pues sería, en efecto, poco compatible la existencia de grandes fragmentos con la formidable explosion del bólido.

El análisis químico de los meteoritos ha puesto de manifiesto que en su composicion no intervienen otros elementos que los que nos son conocidos y, por decirlo así, familiares, ó que tocamos y comemos á cada paso, clasificándose en cinco tipos perfectamente distintos, con arreglo á la abundancia relativa del hierro en estado metálico. Estos cinco tipos, establecidos por Daubrée, se reparten, segun el mismo geólogo, en dos grandes grupos, todo lo cual se expresa en el adjunto cuadro:

SIDERITOS. Contienen hierro en estado metálico.....	Carecen de materias pétreas....	.....	*Holosíderos.*
	Contienen hierro y materias pétreas.....	El hierro se presenta en forma de masa contínua.....	*Sisíderos.*
		El hierro se presenta en granos diseminados..	*Esporadosíderos.*
ASIDERITOS. No contienen hierro en estado metálico.....	.....	.....	*Asíderos.*

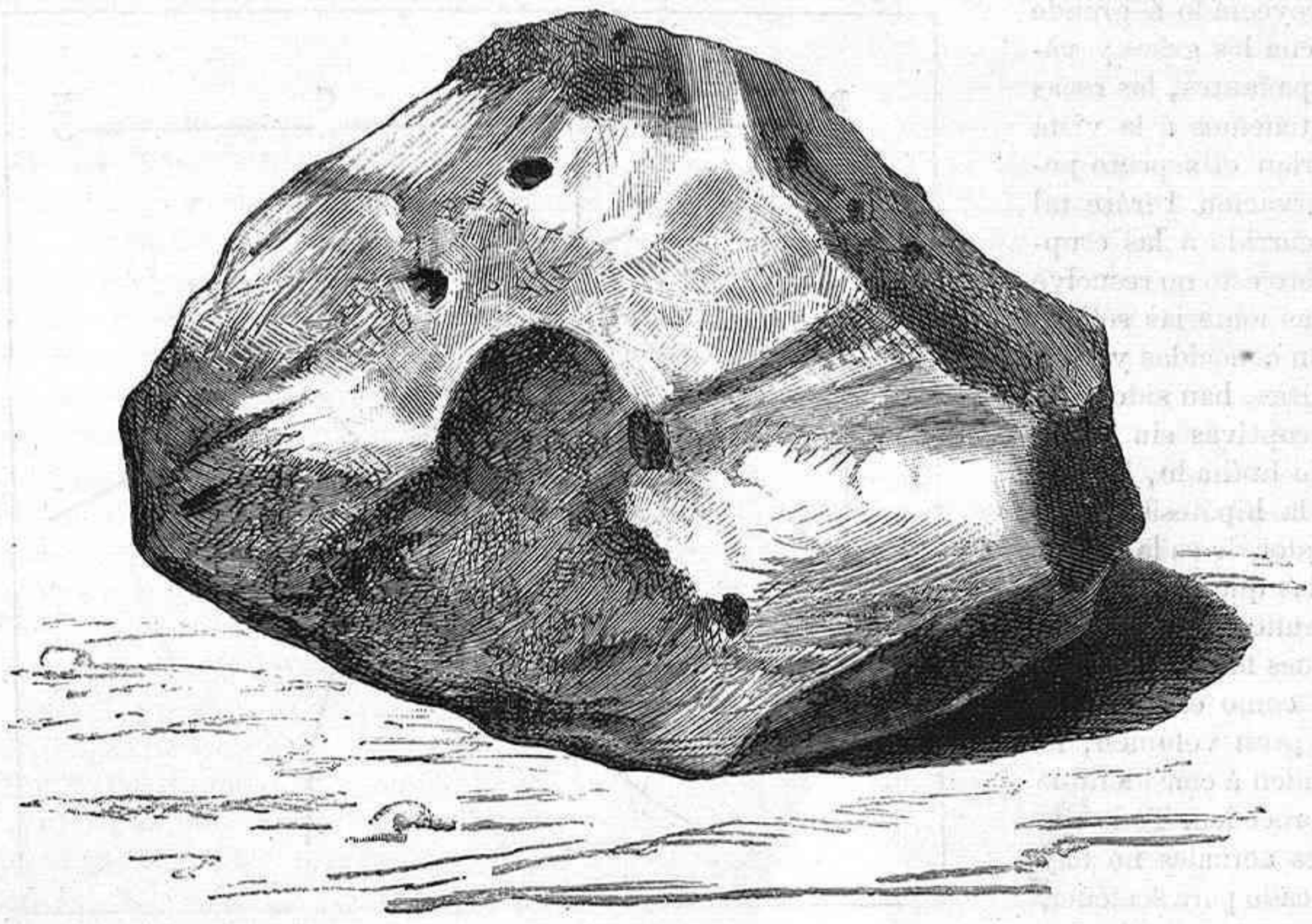
Estas divisiones han de ser, como es fácil observar, forzosamente artificiales, porque los materiales clasificados no permiten una rigurosa especificacion, no respondiendo, por consiguiente, á otro objeto que á facilitar el estudio.

Entre la clase de los holosíderos, formados casi en totalidad de hierro puro, llamado *meteórico*, y la de los asíderos, en que el metal libre apénas interviene, hay una serie de transiciones, en que descuellan tipos completamente análogos á ciertas rocas terrestres, por constar de los mismos minerales, y de ahí la razon que justifica el nombre de *piedras* con que de tiempo inmemorial se conocen. En los sisíderos el hierro se presenta como esponjado, con las cavidades llenas de materias térreas, donde abunda el mineral llamado *peridoto*. Los esporadosíderos suelen ofrecer superficies lustrosas y áun francamente brillantes, el aspecto de su rotura es muy semejante al de la roca llamada *traquita*, especie vecina del basalto antiguo, y en su composicion entran el peridoto mezclado con el piroxeno, y tambien el hierro niquelado, el cromado, el sulfurado, el oxidulado magnético, el feldespato, la hornblenda y la apatita. Casi todos los meteoritos de estos tres grupos presentan signos evidentes de una fusion superficial. Los asíderos se distinguen por la presencia del carbon en combinacion con el oxígeno y el hidrógeno, por el agua y las materias salinas solubles. La presencia de los tres primeros elementos, cuya intervencion en las materias vegetales es fundamental, ha dado márgen á conjeturar que los meteoritos de este grupo fueron asiento de la vida orgánica, y hasta se ha pretendido descubrir sobre un fragmento meteórico señales de un organismo; pero, mejor examinado el ejemplar, ha quedado fuera de duda lo infundado de la determinacion. La figura 1.ª representa, en escala de un dozavo, un meteorito holosídero encontrado en Caille, departamento de los Alpes Marítimos.

El resultado del análisis químico de los uranolitos comprendidos en las tres primeras secciones ha permitido apreciar sus estrechas relaciones con las rocas terrestres cuya erupcion se efectuó, durante las últimas épocas geológicas, de las profundidades del globo, las cuales, por carecer en general de sílice ó ácido silícico libre, y preponderar en ellas metales densos, como el hierro, se designan con el nombre de *rocas básicas* ó *pesadas*, para distinguirlas de otra gran familia de rocas cuyo tipo es el granito ó piedra

(c) Ministerio de Cultura 2006

berroqueña, como la de la inmensa mole del Guadarrama, en las que abunda la sílice libre, por cuya razon se llaman *rocas ácidas*. De las expresadas relaciones se deduce la unidad de composicion que debe existir entre los holosíderos y sisíderos, y los materiales que forman las entrañas mismas ó sea la region central de nuestro planeta, nocion que constituye, por cierto, una de las conquistas de más mérito de la ciencia contemporánea, por más que su resonancia no haya trascendido fuera del recinto del Areópago. Y si á esto se añade el resultado de las observaciones y experiencias que el que estas líneas suscribe ha llevado á cabo y hecho públicas en los cinco últimos años, sobre la geología lunar, en virtud de las cuales resulta la íntima analogía que existe



entre los productos internos del globo y la materia oscura de los grandes llanos ó *mares* de nuestro satélite, se tendrá un rico caudal de argumentos en favor de otra unidad de órden superior, que hace relacion al plan preestablecido en el génesis de los mundos.

Monsieur Daubrée ha abierto nuevos y dilatados horizontes en el estudio de los meteoritos, obteniendo, por la vía sintética experimental, productos similares en cuanto á la composicion y al aspecto, y descubriendo así las condiciones esenciales que han debido presidir en su formacion. Las experiencias de laboratorio son, en manos del sábio geólogo, un manantial inagotable de resultados sorprendentes, por lo instructivos, habiendo llegado hasta imitar los efectos de los fenómenos mecánicos que presentan aquellos cuerpos, tanto los que han tenido lugar durante la vida cósmica del astro en miniatura, como los que proceden de su fusion superficial al penetrar en la envoltura gaseosa de nuestro globo. Calentando los cuerpos que entran en la composicion de los meteoritos del tipo comun, á saber, hierro, silicio y magnesio, en una atmósfera oxidante, ha conseguido una imitacion perfecta de los productos celestes, y variando de manera adecuada las condiciones de la experimentacion, las particularidades más sobresalientes que ofrecen su superficie y su estructura en los más pequeños detalles.

Pero un estudio de los meteoritos tan completo no podia ménos de facilitar la solucion de otro problema há tiempo planteado, que se da la mano con los precedentes, como que, propiamente hablando, es su natural complemento. Porque no bastaba haber demostrado el orígen extraterrestre de las piedras caidas de las alturas; era necesario, ademas, concretar este orígen, precisando, entre todas las procedencias cósmicas, cuál es la que responde al objeto. Laplace y Berzélius opinaron que eran materias arrojadas por los volcanes de la Luna, opinion que muy luégo quedó eclipsada ante la certidumbre, más tarde adquirida, de no existir actualmente sobre el astro de la noche volcanes en actividad. Segun otra hipótesis que tiene mucha aceptacion, debida á Schiaparelli, director del Observatorio de Milan, quien la apoya en argumentos de observacion y de cálculo de gran peso, los bólidos se enlazan por tránsitos tan insensibles con los enjambres de estrellas fugaces conocidos, que bien puede asegurarse que el orígen de unos y otras es el mismo, con la diferencia, sin embargo, de que en tanto que éstas describen órbitas parabólicas y áun elípticas, como los cometas de reaparicion calculable, aquéllos se mueven en órbitas hiperbólicas; deduciendose, en suma, que si bien muchos de dichos cuerpos han nacido y polulan en el espacio interplanetario, otros pueden ser completamente extraños á nuestro sistema solar, y venir, por consiguiente, de las profundidades intersidéreas.

En estos últimos tiempos se han emitido otras dos hipótesis muy ingeniosas. En la primera, debida al ilustrado geólogo M. Meunier, se admite que los meteoritos provienen de un antiguo satélite de la Tierra, que estalló en otro tiempo, y cuyos restos van cayendo poco á poco. La segunda es del sábio y popular astrónomo Camilo Flammarion, quien sostiene que los meteoritos no son sino fragmentos de rocas lanzadas á considerables alturas por las erupciones volcánicas del globo terrestre en sus primitivas edades, y que vuelven, despues de tan largo trascurso, á caer sobre su superficie. Como las objeciones con que tropieza esta hipótesis, y los nuevos argumentos con que puede apoyarse la de monsieur Meunier han servido de asunto á un trabajo que el autor de estas líneas ha publicado no há mucho, ha de serle permitido ampliar las consideraciones que á ello se refieren,

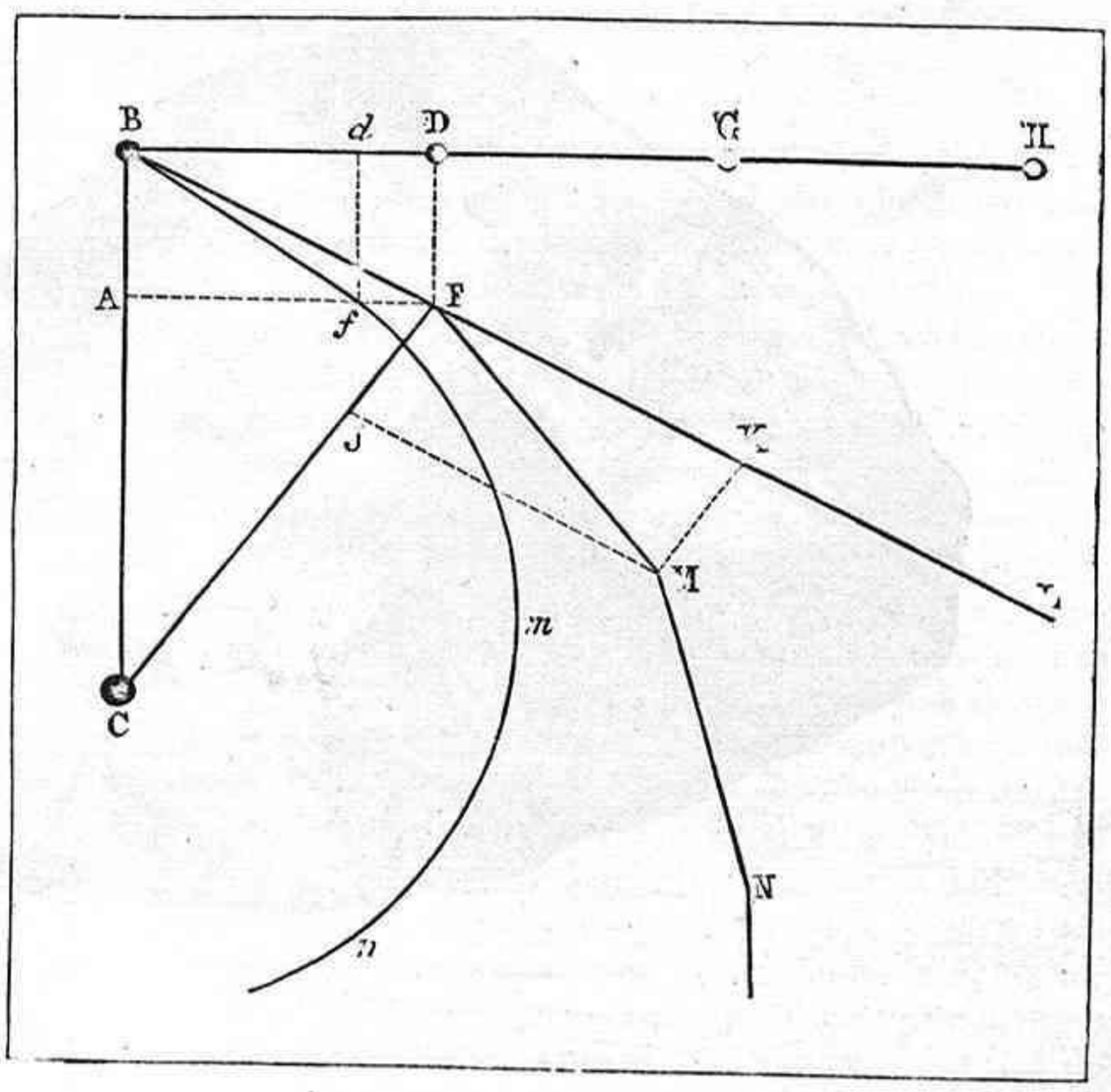
(c) Ministerio de Cultura 2006

máxime cuando el interes de estos problemas es palpitante, y debe ofrecerlo ciertamente al lector ilustrado que se proponga estar al tanto de cuanto en el dia se discurre, calcula, observa y experimenta sobre el particular.

Las dificultades con que tropieza la hipótesis de Flammarion resaltan desde luégo con sólo establecer las consecuencias necesarias que de ella derivan y los hechos que deben serla inherentes. Si estos hechos y aquellas consecuencias se tocan, la opinion está bien cimentada; si no, es insostenible. Está probado hasta la última evidencia que uno de los caractéres más sobresalientes de las rocas eruptivas cuya aparicion se efectuó en los tiempos primitivos, es la preponderancia del estado cristalino; así como que la aparicion de las eruptivas manifiestamente porosas no data sino de la mitad de la era terciaria. Es, pues, consiguiente que, si aquellas erupciones hubieran proyectado á grande altura algunos de sus materiales, con los gases y vapores, que son sus habituales acompañantes, las rocas que á la sazon se formaron y que tenemos á la vista en innumerables puntos, presentarian el aspecto poroso, lo cual es contrario á la observacion. Diráse tal vez que el autor podria haber recurrido á las erupciones de los tiempos terciarios; pero esto no resuelve tampoco la dificultad, dado que las materias sólidas arrojadas por dichas erupciones son conocidas y consisten en bombas volcánicas y cenizas, han sido diseminadas al rededor de las bocas eruptivas sin órden manifiesto y en un espacio de rádio limitado, hechos todos que son incompatibles con la hipótesis, pues, segun ella, debieran existir al rededor de cada cráter montones de gruesas bombas, de las que no se hallaron dotadas de fuerza proyectiva suficiente. Nada de esto se observa en la Naturaleza, pues las bombas que yacen en los distritos volcánicos, como en Olot, al rededor de los cráteres, ni son de gran volúmen, ni abundan sobremanera, ni se extienden á considerable distancia de los centros de donde proceden. Todo ello sin contar con que en los volcanes actuales no hay ningun ejemplo que pueda ser invocado para sostener, como Flammarion sostiene, que los productos fueron arrojados á alturas de 8.000 y 11.000 metros, resultando, en definitiva, que su hipótesis se aviene mal con los hechos que la observacion revela.

Ántes de ocuparme en la hipótesis de M. Meunier empezaré por una breve digresion, indispensable para despojar el razonamiento de todo carácter que no sea exclusivamente vulgarizador. Sea B (fig. 2.ª) un cuerpo que camina en el vacío con una velocidad uniforme BD; es decir, que si en el primer segundo de tiempo de considerar el movimiento recorre, por ejemplo, el espacio BD, en el segundo siguiente recorrerá el DG, igual al anterior, en el tercero el GH, y así sucesivamente. Supongamos que al encontrarse en B una fuerza atractiva exterior, nacida de la presencia de otro cuerpo C, la obligára á recorrer, en virtud de su sola accion, el espacio BA; pues bien, de la combinacion de ambas fuerzas resulta que el móvil recorre el espacio BF marcado por la diagonal del paralelógramo construido con los lados BD y BA ó intensidades de aquellas fuerzas. Si la atractiva cesára de actuar, el móvil caminaria indefinidamente en línea recta, á lo largo de la nueva direccion, y se hallaria sucesivamente en F, K, L, en los segundos siguientes; pero si dicha fuerza continúa actuando, y al encontrarse en F lo atrae con una intensidad FJ, recorrerá la diagonal FM; siendo fácil colegir que, repitiéndose sin cesar estas atracciones, y considerando suficientemente próximos los momentos para que las rectas BF, FM sean muy pequeñas, describirá al rededor del cuerpo C una curva $BFMN$.

Imaginemos ahora que, á partir del instante en que el móvil llega á B, ya no le es dado caminar en el vacío, sino en el agua. Es evidente que, obligado á moverse en el seno del líquido, y experimentando de parte de éste una resistencia que ántes no existia, por ser el vacío de una tenuidad absoluta, su velocidad se habrá amortiguado, y en el primer segundo ya



no recorrerá el espacio BD, sino otro, Bd, más pequeño. Aplicando aquí lo dicho en el párrafo precedente, y construyendo el paralelógramo sobre los lados Bd y BA, se verá que en el primer segundo recorre la diagonal Bf; y como en el segundo siguiente la fuerza de impulsion vuelve á ser amortiguada porque la resistencia del medio no cesa, es tambien evidente que la curva cerrada, ó sea el óvalo ó elipse, que describe el móvil va estrechando sus límites contínuamente, su eje mayor y la distancia al centro C van disminuyendo á cada revolucion, la velocidad aumentando, porque la fuerza atractiva actúa de cada vez á menor distancia, y como el término de aquellas disminuciones es quedar anulado el espacio que media entre ambos cuerpos, este resultado llega al fin á producirse. Queda, pues, demostrado á nuestro modo, que cuando un cuerpo gira al rededor de otro y se mueve en el seno de un medio que no sea el vacío absoluto, su velocidad va siempre en aumento, y su *caida* sobre el segundo puede retardarse más ó ménos pero es al fin inevitable.

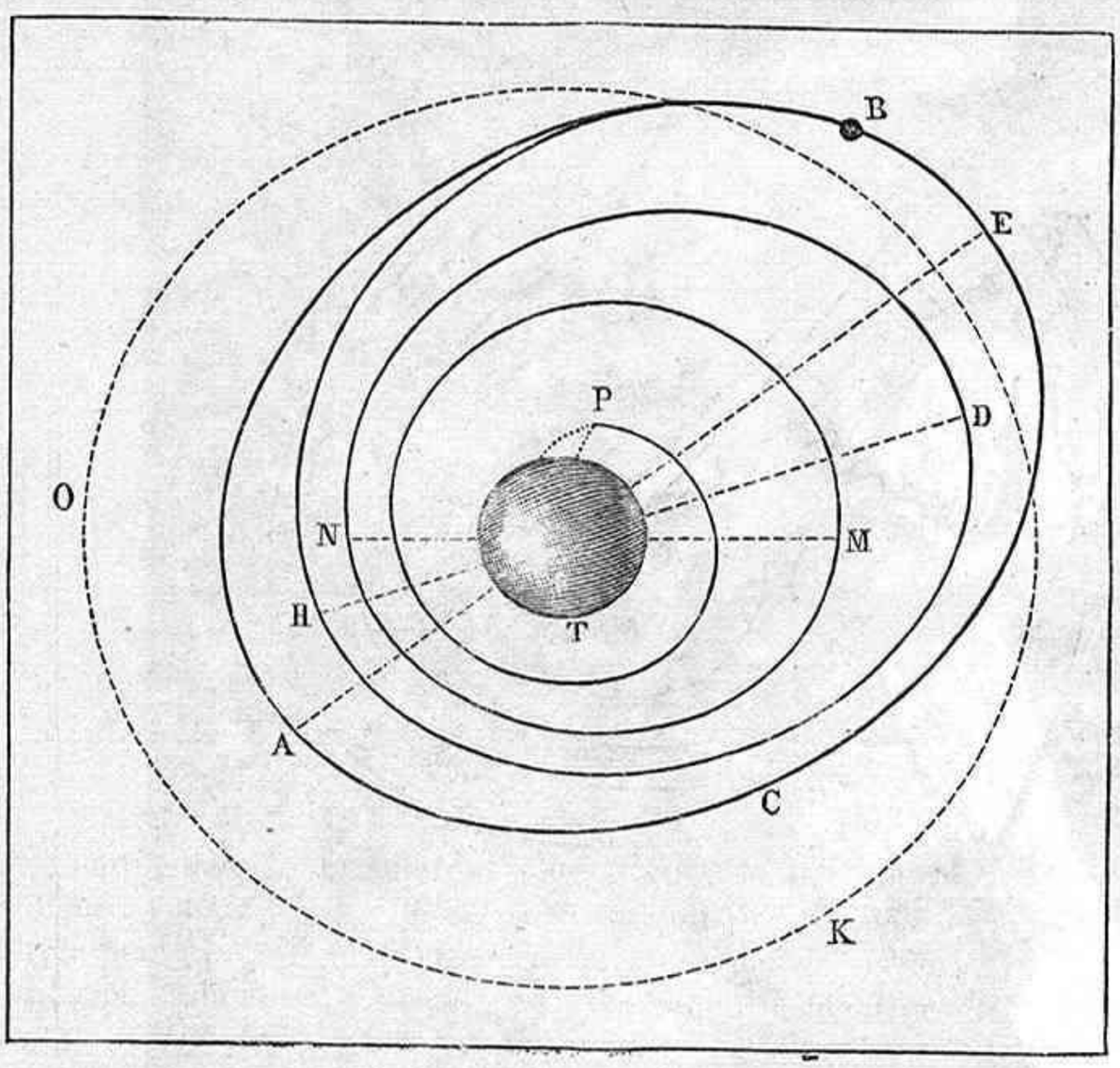
Esto entendido, y sabiendo que la altura de la atmósfera

(c) Ministerio de Cultura 2006

«SIN TESTIGOS.»—(CUADRO DE F. KRAUSS.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

terrestre es de 36.000 kilómetros, lo cual, para nuestro objeto, basta simplemente dejar consignado (1), admitamos la existencia de un satélite que gira al rededor de la Tierra, á una distancia de cinco á siete radios de la misma (2). Segun que la forma eliptica de la curva que describe sea más ó ménos acentuada, podrá suceder que toda ella se halle dentro de la envoltura gaseosa de nuestro globo, ó que alguna parte, la más separada, se extralimite. Como quiera que sea, siempre ha de resultar que, miéntras el astro camine en el seno del medio gaseoso, le será aplicable la doctrina que se acaba de exponer, su distancia á la Tierra irá disminuyendo, su velocidad aumentando, y una de dos, ó concluye por caer al suelo, ó estalla en el aire á considerable altura. Esto último



es lo que ha debido suceder, puesto que, animado el astro de una velocidad planetaria, ha bastado una resistencia relativamente pequeña de parte del aire para amortiguar su impulsion, aumentar de resultas su velocidad, y llegar pronto á adquirir la propia de los bólidos, desde cuyo momento no ha podido ménos de hacerse, como ellos, pedazos. La diferencia que entre uno y otros existe hace tan sólo relacion á la magnitud del fenómeno, incomparablemente mayor en aquel caso que en éste.

La primera consecuencia del estallido es la disminucion de la velocidad propia de los fragmentos, por una razon idéntica á la expuesta más atras, si bien ahora cada fragmento, ó hablando con rigurosa propiedad, cada bólido, conserva todavía una gran velocidad, á causa de la extraordinaria magnitud del fenómeno, resultando que, á partir de la detonacion, describe al rededor de la Tierra una elipse cuya forma más ó ménos prolongada depende de la fuerza y direccion con que ha sido lanzado. La única condicion calculable á que todas las curvas están sujetas se reduce á tener un punto comun de contacto, que es aquel en que el astro fué roto, como lo enseña la Mecánica. Siguiendo el razonamiento há poco empleado, es de colegir que tambien ahora pudo acontecer que una parte de la órbita quedase fuera de la atmósfera; pero, de todos modos, es forzoso que durante la marcha del bólido á traves del aire aumente su velocidad, y concluya por romperse á una altura mucho menor que la del estallido del astro primitivo; y como ahora la velocidad de los fragmentos resultantes se halla muy amortiguada, y la proximidad del suelo impide que describan verdaderas órbitas, caen inmediatamente.

La figura 3.ª hace todo esto más comprensible. *T* es la Tierra, el círculo punteado *OK* el límite de la atmósfera, *B* el bólido, que describe la órbita *BACE*, cuyo eje mayor es *AE*. Al penetrar en la atmósfera, su órbita se contrae, y por consecuencia, tambien el eje mayor, y al cabo de incalculable número de revoluciones completas, número que ha exigido inmenso trascurso, millares de siglos quizá, el eje mayor se acorta y viene á ser *HD*, más tarde *NM*, y por último, cuando la órbita se ha reducido notablemente y el bólido la recorre con rapidez vertiginosa, llega á un punto *P* en que detona, y desde allí caen al suelo sus fragmentos. Importa fijarse bien en que la curva representada en la figura no es la que describe el bólido de una sola vez, porque, si así fuese, fácilmente se concibe que á la tercera ó cuarta revolucion daria en el suelo. En la imposibilidad de dibujar todas las órbitas, porque hubiera sido complicar el dibujo y hacerlo ininteligible, he trazado órbitas separadas por un espacio de tiempo indeterminado, pero inmenso. Tambien es de advertir que, acelerando el móvil su marcha en progresion creciente á medida que su distancia al centro atractivo disminuye, la diferencia entre los ejes *AE* y *HD*, entre *HD* y *MN*, no es proporcional al tiempo trascurrido, siendo, por el contrario, tanto mayor cuanto más cerca de la Tierra se consideran dichos ejes.

Al lector asíduo de LA ILUSTRACION no ha de costarle trabajo comprender que esta hipótesis recibe nueva sancion de los hechos y de razones de órden especulativo, con sólo recordar la teoría que sobre la constitucion geológica de la Luna anticipé en el número de 15 de Mayo de 1879. De las ideas allí expuestas se desprende que la composicion mineralógica del satélite hipotético ha de ser muy análoga á la de las regiones profundas del satélite efectivo, en donde predominan, como es sabido, los metales del grupo que comprende el hierro, níquel, cromo; es decir, precisamente los mismos elementos que, segun el análisis químico, abundan en los meteoritos, patentizándose, por cierto de una manera asaz elocuente, la comunidad de orígen de estos cuerpos y el proceso que ha presidido en la formacion del astro de donde proceden. Así se enlazan con trabazon admirable unas teo-

(1) El lector que desee conocer la demostracion acerca de este punto, y las consecuencias que de ello se derivan, puede ver un trabajo que, con el título de *Les atmosphères des corps célestes*, he publicado en *Les Mondes* de 30 de Setiembre de 1880.

(2) El radio de la Tierra es de 6.300 kilómetros.

(c) Ministerio de Cultura 2006

rías con otras, y éstas con hechos, al parecer, aislados y sin conexion con ellas. Y es que á medida que los descubrimientos se multiplican y la potencia de la induccion y del cálculo adquieren nuevo vigor y toman más alto vuelo, brillan en el cielo de la investigacion nuevos soles, que alumbran el derrotero hácia las tierras ignotas de la verdad contingente. Cuanto más estudio y saber, y ménos preocupacion intervengan en apreciar el valor y la significacion de esos soles, tanto más corta y segura es la navegacion en el piélago sin límites de lo desconocido, tanto más ricos los países descubiertos y los florones añadidos á la corona de la ciencia, y tanto más pronto, en fin, resuena en lo alto del azotado bajel la palabra ¡tierra!; pero no tierra inhospitalaria y de procelosa costa, donde el abismo se abre y el naufragio amenaza, sino la tierra paradisiaca, do brilla en su incomparable majestad y sin nube que lo empañe, el sol esplendoroso de la VERDAD necesaria.

JOSÉ J. LANDERER.

Tortosa, 1884.

«EN LA ESTUFA.»—(DIBUJO DE D. KNOWLES.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

(Dibujo de D.ª Teresa S. de Comba. — Grabado de D.ª Engracia S. de Vela).

LA VISITA DE MI MUSA.

Estaba al númen precario
Dando hace poco tormento
Por hallar un elemento
De artículo hebdomadario (1)
Con que propinar su toma
De amena literatura
Al lector (se me figura
Que ya es tiempo de hacer coma),
Cuando sentí por el lado
Del frontal cierto escozor,
Si poco para dolor
Para comezon sobrado,
Que me hizo esbozar un gesto
Y llevar con extrañeza
Las manos á la cabeza,
Preguntándome: —¿Qué es esto? —
—¿Con esas te vienes, chico? —
Dijo el estro dando voces;
—¡Pues qué! ¿ya no me conoces?
Soy la musa que te pico. —

(1) El autor colabora una vez por semana en *El Diario de Manila*.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Confesaré que el semblante
Se me alteró de placer:
—No te detengas, mujer,—
respondí;—pasa adelante.—
Y haciendo planes diversos
Con que celebrar mi hallazgo,
Me dije:—No es mal hartazgo
El que á darme voy de versos.
Pues ya llenan honda sima
Los años en prosa ricos,
Que, como dicen los chicos,
No me *junto* con la rima.
Entró al cabo la que dama
Fué ayer de mis pensamientos,
Haciendo mil aspavientos,
Cual si arriesgase su fama;
Que, al fin, la musa es mujer,
Y, aunque acuda de buen grado,
Finge violencia en su agrado
Y disgusto en su placer.
No se presentó con *chía*,
Ni *periblima*, ni estola,
Ni áun á la antigua española,
Sino á la usanza del dia;
Pues sabe bien que en la canga
Pondria yo sin excusa
Á todo aquel que á su musa
La viste de mojiganga.
Llevaba, en suma, vestido,
Zapatos, un *water proof*,
El correspondiente *pouf*
En el lugar consabido,
Y un tul cubriendo su cara
Y pendiente de un sombrero,
Que parecia un puchero
Puesto sobre una mampara.
Cinco dedos como espinas
Me tendió sin más ni más,
Que, á dármelos por detras,
Los tomo por disciplinas;
Y tosiendo por recurso
Ó por quitarse un estorbo,
Me hizo tragar de un sorbo
Todo el siguiente discurso:
—¿Sabré al fin por qué razon
Á quien cual yo te queria
Le das, no la cesantía,
Sino la jubilacion?
No me interrumpas ni asomen
Al labio excusas livianas,—
Dijo al ver que yo las canas
Le enseñaba y el abdómen.
—Porque, pelirubio ó tordo,
Jamas te he negado el plectro,
Y si te amé hecho un espectro,
Casi más me gustas gordo.
Aunque la inconstancia es cosa
Natural en tu organismo,
Y explique bien eso mismo
Que me dejes por la prosa,
Fuerza es que de tí mal hable
Y atroz tu conducta encuentre,
Y áun chille como si el vientre
Me lo abrieran con un sable;
Porque, en fin, si no un escoplo
De primera, un buen formon
Siempre á tu disposicion
Puso benigno mi soplo,
Con el que has hecho unos hijos
Que, si de ello no te infatuas,
Diré que, sin ser estatuas,
No eran tampoco botijos.
Yo, sin recursos exóticos
Ni hablar del aura y del cierzo,
Te he inspirado sin esfuerzo
Consonantes estrambóticos;
Y no una vez, más de cuatro,
En tu carrera dramática,
Te ha librado mi sal ática
De una silba en el teatro;
Sin contar de amor los gajes
Que con la rima tuviste,
Que es alcanzar con alpiste
Lo que á muchos cuesta encajes.
Sólo un defecto, en tí rancio,
Puede excusar, aunque á medias,
Que ni en libros ni en comedias
Te acuerdes de mí: el cansancio;
Mas por él no te denigro,
Que si un mal otro mal pália,
De una justa represalia
Pongo á tu prosa en peligro.
Á ver si en un noble rapto
Me levantas el secuestro
Y á blandir vuelves el estro,
Para el cual áun estás apto:
La prosa, que por sí es árida,
Tiene en tí el inconveniente
De incorrecta y de valiente
En la acepcion de cantárida;
Miéntras tus versos sin ripios,
Aunque no son un dechado,
No tienen lado con lado,
Ni adverbios ni participios.
Ambas musas siguen rumbos
Opuestos; y es, el quererlas
Comparar, comparar perlas
Con..... no sé, con higos chumbos.
Conque, sin ponerte el parche
De mi herida en estas lides,
Tú dirás si al fin decides
Que me quede ó que me marche.—
Así habló, y aunque vi que era
Cualquiera excusa un pegote,
Me atusé un poco el bigote
Y empecé de esta manera:
—Si ántes dejas que la esponja
Con mano resuelta pase
Por alguna que otra frase
Que te inspiró la lisonja,

(c) Ministerio de Cultura 2006

Te diré que llena estás
De razon, pero de cuajo,
Por encima, por debajo,
Por delante y por detras;
Conviniendo en que, no obstante,
Yo tambien la tengo, ¡oh rima!
Por debajo, por encima,
Por detras y por delante;
Pues el que fué pelirubio,
Ya es hoy casi pelitordo,
Que trocó lo esbelto en gordo
Y el celibato en connubio;
Y en cuanto se entrega al tálamo,
Sabrás, por ser cosa de *ene*,
Que un marido ya no tiene
Tan á punto siempre el cálamo.
Y no es porque yo á las coplas
Les haya perdido el gusto,
Ni porque tú (fuera injusto)
Con ménos afan me soplas;
Es que de hoy para mañana
Se va dejando el oficio,
Y al cabo se adquiere el vicio
De perder costumbre y gana.
Recuerdo más de una noche,
De esas de lluvias y barro,
En que, encendiendo un cigarro,
Me dije al verme sin coche
(Pues yo detesto el tranvía
Y el carruaje de alquiler):
—No salgo; voy á poner
En verso..... la letanía.—
Y pensando en si á *regímenes*,
Hay rima y no la hay á *Cápiz*,
Me armé de papel y lápiz,
Los cómplices de mis crímenes;
Pero no logré en mi fiebre
Otros consonantes ver
Que el de hombre para mujer
Y conejo para liebre.
Y es lógico, porque está
Muy orondo y satisfecho
Mirando un hombre hácia el techo
Como esperando el maná,
Cuando una voz, en la pieza
Grita inmediata al despacho:
—Vén, corre, que este muchacho
Se ha partido la cabeza;—
Y allá va buscando el mirlo
Tafetan aglutinante,
Que es el mejor consonante
Que hasta hoy se conoce á chirlo.
Y no es tan malo que lluevan
Chichones con baraunda;
Lo peor es la segunda
Parte de Francisco Estéban:
Cuándo una esposa (y la mia
Ve más que un lince, aunque es miope)
Tiene celos de Calíope,
De Melpómene y Talía.

Si enjareto un madrigal
Y voy lleno de placer
Á indagar de mi mujer
Si lo encuentra bien ó mal,
Me pone de un tiron *hache*,
Una oreja en campo gules
Por preferir los azules
Á sus ojos de azabache.
Si pienso un drama, y en Nubia
Finjo la accion, á la dama,
Por negro que sea el drama,
La tengo que pintar rubia;
Y el borrador tiro al cuévano,
Ó el plan traslado á Campeche,
Para evitar que sospeche
Que pueda gustarme el ébano.
Sin contar el tabardillo
Que escribiendo coplas pillas,
Porque, en fin, las redondillas
No se sacan del bolsillo;
Y el que un mes el campo aladre
Para plantar ajos porros
No suda como ahora á chorros
Suda el hijo de mi madre.
Luego si para colgar
De una escarpia mi laud,
Hay razones de salud
Y conveniencias de hogar,
Dedícate á un solteron;
Porque para un buen marido
Ni es ya ambrosía el cocido,
Ni néctar el peleon.
—Tienes mucha urbanidad
Y eres sobrado decente
Para atreverte de frente
Á decirme la verdad;
Pero no exijas que yo
Tus burdos embustes crea:
Sé franco, di que estoy fea,
No te gusto y..... dominó.—
Así dijo, y se alzó el tul,
Dejando ver una cara
Que ni hecha de encargo para
La del ídolo Inminsul.
Yo quedé como un zopenco
Y respondí:—Aunque me emplumen,
No reconozco en tí al númen
De las obras de mi elenco:
Aquella belleza plástica
De organizacion artística,
No procaz aunque humorística,
Ni insolente aunque sarcástica,
La que me siguió á Corfú,
La que entró conmigo en Sérica,
La musa turgente, esférica,
Que tanto quise, ¿eres tú?
—No hablára, arguyó, el más zafio
De ese modo á una modista.
Pon en verso esta entrevista,
Te lo ruego; es mi epitafio.—

(c) Ministerio de Cultura 2006

Y haciendo por tener tos
Y arrancándose unas greñas,
—Te amé—dijo—me desdeñas.....
Que el mundo nos juzgue. Adios.—

***

Yo no desplegué mis labios;
La dejé marchar del todo,
Y luégo escribí ésta, á modo
De funcion de desagravios.

Mas tome el lector en cuenta,
Si es que estos versos se imprimen,
Que alego, atenuando el crímen,
El que pasé de cuarenta;
Y ya no me queda más
De mis instintos añejos,
Como á los músicos viejos,
Que la aficion y el compás.

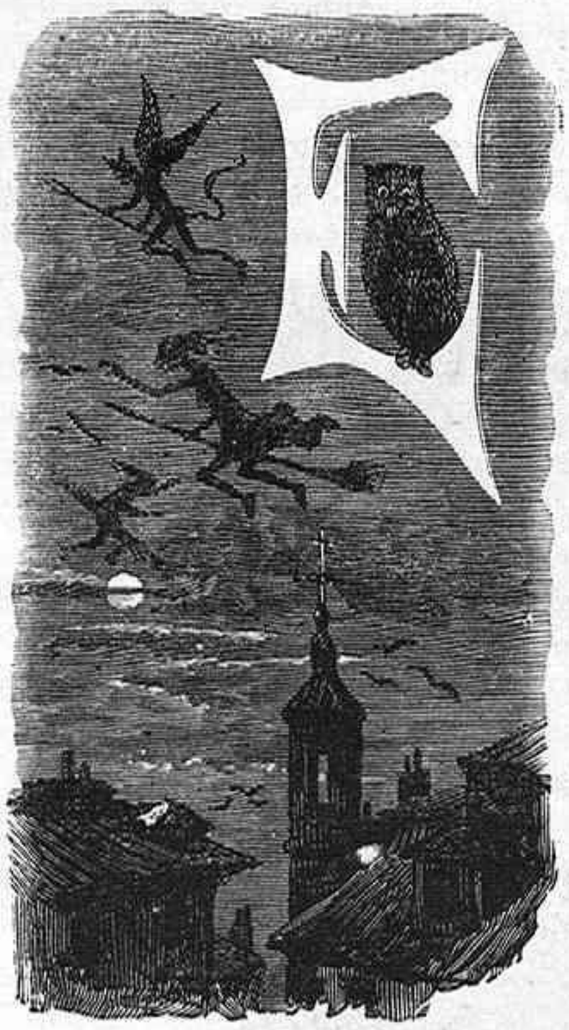
ENRIQUE GASPAR.

Hong-Kong, Mayo 1884.

«FLORICULTURA.»

(c) Ministerio de Cultura 2006

SUPERSTICIONES VULGARES.



El vulgo de todas las naciones ha sido y es naturalmente dado á todo lo extraordinario y maravilloso; y al decir *de todas las naciones*, claro está que no exceptúo á la nuestra: ántes, al contrario, si no la pongo en primera línea tratándose de este particular, tampoco la coloco en último término. Ya sea á causa de lo febril de la imaginacion del pueblo español, efecto de la situacion meridional que ocupa; bien por la multitud de gentes advenedizas que de él se enseñoreáran, ó lo habitáran á bandadas, como los judíos y los gitanos; ora, lo que juzgo no poco probable, en fuerza del interes que moviera á ciertos sujetos astutos y vividores á explotar la credulidad del pueblo sencillo, ó ya por la causa que quiera, lo cierto es que el capítulo de supersticiones vulgares, arraigadas en nuestro suelo desde tiempo inmemorial, es más extenso de lo que á primera vista parece.

Y no se vaya á creer que la culpa de semejante aberracion estribe en apatía por parte de las potestades eclesiástica y civil: tan léjos de eso, la Iglesia universal las ha condenado desde los primeros siglos, y por lo que respecta á nuestro suelo, raro será el sínodo diocesano de cada obispado en que, no ya generalmente, sino en particular, deje de especificarse algun caso concreto en sus Constituciones, cual sucede, verbi gracia, en las Sinodales de Segovia, donde se dice, título XVII, cap. IV: «Somos informados que en nuestros lugares deste nuestro obispado, en los entierros y llantos que hacen por los difuntos, se usan muchas supersticiones y se tienen abusos, que conviene remediarse, como es tener las mujeres, en las sepulturas de sus maridos ó parientes, una piedra en que están de pechos, y no se levantan miéntras se dice la misa, y están cubiertas las cabezas con capillas, así hombres como mujeres, en las iglesias durante los oficios divinos, lo cual es indecencia y desacato. Ordenamos y mandamos que de aquí adelante nadie use de las dichas ceremonias y supersticiones, ni otras semejantes, so pena de cuatro reales, por cada vez que lo contrario hiciere, para la Fábrica de la iglesia donde fuere parroquiano», etc. (1).

(1) *Constituciones Synodales del obispado de Segovia hechas por D. Andres de Cabrera y Bouadilla, etc. Impressas en Barcelona*, en casa de Hubert Gotard, 1587.

En las Constituciones Sinodales de Toledo, celebradas sucesivamente por los señores cardenales Quiroga, Rojas, Infante, Moscoso y Portocarrero, tratándose de los *Gitanos* (libro V, tít. XII), se exhorta y manda á los jueces eclesiásticos, amén de otros particulares, que les prohiban hablar su lengua, traer su traje, andar en compañías y *decir la buenaventura*.

En unos *Pregones ó Leyes publicadas en Alcalá de Henáres, año de* 1411, por mandado del Dr. Alfon Fernandez de Cascáles, alcalde del Rey, se dice, entre otras cosas muy curiosas, lo siguiente: «..... porque muchos é ninguno va (2) contra este mandamiento (3), usando de estas maneras de adivinanza, conviene á saber: de agüeros, de aves, é d'estornudos, ó de palabras que llaman proverbios (4), é de suertes, é de fechizos, é cara en agua, ó cristal, ó en espada, en espejo, ó en otra cosa lucia, é facen fechizos de metal, ó de otras cosas cualesquier, ó de adevinanza de cabeza de ome muerto, ó de bestia, ó de pollina, ó de niño, ó de mujer vírgen, ó de encantamientos de cereros, ó de ligamientos de casados, ó cortar la rosa del monte porque sane la dolencia que llaman *rosa*, ó otras cosas servibles de éstas por haber salut, é por alcanzar otras cosas temporales que codician, las cuales Dios permite muchas vegadas á los diablos que las cumplan los tales pecados de las gentes. . . . . .

. . . . . .

nin sea otrosí fechicero, nin encantador, nin sortero, nin se conseje con los adevinos, nin pregunten verdat á los muertos

. . . . . .

por ende, el dicho señor Rey, por complir la voluntat de nuestro Señor Dios, é guardar las leis del su regno que en este fecho fablan, manda é defiende (5) firmemente que de aquí adelante personas algunas, de cualquier estado, ley ó condicion que sean, non sean osados de usar de tales enemigas (6); é porque mejor sea guardado, mando á los alcalles é justicias de cualquier cibdat, villa ó logar, doquier que fallaren los tales malfechores que de aquí adelante usaren de los tales maleficios, que los MATEN, seyéndolos probado por testigos ó por confesion dellos mismos; é los que los encubrieren en sus casas á sabiendas, sean echados de la tierra por siempre; é si las dichas justicias non lo complieren, manda que pierdan los oficios; é porque ninguno non haya excusacion de lo non saber, ordena é manda que las justicias fagan leer este ordenamiento en Conseyo público á campana repicada una vez en cada mes un dia de mercado, é por cada vegada que ansí no lo ficieren leer, pone en ellos é en cada uno de ellos pena de seis mil maravedís que pague, é que sea la tercera parte para la su Cámara, é la otra terce-

(2) *Vaya*.
(3) El de amar á Dios sobre todas las cosas.
(4) *Proverbio* tiene aquí la significacion de *vaticinio* ó *pronóstico*.
(5) *Prohibe*.
(6) *Maldades* ó *abominaciones*.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ra parte para Santa María de la Mercet para sacar cativos, é la otra tercera parte para el acusador. »

Castigos tan atroces y crueles como los que acabamos de ver adoptó el monarca, que no era otro sino D. Juan II, ó, mejor dicho, sus tutores, puesto que á esa fecha sólo contaba este rey siete años de edad, parece que habian de extirpar para siempre hábitos tan perniciosos; mas no hubo de suceder así, cuando un siglo despues salia el maestro Pedro Ciruelo con su *Reprobacion de Supersticiones*, el Dr. Gaspar Navarro con su *Tribunal de la Supersticion ladina*, y un anónimo con su *Tratado muy sotil y bien fundado d' las supersticiones, y hechizerías y vanos conjuros, y abusiones*, etcétera, dando á entender en letras de molde, y con frases harto enérgicas, los estragos que semejantes abominables prácticas seguian produciendo; y para que no se me crea por sólo mi dicho, baste consignar que el maestro Ciruelo encabezaba su prólogo en los siguientes duros términos: « Esta es vna doctrina muy verdadera y catholica sacada de las entrañas de la mas sana theologia; que disputa contra los errores de las supersticiones / y hechizerías que eñstos tiempos andan muy publicos en nuestra España : por la negligencia de los señores prelados / y de todos los otros jueces : ansi eclesiasticos como seglares : alos quales va dirigida esta obrecilla compuesta por el maestro Ciruelo canonigo dela sancta yglesia de Segouia. »

Por lo visto, en la época del maestro Ciruelo (hácia 1430) podia censurar un escritor con toda libertad los actos de las personas constituidas en alta dignidad. Los tiempos han variado : hoy existe libertad para hablar impunemente en contra de Dios, de la Vírgen María y de la córte celestial ; pero ¡cuenta con tocar siquiera en lo más mínimo al nombre de las potestades terrenas, ó al de cualquiera de los individuos que componen la pandilla que las rodean !

Mas, á todo esto, pregunto: ¿ qué es lo que se proponia el reverendo Ciruelo con inculpar en esta ocasion á las autoridades eclesiástica y civil? ¿Que se matára á más de media humanidad?..... Porque, ya lo hemos visto: pesaba un decreto de muerte sobre los supersticiosos, un decreto de expatriacion sobre los encubridores, y un decreto pecuniario sobre las autoridades morosas; y, sin embargo, el mal no desaparecia. ¿ Cómo se explica esto? Pues se explica muy fácilmente. Esto se explica diciendo que, así como la naturaleza humana es ocasionada á padecer enfermedades en su organismo, que no siempre está en su mano el poder evitar, de igual manera se contempla sujeta á experimentar perturbaciones en su imaginacion, á cuyo influjo no siempre le es dado el poder sustraerse, sea cualquiera la causa predominante. Así, vemos que continuaba la práctica de semejantes creencias á fines del siglo XVI y principios del XVII, como nos lo testimonia Cervántes en várias de sus obras, y muy especialmente en su *Coloquio de los Perros*. Bien es verdad que Ciruelo, lo mismo que sus imitadores, prestaron un gran servicio con sus escritos, al hacer patentes, sin paliativos ni ambages, la ninguna razon de ser que tienen los sortilegios, así como las fatales consecuencias que en ocasiones producen; pero no lo es ménos que tales aberraciones del ánimo no se curan apelando á extremos crueles y rigurosos, sino tan sólo valiéndose de medios suaves é insinuantes : estos medios estriban, á mi modo de ver, en la educacion.

He dicho arriba, y repito ahora, que así como la naturaleza humana es ocasionada á padecer enfermedades en su organismo, que no siempre está en su mano el poder evitar, de igual manera se contempla sujeta á experimentar perturbaciones en su imaginacion, á cuyo influjo no siempre le es dado el poder sustraerse, sea cualquiera la causa predominante. Pues bien, triste es decirlo, aunque doloroso : en pleno siglo XIX, á pesar de sus pretensas luces, no ha desaparecido, ni lleva traza de desaparecer en mucho tiempo, semejante dolencia de las *supersticiones vulgares*. Y cuenta con que al calificarlas así, entiendo por *vulgo*, no sólo á la clase del pueblo, sino á gran parte de individuos pertenecientes á las jerarquías más elevadas de la sociedad.

Ya se guardará nadie de decir que exagero al enunciar tal proposicion, con sólo recordar, v. gr., la decidida oposicion por más de cuatro personas ilustradas á casarse ni emprender un viaje en mártes, por reputarlo dia aciago; á salir de su casa alargando primeramente el pié izquierdo, por creer que con verificar tal accion le han de salir torcidos en aquel dia todos sus negocios ; á sentarse á comer en una mesa donde el total de los convidados ascienda á trece, por hallarse en la firme persuasion de que uno de ellos ha de morir dentro de aquel año; el disgusto y malestar que experimentan muchos al ver derramarse la sal en los manteles, así como la alegría que rebosa su semblante al presenciar la efusion del vino. Por infausto reputan no pocos el hecho de hacerse pedazos un espejo. Tambien lo reputo yo : ¡ya lo creo ! como que si el espejo es de los buenos, v. gr., de Venecia, cuesta muy buenos miles su reposicion..... (1).

¿ Y qué diré aquí de los supuestos hechizos, males de ojo ó aojamientos, buenaventuras, amuletos, etc., etc.?..... Diré, primeramente, que no faltan personas instruidas, y, lo que más es, despreocupadas, que creen en tales garambainas á pié juntillas, miéntras, si á mano viene, no prestan crédito alguno á los santos evangelios, ó, por no remontar tan alto mi vuelo, profesan ciega fe á esos embaucadores y curanderos, en tanto que no tienen ninguna en el arte de curar ni en sus dignos profesores; y diré, despues, que no toda la culpa es suya, puesto que ven sancionados semejantes errores y paparruchas en textos oficiales destinados á ilustrar al público en general. Por eso se rinde culto, v. gr., al filtro ó brebaje amatorio; al limon guardado en el bolsillo en los viajes de mar, como preservativo contra el mareo y el consiguiente vómito; al baile descompasado hasta rendir las fuerzas del

(1) Despues de escrito y remitido á la imprenta el presente artículo, leo en el número 163 de *La Correspondencia Musical*, revista semanal que con tanto éxito dirige en esta córte mi buen amigo el Sr. D. Benito Zozaya, el suelto siguiente, que íntegro traslado á continuacion por medio de esta nota:

« Efecto de la supersticion. La empresa del teatro Tacon de la Habana habia fijado un *viérnes* para beneficio del baritono Danisi, artista napolitano, que, teniendo como de mal agüero ese dia de la semana, sé negó á aceptarlo para la funcion citada.

» La empresa entonces lo ofreció á la soprano Bianchi-Fiorio, que, ménos escrupulosa que su compañero, y ménos supersticiosa tambien, lo aceptó de buen grado.

» En la mañana de dicho viérnes llegó á la Habana la escuadra que conducia al príncipe Cárlos de Alemania; y el Capitan general de la Isla, para obsequiar al Príncipe, dispuso que todos los elementos oficiales asistieran al teatro, y convidó á S. A. germánica á la funcion.

» Con este motivo, hubo un ingreso de más de 33.000 pesetas, de las cuales la mitad correspondió á la señorita Bianchi-Fiorio.

» Fué tal el efecto que en el baritono napolitano produjo este hecho, que comenzó á sentirse malo, y, atacado de fiebre amarilla, murió en el término de cuarenta y ocho horas. »

(c) Ministerio de Cultura 2006

pobre paciente, cual medicina imprescindible para sanar de la picadura de la reputada venenosa tarántula; á la uña de la gran bestia para..... Mas esto merece párrafo aparte.

No podrá tener queja la *gran bestia* de la Academia Española, al ver la virtud que ésta le atribuye á su uña. Dice así en la 4.ª edicion de su Diccionario (1803): «*Gran bestia.* Animal que en su figura parece un mixto de camello y venado, y es del tamaño de éste con poca diferencia. La cabeza es grande y las orejas; el labio superior es tan largo, que le embaraza para pastar, y come andando hácia atras; su cola es corta, y las uñas hendidas. El macho tiene cuernos, y la hembra nó. Tiene contínuo mal caduco; para librarse de él mete la uña del pié derecho en la oreja, y así se cura. Por esto se estiman para este mal los anillos que se hacen de los pedazos de esta uña.»

Cuando tan crédulos se muestran algunos sabios, ¿qué mucho no dejen de serlo tantos ignorantes?

Y á propósito de semejante bestial virtud, véase lo que refiere en su *Diccionario Médico-vulgar* D. Antonio R. Guerra (Puerto de Santa María, imp. de B. Nuñez, un volúmen, 8.°, 1841), art. *Mal de corazon*, ó epilepsia en el tecnicismo de la Medicina, cuyo relato no desagradará al lector:

«Esta enfermedad consiste en convulsiones con suspension del sentido y conocimiento. El mal de corazon suele fingirse, mas no se engaña, como se cree, á los médicos: hay signos en el arte para conocer la ficcion, de la cual se desentienden aquéllos cuando el interes del que finge no choca con otros intereses más sagrados. Contra esta enfermedad hay gentes que recomiendan llevar en el bolsillo ó colgada la uña de la gran bestia.

»Si este amuleto, como sus semejantes, ha producido efecto alguna vez, se ha debido al influjo de la imaginacion; así lo prueba el caso siguiente. Aconsejaron á una epiléptica, cuyos ataques eran casi diarios, trajese consigo la uña de la gran bestia; este singular remedio fué buscado en balde, por lo que se trató de engañar á la paciente, sustituyendo una piedra encerrada y bien cosida en una bolsa de cuero. Desde que fué recibido el precioso talisman cesaron las convulsiones. Pasado un año, y teniéndose por concluida la dolencia, se hizo á la enferma patente el engaño; pero tan luégo como esto sucedió, volvieron los ataques más repetidos y fuertes que ántes. En tal estado, y preocupada aún la paciente en favor del amuleto expresado, se fingió buscarlo de nuevo, mandando, entre tanto, hacer de madera una figura de pezuña forrada en cuero de caballo, la cual, presentada á la enferma, y admitida por ésta como legítima uña de la gran bestia, obró la curacion positiva, puesto que no se intentó en lo sucesivo nuevo desengaño.»

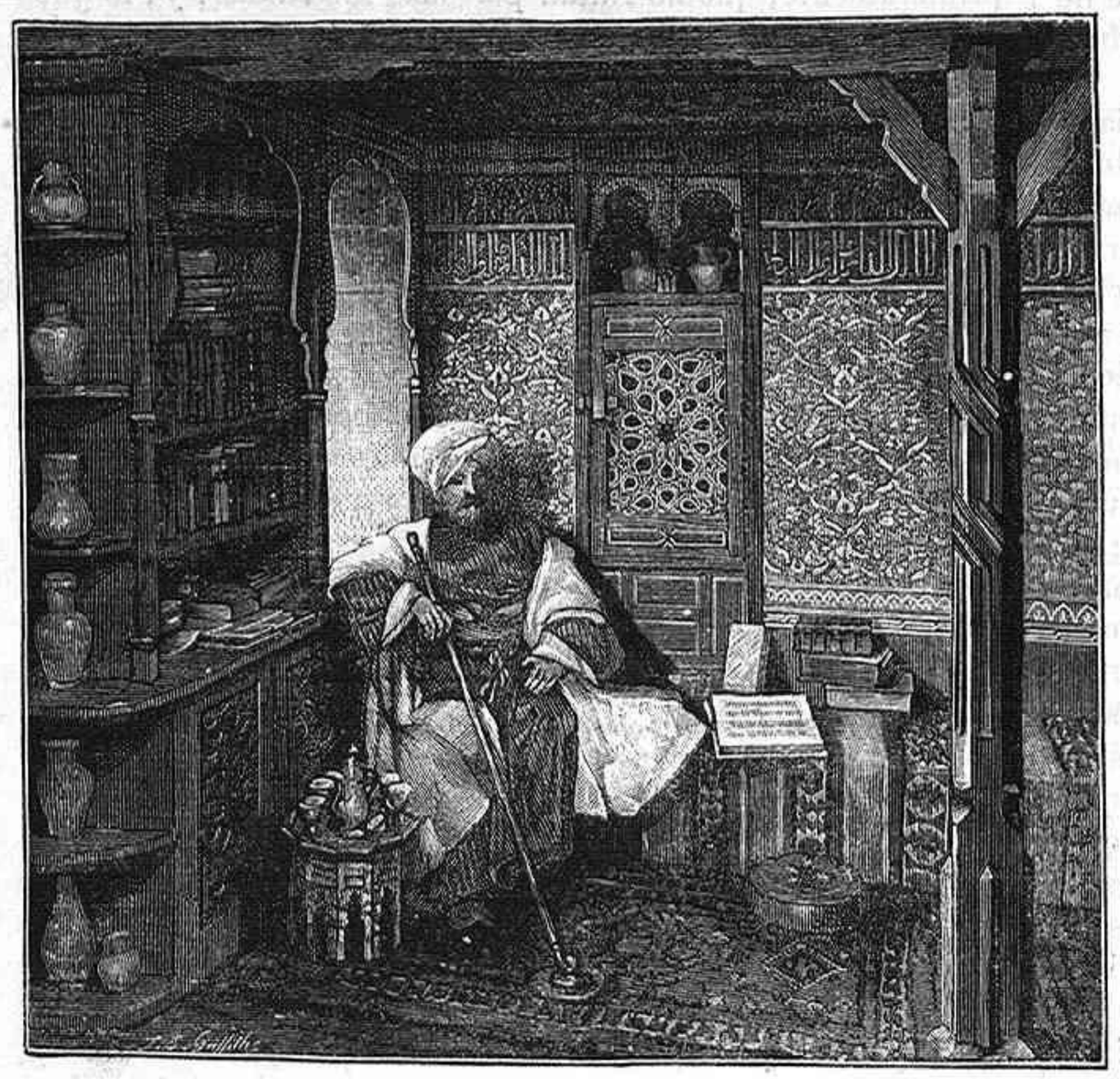
Así vienen á ser, poco más ó ménos, todos los específicos con que cuenta en su vasto repertorio la cáfila de curanderos, por lo que podria aplicárseles, bajo cierto aspecto, lo de la virtud de la turquesa. Y va de cuento.

Cierto dia preguntó una señora á un filósofo si tenía alguna virtud la turquesa; á lo que le contestó éste:

—La tiene, y muy grande, señora.

—¿Cuál?

—La de que si se cae V. con ella de una torre abajo, se hará V. mil pedazos, miéntras la piedra subsistirá entera y sana; lo cual no es chica virtud que digamos.

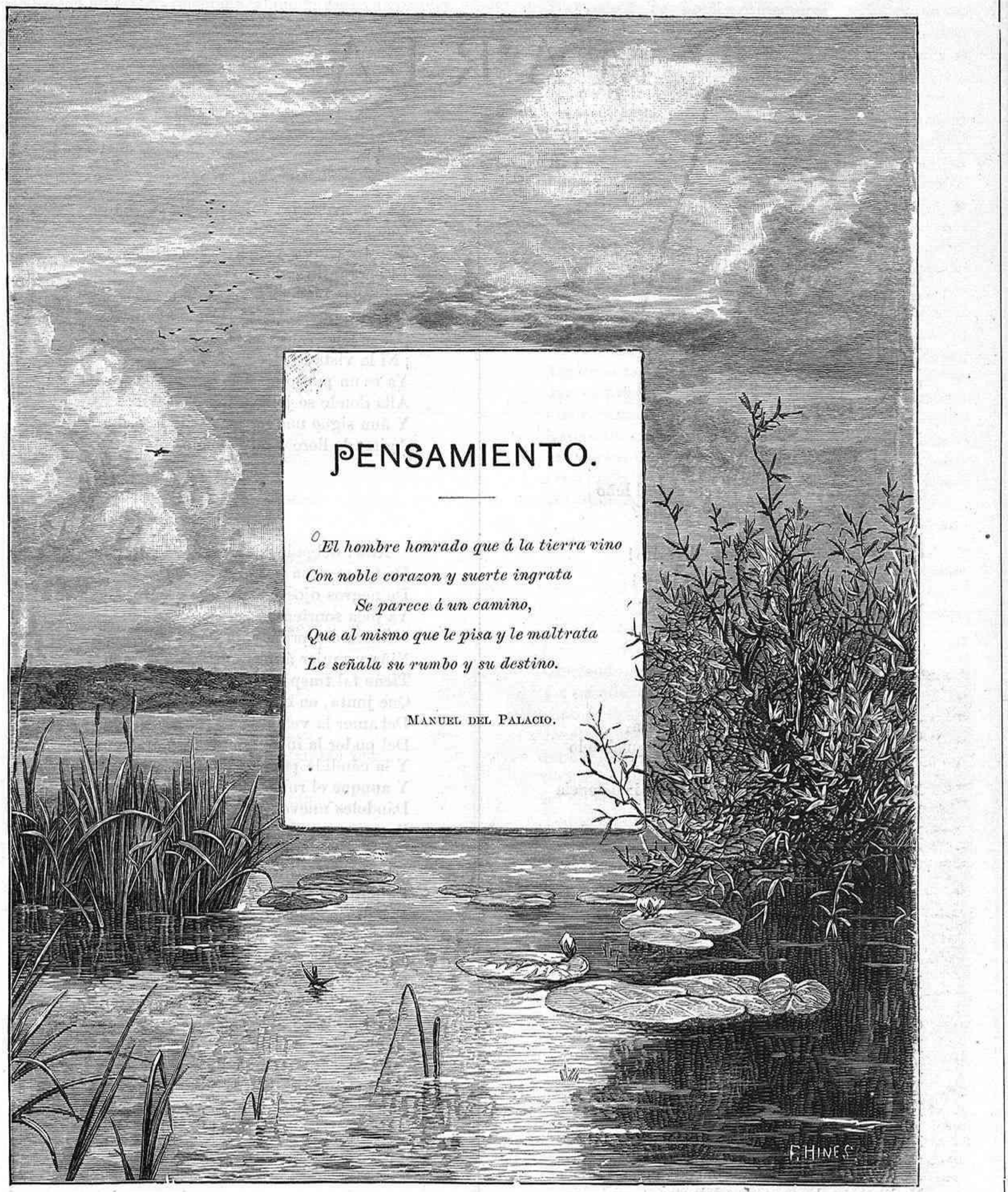


Demos ya fin á la referencia de tantos dislates, de los cuales es mengua, y no pequeña, tener que tratar en pleno siglo XIX; y ántes de mojar la pluma para poner punto final, recuérdese, como insinué arriba, que tales aberraciones del ánimo no se curan apelando á extremos violentos, crueles y rigurosos, sino valiéndose de medios persuasivos, suaves é insinuantes, y que éstos radican, segun mi leal saber y entender, en la educacion bien dirigida.

Sí; notorio es que el enemigo más formidable que tiene la razon humana, especialmente en el sexo débil, es la imaginacion; pues bien, edúquese á la juventud segun los rectos principios de la sana lógica, de la pura religion y moral, y de las ciencias y artes útiles, beneficiosas y recreativas; aléjesela de los pastos dañinos de todo género, á fin de que crezca y se desarrolle lozana y vigorosamente; y entónces, y sólo entónces, es cuando dará la humanidad un gran paso en su atlética carrera, con feliz éxito para el individuo, para la familia y para la sociedad.

JOSÉ MARÍA SBARBI.

(c) Ministerio de Cultura 2006



PENSAMIENTO.

El hombre honrado que á la tierra vino
Con noble corazon y suerte ingrata
Se parece á un camino,
Que al mismo que le pisa y le maltrata
Le señala su rumbo y su destino.

MANUEL DEL PALACIO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

MARÍA.

(POEMA.)

I.

Dejando en pos de sí brillante estela
Que va á morir en la arenosa orilla,
Suelta al viento la vela,
Rauda se aleja la veloz barquilla.
Mas que barco, parece cuando flota
Blanquísima gaviota
Que sobre el mar se agita y aletea;
El agua rompe con presteza suma
Llevada por la brisa y la marea,
Y al quebrantar las olas se rodea
De un ceñidor finísimo de espuma.
¿Á quién no asombra ver un frágil leño
De la arrogancia de las olas dueño?
¡Contraste prodigioso
Que el humano poder lleva descrito!
Lo débil dominando á lo grandioso;
Lo pequeño venciendo á lo infinito.

II.

Agitando un pañuelo
Desde la playa, con la vista ansiosa,
—«Adios»—dice mirando al barquichuelo
Una muchacha pálida y llorosa;
Y —«adios»—grita otra voz con insistencia
Desde la barca, varonil y clara,
Miéntras se tiende entre los dos la ausencia
Y el pavoroso abismo los separa.

III.

Mar adentro, muy léjos de la orilla
Por temor á las rocas escarpadas,
Espera un bergantin á la barquilla
Con sus velas al viento desplegadas.
Llegan; salta á la nave presuroso
Ágil mancebo de gentil persona,
Y por última vez mira afanoso
Las fértiles campiñas que abandona.
Al duro rechinar de la cadena
El ancla se levanta
De húmedas algas y de conchas llena,
Y, libre ya, la nave se adelanta.
Todo se apresta en breve;
Crecen la confusion y el movimiento,
Crujen las jarcias, el bajel se mueve,
Las desplegadas velas hincha el viento
Que las banderas riza,
Y entre cantos y alegres barcarolas
El bergantin gallardo se desliza
Sobre las blancas crestas de las olas.
¡Qué rápido se aleja! ¡Cómo avanza!
¡Cuán léjos está ya! ¡Qué raudo vuelo!
¡Ni la vista lo alcanza!
Ya es un punto no más que apénas brilla
Allá donde se juntan mar y cielo.....
Y áun sigue una mujer desde la orilla
Agitando llorosa su pañuelo.

IV.

Alta, delgada, de mirar ardiente,
De tez morena por el sol curtida,
De negros ojos y espaciosa frente,
Ya toca sonriente
La hermosa primavera de su vida.
Niña y mujer á un tiempo, su mirada
Tiene tal trasparencia
Que junta, en confusion inexplicada,
Del amor la vehemencia,
Del pudor la inconsciente llamarada
Y la cándida paz de su conciencia;
Y aunque el rubor sus ímpetus sofoca
Dándoles nuevos giros,
Parece que palpitan en su boca
Besos, risas, promesas y suspiros.....
¿Por qué? Porque á traves de su ignorancia
La pubertad la invade lisonjera
Y júntase al ocaso de su infancia
Al despertar de su pasion primera.
¡Terrible despertar! ¡Pobre María!
¿Por qué pierde la niña su alegría
Al trocarse en mujer? Esa amargura
Que anubla su existencia
Al abrirse la flor de su hermosura
Y desplegar sus escondidas galas,
¿Qué es en fin? El adios de la inocencia
Que pierde el ángel al perder las alas.

V.

Llegó al pueblo María
Cierta tarde de invierno tan aleve,
Tan destemplada y fria,

(c) Ministerio de Cultura 2006

Que la escarcha, más blanca que la nieve,
Montes, veredas y árboles cubria.
Era tan niña aún la desdichada,
Que casi no dejó señal alguna
La huella de sus piés sobre la helada;
Tan niña, que la suerte despiadada
Tuvo que arrebatársela á la cuna
Para lanzarla al mundo abandonada
Al contrario vaiven de la fortuna.
¿A qué vino? ¿de dónde? ¡Quién lo sabe!
Hoja á merced del viento,
Vino buscando un nido como el ave,
Sin familia, ni amparo, ni sustento.
No conoció jamas padre ni amigo;
Criada por oscuros leñadores,
Vióse bien pronto, sin amor ni abrigo,
Sujeta de su suerte á los rigores.
Así llegó al lugar hambrienta y sola
Aquella noche destemplada y fiera,
Caminando al azar, como la ola
Que no sabe la playa que la espera.
¡Cuán desierto lo halló! Sólo rompia
El lúgubre silencio de la aldea,
Que un pueblo abandonado parecia,
El lejano rumor de la marea
Monótono y constante;
El viento que con él se confundia;
La plañidera voz de la campana,
Y el ladrido del perro vigilante,
Fiel guardador de la heredad cercana
Y terror del perdido caminante.
—Está el lugar desierto—
Dijo al sentarse la infeliz María,
Frente á un balcon abierto
Que un resplandor intenso despedia.
¿Qué vió tras el cristal? ¿Qué extraña idea
Despertó de improviso su alegría?
Ved el cuadro que ofrece la ventana:
Enfrente á la espaciosa chimenea,
Sobre mesa cubierta de manjares,
La hirviente sopa que incitante humea;
Una jóven, un hombre y una anciana
Que en torno de la mesa sin pesares
Hablan alegremente confundidos;
Y allá junto al hogar, do el viento brama,
Dos niños contemplando embebecidos
El resplandor rojizo de la llama
Y oyendo de la leña los chasquidos.
Ante contraste tal ¿qué hizo María?
Sintió á la par tristeza y alegría,
Lloró un momento, se repuso en breve,
Quedo, muy quedo, dijo: —¡Madre mia!—
Y dormida quedó sobre la nieve,
Donde la halló la claridad del dia.

VI.

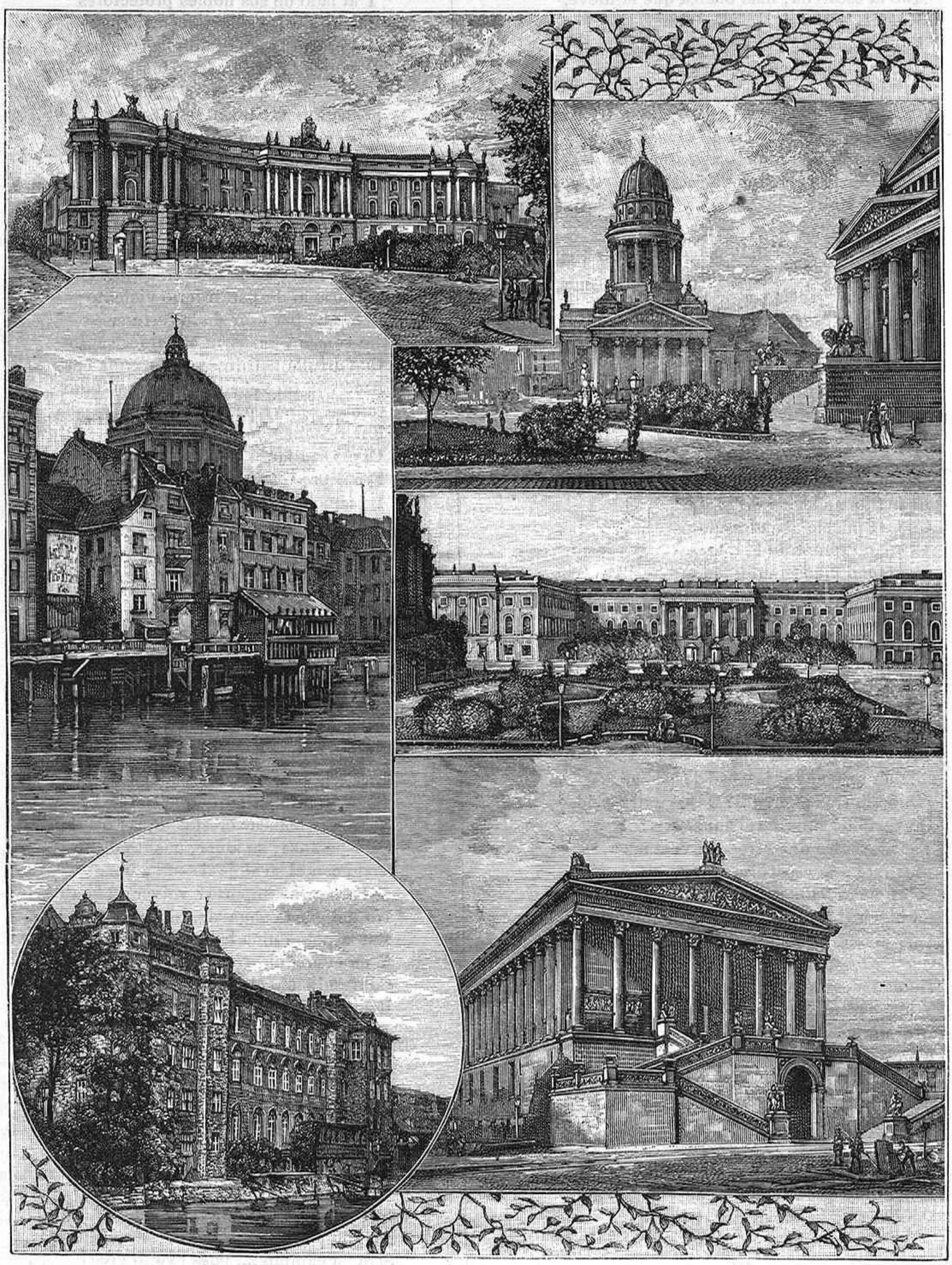
De allí la recogieron
Honrados pescadores,
Que amparo, casa y proteccion le dieron,
Y al lado de sus nobles protectores
Sus infantiles años trascurrieron.
Así creció bajo el influjo suave
De aquel bendito afecto inesperado:
¿Debo decir que amó? ¿Quién no lo sabe?
¡Ama tan fácilmente el desgraciado!
Puso en Juan su cariño,
Y no fué su pasion amor de niño,
Fuego que muere cuando apénas brilla;
Prendió en ella el amor con tanto brío
Como en la tierra vírgen la semilla;
Su pobre corazon, de amor sediento,
Como los secos prados en estío,
Ansioso al despertar latió violento;
Y la que por azar de la fortuna
No conoció jamas ni ese amor santo
Que arrulla nuestros sueños en la cuna,
Amó con tal vehemencia y amó tanto,
Que su primer pasion, nunca olvidada,
Fué resúmen de todos los amores;
Explosion largo tiempo sofocada;
Fruto precoz nacido entre las flores
De aquella tierra vírgen tan regada
Por abundante lluvia de dolores.

VII.

En busca de fortuna con anhelo
Partió á América Juan, siendo muy niño;
Quedando, con su marcha, sin consuelo
La prenda angelical de su cariño.
¡Con cuánta pena la gentil María
Desde la playa contemplaba á solas
El bergantin gallardo que corria
Sobre las blancas crestas de las olas!
Su esperanza, su amor, cuanto desea,
Todo con él se aleja de su lado.....
—Pero ¿qué importa? volverá á la aldea,
No me puede engañar, me lo ha jurado.—
Así la pobre niña balbucea,
Y en el crédulo afan de la esperanza,
Confundiendo el placer y la amargura,
Repite con tranquila confianza:
—¿Cómo me ha de engañar cuando lo jura?
Y eso que estar sin él es espantoso.....
Dice que vendrá rico, poderoso,
Que el oro allí con prontitud se gana;
¡Tal vez venga en un barco tan hermoso
Como aquel que yo vi la otra mañana;
Con banderas que el viento sacudia
Y echando por la negra chimenea
El humo que flotante se extendia
Dorado por el sol sobre la aldea!
Será su capitan..... pues ¡ya lo creo!
¡Qué gallardo estará cuando vestido
Con su marcial arreo,
Regrese á este lugar, donde ha nacido!
¡Si casi me parece que le veo!—

(c) Ministerio de Cultura 2006

BERLIN.



Biblioteca Real. — Plaza de Schiller. — Vista del Palacio Real, desde el Sprée. — La Universidad. — Palacio Real (visto por el E.). — Museo Nacional de Pintura y Escultura

(c) Ministerio de Cultura 2006

Y, en efecto, veia su quimera
Con esa claridad con que el deseo
Suele ver de antemano lo que espera.

VIII.

Trascurrieron los años lentamente,
Y Juan no regresaba
Ni en el lugar se supo del ausente:
Ella sólo en el pueblo le esperaba.
¡Quién que la viese delirante y sola
Todas las tardes recorrer la playa
Por la ondulante línea en que la ola
Sobre la arena, lánguida, desmaya,
Reconociera en ella,
Marchita por el llanto y la amargura,
Á la gentil doncella
De esplendorosa y mágica hermosura!
Sentada frente al mar, sobre las lomas,
Miéntras la luz en el espacio brilla,
Mira llegar, cual banda de palomas,
Los barcos que se acercan á la orilla.
—Vendrá en ése—murmura la cuitada.—
Y llega el barco, pero Juan no llega:
—Será en el otro—dice resignada,
Miéntras el llanto sus mejillas riega.....
Y esperando constante su venida,
Así mira pasar año tras año,
En el ansiado bien puesta su vida;
Cada nuevo bajel que á ver alcanza
Es otro desengaño;
Y aunque siempre la ve desvanecida,
Se abraza más y más á su esperanza,
Nunca lograda ni jamás perdida.

IX.

Muchos años despues, cuando miraba
Desde la verde cúspide de un monte
El sol que tras las olas se ocultaba,
Vió un barco que, á favor de la marea
Trasponiendo veloz el horizonte,
Volaba á toda máquina á la aldea,
Dejando de la tarde entre la bruma
Ancha columna de vapor hirviente,
Y sobre el mar tranquilo y trasparente
Flotante huella de nevada espuma.
Jamas se vió, de fijo, hasta aquel dia,
En el lugar un barco tan hermoso:
—Debe ser de algun príncipe—decia
La gente que en tropel tumultuoso
Volaba á ver el barco en la bahía.
—¡Oh! Bien hace la fe que no desmaya;
¡Es mi Juan! ¡es mi Juan!—gritaba en tanto
María, que corriendo hácia la playa,
Mezclaba la sonrisa con el llanto.
—Es él, que viene rico, poderoso;
Él, que vuelve al lugar á ser mi esposo.—
Y un momento despues vió enajenada
Una frágil barquilla
Que por ocho remeros impulsada
Volaba como un rayo hácia la orilla.

X.

Era, en efecto, Juan, su antiguo amante.
¿Qué pasó por la huérfana constante
Al tocar el ocaso de sus penas?
Lo que una vez no más el alma siente:
La sangre hirviendo dilató sus venas,
Subió á sus labios, encendió su frente;
Entre dulces sonrojos
Su rostro recobró la lozanía
Y desbordóse en rayos por sus ojos,
Como volcan que estalla, la alegría.
—¡Es Juan!..... Mas ¿la mujer que le acompaña
Y el tierno niño que con él navega?
La vista no me engaña.....
¡Le llama «padre» y en sus brazos juega!.....
¡Al fin te vuelvo á ver, Juan de mi vida!
¿Dónde has estado, dónde?
¡Cuánto tiempo aguardando tu venida!
—¿Quién es esta mujer?—Juan le responde.
—¿No me conoces?—delirante y loca
Dice, no más, atónita María;
Y helándose las frases en su boca,
Inmóvil queda como estatua fria.
—¡Ah, sí! Puede que sea
Una pobre muchacha que jugaba
Conmigo siendo niño en esta aldea.
¡Á fe que ni siquiera me acordaba!—
Y se alejó del sitio, indiferente,
Sin sospechar el daño que causaba,
Sereno el corazon y alta la frente.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

XI.

Todas las tardes cuando el sol desmaya,
Vagando por la línea en que la ola
En curva desigual muere en la playa,
Una pobre mujer, descalza y sola,
Fija siempre en su idea,
Con su alegre locura por consuelo,
Mira volver los barcos á la aldea,
Agitando en el aire su pañuelo.

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

Julio, 1884.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Desde el Cielo

(Habla el hijo muerto á su madre.)

MADRE de mi corazon!
Enjuga tu acerbo llanto;
Da treguas á tu quebranto;
¡ Interrumpe tu oracion!

—

¿ Quieres saber por qué lloras
Con penas y cuitas graves?
¡ Porque mis dichas no sabes;
Porque mi destino ignoras!

—

¿ Quieres que de tu ansiedad
Te explique la lucha impía?
¡ Porque no ves, madre mia,
Toda mi felicidad!

—

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

—

Del cielo en los resplandores
Mi azul pupila se llena,
Y aquí no tengo más pena
Que pensar en tus dolores.

—

Sumida en honda afliccion,
Y enferma, y acongojada,
¡ Tú sí que eres desgraciada,
Madre de mi corazon!

Yo para ti soy amigo,
Soy espíritu, soy luz;
Te ayudo á llevar la cruz
Porque estoy siempre contigo.

—

Sueñas con que no me ves,
Y del sueño en los antojos,
En cuanto cierras los ojos
Estoy velando á tus piés.

—

Mi imágen siempre te aguarda
Tras de tu lecho escondida;
Y si te quedas dormida,
Soy el ángel de tu guarda.

—

Mis hermanos no me ven;
Pero en un rayo de luna,
Por las noches, á su cuna
Bajo á besarlos tambien;

—

¡ Y cuando despierta el dia
Te llevan ellos á tí
El beso que yo les dí
Por la noche, madre mia!

ANTONIO F. GRILO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

LOS AMORES DE UNA FLOR.

I.

ILUSION.

Lo ví nacer en alfombrada orilla, que sirve de marco á un arroyuelo, una flor bella y pura, de blancura mate y perfume exquisito, aérea y delicada.

Era una azucena de esas á quienes comparamos la mujer amada y la tez ideal de los ángeles, y que comunican á los que las ven y aspiran su esencia purísima, la beatífica sensacion que se experimenta cuando se satisfacen los sentidos.

Esa flor, al parecer abandonada, pues que se erguia sola, sin que ninguna otra se prestase á formar el contraste ni á ofrecerle su amistosa compañía, era, sin embargo, querida y custodiada por un sér que la hacia feliz y contribuia á la conservacion de su vida.

Tal era aquel arroyo; tímido amante, cuando se deslizaba refrescando, al besarlos, los piés de su querida; impetuoso y soberbio, cuando obstáculo importuno quebraba sus linfas; brillante estela de oro, al retratar las arenas de su fondo; íris magnífico, cuando se deleitaba copiando una puesta de sol.

La azucena habia nacido por él y para él, á la vez que sus cantos y los colores de su paleta eran para su flor amada.

Cuando la plateada flor se sintió cargada de perfume y comprendió que era tiempo de abrir sus pétalos, inclinóse lánguidamente hasta tocar el cristal de su amado, y embalsamó sus ondas. ¡Jamas el trovador de la pradera recibió más preciado beso de flor alguna!

Y cuando el cielo se presentaba enteramente azul, y el sol se complacia en hacer más pintoresca su despedida diaria, entónces él, aprisionando en su cristal tanta belleza, se henchia y alzábase ufano, y presentábale á su flor amada, para su recreo, el espejo mágico, que formaba con él un solo cuerpo.

Sus amores eran castísimos. Sólo se componian de perfumes, música y colores.

Por eso eran felices; por eso él se deleitaba en retratar su imágen, y ella en embriagarlo con su esencia.

II.

DESENGAÑO.

El céfiro, eterno burlador de prados y verjeles, acostumbrado á hablar al oido á todas las flores, y á verlas mecerse con coquetería, como si ésta fuese la manera de corresponder á sus halagos, llegaba cada dia, y cada vez más blando y amoroso, á requebrar á aquella blanca flor.

Tanto amor fué escuchado al principio como se oye la música lejana: vagamente. Luégo conoció la reina del prado que el inquieto amante, léjos de comprender su desvío, persistia en su loco afan de hacerla suya; y desde entónces se notó que por aquella flor, ántes feliz, pasaba algo extraño, así como sombras de tristeza ó como síntomas de cercana muerte.

No obstante, cuando el céfiro pasaba cerca de ella, inclinábase á un lado y otro, ora hasta confundirse con el alfombrado suelo, ora hasta mojar su frente en las ondas de su prometido.

Y lo que aquel persistente amador tomaba como coqueterías y promesas de la que pretendia, no era otra cosa sino esquivez, y muchas veces besos purísimos que daba al arroyuelo, al tiempo de abatirse para librarse de su perseguidor.

Una vez éste, sospechando esos amores, se propuso sorprender el secreto; y llegó pausado, sin rozar la tierra, en momentos felices para los dos amantes y de dura prueba para él.

Y oyó al arroyuelo cantar las bellezas de su amada; y vió á ésta doblar su tallo y pagar sus trovas con caricias, y sintió grato perfume que se esparcia á su alrededor.....

No quiso oir más, y alejándose de la para él ingrata y falaz, fué, en su dolor, á gemir en unos cauces vecinos, y luégo á rugir airado en la selva próxima.

Allí, en la oscura bóveda de verdura que formaban las pomposas copas de los árboles, lloró de nuevo sus desventuras y juró venganza terrible.

III.

MUERTE.

Una vez más rasgáronse las vestiduras de la noche; una vez más los ángeles velaron con sus alas la tibia luz de la luna, para encender el fanal de los cielos; una vez más can-

(c) Ministerio de Cultura 2006

taron las aves el nacer el dia, y apareció cubierta de perlas la frente de las flores; y unas, felices, parecian ostentarlas como joya nupcial, y otras, como atavío de muerte.

La azucena gentil, que ayer disputaba su blancura á la toca de las vírgenes, se veia hoy con listas de oro, como si los rayos del sol se hubiesen incrustado en ella; y el rocío, que en otras flores semejaba perlas, granates y zafiros, lucia en sus pétalos como gotas de oro mate.

Era que la enamorada sentia su próximo fin y las congojas de su felicidad turbada.

A poco se dejó oir en la selva un ruido atronador; las aves huyeron poseidas de terror; los arbustos y gramíneas doblábanse hasta formar un solo plano con las plantas que apénas tapizaban la pradera; encrespáronse las ondas del arroyo, y la esbelta azucena se sintió arrollada por una fuerza desconocida.

¿Qué acontecia?

El céfiro, irritado por el menosprecio de la que amaba con todo su sér; pidió á sus mayores la fuerza del huracan y el fragor de la tempestad, y armado con estos poderosos elementos, corrió veloz y desatentado á llevar á cabo su terrible venganza.

Él queria aprisionar en el vórtice de su seno el cuerpo de su desdeñosa amante y llevarla hasta perderla, arrastrada por el fango, herida por las espinas y desdeñada por sus hermanas.

Pero el arroyo comprendió en la agitacion de sus ondas el peligro en que estaba su prometida, y pidiendo tambien favor á sus mayores, hinchó sus venas y recibió en su seno el cuerpo muerto de la flor bendita!.....

Y afanoso, trémulo, sollozante, colocó en sus espaldas la preciosa carga, hasta que en la inmensidad del Océano encontraron sus existencias un fin comun.

CÁRLOS B. FIGUEREDO.

(*Venezolano.*)

Madrid, Mayo 1884.

D. ANTONIO FERNANDEZ GRILO,

DISTINGUIDO POETA LÍRICO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

GÓNGORA.

El crítico frances M. Aicard, en un estudio consagrado á investigar el orígen y las causas del *langage précieux*, aquel estilo *cultidiablesco*, segun él mismo le denomina (aceptando una calificacion de nuestro Lope de Vega), que pusieron en boga los literatos del hotel de Rambouillet, en el París del siglo XVII, y que lograron desterrar los Corneille y el insigne Molière, emite una opinion que merece ser conocida, y es la siguiente:

«La imaginacion no se contenta con imitar lo bueno, sino que aspira á crear, si puede, lo mejor, por ley incontrastable del progreso, por eterno anhelo hácia la perfectibilidad humana; y cuando el hombre de talento se encuentra en presencia de caminos trillados, de sendas perfectamente conocidas, en el vasto campo de las letras y las artes, suele apartarse á un lado para buscar atajos difíciles, quizá peligrosos, y lanzarse por ellos con arrogante paso hasta llegar al punto deseado: si le guia la inspiracion, lega á la posteridad obras tan grandiosas como la *Divina Comedia* y la *Escuela de Aténas;* si le guia el capricho, el deseo de originalidad insensata, el mal gusto en una palabra, entónces sólo deja, por huella de su paso, alguna extravagancia; por ejemplo: el *langage précieux.*»

Viene como de molde esta opinion de M. Aicard al período gloriosísimo de la historia literaria de nuestra patria, que comienza en Garcilaso de la Vega y D. Diego Hurtado de Mendoza, en el siglo XVI, y concluye con D. Francisco de Quevedo Villegas y D. Pedro Calderon de la Barca, en el último tercio del siglo XVII: florecieron entónces los más grandes ingenios de la nacion, desde la seráfica autora del *Camino de la Perfeccion* y los *Conceptos del Amor Divino*, Santa Teresa de Jesus, hasta el príncipe de todos, Miguel de Cervántes Saavedra; y el hombre de talento (aplicando á mi propósito la opinion de M. Aicard) que se apartó á un lado de las sendas conocidas, para buscar atajos difíciles, y caminar por ellos con arrogante paso, fué D. Luis de Góngora y Argote, poeta cordobés.

* * *

Fácil es bosquejar sucinta biografía de este famoso vate: ámpliamente han escrito de Góngora, entre los literatos antiguos, Pellicer y Tobar, Saavedra Fajardo, Cascales y otros, y entre los modernos, Ticknor, Amador de los Rios, Don Adolfo de Castro, Alcántara, Rosell, Ramirez y de Las Casas Deza; y todos ellos me prestarán diversas noticias, muy curiosas algunas.

Descendia Góngora de dos ilustres familias andaluzas, y nació (segun afirma su contemporáneo Pellicer, en *Lecciones solemnes*) el 11 de Junio de 1561, precisamente un año ántes que su enemigo, y constante blanco de sus mordaces sátiras, Frey Félix Lope de Vega; y en la calle de Marcial, el famoso epigramático hispano-romano, «y sin duda ninguna con mayor sal (dice el anónimo autor del *Panegírico por la Poesía*) y no menores nervios en las véras y agudezas en las burlas.»

Un antiguo colaborador de *La Ilustracion Española y Americana*, D. Luis María Ramirez y de Las Casas Deza, distinguido literato cordobes, ha dicho que «las casas que habitó D. Luis de Góngora y Argote son unas principales en la colacion de San Juan y Todos los Santos, situadas en la plazuela de la Trinidad, esquina de la calle de las Campanas.»

No se crea que el apellido del padre de D. Luis era Góngora, y el de su madre Argote, sino al contrario: fué su padre D. Francisco de Argote, buen letrado, corregidor de Madrid en tiempo de Felipe II, y hombre de honor á carta cabal, segun las referencias de su propio hijo, y fué su madre Doña Leonor de Góngora, de ilustre prosapia, y emparentada con aristocráticas familias; pero el jóven poeta, que empezó bien pronto á dar muestras de su predileccion á las palabras sonoras, cuando estudiaba Derecho en la Universidad Salmantina, á la edad de quince años, y comenzaba á escribir sus más ingenuas composiciones, sus mejores sonetos y romances, antepuso el apellido de Góngora al de Argote, por parecerle aquél más eufónico, ó tal vez más linajudo; pues muchas pretensiones nobiliarias debia de tener ya entónces el que, andando el tiempo, echó en cara á Lope de Vega la humildad de su familia, dedicándole sangrientos apóstrofes.

De su habilidad en la esgrima, y de su genio quisquilloso y pendenciero, da testimonio seguro un hecho que fué muy sonado, y que refieren sin detalles los modernos biógrafos de Góngora: parece que por cuestion de amores (aunque algun crítico pone esto en duda) surgió un lance de honor entre el díscolo D. Luis y el caballero D. Rodrigo de Vargas; padrino de éste fué D. Pedro de Hoces, señor de Albaida, y fuélo de aquél su primo D. Pedro de Angulo, el cual pertenecia, segun tengo entendido, á la noble familia de los Angulos, de Búrgos, emparentada medio siglo ántes con la cordobesa de Góngora; batiéronse á espada los desafiados y los padrinos, segun costumbre de la época, y quedaron heridos el de Vargas y el de Angulo, saliendo completamente ileso el que promovió la pendencia, D. Luis de Góngora y Argote.

Pero no fué tan afortunado el ya famoso poeta cordobés en sus pretensiones de destino: salió de Salamanca, graduado de bachiller en Derecho canónico, en cuanto se echó tierra, y tal vez dinero, al lance del desafío, y presentóse

(c) Ministerio de Cultura 2006

en la córte del fundador del Escorial, hácia 1581, contando con las recomendaciones y la influencia de antiguos amigos de su padre; y sólo despues de once años de contrariedades y disgustos logró obtener un beneficio, ó racion, como entónces se decia, en la catedral de Córdoba, su patria, él, D. Luis de Góngora, «hombre de muchos nervios en las véras», segun queda probado, que hubiera preferido, á no dudarlo, una plaza de alférez en los bizarros tercios que á la sazon peleaban delante de Maestrich, bajo la conducta del insigne Alejandro Farnesio, príncipe de Parma.

Olvidado estuvo del mundo de la córte, en la catedral cordobesa, la fastuosa *aljama* de los Ommiadas, hasta el año 1593: fué entónces nombrado obispo de la diócesis el que lo era de Salamanca, D. Jerónimo de Aguayo y Manrique, y el racionero Góngora, junto con el canónigo D. Alonso de Venegas, salió diputado por el Cabildo para prestar juramento de obediencia, en nombre de la corporacion, al nuevo prelado; y hallándose con tan humilde objeto en Salamanca, teatro de sus alborotadas mocedades, cayó enfermo de tanta gravedad, víctima de unas fiebres malignas, que por muerto lo tuvieron sus amigos durante dos dias, y larga y penosísima fué su convalecencia, y áun sufrida con no escasas privaciones.

Reinaba ya D. Felipe III, y era omnipotente su fastuoso ministro D. Francisco de Gómez y Sandoval, primer Duque de Lerma: contaba Góngora con la proteccion de este magnate, y contó despues con la del malaventurado D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, y pudo alcanzar, no sin largas y enojosas pretensiones y treguas, una capellanía de honor en el Real Palacio; tuvo luégo, reinando el *Gran Filipo*, segun llamaban á Felipe IV sus aduladores cortesanos, el patrocinio, y áun la amistad, de D. Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares (por quien el Monarca hizo merced de hábito de Santiago á dos sobrinos del poeta), y fué nombrado para acompañar á la córte en el primer viaje de aquel soberano al antiguo reino de Aragon, en 1626; enfermó gravemente en Zaragoza, como afirman algunos historiadores, ó en Huesca, al decir de otros, y aunque la reina Doña Isabel de Borbon, primera mujer de Felipe IV, que profesaba noble afecto al ya anciano poeta (á la sazon tenía la edad de sesenta y cinco años), le envió los primeros médicos de su Real Cámara para «que le asistiesen con todo esmero, y como buen capellan que era de su palacio y capilla», D. Luis de Góngora sólo pudo salvar la vida, aunque por breve tiempo, á costa de sus facultades intelectuales: el infeliz perdió la memoria, y «quedó como alelado (dice un su contemporáneo), y en tal manera, que daba grima verle, cuanto más hablarle.»

Apartóse entónces de la córte con tristísimos augurios, y encaminóse directamente, sin entrar en Madrid, á su país natal, Córdoba, donde falleció á los pocos meses, en la tarde del 23 de Mayo de 1627, siendo sepultado honrosamente su cadáver en la capilla de San Bartolomé, en la catedral, panteon de la ilustre familia de Góngora.

Era D. Luis de Góngora y Argote, como representa el excelente retrato que publicamos en la pág. 129 (copia del cuadro de Velazquez, el gran pintor, que existe en el Museo del Prado con el núm. 1.085), hombre de rostro moreno, enjuto, de angulosas facciones; sus ojos, pequeños, vivos, inquietos, reflejaban la agudeza, y tambien la malignidad de su espíritu; su expresion adusta, más que severa, no estaba formada por las líneas rugosas de la vejez, sino por el desden y el desagrado, por los disgustos y las contrariedades de la vida.

Á su dureza de carácter, que se aumentó con los años, debió Góngora su modesta posicion en la córte, donde su talento y la influencia de los valiosos amigos de su familia le ofrecian destino más alto: siempre fué pobre; nunca logró vivir con desahogo; consérvanse cartas suyas en la Biblioteca Nacional, dirigidas á varios caballeros, en las que se lamenta de la escasez de sus recursos, y pide indirectamente algun dinero para atender á la necesidad más apremiente de la vida: la subsistencia.

Durísimas palabras ha dedicado el Sr. Rosell al autor de *Polifemo* y las *Soledades*, contemplando otra copia de ese retrato que nos legó el pincel de Velazquez, á peticion del ilustre Francisco Pacheco, autor del *Arte de la Pintura* y suegro del gran artista.

«Si el semblante (dice el malogrado académico) es espejo del alma é indicio del carácter de las personas, confesemos que el retrato no excita grandes simpatías en favor del sujeto que representa. La aspereza del ceño, la severidad de la mirada y la rigidez de la boca denotan condicion dura, genio adusto y desapacible, y cierta expresion de malquerencia y envidia, como de hombre que, descontento de sí, hace recaer su despecho en el crédito ó prendas de los demas. Así era D. Luis de Góngora: envidioso, maldiciente y calumniador.....»

Durísimas, en verdad, son estas palabras, y no todos los críticos literarios han tratado así á D. Luis de Góngora y Argote, ni áun sus mismos enemigos.

* * *

El *Culteranismo*, ó sea «el estilo de hablar culto afectadamente», segun la definicion moderna de la Real Academia Española, fué fundado en España, en el siglo de oro de nuestra literatura, por D. Luis de Góngora: así pudo escribir con razon el poetastro coetáneo D. Félix de Arteaga, ó bien el P. Paravicino, aludiendo al autor de las *Soledades:*

«Hijo de Córdoba, grande,
Padre mayor de las Musas,
Por quien las voces de España
Se ven, de bárbaras, *cultas*»;

y así ha podido decir terminantemente el Sr. D. Adolfo de Castro, docto y discretísimo ordenador de la coleccion de *Poetas líricos de los siglos* XVI y XVII (tomos XXXII y XLI de la *Biblioteca* de Rivadeneyra) que «Góngora fundó la secta de los llamados *cultos*»; secta que bautizó con aquel nombre, en sus primeros tiempos, el humanista Bartolomé Jimenez Paton, y que confirmó poco despues con igual nombre, en los últimos versos de una octava, el Fénix de los Ingenios.

Pero surgió en el siglo último, aunque era ya llamado *gongorino* el «estilo de los que hablan culto afectadamente», la magna cuestion de precisar con exactitud el orígen verdadero del *culteranismo*.

Unos críticos, siguiendo la opinion del correcto hablista D. Ignacio de Luzan, consideraron desde luégo á D. Luis de Góngora como autor ó introductor de aquel estilo en nuestra patria, y cuando más, atribuian un pequeño tanto de

(c) Ministerio de Cultura 2006

DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE.

CUADRO DE VELAZQUEZ, EXISTENTE EN EL MUSEO DEL PRADO. — (Núm. 1.085 del *Catálogo*.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

culpa en el asunto al marqués italiano Virgilio Malvezzi (autor de várias relaciones históricas de sucesos memorables acaecidos en España), sin pararse á reflexionar que este último escribió su libro en 1630, más de tres años despues de la muerte del autor del *Polifemo;* otros, quizá partidarios vergonzantes dè Góngora, culparon á D. Diego Saavedra Fajardo, el concienzudo autor de *Empresas políticas* y *República literaria*, y al vate sevillano D. Juan de Jáuregui, el traductor del Tasso, con su ampulosa version del poema la *Farsalia*, siendo así que uno y otro fueron tambien posteriores al poeta cordobes, en algunos años; opinion singular por lo extraña y equivocada, ya en el siglo corriente, fué la de D. Francisco Martinez Marina, autor de la *Teoría de las Córtes*, quien acusa de primeros *cultos*, en la centuria décimasexta, al P. Juan de Mariana, por el estilo campanudo de las artificiosas arengas y elocuciones que puso en boca de personajes históricos, y al mismo autor de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, por los vocablos castellano-latinos con que esmaltó ligeramente la florida prosa de su *Galatea* y los giros inversos y oscuros, «nunca hasta entónces usados», que empleó en su obra postrera, *Trabajos de Pérsiles y Segismunda.*

No hay para qué citar otros críticos que evocan los nombres de Séneca y Lucano, fantaseando á su gusto por los dilatados espacios de la antigua literatura latina.

La singular opinion de Martinez Marina, rechazada en el acto por la crítica sensata, sin más que atenerse á la lógica inflexible de los hechos, fué causa y motivo de que ganára autoridad en breve tiempo otra opinion posterior, emitida á la vez por algunos hombres doctos: la que señalaba como introductor, no inventor, del culteranismo en España al jóven y malogrado poeta D. Luis de Carrillo y Sotomayor.

Fué este poeta natural de Córdoba, como su tocayo D. Luis de Góngora y Argote, y nació, segun se cree, hácia el año 1582; era hijo de D. Fernando de Carrillo, hombre de mucha autoridad en la magistratura, y presidente del Consejo de Indias; hízole merced el rey D. Felipe III, prendado de sus nobilísimas dotes personales, del hábito de Santiago, confiriéndole la encomienda de Fuente del Maestre, y le nombró luégo caballero cuatralvo de las galeras de España; falleció prematuramente en 1610, en su ciudad natal, á poco de haber cumplido la edad de veintisiete años.

Pero la opinion de los que han atribuido á Carrillo y Sotomayor la introduccion del *culteranismo* en la literatura patria, es rechazada con indestructibles argumentos por el erudito coleccionador de las poesías líricas de los siglos XVI y XVII, D. Adolfo de Castro.

Porque, si es cierto que las composiciones en verso y prosa, y muy estimables, del malogrado Carrillo fueron publicadas en Madrid, en 1613, y pudieron leerlas é imitarlas los partidarios del estilo *culto*, que ya entónces eran muchos y notables, será preciso tener en cuenta que ocho años ántes, en 1605, salió de las prensas de Luis Sanchez, en Valladolid, el libro titulado *Flores de poetas ilustres de España*, en cuyas páginas puede leer el curioso hasta treinta y seis composiciones líricas de Góngora, algunas de las cuales son verdadero modelo de alambicados conceptos, de giros tortuosos, de ridículas trasposiciones, de *culteranismo.*

Y áun se debe añadir que la censura y aprobacion de ese libro datan de 1603, y no es aventurado suponer que el ordenador ú ordenadores (pues parece que fueron varios) de *Flores de poetas ilustres* tuvieron en su poder los materiales desde algunos años ántes; por manera que Góngora escribió las composiciones aludidas cuando el poeta Carrillo y Sotomayor no habia llegado á la edad de cuatro lustros, y no pensaba de seguro en dar lecciones de estilo *culto* á quien ya era maestro en la jerga culterana.

Mejor será, en mi concepto, suponer lo contrario: que el jóven é impresionable Carrillo, cordobes, como Góngora, estudiára é imitára el arte de «hablar culto afectadamente» en las poesías de su paisano, y tal vez su amigo.

El primer introductor del *culteranismo*, no hay que dudarlo, fué Garcilaso de la Vega: basta leer cualquiera de sus *Canciones* y *Églogas* para hallar vocablos tan nuevos y verdaderamente afectados como *rígida nieve*, *corusca*, *nudosa*, *árdua vía*, y otros muchos semejantes, y tambien incomprensibles trasposiciones, por lo violentas, cual la que se observa en este verso:

«*Entre la humana puede y mortal gente.*»

Imitó á Garcilaso el sevillano Herrera, el *divino* Herrera, el inspirado y grandilocuente cantor de la batalla de Lepanto, que tiene frases como éstas: *crespas ondas*, *planta voladora*, *tiempo cano*, y otras; y catorce años ántes que Góngora, quien copió mucho de Herrera, hasta versos enteros (tres menciona, de primera intencion, el erudito literato don Adolfo de Castro), habia escrito el Dr. Agustin de Tejada Paez, en su cancion *Á la Armada Invencible*, voces tan peregrinas y *cultas* como *argenta con espuma*, *salobre plata*, *gélido inglés*, *corusca llama*, etc.

Góngora, no sólo se propuso imitar á Garcilaso y á Herrera, segun dice el tantas veces nombrado Sr. Castro, sino sobrepujarlos, vencerlos, eclipsarlos: no le faltaba talento, ni tampoco afanoso deseo, que tal era la condicion principal de su carácter; faltóle, empero, el buen gusto, aquel buen gusto que se refleja en sus primeras composiciones poéticas, y que se maleó al principio, y luégo se corrompió del todo en presencia de la cruda guerra que sostenian hacía muchos años los *conceptistas* y los *cultos.*

Por lo demas, no fué el *culteranismo* un vicio propio y exclusivo de la literatura española en los siglos XVI y XVII: ya hemos citado el *langage précieux* de los franceses, que desterraron los Corneilles y Molière; en Inglaterra, años ántes del gran Shakespeare, se extendió inmensamente el *euphonismo*, inventado por Lilly y sostenido con mal éxito por Gibbert de Colwey; en Italia, aunque prescindamos del marqués Virgilio Malvezzi, hácia la época en que Góngora escribia en su *Polifemo*

«*Oidos preste el mundo al verso culto*»,

el gran poeta napolitano Juan Bautista Marini, amigo y discípulo del Tasso, protegido del cardenal Pietro Aldobrandini, y luégo de la reina María de Médicis, publicaba su famoso poema heroico *Adónis*, tan detestable por su forma esencialmente *culterana*, como notabilísimo por su argumento, su accion, su vida.

***

Horrible, implacable guerra de sátiras y crueles invectivas se hacian sañudamente los partidarios y los enemigos del *cul-*

(c) Ministerio de Cultura 2006

teranismo: al lado de Góngora estaba el Conde de Villamediana, D. Juan de Tássis y Peralta, el de los *amores reales*, que habia de morir tan desastrosamente en la calle Mayor, frente á los portales de Manguiteros, al anochecer del 21 de Agosto de 1622; el Dr. Cristóbal Suarez de Figueroa, autor de *Constante Amarilis;* el abad de Rute, Salas, Villar, Vazquez Ciruela, y otros ingenios; y al frente de los adversarios del poeta cordobes figuraba Lope de Vega, que se burló del culteranismo en no pocas letrillas y composiciones várias, como el conocido soneto que termina de este modo:

«—¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?
—Y como que lo entiendo.—Mientes, Fabio;
Que soy yo quien lo digo, y no lo entiendo.»

Y ántes que Lope habia dicho el poeta antequerano Pedro de Espinosa, capellan del Duque de Medina-Sidonia y rector que fué despues del colegio de San Ildefonso, de Sanlúcar de Barrameda:

«Tú, miron, que esto miras, no te espante
Si no lo entiendes; que aunque yo lo hice,
Asi me ayude Dios, que no lo entiendo.»

Góngora, preciso es confesarlo, era el primero, el más osado, el más cruel y mordaz en aquella guerra de sátiras, de la cual hoy apénas se puede formar idea exacta.

Citaré, para muestra, dos composiciones inéditas, que se conservan originales en la Biblioteca Nacional.

En un soneto apostrofa á Lope y á sus secuaces de la siguiente manera:

«Patos del aguachirle castellana
. . . . . .
Pisad graznando la corriente cana
Del patrio idioma.»

Véase ahora esta quintilla:

«Dicenme que hace Lopico
Contra mi versos adversos;
Pero si yo versifico,
Con el pico de mis versos
Á ese Lopico, *lo pico.*»

Tambien ha tenido Góngora acerbos enemigos entre los críticos extranjeros: un autor frances le llama «espíritu vano y fantástico, aturdido, licencioso, impotente para seguir las huellas de sus maestros», y añade que «se puso á silbarlos y á combatirlos á todo trance, atreviéndose á soñar que iba á destronar la verdadera grandeza y la verdad, á fuerza de extravagancia y procacidad indigna.»

Tan duras é injustas son estas palabras como las del académico Sr. Rosell, que dejamos copiadas.

Góngora, sin embargo, ha tenido entusiastas panegiristas.

El mismo Lope de Vega dice de él que «su ingenio es el más raro y peregrino que ha conocido en aquella provincia» (Córdoba); Saavedra Fajardo lo llama, en su *República literaria*, «requiebro de las Musas y corifeo de las Gracias»; el sabio historiador Cascales le denomina «ingenio divino», y «cisne que más bien ha cantado en nuestras riberas»; D. José Pellicer y Tobar, su contemporáneo y comentarista, le saluda como á príncipe de los ingenios españoles, comparable á Píndaro de los griegos; el docto y recto P. Ferrer de Valcuebro, en su *Templo de la Fama*, le coloca al lado del autor de *Jerusalen libertada*, el inmortal Torcuato Tasso, y dice que «si igualáran á los versos los asuntos, habia de tener mejor lugar que Homero.»

Copiaré íntegro el juicio crítico de Góngora que ha escrito el Sr. Castro en el tomo XXXII de la *Biblioteca de Autores Españoles*, edicion Rivadeneyra:

«Góngora, en mi opinion, ha sido muy mal juzgado por los críticos. Tenía más vehemencia y estilo poético que Fernando de Herrera, si bien era ménos erudito.

»Indudablemente es el primero de los poetas españoles; ninguno, cuando Góngora va por el camino del buen gusto, le aventaja en genio; ninguno, áun en las obras en que parece abandonado, tiene rasgos más sublimes y más brillante color poético. En el *Polifemo* y las *Soledades*, poemas que han sido execrados, más por el nombre y el odio antiguo que por la lectura juiciosa y desapasionada, se hallan pasajes que honrarian á los poetas más famosos de cualquiera de los siglos de cualquiera de las naciones.»

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

LA TORRE DE GALATA, EN CONSTANTINOPLA.

(c) Ministerio de Cultura 2006

«LA PINTURA DE HISTORIA Y LA DE GÉNERO.»—(CUADRO DE FONTANA.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL CÁNTICO DE LOS GRADOS.

Alzaré los ojos sobre los montes,
de donde me ha de venir el socorro.

Salmo, 121.

Un viejo organista, de esos que nacian en el coro, y, aleccionados por las grandes inspiraciones de sus predecesores, producian en la oscuridad obras maestras, que los devotos ni el clero entendian, dejando ignorados sus trabajos, que, á falta de un aficionado, devoraban los ratones, compuso una pieza sobre el salmo 121, llena de uncion y de sentimiento, digna de alabar á Dios.

Sólo fué comprendido por sus discípulos, no por todos, que algunos se reian al oírsela y ver cómo las lágrimas caian de sus ojos al tocar aquel cántico de su alma, que con la viva fe que le animaba habia creado en la oscuridad de su pobre hogar, iluminado por un hermoso pensamiento, y feliz con la esperanza de otra vida.

¡Dichoso el que, firme en su creencia, halla consuelo á todas las penas y esperanza á todas las desdichas! ¡Dichoso el que, adorando un ideal, halla en él la fuente de nobles pensamientos y de bellas concepciones!

Entre los que aprendian, habia un muchacho de doce años, de cráneo elevado, frente estrecha, pero correcta, y ojos soñadores, que escuchaba sus lecciones con religiosa atencion, y daba á su voz tal expresion y poesía, que el viejo maestro creíale su mejor discípulo y le profesaba hondo afecto, pagado por el jóven con expresarle la admiracion que le causaban sus obras favoritas, y el calor con que le defendia de las burlas de sus compañeros.

Hijo de una familia poderosa, al morir el padre vióse ésta reducida á un modesto pasar miéntras se fallaban los pleitos que aquél habia dejado.

Aceptó el hijo la situacion con paciencia, y consintió en formar parte de aquella juventud bulliciosa, que aprendia los secretos de la música del viejo organista de la catedral.

Las voces, dulces unas veces y vigorosas otras, del órgano conmovian hondamente su espíritu juvenil, ansioso de emociones, en el que toda la vida habia de influir la pasion, gérmen de grandes goces y de grandes desventuras.

Cuatro años bastaron para que el niño de coro se trasformase en un cantante que conmovia el ánimo y excitaba la fe de los creyentes ménos entendidos, rindiendo su ignorancia al encanto de la voz humana, que, cuando llega al alma, triunfa de todas las armonías de la naturaleza y del arte.

El viejo maestro encargábale de sus más queridas obras, y le amaba como á su salvador, llenándole de bendiciones y regalos que su pobre sueldo consentia.

—El dia que tú me dejáras, no escribiria yo más. ¿Cómo encontraria otro como tú? ¿Quién daria á mis melodías su expresion, su sentimiento, su pureza?—decíale un dia, estrechándole entre los brazos.

Este presentimiento no tardó en ser un hecho; la madre del cantor ganó un pleito cuantioso, y Cecilio vióse convertido en un hombre poderoso, que ya no necesitaba del canto, y atraido por los goces de la vida que la riqueza le presentaba con espléndido atavío, más bella en la poderosa imaginacion de aquel que, creyéndose desheredado, hallaba la fortuna en su camino.

Viendo á su madre tranquila, libre de la pobreza y dichosa, á no ser las tiernas lágrimas que la hacian verter los contínuos recuerdos del hombre que fué amante y fiel esposo, y padre idólatra de sus hijos; mirándose vestido con lujo y sin llevar los zapatos que cubrieron sus piés, y él habia colocado á la cabecera de su cama, como recuerdo á las privaciones sufridas, que debian ser gérmen de oraciones fervientes en gracias de los bienes recobrados, buscó en los placeres legítimos modo de completar su educacion y conocer el mundo. Proyectó un viaje por Europa, idea acogida con aplauso por su madre, y los preparativos se hicieron rápidamente.

El dia ántes de marchar, acordándose de su maestro, fué á despedirse de él. Encontró al viejo compositor anonado por inercia y viejo por la tristeza que en su rostro y en sus ideas dejaba escapar en la conversacion. Despues de contarle sus padecimientos y la soledad que encontraba en su alma desde que le habia abandonado; cómo las ideas huian de su inteligencia, á semejanza de las aves que abandonan el nido, y que obstinadamente llamaba al entusiasmo en su ayuda, sin conseguir gozar de su aliento creador.

—¿Te acuerdas del cántico de los grados?

—¿Cómo he de haberlo olvidado? ¡Cuántas veces resuena en mis oidos! ¡Cómo conmueve mi corazon y me hace recordar mi niñez, y la primera vez que canté en una fiesta vuestra obra más inspirada!

—Tú dejas esta tierra por largo tiempo, y yo no te volveré á oir, porque no viviré á tu regreso; que Dios querrá darme descanso; de esta vida oscura, todo el trabajo no produce, y la gloria es un fantasma. ¿Quieres hacerme el último favor?

—No piense V. en esas cosas.

—Bien, no pensaré, ó al ménos no hablaré de ellas; pero ¿quieres complacerme?

—Con toda el alma.

—Vamos á la catedral, y canta, para mí solo, esa inspiracion, que el cielo me envió para desvanecer mi tristeza y para que tú la cantases.

—Maestro, no estaré en voz, y pasará un mal rato.

(c) Ministerio de Cultura 2006

—No lo creas. Tú cantarás bien, porque te recordará tus dias de desdicha hoy, que eres feliz, y porque te la acompañaré yo, que te quiero como un padre, ¡qué padre! más, mucho más. Tú has sido el alma de mi inteligencia y la alegría de mi vida. ¿Cómo no te he de querer? ¿Cómo podré olvidarte?

Y sus ojos se fijaban en Cecilio con una expresion de cariñosa ternura, que éste no pudo resistir una emocion profunda.

—Vamos, pues—contestó aquél;—haré un esfuerzo y al final me daréis un abrazo, como en aquellos buenos tiempos.

—Que ya no volverán, por mi desdicha.

—Dejémonos de tristezas; á la obra.

El maestro se sentó ante el órgano, y ordenó al sacristan que diera aire al instrumento.

Comenzó la introduccion con mano nerviosa, haciendo temblar las notas y trasmitiendo á la frase la emocion de que estaba lleno su espíritu.

Cecilio comenzó; su voz, robustecida por la juventud, habia adquirido más claridad y más potencia. Desde las primeras notas, el maestro cerró los ojos y se concentró en sí mismo, para gozar el placer que creia el último de su vida.

Las almas nobles se trasmiten sus sentimientos, consiguiendo la que las recibe reflejadas, consolar el dolor ó compartir el entusiasmo.

El rostro del maestro tenía la expresion de un justo que, despues de la muerte, conserva la esperanza del cielo y la paz de un alma pura. Cecilio sintió trasmitirse á su corazon aquel sueño de un sér desdichado, al que la suerte concedia unos minutos de felicidad; y lleno de piedad por él, conmovido por su cariño, su canto adquirió la voz de los ángeles, y la piedad, llenando su alma, prestóle sus dulces consolaciones, que hacen del hombre un discípulo del Cristo.

Al oir la realidad, más bella que su abstraccion, abrió los ojos, fijándolos en el jóven, con la luz de la alegría y el fuego de la admiracion.

Al llegar á la última estrofa, exclamó con dolorida voz:

—¡Ya se acaba!

Cuando sonaron los últimos acordes del final, el viejo maestro dejóse caer de rodillas, y con las manos levantadas al cielo y los ojos inundados de lágrimas, exclamó con voz balbuciente:

—¡Gracias, Señor, que me has dado esta alegría!—Y permaneció en oracion algunos minutos, hasta que se levantó, y arrojándose en brazos de su discípulo, le besó en la cabeza, diciéndole:

—Tú vienes del cielo, y al cielo volverás. Sólo allí los querubines pueden cantar contigo ante el trono del Omnipotente.

—Maestro, ¡os habeis hecho poeta!

—En algun dia el amor me inspiró; pero faltaba á los versos la majestad de la armonía, y dejé la rima porque no llenaba mis ideas y mis gustos. Pero no hablemos de esto. Con que, ¿te vas?

—Mañana al amanecer.

—¡Tan pronto!

—Antes volveré.

—Sí, vuelve pronto; acuérdate de mí, que tanto te quiero, y recuerda que en tí está mi dicha. Y si no existo cuando tú vuelvas, busca mi sepultura, y pidiendo á Dios gracia para mi alma, canta en voz baja mi obra querida. Mi espíritu acudirá al llamamiento, y yo estaré á tu lado aunque no me veas.

—Maestro: es necesario que venzais esa excitacion que padeceis; huirá ante la salud del cuerpo, y cometeis un crímen al entregaros á negros sueños, en vez de producir nuevos trabajos, que os devuelvan la alegría y borren de vuestra imaginacion tristes presentimientos. ¿Quién sabe si vuestra gloria depende de los trabajos de la edad madura, en la que el juicio está formado?

—Yo seguiré tu consejo; pero esta vida me ahoga, siento que las fuerzas me abandonan, y he perdido el amor á la existencia, que todos los hombres tienen.

—Ese es el momento de luchar. Si no cumplís mis deseos, yo os juro que no vendré á cantar á vuestra sepultura, porque el hombre débil que se entrega al dolor no merece la compasion, por haber anulado esa potencia que se llama voluntad, que hace al hombre superior á sí mismo, y es el gérmen de honrados trabajos y de empresas gigantescas.

El viejo músico se arrojó en brazos de su discípulo querido, diciéndole:

—No creo tu amenaza. Muerto yo, no me negarás ese consuelo, y yo haré esfuerzos para cumplir tus deseos, componiendo una obra dedicada á tí.

—Entregádsela á mi madre, y ella me la enviará donde esté. Y adios, maestro, hasta la vuelta.

Abrazáronse otra vez, y Cecilio dejó en el coro al anciano, que, desde una alta ventana, le vió alejarse con amarga sonrisa, murmurando:

—¡Hasta la vuelta!.....

El jóven emprendió su viaje, deteniéndose en Toledo, y recorriendo Granada, Salamanca, Alcalá de Henáres y otras poblaciones, cuyos recuerdos y preciosidades las han hecho célebres. No queria salir de España sin conocerla, para no asombrarse injustamente y menospreciar la patria. Las floridas costas de Almería, la dramática naturaleza de Aragon y Galicia, los verdes prados, las altas montañas y peñas en que se estrella, formando una armonía salvaje, el mar que baña las Astúrias, los sagrados monumentos de Leon, Salamanca y mil más, el fantástico y alicatado palacio de la Alhambra, prodigio de un arte que murió, privándonos de la historia de aquel pueblo, sin igual por la fantasía, al quemar la biblioteca árabe de Granada los conquistadores de aquel paraíso, y haciendo odioso el nombre de un rey valiente y sabio, pero desgraciado.

Todas estas bellezas, todos estos grandes recuerdos, que sintetizan al pueblo que poseia la fe del Cristo, y hoy ha alzado altares al becerro de oro, allanando monumentos que eran el testimonio de nuestras glorias, arrojando los religiosos de su asilo, donde encontrando el pobre, no sólo alimento, sino hogar barato, y á veces sin precio, para llenar las gavetas de cien miserables incapaces de dar una limosna, y convirtiendo aquel pueblo en un monton de pordioseros, cuyo trabajo sirve para gabelas y coches. Todas estas bellezas penetraron con su luz inmortal en el espíritu del viajero y levantaron su juicio.

En Francia admiró el adelanto de la industria y el patriotismo ardiente que animaba á todas las clases, hoy convertí-

(c) Ministerio de Cultura 2006

EXCMO. SR. D. ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ,

INSIGNE AUTOR DRAMÁTICO.

Nació en Chiclana (Cádiz), en 1812; † en Madrid el 26 de Agosto de 1884.

(c) Ministerio de Cultura 2006

do en infames doctrinas que predican como virtud el crímen y la inepcia de los que ha llevado á los escaños de los cuerpos legisladores la multitud, seducida por la idea socialista, que ha usurpado el título, puesto que es la negacion de la sociedad.

En Prusia, regida por un despotismo militar, pudo ver un rasgo que consagra la unidad de todos sus habitantes: todos son soldados de la patria, divididos en grupos por edades, y todos tienen la obligacion de batirse por la independencia del país, sin que falten, como en todo el mundo civilizado, hombres ambiciosos, que inventan una doctrina para hacer sobre ella el pedestal de su fortuna.

Y en todas partes el vulgo arrastrado por dioses de barro, los hombres serios encerrados en su estudio, buscando la verdad, y el obrero ganando con un rudo trabajo lo que un poderoso derrocha un millon de veces en el dia.

No le parecia el mundo tan bueno como lo habia soñado, y contemplando con admiracion las maravillas de la naturaleza, buscaba en vano en ella lo que él sentia; la pasion, la idealidad de que estaba lleno su espíritu, y contrastaba con la ciega obediencia con que los árboles se desprendian de sus hojas, las flores dejaban secar sus pétalos y las rocas se desmoronaban al implacable azote del viento. La humanidad pareciale un compuesto de seres egoistas, para los que en muchos era odiosa la fortuna ajena, y la ambicion vencia á la caridad, no sin que algunas almas escogidas lleváran dentro de sí toda la bondad, toda la ternura de las doctrinas del Mártir del Gólgotha.

Faltábale ver la patria del arte, allí donde el Coliseo áun deja imaginar su anchura y calcular sus escalones, donde un pueblo numeroso aplaudia la muerte del mártir ó la estética figura del gladiador, al caer en la arena para no levantarse más. Faltábale ver los monumentos formados con la dura piedra á la que el genio ha dado forma en honor de la fe, y de aquella religion inmortal, que una vez á la mañana y otra á la tarde cantaba medio mundo, al ver aparecer el sol fructífero despidiéndole con un himno melancólico al llegar al ocaso. Faltábale ver aquellas obras del hombre en que los pintores han logrado vislumbrar la divinidad, tomando un rasgo del rostro purísimo de la Madre de Dios, ó la expresion del «*¡Eli, Eli, lachma sabattani!*», pronunciado en la Cruz por el Mártir de la verdad.

Tomó el camino de la tierra florida, esperando encontrar en ella algo que satisfaciera su apasionada fantasía, y atravesando el mar, cuyo poder indomable pudo apreciar en la tormenta, que levanta las olas al cielo y da al monstruo la voz de la desolacion, venciendo al sol esplendoroso las ténues nubes que, apretadas y unidas como las masas de un pueblo que se rebelan contra su rey, lograban vencer al astro de fuego. La noche fué despues cómplice de la rebelion, y sólo al despuntar la mañana, las negras nubes rompiéronse de pronto, abriendo paso al cielo azul, donde empezaba á lucir el sol, tiñendo de dorados dibujos el contorno de las fugitivas.

La encantada luz de una mañana de primavera, pintada de mágicos colores la costa privilegiada, donde nacieron el Dante y Galileo. Pareció al viajero el brillante espectáculo del espléndido paisaje y la huida acelerada de las nubes que resbalan por los aires deslizándose apresuradamente, anuncio de felicidades, y su alma se saturó de alegría.

El ligero carruaje que le conducia caminaba á buen paso por una calle de álamos blancos, ya desnudos de su corteza, cuyos troncos azulados, salpicados de manchas rojizas, daban al camino un aspecto fantástico.

Cerca ya de la ciudad, una preciosa *villa* rodeada de aristocrática vegetacion y oculta entre un bosque con enredados caminillos, donde los pájaros se enamoraban, pudo distinguir Cecilio una mujer recostada en el respaldo de la mecedora en que se columpiaba lánguidamente, dejando al aire jugar con la gasa de su vestido blanco y con sus rubios cabellos, que perfumaba con los aromas del jardin.

La hora, la predisposicion que llevaba y su fantástica imaginacion impresionáronle vivamente. En efecto, el cuadro era digno de un gran pintor. Tenía la poesía y el color, que son las grandes condiciones hoy de los maestros.

Profundamente preocupado por aquella impresion, preguntó al cochero de quién era la finca, á lo que le contestó:

— *Questa villa è d'una signora vedova, la comtesa de G... Non l'avete vedutta nel giardino?*

El viajero contestó afirmativamente y no habló una palabra más, aunque el hada de aquel paraiso no se borró un momento de su imaginacion.

Una larga historia de amor pudiera hacerse, si tantas no se hubieran hecho, pero basta á mi relacion condensar cómo Cecilio decidió casarse con la Condesa.

Experta y harto maestra en las luchas de amor, la coquetería fué su arma favorita, excitando un dia la esperanza, usando otros el desden, sosteniendo la duda en aquel jóven incapaz de mentir, y en quien el amor era la confianza y la adoracion. Un rival, de quien algunas veces tuvo celos con causa, hacía mayor su tormento, sin que la locura le dejára ver que no era aquélla la mujer que habia de hacerle feliz, y que la esplendidez y la riqueza atraian su cariño más que la fuerte cadena de la recíproca simpatía. Mortificado, y cada vez más ciego, tomó la determinacion de pedir su mano y solicitar la licencia de su madre, que idolatrando á su hijo, y sin verdadero conocimiento de las condiciones de la elegida, la concedió á vuelta de correo.

Comenzaron los preparativos; Cecilio extremó su cariño, y ya fijado el dia de la boda, hallándose á solas con su prometida, la pidió un beso. Mostróse ruborosa y tímida, pero cedió al fin. El jóven creyó ver el cielo y la bendijo mil veces.

La víspera de la boda estuvieron juntos paseando por el jardin y se despidieron con palabras dulces y protestas tiernas.

Parecióle poco al enamorado, y á las nueve de la noche regresó á la *villa*, dejando el caballo en una posada cercana, y se dirigió á la quinta.

La noche era clara; los misteriosos ruidos del bosque se esparcian con encanto, y Cecilio los oia con placer, como si cantáran su felicidad, y queriendo gozar aquella impresion, tomó un camino de rodeo, pensando en su próxima dicha, meditando frases de amor y soñando dulces caricias y ardientes desvaríos.

Embebido en este sueño siguió el camino, cuando á traves de los árboles vió una vision blanca que caminaba pausadamente.

—¡Es ella!—exclamó.—¡Acaso piensa en mí! Voy á sorprenderla con un abrazo.

Y fué avanzando cautelosamente. Detúvose de pronto, dando un paso atras. Al lado de la vision blanca la silueta negra de un hombre se ve en la sombra. Cecilio le reconoció.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Era su rival. Siguió con paso apénas perceptible, y al llegar cerca de la pareja oyó el ruido de un beso. Como el leon contra su enemigo saltó una valla de boj que le separaba de ellos, y loco, con la vista encendida, implacable como la hiena, llegó hasta la mujer, y alzando su mano sudosa, la dejó caer sobre la mejilla de su prometida, que dió un grito.

El amante vino sobre el jóven, y éste señaló tambien su rostro, haciéndole derramar sangre.

Los dos hombres entablaron una lucha á muerte; pero Cecilio llevaba la ventaja. Él era el ofendido, él celoso, y la indignacion multiplicaba sus fuerzas.

Los gritos de la Condesa, que se espantó de aquel combate, llamaron gente, y pudieron por fin separarlos.

—Verémos si con la pistola sois tan fuerte como con los puños—dijo con sonrisa irónica el amante, limpiándose el rostro cubierto de sangre.

—No tenteis á Dios—replicó Cecilio.—Si nos batimos, os mataré.

—¿Quereis causarme temor ó teneis miedo?

—Miedo tienen los infames y los traidores. Yo soy un caballero.

—Mañana lo veréis.

Cecilio se volvió buscando á la Condesa.

La Condesa habia huido, encerrándose en su gabinete, y maldiciendo allí á Cecilio, y pidiendo á Dios que muriese en el duelo. ¡Justo deseo!

Dos dias despues, que fueron necesarios para arreglar las condiciones del lance, tuvo éste efecto.

Cumplidas las cortesías de ordenanza, el amante, á quien tocó disparar primero, hizo fuego sin resultado. Cecilio contestó. Su contrario dió un salto y cayó al suelo. Acudieron los padrinos, y Cecilio corrió para pedir perdon al herido, pero fué vano aquel rasgo. La bala habia penetrado en el corazon y la muerte fué instantánea.

El matador palideció, inclinóse con ansiedad sobre el cadáver, abrió sus ojos, y al convencerse de que estaba muerto alzóse, expresando en el semblante el terror. El alma noble que le animaba sentia como si la sangre que bañaba el pecho del muerto y la blanca arena cayese sobre su corazon.

Despidióse con triste gravedad de los padrinos y tomó el carruaje para regresar á la capital. Pasó el dia sumido en una profunda abstraccion, que acusaba el remordimiento combatiendo con la razon, y queriendo buscar consuelo, tomó la pluma y escribió una larga carta refiriendo á su madre el engaño de que habia sido víctima, y el triste desenlace del duelo.

«Tengo sangre en las manos, y todo lo veo rojo. ¿Cómo estrecharé la mano de un cristiano, ni la tuya, ¡madre mia! sin oir el grito del que privé de la vida, para lo que sólo Dios tiene poder?

»Mis largos viajes me han enseñado mucho, y el último golpe me ha lacerado el alma. Creo que no he nacido para luchar con el mundo, y siento una atraccion irresistible á la paz del convento, que me recuerda mis años de la niñez, cuando mi alma no estaba manchada con sangre de un hombre. El arrepentimiento no me consuela, y mi conciencia me reprocha el porvenir dorado que la fortuna me ofrece, en el que olvidaria mi crímen.

»Aconséjame tú, que me has dado el jugo de tus pechos y la fe que no puedo perder, que yo te obedeceré como te obedecia en aquella edad feliz que cantaba en la catedral.»

La madre leyó la carta con profundo dolor, y le contestó inspirándose en la mayor prudencia, sin combatir los deseos de su hijo, ni condenar el derecho que tenía á vivir con lo adquirido por su padre, y aconsejándole no adoptar resolucion hasta pasado mucho tiempo, porque la impresion estaba fresca y no habia razon para creerla duradera.

Cecilio obedeció el consejo de su madre, y dejando la Italia, regresó al hogar materno, en el que halló la ternura y el cariño, pero no el consuelo de su melancolía. El libro de oraciones era su perpétuo compañero, y un menosprecio de sí mismo era el constante objeto de sus conversaciones. Su madre combatia con dulzura y agudas razones la preocupacion, pero no logró vencerla.

La alta idea que habia concebido de los deberes del hombre, que le enseñó su padre con el ejemplo, y la honda impresion de la muerte de su rival, que habia grabado en su imaginacion y en su alma, justificaban el temor de no haber rescatado, al morir, su crímen.

Dos largos años trascurrieron en esta lucha, hasta que la madre desistió de oponerse á los deseos de su hijo. Cecilio entró en un convento de la poblacion, dedicándose al estudio y á la penitencia, sin conseguir borrar de su memoria el desgraciado suceso que era su constante remordimiento.

La soledad y el terror que dominaba á su espíritu sobreexcitado leváronle á un extremo.

«La vida no se paga más que con la vida. El suicidio es la condenacion, pero yo puedo buscar la muerte, cumpliendo altos deberes. Iré á predicar la religion de Cristo á esos países salvajes, donde áun no ha penetrado la luz de la verdad, y ¡quién sabe si Dios me concederá una muerte gloriosa en su servicio!»

Ni los ruegos de su madre, ni los medios que intentó para lograr que desistiera de la idea, fueron bastantes á convencerle, y se embarcó para África, incorporado á una mision. Ántes de salir, quiso despedirse de su viejo maestro. Entónces supo que el desgraciado organista gozaba ya del reposo eterno en sepultura ignorada.

Partió con el desconsuelo de no haber cumplido su promesa, y cuatro años empleó en propagar la fe, consiguiendo atraer al rebaño de Cristo muchas familias, y animado por el éxito, decidió internarse en el país, hasta entónces no explorado.

Los deberes de su mision habian borrado de su memoria la amarga tristeza que le hizo marchar á aquella lejana region, y el ardor cristiano le llevaba á la atrevida empresa. Confiado en su buena suerte, internóse en la áspera region, y tres dias despues halló un aduar, donde le dieron hospitalidad, pero enterados los habitantes de su mision, uniéronse con los de otros y acordaron dar muerte al cristiano. Reuniéronse en grupo y encendieron una hoguera, maltratándole miéntras cobraba fuerza la leña. Cecilio comenzó á rezar y dió su despedida al mundo, pensó en su madre, enviándole su bendicion, y pidió á Dios perdon por sus errores. Una idea vino á repercutir en su imaginacion: la promesa hecha al maestro de cantar en su tumba el «Cántico de los Grados», y entonándolo, con los ojos alzados al cielo, aguardó la muerte.

En la oscura noche los restos de una hoguera iluminaban el aduar.

Cecilio habia terminado el cántico, sofocado por el humo y rodeado de llamas.

J. Campo Arana.

(c) Ministerio de Cultura 2006

LEIPZIG (ALEMANIA).—EXTERIOR DEL «CONCERT-HAUS.» (EDIFICIO PARA CONCIERTOS), RECIENTEMENTE INAUGURADO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL REY DE LA CREACION.

SONETO.

¡Su culto es él! ¡Servil idolatría!
Al afrentoso yugo le condena,
Ó le levanta á la region serena
Donde fulgura el luminar del dia.
Resístese á la ajena tiranía
Y arrastra de sí propio la cadena;
Desdeña su altivez la aguda pena,
Y su valor es noble hipocresía.
Al suelo domeñando, al mar hendiendo,
Cautiva á la materia ve en su mano;
Atento sólo al mundanal estruendo,
La voz no escucha del medroso arcano,
¡Y por la vida en el luchar tremendo
Se erige en Dios, para morir gusano!

NILO MARÍA FABRA.

¡AMAR LA MUERTE!

SONETO.

—¡Quiero vivir!—exclama el espirante
Enfermo, aniquilado en su agonía;
Luchá y relucha con tenaz porfía
Por salvarse, anegado, el navegante.
El reo en el cadalso un solo instante
Intenta retardar su suerte impía.
Es horror de la muerte, la alegría
Que el mundo busca con ardor constante.
Y este afan de vivir, es puro engaño
Para olvidar la inexorable suerte;
El hombre no comprende, por su daño,
Que si el tremendo fin todo le advierte,
Fuera ménos acerbo el desengaño
Viviendo enamorado de la muerte.

MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

LA LOCOMOTORA.

SONETO.

Del sol hermana, y de la noche oscura,
Con el espacio y con el tiempo en guerra,
Los lomos oprimiendo de la tierra,
Avanza majestuosa en la llanura.
Entre el incienso del vapor fulgura
Haces de luz, y con las rocas cierra,
Y se hunde en las entrañas de la sierra,
Buscando allí camino ó sepultura.
Hoy parte de las costas de Occidente;
Mañana del mar Índico en el beso
Irá á templar la enrojecida frente.
Sobre sus alas va el gérmen fecundo
De la industria, del arte, del progreso.....
¡Paso al soplo de Dios que empuja el mundo!

JUAN CERVERA BACHILLER.

«FELICIDAD CONYUGAL.» — (Escuela inglesa contemporánea).

(c) Ministerio de Cultura 2006

Á UNA ACTRIZ

(TAN HERMOSA COMO HONRADA).

DEL LIBRO (INÉDITO) «PARA TODAS».

I.

Dios hizo la vida breve,
Y abrevian sus cortos dias
Sistemas y teorías
De conveniencia social.
¿Quién hay ya que exponer ose
La verdad clara y sincera?
La vida así á su manera
Toma en falso cada cual.
La existencia es un tejido
De anhelos y desengaños:
Instinto y deber los años
Pasan en lucha sin prez;
Y la niñez inconsciente,
La juventud ardorosa,
La madurez recelosa,
Llegan así á la vejez.
Y la vejez, que impotente
La ve por siempre perdida,
Llora al contemplar la vida,
Que deja inútil tras sí.
¡Y esto es á lo que la gente
Llama vivir..... y en la tierra,
Con su propio sér en guerra,
La humanidad vive así!
Hoy, por buena fe ó por cálculo,
Crée que el empirismo es ciencia,
La supersticion crëencia,
La hipocresía virtud;
Que el naturalismo es arte,
La argucia filosofía,
La cháchara poesía
Y la astucia rectitud.
Dios te dió á par con la gloria
Juventud, Luisa, y belleza.....
¡Que la gloria á la cabeza
No se te suba jamas!
La gloria es ruido que pasa,
Nutricion que debilita,
Agua que la sed no quita,
Sombra de humo, sol de gas.
Jamás harta, siempre anhela
Algo que jamás alcanza:
No vivas tú de esperanza,
No pierdas tu juventud;
Vive, Luisa; el tiempo vuela;
Admirada y aplaudida,
Vive y goza de la vida
En su vital plenitud.
Pues el destino te alfombra
De oro y flores tu camino,
De tu espléndido destino
Acepta la esplendidez:
No equivoques los senderos,
No desperdicies tus años;
Llegar á los desengaños
No dejes con la vejez.
La gloria que embriaga y ciega
Es un narcótico..... en suma:
Procura en lecho de pluma,
Dormida ó muerta, caer:
La gloria es, Luisa, una palma;
Pero infructífera y seca,
Si en cetro de oro no trueca
Su tallo ruin la mujer.

II.

Mas compréndeme bien, Luisa;
No supongas libertino
Á un viejo que del camino
De su vida está ya al fin:
Escucha de mi experiencia
La verdad sin alarmarte;
No olvides que soy del arte
El último paladin.
Hoy la escena está por tierra
Y el arte prostituido:
Europa entera ha caido
En mercantilismo vil;
Y España, flamenca y chula,
Pasa semanas enteras
Berreando las *peteneras*
Á la puerta de un toril.
Su plebe y su aristocracia,
Con afan de encanallarse,
De salirse y desquiciarse
De su centro natural,

(c) Ministerio de Cultura 2006

Por descenso bizantino
Bajan al circo taurino
Á aspirar vahos de sangre
Por costumbre nacional.
Con estos de carne cruda
Elementos nutritivos,
Escuela de cuadros vivos
Es la escena teatral;
Y orquesta son de esta escuela
Los bufos de la zarzuela
Y el *patéo* y los *jipíos*
Del *flamenco* cantoral.
Si la alegre Andalucía,
Que cantando en Dios se fía,
Fiára en su gracia ménos,
Y en su ingenio y tierra más,
En vez de *guillabäoras*
Y *jipiaores* gitanos,
Sus más grandes ciudadanos
Diera á la patria quizás.
La gracia es el resultado
Del genio y dotes nativos;
Mas da frutos negativos,
Hecha esencia germinal :
La gracia no tiene escuela ;
No es gérmen, sinó atributo :
Ni el *jipío* y la vihuela
Son el grito nacional.
Hoy todo se ha confundido :
La gracia y la desvergüenza
De lo bufo se han fundido
En el roïdo crisol :
Hoy, por ser todos graciosos,
Nada, audaces, respetamos,
Y la prez menguando vamos
Del carácter español.
Y es la escena, que del genio
Capitolio ser debia,
Gimnasio de gritería,
De la plaza sucursal :
Y el descoco en el proscenio,
La desnudez en la sala,
De echar de ambos se hace gala
Al arte y á la moral.
En este envilecimiento,
La actriz que á su honor atienda,
Es fuerza que se defienda
De cielo y tierra á la par :
Porque el arte así instalado
Hoy, segun se paganiza,
Opone é incompatiza
El teatro y el altar.
El arte es griego y pagano,
Idólatra la belleza,
No crée impudor ni torpeza
Su olímpica desnudez :
Y el altar es ya cristiano;
Fuera de hogar, cláustro y templo,
Ni genio, ni héroe, ni ejemplo
Digno de gloria y de prez.

Los héroes del paganismo
La virtud materializan,
Y su virtud sintetizan
Belleza, fuerza y valor;
Mas su fuerza es despotismo,
Forma no más su hermosura,
Brutalidad su bravura;
Bramar de bestias su amor.
Las bases del cristianismo
Son, y con ellas hermana
Á toda la raza humana,
Fe, paz, caridad y amor :
Y la humanidad y el arte
Su espíritu purifican
Cuando el amor santifican
La castidad y el pudor.
¡Que se avanza y se progresa
En pos del materialismo !
¡Que en arte, el naturalismo
Absorberá lo ideal !.....
Ni lo creo, ni me pesa
Que, olvidado de sí mismo,
Vuelva el arte al paganismo
Plástico, mudo y carnal.
Porque el ideal cristiano
Le elevó desnudo al cielo,
Y para volver al suelo
Alas, alma y fé le dió;
De Grecia al cielo, desnudo
Fué con su belleza sola,
Y al volver, con aureola
Y alas de arcángel volvió.
Áun puede que avergonzado
Huya á la region celeste;
Pero pasará la peste
Material y tornará :
Y la humanidad, purgada
Del vírus que hoy la envenena,
Tornará al arte á la escena,
Y el altar la amparará.

III.

Hoy (¡es una injusta idea
Justamente concebida !)
No pueden compartir vida
El proscenio y el hogar :
Mas escuela de costumbres
Jamás el teatro ha sido;
Su espejo ser ha podido;
Copiar puede, nó enseñar.
No : la moral del teatro
No entra en él con los actores :
Son pueblos y espectadores
Los que imponen la moral :
Y los pueblos decadentes
No pueden ver en su espejo
Más que el deforme reflejo
De su fealdad social.

(c) Ministerio de Cultura 2006

«NOCHE BUENA.»—(DIBUJO DE WILTIG.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

Y hoy, que sin pudor corremos,
Tras del oro y los placeres,
Desnudas nuestras mujeres
Llevando á la sociedad,
Pedimos..... ¡desvergonzados
É impúdicos moralistas!
Al arte y á los artistas
Pudor y moralidad.
¡Befa y ludibrio!—Filósofos
En mantillas, profesores
Que, anteayer en andadores,
Perorais sin saber qué,
Oid y aprended primero,
É id luégo á la raza humana
Con fé y caridad cristiana
Á inculcar moral y fé.
Lograd que en vuestras escuelas
Los pueblos meridionales
Sus instintos nacionales
Cambien con rumbo mejor:
Inculcadles que da al hombre,
Dios, anhelos soberanos,
Y que el arte á los humanos
Aproxima al Criador.
Decid á España que olvide
Lo que fué en tiempos de moros;
Que la guitarra y los toros
No dan nacionalidad:
Y que hoy llevan á la gloria
Con ímpetu de ciclones,
Sobre el rayo á las naciones
Vapor y electricidad.
Y cuando el arte los pula,
Y los eduque el trabajo,
Los de arriba y los de abajo,
Que hoy á los teatros van
Como á las bestias del circo,
Cuando el pueblo sepa y crea,
Irán como á una asamblea,
Y á oir y aprender irán.
Entónces creeré en vosotros;
Me alistaré en vuestra escuela,
Y del progreso en la tela
Con vosotros tejeré:
Hasta entónces, yo mis ojos
Tornaré del arte escénico:
No le hay, ni hispano ni helénico,
Sin idealismo y fé.
El arte nació pagano,
Mas la fé lo cristianiza,
Lo exalta y lo diviniza,
De Dios destello hasta ser:
Dad, para que el arte alcance
Sus más grandes proporciones,
Fé y decoro á las naciones,
Y pudor á la mujer.

SÍNTESIS.

¿Crees tú, Luisa, que yo creo
Que las tablas de la escena
No puede una mujer buena
Pisar con honra y virtud?
¿Crees tú que yo no poseo
Secretos de más de cuatro,
Que mártires del teatro
Son desde su juventud?
. . . . . .
¿Crees tú, por fin, que no creo
Que, aunque el encono las ciegue
Y la sociedad las niegue
Hasta nicho sepulcral,
Que Dios revoca su fallo,
Su infamia acepta, sanciona
Su martirio y las abona
En su excelso tribunal?
Sí, sí; mas hoy el teatro,
Que como arte es divino,
Sino pagano, á tal sino
Tiene la actriz que arrojar:
Ó NINFA SOBRE EL PROSCENIO,
ENTRE ANTORCHAS ADORADA.....
Ó MÁRTIR POBRE, OLVIDADA
EN EL RINCON DEL HOGAR.

DESPEDIDA.

Adios: *Él* te guie, Luisa,
Por el laberinto oscuro
Del arte, y un aire puro
Te haga siempre respirar;
Yo te alzaré, miéntras dure
Mi vida, que ya es muy corta,
Ninfa ó *Mártir*, no me importa,
En mi memoria un altar.

JOSÉ ZORRILLA.

(Barcelona, Setiembre 1884.)

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS,

PUBLICADA

POR LA EMPRESA DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

(EXTRACTO DEL CATÁLOGO.)

PRECIOS EN MADRID.

DE D. JUAN VALERA.

* **El Comendador Mendoza.** — Un tomo, 8.° mayor frances.—2,50 pesetas.

* **Las ilusiones del doctor Faustino.**—Dos tomos en 16.°—5 pesetas.

* **Doña Luz** (Segunda edicion).—Un tomo en 8.°—Pesetas 2,50.

* **Pasarse de listo** (Tercera edicion).—Un tomo en 8.°—Pesetas 2,50.

* **Cuentos y Diálogos** (Primera edicion).—Un tomo en 8.°—Pesetas 2,50.

* **Algo de todo.**—Un tomo en 16.°—2,50 pesetas.

---

* **Dáfnis y Cloe,** *por un aprendiz de helenista.*—Un tomo, 3 pesetas.

DE D. JOSÉ SELGAS.

* **Un retrato de mujer.**—Un tomo.—2,50 pesetas.

Escenas fantásticas.—Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

* **El Mundo invisible.**—Un tomo, 8.° mayor.—4 pesetas.

* **Hechos y dichos.**—Un tomo.—3 pts.

DE D. EMILIO CASTELAR.

Recuerdos de Italia (Primera parte).—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Recuerdos de Italia (Segunda parte).—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

La Cuestion de Oriente.—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

La Rusia contemporánea.—Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

Las guerras de América y Egipto.—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Europa en el último trienio.—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Historia de 1883.—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

DE D. PEDRO A. DE ALARCON.

Amores y amoríos (Historietas en prosa y verso).—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pts.

DE D. RAMON DE CAMPOAMOR.

Pequeños poemas.—Un tomo.—4 pts.

Doloras y cantares.—Un tomo, 7 pts.

DE D. ANTONIO DE TRUEBA.

Mari-Santa.—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Nuevos cuentos populares.—Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

De flor en flor.—Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

DE D. RAMON DE MESONERO ROMANOS (*El Curioso Parlante*).

Panorama matritense (Primera serie de las Escenas), 1832 á 1835.—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Escenas matritenses (Segunda serie), 1836 á 1842.—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Tipos y caractéres, bocetos de cuadros de costumbres, 1843 á 1862.—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica, de 1840 á 1841.—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

El Antiguo Madrid, paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa.—Dos tomos, 8.° mayor frances, con varios grabados.—8 pesetas.

Memorias de un Setenton, natural y vecino de Madrid.—Dos tomos, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

DE D. CESÁREO FERNANDEZ DURO.

Venturas y desventuras, coleccion de novelas.—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

* **Disquisiciones náuticas.**—Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **La Mar descrita por los mareados** (*Más disquisiciones*).—Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **Navegaciones de los muertos y vanidades de los vivos,** libro III de las *Disquisiciones náuticas.*—Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **Los Ojos en el cielo,** libro IV de las *Disquisiciones náuticas.*—Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **A la mar, madera,** libro V de las *Disquisiciones náuticas.*—Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **El Arca de Noé,** libro VI de las *Disquisiciones náuticas.*—Un tomo, 8.° mayor frances.—6 pesetas.

* **Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y obispado.**—Cuatro volúmenes de 600 páginas, en 4.°—7,50 pesetas cada tomo.

DE D. MANUEL DEL PALACIO.

Letra menuda.—Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

* **Fruta verde.**—Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

DE D. EUSEBIO BLASCO.

Malas costumbres.—Apuntes de mi tiempo.—Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pts.

DE D. ANTONIO FLORES.

* **Ayer, hoy y mañana,** *ó La fe, el vapor y la electricidad.*—Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899.—Seis tomos en 8.°—3 pesetas cada tomo.

DE D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA.

El Tren directo.—Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

* **Don Juan Solo.**—Un tomo.—2 pesetas.

* **La Cigarra.**—Un tomo.—2,50 pesetas.

* **Sor Lucila** (Segunda parte de *La Cigarra*).—Un tomo.—2 pesetas.

DE D. A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.

* **Guía ilustrada de Madrid,** con más de 150 grabados intercalados en el texto, y planos sueltos muy importantes, que representan los edificios, paseos y monumentos más notables de la capital.—Un tomo, 8.° prolongado.—6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

DE D. ANSELMO FUENTES.

Cuarenta siglos. Historia útil á la generacion presente. Este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica.—Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

DE D. RAMON DE NAVARRETE.

Sueños y realidades.—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

DE D. NARCISO CAMPILLO.

Una docena de cuentos, con un prólogo de D. Juan Valera.—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

DE D. JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

Cuentos.—Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

DE D. EDUARDO BUSTILLO.

El Libro azul, novelitas y bocetos de costumbres.—Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

DEL DUQUE DE RIVAS.

La Leyenda de Hixem II.—El Capitan Morgan.—Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

DE D. E. DUPUY DE LÔME.

De Madrid á Madrid dando la vuelta al mundo.—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

DE D. JULIO MONREAL.

Cuadros viejos, coleccion de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII.—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

DE D. VENTURA HIDALGO.

Adriana de Wolsey, precedida de un prólogo del Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer.—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

DEL PADRE RIVADENEIRA.

* **Vida de la Santísima Vírgen María.**—Edicion diamante, papel de hilo, adornada con un grabado en acero.—1 peseta.

DEL PADRE GOMEZ RODELES.

* **Vida de Santa Cecilia.**—1,50 pesetas.

DE SANTA TERESA DE JESUS.

* **Libro de las fundaciones** *que hizo en España Santa Teresa de Jesus*, conforme al original autógrafo.—4 pesetas.

VARIOS AUTORES.

Album poético español, por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarría, Larmig, Alarcon, Trueba, Hurtado y Duque de Rivas.—Un tomo, 4.° mayor.—12 pesetas, lujosamente encuadernado.

Manual escogido de lecturas *religiosas, entresacadas de los libros ascéticos más selectos*, compuesto por PP. españoles de la Compañía de Jesus.—Un volúmen de 530 páginas, 4 pesetas.

* **Estudios sobre nacionalidad, naturalizacion y ciudadanía,** por un Secretario de Legacion.—Un tomo, 4.° mayor, de 436 páginas.—12 pesetas.

* **El Bazar,** revista literaria ilustrada. En su primera parte está impresa la novela *La Fe del amor*, original de *D. Manuel Fernandez y Gonzalez*, y en la segunda se puede leer íntegra la más popular y trascendental novela del insigne *Víctor Hugo*, titulada *Noventa y tres*, con ilustraciones artísticas notabilísimas.—Cuatro tomos, 25 pesetas.

Manual de la Moda Elegante.—Tratado de costura, bordados, flores artificiales y demas labores de adorno y utilidad para las señoras y señoritas. (Tercera edicion, revisada y aumentada, con láminas en cromo.)—4 pesetas en rústica, y 5,50 encuadernado.

NOTA. De todos los títulos de la BIBLIOTECA hay ejemplares encuadernados, con un aumento de **1, 1,50** ó **2** pesetas por volúmen.

OTRA. Los títulos marcados con * no pertenecen á la BIBLIOTECA, pero pueden adquirirse pidiéndolos á nuestra Administracion, **Carretas, 12, principal,** Madrid.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

1885

LA MODA ELEGANTE

PERIODICO INDISPENSABLE

á las Señoras y Señoritas.

Se remiten prospectos y números de muestra, gratis, á toda Señora que lo solicite.

Administración
Carretas, 12, pral.
MADRID

AÑO XLIV

Lit. M. Fernandez, Pª Sn. Nicolas, 7 y 9. Madrid.

(c) Ministerio de Cultura 2006